La catedral perdida

The Lost Cathedral

A catedral perdida

Edición trilingüe / Trilingual edition / Edição trilíngue

Preparada para la web, por encargo suyo, por M.A. Aybar · 2026. · Prepared for the web, at her behest, by M.A. Aybar · 2026.

Edición digital, 2026 · Print edition, Managua, 1976 · Revised 27 April 2026

Nota sobre la naturaleza de esta obra

La catedral perdida es una obra de ficción. La Catedral Basílica de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María en León, Nicaragua, existe; los documentos que componen esta edición no. Consuelo Vargas Montiel no es una persona real. El Instituto Superior de Estudios Iberoamericanos no existe. Ningún detalle, carta, inventario, decreto ni testimonio aquí reproducido procede de un archivo histórico verificable; todos fueron escritos por el autor que se nombra abajo. Los nombres de personas, instituciones, fechas y procedencias archivísticas son invenciones, aunque algunas se inspiren en figuras y prácticas reales del período colonial centroamericano. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es coincidencia. Esta obra se publica bajo la convención literaria del manuscrito hallado: el lector queda invitado a sostener la ilusión mientras la lee, y a recordar, al cerrar el libro, que es enteramente una ficción.

Texto, edición, traducciones y aparato crítico: **M.A. Aybar**.

© 1976, 2026 M.A. Aybar. Todos los derechos reservados.

Edición digital preparada en Los Ángeles, 2026, a partir de la edición impresa imaginaria de Managua, 1976.

A Note on the Nature of This Work

The Lost Cathedral is a work of fiction. The Cathedral Basilica of the Assumption of the Blessed Virgin Mary in León, Nicaragua, exists; the documents that compose this edition do not. Consuelo Vargas Montiel is not a real person. The Instituto Superior de Estudios Iberoamericanos does not

exist. No detail, letter, inventory, decree, or testimony reproduced here derives from a verifiable historical archive; all were written by the author named below. The names of persons, institutions, dates, and archival provenances are inventions, though some draw inspiration from real figures and practices of the colonial Central American period. Any resemblance to persons living or deceased is coincidental. This work is published under the literary convention of the found manuscript: the reader is invited to sustain the illusion while reading, and to remember, on closing the book, that it is entirely a fiction.

Text, edition, translations, and critical apparatus: **M.A. Aybar**.

© 1976, 2026 M.A. Aybar. All rights reserved.

Digital edition prepared in Los Angeles, 2026, from the imaginary print edition of Managua, 1976.

Nota sobre a natureza desta obra

A catedral perdida é uma obra de ficção. A Catedral Basílica da Assunção da Bem-Aventurada Virgem Maria em León, Nicarágua, existe; os documentos que compõem esta edição não. Consuelo Vargas Montiel não é uma pessoa real. O Instituto Superior de Estudios Iberoamericanos não existe. Nenhum detalhe, carta, inventário, decreto ou testemunho aqui reproduzido procede de um arquivo histórico verificável; todos foram escritos pelo autor que se nomeia abaixo. Os nomes de pessoas, instituições, datas e procedências arquivísticas são invenções, ainda que algumas se inspirem em figuras e práticas reais do período colonial centro-americano. Qualquer semelhança com pessoas vivas ou falecidas é coincidência. Esta obra publica-se sob a convenção literária do manuscrito encontrado: o leitor

é convidado a sustentar a ilusão enquanto lê, e a lembrar, ao fechar o livro, que é inteiramente uma ficção.

Texto, edição, traduções e aparato crítico: **M.A. Aybar**.

© 1976, 2026 M.A. Aybar. Todos os direitos reservados.

Edição digital preparada em Los Angeles, 2026, a partir da edição impressa imaginária de Managua, 1976.

Sumario · Contents · Sumário

Edición en español (ES)

Prefacio de la editora

Parte I · El notario del gobernador

01 · Carta de nombramiento

02 · El contraregistro

03 · La deposición y la Entrada 14

04 · Entrada 31

05 · La carta

06 · El inventario

07 · La carta de Rodrigo a Catalina

Parte II · La confesión del arquitecto

08 · Nota privada del obispo Rodrigo de la Vega

09 · Inventario diocesano de 1647

10 · Petición del obispo

11 · Decreto del Consejo

12 · Comisión de Porres

13 · El relato de Ignacio

14 · El informe de Aznar

15 · La carta de Porres

16 · Diario de obra, 1749

17 · La carta de Ignacio de Sevilla

Parte III · El muro

18 · Diario de obra, 1753

19 · Diario de obra, 1755

20 · El documento del albañil

21 · La carta de Lima

22 · La confesión en el lecho de muerte

23 · El diario final de Fuentes, 1783

24 · Petición relativa a Tomasín

25 · Inventario decorativo

26 · El obispo de Guatemala

Parte IV · El aparato

27 · Notas de investigación de Consuelo

28 · La carta de Reyes Domínguez

Láminas y reconstrucciones visuales

English edition (EN)

Editor's Preface

Part I · The Governor's Notary

01 · Letter of Appointment

02 · Counter-Ledger Selections

03 · Deposition and Counter-Ledger Entry 14

04 · Counter-Ledger Entry 31

05 · The Letter

06 · The Inventory

07 · Rodrigo's Letter to Catalina

Part II · The Architect's Confession

08 · Private Note of Bishop Rodrigo de la Vega

09 · Diocesan Inventory of 1647

10 · Bishop's Petition

11 · Council Decree

12 · Commission to Porres

13 · Account of Ignacio Moya, Architect

14 · Filing Note

15 · Letter from Porres

16 · Construction Log, 1749

17 · Letter from Ignacio in Seville

Part III · The Wall

18 · Construction Log, 1753

19 · Construction Log, 1755

20 · The Mason's Document

21 · The Lima Letter

22 · Confession in Extremis

23 · Final Construction Log, 1783

24 · Petition for Release Filed by Tomasín

25 · Inventory of Decorative Stonework

26 · The Visiting Bishop

Part IV · Whoever Builds

27 · Research Notes — Archivo General de Indias

28 · Letter from Reyes Domínguez

Plates and visual reconstructions

Edição em português (PT)

Prefácio da organizadora

Parte I · O notário do governador

01 · Carta de nomeação

02 · O contrarregistro

03 · A deposição e a Entrada 14

04 · Entrada 31

05 · A carta

06 · O inventário

07 · A carta de Rodrigo a Catalina

Parte II · A confissão do arquiteto

08 · Nota privada do bispo Rodrigo de la Vega

09 · Inventário diocesano de 1647

10 · Petição do bispo

11 · Decreto do Conselho

12 · Comissão de Porres

13 · O relato de Ignacio

14 · O informe de Aznar

15 · A carta de Porres

16 · Diário de obra, 1749

17 · A carta de Ignacio de Sevilha

Parte III · O muro

18 · Diário de obra, 1753

19 · Diário de obra, 1755

20 · O documento do pedreiro

21 · A carta de Lima

22 · A confissão no leito de morte

23 · O diário final de Fuentes, 1783

24 · Petição relativa a Tomasín

25 · Inventário decorativo

26 · O bispo da Guatemala

Parte IV · O aparato

27 · Notas de pesquisa de Consuelo

28 · A carta de Reyes Domínguez

Pranchas e reconstruções visuais

Colofón

Primera lengua

Edición en español

Las tres lenguas, una sola edición. Esta es la primera.

Edición digital, 2026 · Edición impresa, Managua, 1976 · Revisada el 27 de abril de 2026

Prefacio de la editora

La mañana del 11 de marzo de 1974 realizaba yo un levantamiento estructural del transepto sur de la Catedral Basílica de la Asunción de la Santísima Virgen María en León, Nicaragua, cuando el equipo de termografía detectó una anomalía en el muro situado entre el segundo y el tercer pilar, por encima del plinto: un hueco de aproximadamente dieciséis centímetros de profundidad y cuarenta de anchura, incompatible con la construcción documentada del muro. Lo sondeé esa misma mañana, con las herramientas que llevaba en mi maletín de campo. Encontré un compartimento sellado y, dentro de él, una caja de cedro envuelta en encerado. Adentro había seis documentos.

Esta edición es lo que cuatro años de trabajo han hecho de aquel hallazgo.

Debo decir desde el principio qué es esta edición y qué no es. No es una historia de la Catedral de León, aunque los documentos que contiene arrojen luz sobre esa historia de maneras que obligarán a los historiadores a revisar varios supuestos establecidos. No es la biografía de ninguno de los individuos que aparecen en estos documentos, aunque varios de ellos resulten más vívidos y más decisivos de lo que sugiere la bibliografía existente. Es una edición documental — una colección de fuentes primarias, transcritas, traducidas donde ha sido necesario, y anotadas con el cuidado que merecen — acompañada del aparato editorial necesario para hacerlas accesibles a lectores que no son especialistas en historia colonial centroamericana. Los documentos hablan por sí mismos. Mi función es procurar que sean escuchados.

Voy a describir lo que se encontró en la caja de cedro, y luego voy a describir lo que no figura en esta edición y por qué, y luego voy a explicar cómo está organizada la edición.

Lo que se encontró

La caja de cedro contenía seis documentos en estados diversos de conservación. Los seis estaban envueltos por separado en encerado de una calidad coherente con la producción colonial del siglo XVIII. El encerado exterior — el que envolvía la propia caja — era de un tipo más antiguo, coherente con la producción del siglo XVI, lo cual figura entre los rasgos más inusuales de una colección que ha resultado inusual en todo.

Los seis documentos son:

El primero es un libro privado de cuentas, llevado por un notario llamado Rodrigo Cervantes de la Noche al servicio del gobernador de Nicaragua entre los años 1527 y 1531. Sobreviven treinta y siete entradas. El libro está escrito en castellano del siglo XVI, en una letra que he llegado a conocer tan bien como la mía propia a lo largo de este trabajo.

El segundo es una copia de una carta dictada por Pedro Arias Dávila, gobernador de Nicaragua, al mismo notario en marzo de 1531, y quemada — por instrucción del gobernador — por el obispo de Nicaragua en la noche del mismo día. La copia fue hecha por el notario. La carta versa, entre otras cosas, sobre la catedral.

El tercero es un inventario oficial de los bienes personales del gobernador, compilado por el mismo notario el sexto día de marzo de 1531, fecha de la muerte del gobernador. Este documento contiene una afirmación que el lector del segundo documento encontrará destacable.

El cuarto es el acuerdo fundacional de la empresa del Perú, fechado en 1524, con las firmas de Francisco Pizarro, Diego de Almagro y una referencia a Pedro Arias Dávila en el cuerpo del texto. No soy abogada y no me pronunciaré sobre la condición jurídica de este documento. Diré que su presencia física en la caja

de cedro, junto a los demás documentos, aclara mucho de lo que antes no estaba claro sobre la historia constructiva de la catedral.

El quinto es una memoria personal escrita por un arquitecto llamado Ignacio Moya en Sevilla, en 1771, donde describe su participación en el proyecto de la catedral entre 1748 y 1752. Tiene veintidós páginas. Es, en mi apreciación, el documento más importante de la colección, aunque reconozco que las apreciaciones de este género son necesariamente personales.

El sexto documento está escrito sobre amate — papel de corteza — en náhuatl. Tiene diez frases de extensión. Tiene tres frases de extensión. Escribí diez y luego me corregí: tiene tres frases de extensión. He dejado visible la corrección. Es exacta del modo en que las correcciones son exactas — muestra lo que pensé antes de volver a pensarlo.

Entre los seis documentos de la caja de cedro, el escrito en papel de corteza es al que vuelvo.

Lo que no figura en esta edición

El registro documental de la Catedral de León es extenso. El Archivo Diocesano de León conserva libros de obras, correspondencia, registros financieros, peticiones y documentos administrativos que cubren el período completo de la construcción de la catedral, de 1747 a 1814. El Archivo General de Indias en Sevilla conserva la documentación de aprobación del Consejo de Indias y la correspondencia con la administración diocesana. El Archivo Histórico Nacional en Madrid conserva registros suplementarios. Pasé catorce meses trabajando en estos tres archivos, y los resultados de aquella investigación informan la anotación de toda esta edición.

De este registro más amplio he seleccionado veintiocho documentos para su

inclusión. El criterio de selección fue sencillo: incluí todo documento que, a mi juicio, atañe directamente a las cuestiones centrales planteadas por la caja de cedro. Excluí los registros administrativos que son redundantes con los documentos incluidos o insuficientemente esclarecedores para justificar el espacio. El catálogo completo del archivo, con mis notas, está a disposición de los investigadores en la Universidad Nacional.

Hay tres documentos del registro más amplio cuya inclusión consideré con detenimiento. Uno lo excluí; dos los incluí con salvedades editoriales, según se detalla a continuación. El documento excluido es una petición del período de construcción relativa a la situación laboral de ciertos trabajadores, que omití porque plantea preguntas que no puedo responder y no deseo parecer que respondo mediante una inclusión selectiva. Los dos que incluí tras una vacilación prolongada son una carta de un funcionario diocesano de Lima fechada en 1763, que aparece en forma abreviada como Documento 21, y una confesión de lecho de muerte registrada por un sacerdote en 1771, que aparece íntegramente como Documento 22. Menciono los tres porque una editora que omite — o que incluye — sin aclarar no está cumpliendo su función honestamente. Nada de importancia ha sido omitido sin que yo lo diga aquí.

Una omisión adicional merece su propio párrafo. La caja de cedro, cuando la abrí en 1974, contenía seis documentos. Cinco de ellos se reproducen en esta edición: el contraregistro de Rodrigo, la copia de la carta del gobernador, el inventario diocesano, el relato de Ignacio Moya y el documento en náhuatl. El sexto — el acuerdo fundacional de la empresa del Perú, fechado en 1524, con las firmas de Pizarro y Almagro y una referencia en el cuerpo del texto a Pedro Arias Dávila — no se reproduce. Lo he retenido por consejo legal. El acuerdo incide sobre cuestiones jurídicas que, a juicio de la oficina legal de la Universidad Nacional, no están plenamente extinguidas, y la publicación de su texto en esta edición no serviría tanto al registro histórico como a la incitación

de litigios que el registro histórico no puede resolver. El acuerdo se describe, en detalle y desde dos ángulos distintos, en los Documentos 5 y 13; el lector que desee comprender su contenido lo hallará allí. El original se conserva en el Archivo Diocesano de León, donde puede ser consultado por investigadores cualificados en las condiciones habituales del archivo.

La estructura de esta edición

Los veintiocho documentos están organizados en cuatro partes, cada una precedida de una breve nota contextual.

Primera Parte: El notario del gobernador contiene siete documentos del período 1527 a 1546, centrados en el notario Rodrigo Cervantes de la Noche y su servicio a Pedro Arias Dávila. Estos documentos son anteriores en más de dos siglos a la construcción de la catedral. La razón de su pertinencia quedará clara.

Segunda Parte: La confesión del arquitecto contiene diez documentos del período 1610 a 1771, centrados en la construcción de la catedral y en los individuos directamente implicados en ella. Incluye el relato de Ignacio Moya, que es el centro estructural de la edición.

Tercera Parte: El muro contiene nueve documentos del período 1747 a 1790, centrados específicamente en la construcción del transepto sur, y en un albañil al que los registros laborales llaman Tomasín. Esta sección contiene también el documento en náhuatl, traducido por el doctor Alejandro Reyes Domínguez de la Universidad Nacional Autónoma de México, cuya colaboración agradezco y cuya traducción he enmendado en un punto, como se indica.

Cuarta Parte: El aparato contiene dos documentos del período 1974 a

1978 relativos a mi propio proceso de investigación: mis notas de investigación del Archivo General de Indias y la correspondencia con el doctor Alejandro Reyes Domínguez de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Nota sobre la transcripción

Todos los documentos originalmente redactados en castellano del siglo XVI han sido transcritos a ortografía española moderna, a excepción del documento en náhuatl, cuya traducción corresponde al doctor Reyes Domínguez con una enmienda mía. Los formulismos jurídicos que oponen resistencia a una transcripción directa están explicados en las notas. Las expresiones latinas se traducen a pie de página en su primera aparición y, a partir de entonces, se consideran conocidas.

Los documentos contienen un pequeño número de errores de amanuense —palabras repetidas, letras transpuestas, un caso de una expresión escrita y luego tachada. He corregido en silencio los errores claramente involuntarios y he señalado todas las correcciones que puedan tener relevancia interpretativa. Cuando una palabra es incierta por deterioro del original, he utilizado corchetes para indicar la incertidumbre: [palabra?] significa que tengo una confianza razonable; [?] significa que no la tengo.

No he uniformado la ortografía ni la puntuación más allá de lo necesario para la legibilidad. Los documentos fueron escritos por personas distintas en momentos distintos y en registros distintos de la misma lengua, y las diferencias entre ellos forman parte de lo que dicen.

Sobre los documentos en sí

Colegas que han leído partes de esta edición en borrador me han preguntado si encuentro extraño haber pasado cuatro años en estrecha compañía con personas que llevan entre dos y cuatro siglos muertas. La pregunta en sí me resulta extraña: soy arquitecta. Paso mi vida profesional en estrecha compañía con personas que llevan siglos muertas, y lo que dejaron es lo que estudio. La pregunta es siempre la misma: qué pretendían, qué construyeron, en qué difieren esas dos cosas y por qué.

Estos documentos responden a esa pregunta con una franqueza inusual. Son, en este sentido, distintos a la mayoría del material de archivo. La mayoría del material de archivo dice lo que hicieron y dijeron las instituciones. Estos documentos dicen lo que decidieron las personas, y en varios casos dicen por qué — no el porqué oficial, sino el porqué real, el que una persona cuenta cuando cree que escribe para nadie, o para el futuro lejano, o para Dios, lo que viene a ser lo mismo.

No voy a decirle al lector qué hacer con lo que encuentre aquí. No es función de la editora decirle al lector qué hacer con las cosas. Mi función es procurar que los documentos sean legibles, estén presentados con exactitud y situados en el contexto suficiente para ser comprendidos. Todo lo que va más allá es tarea del lector.

Voy a decir una cosa, y luego me apartaré.

La catedral de León es, por medición arquitectónica objetiva, más grande y más sofisticada de lo que cualquier razón administrativa justificaría, dado el tamaño y los recursos de su diócesis en el siglo XVIII. Los historiadores lo han señalado y lo han atribuido diversamente a la ambición diocesana, a la habilidad particular del equipo de construcción, y al misterio persistente de por qué algunos edificios superan sus circunstancias mientras otros se limitan a cumplirlas. Estos documentos sugieren una explicación distinta — no más

sencilla, sino más completa.

El edificio es lo que es porque una serie de personas, a lo largo de dos siglos, tomaron decisiones que no quedaron registradas en los documentos oficiales, por razones que no estaban al alcance del registro oficial, al servicio de intenciones que el registro oficial no habría reconocido como legítimas. El edificio es su argumento. Sigue en pie.

Lo que el lector haga con eso es asunto suyo.

Consuelo Vargas Montiel Managua, Nicaragua Enero de 1978

Parte I

El notario del gobernador

**Nota contextual de Consuelo Vargas Montiel* Lo que sigue son siete documentos del período 1527–1546: el primero oficial, los demás privados. Pedro Arias Dávila nació en 1440 y murió en 1531, a los noventa y un años de edad, en León Viejo, Nicaragua. En el momento de su muerte era el gobernador más longevo de las Américas. Había fundado Panamá y había ordenado la ejecución del explorador Vasco Núñez de Balboa, cuya cabeza fue presentada en una bandeja después de que él mismo le hubiera prometido a su hija en matrimonio — un detalle que dice algo sobre su criterio. En 1513, sus sirvientes procedieron con los preparativos del funeral antes de que hubiera muerto del todo; despertó dentro de su ataúd. Vivió otros dieciocho años. En 1527, a los ochenta y siete años, contrató a un notario llamado Rodrigo Cervantes de la Noche para que gestionara sus asuntos privados. No está claro por qué eligió a Rodrigo. La carta de nombramiento no lo explica, y el contraregistro de Rodrigo tampoco. Los siete documentos que siguen son todo lo que sobrevive de la relación entre ellos. Los siete documentos fueron encontrados envueltos por separado del resto — no en encerado, que protegía todo lo demás en la caja de cedro, sino en una tela que un restaurador del Museo Nacional me dijo más tarde que era casi con certeza damasco de seda, eclesiástico, coherente con la producción de vestiduras*

litúrgicas de finales del siglo XVI. Alguien la había cortado por una costura anterior, con cuidado, y la había usado para envolver únicamente ese fardo. La tela fue cortada por alguien que sabía lo que era. El damasco de seda eclesiástico no estaba al alcance de cualquier habitante de León Viejo en el siglo XVI. No sé quién lo hizo.

Carta de nombramiento

Nombramiento real · 3 de agosto de 1527

Documento 1 de 28. Primera Parte: El notario del gobernador. Abre la edición.

Por el presente instrumento, yo, Pedro Arias Dávila, Gobernador de la Provincia de Nicaragua por designación de la Corona de Castilla, nombro y designo a Rodrigo Cervantes de la Noche, natural de Salamanca, notario de once años de ejercicio, con licencia del Colegio Real de Notaría de Castilla, como notario privado y secretario personal de mi persona y de mis asuntos, con efecto desde la fecha de firma de este instrumento.

Sus funciones incluirán el mantenimiento de mis registros privados, la redacción de correspondencia según mi dirección, la custodia de ciertos documentos que se le confiarán por separado, y todas las funciones de notaría que de tiempo en tiempo me parezca oportuno encomendarle. Actuará con discreción absoluta en todos los asuntos relativos a mi persona. No revelará el contenido de mis registros privados a ninguna persona sin mi consentimiento expreso, ni siquiera después de mi muerte, salvo instrucción en contrario que le haya sido dada por escrito o que resulte inequívocamente de la naturaleza de los documentos que custodia.

La compensación será la acordada por instrumento privado, del que obra copia en la oficina del tesorero provincial.

Este nombramiento tendrá vigencia mientras yo viva y a mi entera discreción. Podrá ser revocado en cualquier momento y sin causa expuesta.

Pedro Arias Dávila, Gobernador de Nicaragua León, Nicaragua Tercer día

de agosto del año del Señor de mil quinientos veintisiete

[Sello]

[C.V.: El nombramiento no fue revocado. Rodrigo Cervantes de la Noche sirvió a Pedro Arias Dávila durante los cuatro años que transcurrieron entre la firma de este documento y la muerte del gobernador, en 1531. La compensación acordada, según el instrumento privado al que hace referencia esta carta, era el doble de la tarifa estándar para notarios de su categoría. No he encontrado ningún registro de por qué.]

El contraregistro

Contraregistro privado · 1527 – 1531

Documento 2 de 28. Primera Parte: El notario del gobernador. Sigue a la carta de nombramiento (Documento 1) y precede a la deposición (Documento 3).

Nota preliminar de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Lo que sigue son extractos seleccionados del contraregistro privado de Rodrigo Cervantes de la Noche, mantenido entre 1527 y 1531 en paralelo a sus registros oficiales. El contraregistro tiene trescientas doce páginas. He seleccionado las entradas pertinentes al relato principal de esta edición. Las entradas que no se reproducen aquí son en su mayoría de índole administrativa — registros de correspondencia, notas de inventario, listas de gastos — sin relevancia para la historia que narran estos documentos. He omitido nada de sustancia narrativa o histórica sin señalarlo.]*

Entrada 1 del contraregistro

8 de agosto de 1527

El cargo me fue explicado por el escribano mayor, un hombre llamado Varela, que mantiene las manos muy quietas cuando habla, lo que he observado que suele ser el signo de alguien que ha aprendido a controlar las partes de sí mismo que de otro modo delatarían sentimiento. Me dijo: el notario anterior

había sido exacto. Observé que la exactitud parecía una cualificación adecuada para el cargo. Convino en que en general era adecuada, pero que en el caso del notario anterior no había resultado suficiente. No se extendió. No requerí extensión.

Mi función principal, explicó Varela, es copiar los registros privados del gobernador al archivo oficial en el lenguaje apropiado para Madrid. Hay, dijo, con frecuencia un hueco entre lo que contienen los registros del gobernador y lo que el archivo oficial debe contener, y la principal habilidad del notario es gestionar ese hueco con cuidado. Usó la expresión «con cuidado» dos veces. Entendí que el segundo uso era el significativo.

Llevo once años de notario. Estoy acostumbrado al hueco.

Conocí al gobernador al atardecer. No se levantó. Me miró un largo rato sin hablar, lo que he aprendido desde entonces que es su método habitual de evaluación — dice que un hombre capaz de tolerar el silencio es o paciente o temeroso, y que cualquiera de las dos cualidades es útil. Luego dijo: «Tiene usted madre indígena.» Dije que así era — nahua, del norte del territorio de México. Dijo: «Bien. Eso significa que entiende dos cosas a la vez. La mayoría de los hombres no.» No dijo qué dos cosas. Supuse que lo aclararía con el tiempo.

Vuelvo ahora a esta entrada, a la distancia de cuatro años. No lo ha aclarado. Llevo cuatro años trabajando para él y ahora entiendo que la aclaración era la afirmación. Quiso decir que yo ya sabía lo que él quería decir, y me estaba diciendo que él sabía que yo lo sabía. Fue la introducción más eficiente posible al modo en que piensa este hombre.

Empiezo a entender por qué el notario anterior no fue suficiente.

Entrada 2 del contraregistro

14 de septiembre de 1527

He leído el inventario de los asuntos privados del gobernador. Es poco habitual que un notario tenga acceso al inventario privado de su empleador tan pronto en el cargo, pero el gobernador fue directo al respecto: me mostró el inventario, me dejó leerlo y me dijo: «Ahora usted sabe lo que hay. Tenga la bondad de no hablar de ello.»

He tenido la bondad.

El inventario incluye objetos que esperaría encontrar en los bienes privados de un hombre de su posición — ropa, utensilios de plata, cartas, documentos —, así como objetos que no esperaría. No los registraré aquí salvo el que más directamente me concierne: una caja de cedro, encerrada con llave, cuya llave guarda el gobernador, sobre cuyo contenido el gobernador no ha dicho nada.

Entrada 4 del contraregistro

19 de noviembre de 1527

Esta mañana ha habido un réquiem.

El gobernador convocó a la capilla de su residencia a todos los miembros de su servicio doméstico y a los funcionarios que trabajan en el edificio, incluido yo. El sacerdote celebró una misa de difuntos completa — un réquiem — interpretada con toda la corrección litúrgica, tan bien ejecutada como cualquiera que yo haya escuchado, lo cual me pareció una observación extraña en relación con un réquiem por un hombre vivo.

El gobernador estuvo presente durante todo el servicio. Estaba sentado en la

silla de la primera fila, al centro, como habría estado un dignatario en un funeral normal. No tomó parte en los responsos. Solo estuvo sentado.

Los ojos del gobernador estuvieron abiertos durante todo el acto. No se movió, excepto una vez, cerca del final del *Agnus Dei*, cuando giró la cabeza y miró por la ventana durante un tiempo considerable. No sé qué vio.

Después del servicio, el gobernador agradeció al sacerdote y despidió a todos los presentes sin hacer ningún comentario sobre el motivo del acto.

No pregunté. No es mi función preguntar.

Entrada 8 del contraregistro

15 de marzo de 1528

El documento oficial que registra la sentencia de un tal Hernán Quijano, arrendatario de pastos que operaba bajo la cédula del gobernador, dice como sigue: *que el dicho Hernán Quijano, habiéndose hallado en infracción de las condiciones de su cédula según consta en el archivo provincial bajo sello fechado en septiembre de 1526, renunció voluntariamente a su pretensión y abandonó la provincia en el plazo de treinta días; y que este asunto queda resuelto a satisfacción de todas las partes, este día quince de marzo de 1528, en la ciudad de León.*

Este es el documento que preparé. No contiene errores de transcripción. Lo copié del registro dictado por el gobernador. La palabra «voluntariamente» figura en el registro dictado por el gobernador. La copié fielmente.

Lo que observé fue lo siguiente.

Hernán Quijano es un hombre de cuarenta y dos años, buena salud, tres hijos, una casa en el barrio norte de la ciudad, y un arreglo de arrendamiento que

estaba, por cualquier lectura de la cédula que yo sea capaz de hacer, dentro de los términos en ella estipulados. Acudió al gabinete del gobernador por invitación del gobernador, lo cual es decir por instrucción del gobernador, lo cual es decir que no tenía alternativa práctica a acudir. Se sentó en la silla frente al escritorio del gobernador. El gobernador leyó del documento de la cédula. El gobernador explicó lo que entendía que significaba la cédula. El gobernador explicó lo que ocurriría si se hallase, tras una revisión más detenida, que la cédula contravenía los estatutos provinciales sobre tierras. La explicación del gobernador tomó aproximadamente quince minutos. Al concluir la explicación, Hernán Quijano dijo que renunciaría con gusto a su pretensión, y agradeció al gobernador la claridad, y se retiró.

Durante esta explicación no fue tocado. No hubo violencia en la sala. No se formuló ninguna amenaza explícita. La palabra «voluntariamente» es exacta en el sentido estricto.

Llevo once años de notario. Conozco el sentido estricto.

Anoto esto en mi registro privado y en ningún otro. El documento oficial es correcto. El gobernador lo dictó. Lo copié fielmente. Estos son los hechos de mi intervención.

Lo escribo porque el registro lo requiere. Si el registro es adecuado a lo ocurrido no le corresponde al libro dirimirlo.

Entrada 14 del contraregistro

7 de agosto de 1529

El gobernador me convocó a sus aposentos para revisar el inventario de sus papeles privados. Es un trámite rutinario — revisa el inventario dos veces al año

y yo estoy obligado a presenciar la revisión y a certificar su exactitud. Ya lo he hecho dos veces antes. El inventario es coherente con las versiones anteriores, con un añadido.

El añadido es una caja de cedro, con cierre de hierro, de aproximadamente cuarenta centímetros de longitud, guardada en el fondo del arcón bajo la ventana del este. El arcón está cerrado con llave; yo guardo la llave, que es mi disposición estándar con todos los materiales privados a mi cargo. La caja de cedro tiene su propio cerrojo. Yo no guardo la llave de la caja de cedro.

Anoté la caja en el inventario como: *Una caja de cedro, cierre de hierro, contenido no especificado, valor desconocido. Presente y comprobada.*

El gobernador me observó mientras escribía esto. Luego dijo: «Llegará un momento en que el obispo le pida la llave del arcón.»

Pregunté qué obispo. Dijo: «El actual, o quien lo sea cuando llegue el momento. Dele la razón que él le dé y déjele tener la llave. Él sabrá lo que busca.»

Pregunté si el obispo necesitaría también una llave para la propia caja de cedro. El gobernador me miró un momento con lo que solo puedo describir como escrutinio, y luego dijo: «No. La caja de cedro no tendrá que abrirse.»

He registrado esta conversación exactamente tal como ocurrió. No sé qué contiene la caja de cedro. Tengo mis sospechas basadas en lo que el gobernador le contó a Varela sobre su historia con la expedición del Perú, que Varela me confió en privado la primavera pasada. Si mis sospechas son correctas, la caja de cedro contiene un documento de considerable peso jurídico, lo que significa que contiene una deuda, lo que significa que es la cosa más valiosa del archivo provincial. Está guardada en el fondo de un arcón en una sala que tiene goteras cuando llueve del noreste, lo que ocurre durante seis semanas al año.

He revisado el estado del encerado que la envuelve. Es adecuado.

Entrada 31 del contraregistro

1 de marzo de 1531

Esta tarde fui convocado al gabinete privado del gobernador y tomé dictado de una carta dirigida al obispo de Nicaragua. La carta concernía, entre otras cosas, a la caja de cedro. Contenía una declaración filosófica sobre la naturaleza de los documentos. Terminaba con una instrucción sobre la catedral.

La carta tardó cuarenta y cinco minutos en dictarse. El gobernador dictó sin pausa ni vacilación, como un hombre que lee de un texto memorizado. Se detuvo una vez, cerca del final, y miró por la ventana durante un tiempo considerable. Le he visto hacer esto antes. Esperé. Reanudó.

Al concluir el dictado dijo: «Séllela y llévela al obispo esta tarde. Dígale al obispo que quiero que la quemen cuando la haya leído.»

Sellé la carta. La entregué. Esta tarde, por invitación del obispo, presencié la quema: un plato de barro, la carta entera, la ceniza esparcida en el jardín fuera de la ventana del estudio del obispo. La quema tardó aproximadamente cuatro minutos. No lo sé con exactitud, pues no estaba mirando el reloj. Estaba mirando el papel.

He vuelto a mi habitación. Es tarde, pasada la segunda campana, y no he dormido. Estoy sentado en mi escritorio con el contraregistro abierto, el fuego bajo y una copia de la carta delante de mí que transcribí de memoria nada más regresar del jardín del obispo.

Debería explicar por qué hice la copia.

Hice la copia porque soy notario y la carta contenía un acuerdo real con

consecuencias reales para esta provincia, y el fuego del obispo no cambia lo que fue acordado. La hice porque el gobernador me dio la llave del arcón y me dijo que el obispo la pediría y no me preguntó qué pensaba yo al respecto, que es lo más cerca que ha estado nunca de confiarme sus verdaderas intenciones. La hice porque dictó la carta en esta habitación, a mí, a solas, cuando podría haber utilizado cualquier otro medio de comunicación a su disposición, y creo — no estoy seguro, pero creo — que era consciente de lo que yo haría.

Me eligió porque tengo madre indígena. Porque entiendo dos cosas a la vez.

Entiendo esto: la carta fue quemada. Entiendo esto: la copia existe.

No sé si esto es valor. He estado sentado aquí dos horas intentando determinar si lo que siento es valor o su ausencia, y no puedo distinguirlos. Puede que sean la misma cosa con luz distinta.

Voy a intentar dormir. Mañana el gobernador cumplirá noventa y un años. No me ha pedido que organice ninguna celebración.

Entrada final del contraregistro

6 de marzo de 1531

Pedro Arias Dávila, gobernador de la provincia de Nicaragua, murió esta mañana entre la segunda y la tercera campana, en sus aposentos, por causas concordes con su edad. Varela me avisó al amanecer. Acudí a la cámara. El cuerpo ya había sido dispuesto.

Mis tareas del día:

Compilé el inventario oficial de los efectos personales del gobernador, conforme a los estatutos provinciales que rigen la muerte de los oficiales de la Corona. El inventario queda archivado en el archivo provincial y certificado

bajo mi sello. Es completo y exacto.

Recogí la caja de cedro del arcón bajo la ventana del este y la entregué en la residencia del obispo al mediodía, como se me había instruido, en respuesta a una razón que el obispo me dio y que consideré suficiente. La caja de cedro fue firmada de recibo por el secretario del obispo. Tengo el recibo.

Volví a mi habitación y abrí el contraregistro.

He intentado durante un tiempo pensar qué registrar aquí, y no encuentro nada que añadir al registro que he llevado durante cuatro años. El gobernador ha muerto. Los documentos están donde deben estar. La copia de la carta está donde la puse. La caja de cedro está con el obispo.

Varela me dijo esta tarde que el cargo se anunciará y que mis servicios son apreciados y que se hará una disposición adecuada para mi transición. Mantenía las manos muy quietas mientras lo decía.

Se lo agradecí.

Quiero registrar una cosa, para el archivo que es solo mío y que no espero que nadie lea durante mucho tiempo, si es que alguna vez se lee.

No me pidió que no hiciera la copia. Dictó la carta despacio, con pausas que yo no necesitaba. Me dijo que el obispo la quemaría. Sabía que llevaba cuatro años manteniendo este registro — le he visto mirarlo, nunca preguntó por él, nunca me indicó que dejara de hacerlo. Me dio la llave del arcón y me dijo que esperase la razón del obispo.

Él construyó esto. No me dijo que lo estaba construyendo porque sabía que no hacía falta decírmelo.

No sé cómo registrar lo que siento al respecto. No estoy seguro de que registrarlo sea mi función. Mi función es certificar lo ocurrido, y lo que puedo certificar es esto: un hombre pasó noventa y un años construyendo cosas que no

viviría para ver, y al final construyó una cosa más, y yo fui el material.

No creo que se equivocara conmigo.

R.C. de la Noche León, Nicaragua 6 de marzo de 1531

La deposición y la Entrada 14

Deposición oficial + entrada del contraregistro · 7 de agosto de 1529

Documento 3 de 28. Primera Parte: El notario del gobernador. Sigue al contraregistro (Documento 2) y precede a la Entrada 31 (Documento 4).

Nota preliminar de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: El Documento 3 son dos documentos presentados juntos: el certificado oficial de la revisión bianual de los papeles privados del gobernador, llevada a cabo en agosto de 1529, y la Entrada 14 del contraregistro, escrita por Rodrigo el mismo día. El documento oficial tiene cinco frases. La entrada privada tiene cuatro párrafos. La deposición registra lo que se encontró. La entrada del libro registra lo que decidió hacer al respecto. Entre ellos, la caja de cedro.]*

Parte A — Certificado oficial

7 de agosto de 1529

Yo, Rodrigo Cervantes de la Noche, notario, certifico que en este día de agosto del año del Señor de mil quinientos veintinueve, he revisado junto con el gobernador Pedro Arias Dávila el inventario de sus papeles y bienes privados, conforme al procedimiento establecido.

El inventario es exacto a excepción del siguiente añadido: una caja de cedro, con cierre de hierro, contenido no examinado, de valor desconocido. La caja ha sido anotada en el inventario. El gobernador ha confirmado su exactitud.

No se ha eliminado ningún bien. No se ha encontrado ninguna discrepancia.

Rodrigo Cervantes de la Noche, notario León, Nicaragua

[Sello]

Parte B — Entrada 14 del contraregistro

7 de agosto de 1529

[Tal como se reproduce en el Documento 2 de esta edición. El pasaje de la caja de cedro, reproducido aquí en su posición en el orden de lectura.]

Anoté la caja en el inventario como: *Una caja de cedro, cierre de hierro, contenido no especificado, valor desconocido. Presente y comprobada.*

El gobernador me observó mientras escribía esto. Luego dijo: «Llegará un momento en que el obispo le pida la llave del arcón.»

Pregunté qué obispo. Dijo: «El actual, o quien lo sea cuando llegue el momento. Dele la razón que él le dé y déjele tener la llave. Él sabrá lo que busca.»

Pregunté si el obispo necesitaría también una llave para la propia caja de cedro. El gobernador me miró un momento con lo que solo puedo describir como escrutinio, y luego dijo: «No. La caja de cedro no tendrá que abrirse.»

He revisado el estado del encerado que la envuelve. Es adecuado.

[C.V.: El certificado oficial registra la caja de cedro como «contenido no examinado». Esto es exacto. Rodrigo no examinó el contenido. No lo necesitaba. El contraregistro deja claro que ya había formado una hipótesis precisa sobre lo que contenía la caja, basada en una conversación que había mantenido con el secretario general la primavera anterior — una conversación

que no aparece en ningún documento oficial. El certificado oficial tiene cinco frases. La entrada privada tiene cuatro párrafos. Entre ellos, la caja de cedro.]

Entrada 31

Entrada del contraregistro · 1 de marzo de 1531

Documento 4 de 28. Primera Parte: El notario del gobernador. Precede inmediatamente a La carta (Documento 5).

Nota preliminar de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: El lector acaba de leer la Entrada 31 en el Documento 2. Pertenece aquí, en el orden de lectura, inmediatamente antes de la carta. La Entrada 31 fue escrita la misma noche, después de que quemaran la carta y después de que Rodrigo hubiera hecho la copia de memoria. Escribió la copia primero. Luego se sentó con el contraregistro y escribió la Entrada 31, reflexionando sobre lo que acababa de hacer. Lo sé porque la entrada tiene la tinta más fresca — recargó la pluma entre una y otra. La copia de la carta es lo último que escribió Rodrigo que era sobre la carta; la Entrada 31 es lo primero que escribió después que no lo era.]*

La carta

Carta dictada (copia) · 1 de marzo de 1531

Preámbulo — De mano de Rodrigo

Copia de una carta dictada por Su Excelencia don Pedro Arias Dávila, gobernador de la Provincia de Nicaragua, a su escribano Rodrigo Cervantes de la Noche, y dirigida al Reverendísimo fray Diego de Salamanca, obispo de Nicaragua. Dictada en la cámara privada del gobernador este primer día de marzo, en el Año del Señor de mil quinientos treinta y uno. Ninguna otra persona estuvo presente. El gobernador no se hizo releer la carta tras el dictado. Dijo: «Está bien.» No la había oído releer.

La carta

REVERENDÍSIMA EXCELENCIA,

Os escribo desde un lecho en el que no he dormido y desde una provincia que no será gobernada por mí mucho más tiempo. Observaréis que digo esto sin rodeos y sin ceremonia. Un hombre que ha cargado consigo su propio ataúd durante dieciocho años ha tenido tiempo bastante para acostumbrarse a la partida, y hallo que ya no me queda paciencia para las formas de aproximación que durante siete decenios he observado en la correspondencia. Estamos, entre nos, demasiado viejos para eso. Vos tenéis sesenta y tres años. Yo tengo noventa. Hemos vivido los dos lo bastante para decir lo que queremos decir.

Tengo un asunto que concluir.

Entre mis efectos personales — en concreto, entre los papeles que he

mantenido apartados del archivo provincial y bajo mi propia cerradura desde el año 1526 — hay un documento. Lo hallaréis en una caja de cedro, envuelto en hule, en el fondo del arca que está bajo la ventana del oriente de mi cámara. El arca está cerrada con llave. Mi escribano Rodrigo tiene la llave, junto con instrucciones de no entregarla sin un motivo que él considere suficiente. Dadle un motivo. Es hombre leal en lo que importa. Lee todo lo que copia, razón por la cual lo tomé a mi servicio, y para cuando esta carta llegue a vuestras manos él se habrá formado sus propias conclusiones sobre ella. Sus conclusiones serán probablemente justas.

El documento de la caja de cedro lleva las firmas de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, fechado en el séptimo año del reinado de nuestro soberano don Carlos, que es decir 1524. Consigna mi condición de socio fundador en la empresa que llegaría a ser, en los años que siguieron a mi retirada de ella, la conquista del Perú. Conoceréis esa historia en sus líneas generales. Lo que no sabréis, porque no se lo he dicho a nadie, es lo que guardé.

Pizarro y Almagro fueron hombres minuciosos en casi todo. No fueron minuciosos en lo tocante al papeleo. El acuerdo original nunca se disolvió formalmente — no porque alguien lo olvidara, sino porque los hombres que están a punto de ser muy ricos hallan inconveniente dedicar una tarde a atender los deseos administrativos del hombre al que dejan atrás. Me retiré. Recibí mi compensación. Les permití proceder a su gloria. Lo que no permití fue la devolución de mi copia del acuerdo, y como ellos eran reacios a pedírmela directamente y yo era reacio a ofrecerla, el documento ha permanecido en la caja de cedro durante cinco años, sin acumular nada salvo el moho del hule en clima lluvioso, y el considerable interés de una deuda no pagada.

Los documentos no se disuelven. Es la única virtud que en ellos he admirado de veras. Un hombre se disuelve. Un acuerdo se disuelve. Un recuerdo se

disuelve en el instante en que la mente que lo sostiene se detiene. Pero un documento — un documento con firmas, en la lengua debida, atestiguado y fechado — éste persiste. Persiste sin importar que alguien quiera o no que persista. Persiste sin importar que alguien lo lea, o sepa que existe, o preferiría que no existiera. Hay en esto algo casi teológico, lo cual menciono solo porque sois obispo y presumo que tales observaciones os habrán de interesar.

Lo que el documento significa en términos legales es cuestión que encomiendo a los eruditos con más ocio del que yo poseo. Lo que significa en términos prácticos es esto: es una deuda. Es la deuda de un imperio para con una provincia. El imperio no reconoce esta deuda. El imperio está, a la manera de los imperios, acostumbrado a reconocer solo lo que le resulta conveniente. Pero el imperio construye cosas. Construye iglesias, guarniciones, caminos, puertos, y al cabo — cuando quiere demostrar que un lugar merece ser gobernado, que el dinero gastado en la conquista no se desperdició, que Dios mira con buen rostro la inversión — construye catedrales.

Esta provincia tendrá una catedral. No la magra iglesia provisional en la que estáis ahora obligado a oficiar, la que admite la lluvia en octubre y exige tres velas donde una debiera bastar. Una catedral verdadera. Un edificio que seguirá en pie cuando todos los que viven hoy en esta ciudad estén bajo tierra. No sé cuándo ha de venir. Puede que venga en vuestro tiempo, aunque lo dudo. Puede que venga en el tiempo de vuestro sucesor, o el de su sucesor, o el de algún obispo cuyo nombre ninguno de los dos reconocería. Pero vendrá. Los imperios siempre construyen. Es su compulsión y su vanidad y, si he de ser justo con ellos, una de las pocas cosas que hacen que sobrevive a las razones por las que las hicieron.

Cuando venga, presentaréis el documento a quienquiera que tenga la comisión. Diréis que el gobernador fundador de esta provincia tuvo una

pretensión anterior en la cuestión del Perú — y que aquí está la prueba de la pretensión — y que la pretensión nunca ha sido saldada — y que León ha de tener el edificio más grande. No diréis nada sobre su valor legal. Les permitiréis que formen su propia estimación. En mi experiencia, los hombres enfrentados a un documento firmado de dos decenios atrás discutirán su valor legal durante un tiempo considerable antes de hacer nada práctico, y mientras discuten los muros se levantarán, y treinta pies de piedra zanjan la mayoría de los argumentos.

Sé que podéis tener reparos ante este arreglo. Os invito a examinarlos. El reparo que más me preocupa es el de la irregularidad — la sensación de que un arreglo de esta naturaleza, conducido entre un gobernador agonizante y un obispo en ejercicio sin conocimiento de los consejos y oficinas pertinentes en Madrid, podría no estar enteramente dentro de los límites del procedimiento debido. Diré dos cosas en respuesta a esto. Primero: vengo operando fuera del procedimiento debido desde 1514, y mantengo la confianza de que el procedimiento debido aún no ha producido nada digno de recordarse. Segundo: la alternativa es que el Perú, al cual hice posible costeando la expedición que lo descubrió, levante una catedral de primer orden mientras Nicaragua recibe lo que sobre de los cálculos de hombres que jamás pusieron pie en esta provincia y a quienes no se les exige vivir en ella.

Tengo noventa años. He dado muerte a hombres por menos causa que ésta, y la misma Corona cuyos procedimientos os preocupan me ha condecorado por ello. Os pido solo que custodiéis un documento.

El obispo que ocupe vuestro puesto cuando llegue el momento sabrá qué hacer con él, porque vos os encargaréis de que ese saber se transmita. No requiero un mecanismo formal para esto. Una historia, contada en privado a vuestro sucesor, con la entrega de la caja de cedro. Así han pasado siempre las cosas entre instituciones cuando las instituciones desean evitar que medien por

escrito. Sois obispo. Sabéis cómo se hace.

Os diré una cosa más, que os digo porque será quemada con esta carta y no me costará por tanto nada.

No creo en el mundo que sigue a éste. He considerado la cuestión con cuidado — con más cuidado, acaso, que la mayoría de los hombres, pues he sido consciente de su significación práctica desde aquella mañana de 1513 en que desperté dentro de un ataúd y hallé que los criados no habían esperado tanto como debieran antes de proceder con los preparativos. He tenido dieciocho años para reconsiderar la cuestión y mi conclusión sigue siendo la misma. El otro mundo es una estructura levantada por instituciones poderosas para el gobierno de los hombres que de otro modo harían a éste exigencias irrazonables. Está eficientemente diseñado. No tengo queja de él. Sencillamente nunca lo he hallado personalmente aplicable.

En lo que creo es en este mundo. Creo que lo que un hombre hace en él es todo cuanto jamás tendrá, y que los hombres que entienden esto hacen más que los que no, porque no reservan sus esfuerzos para otra parte.

He hecho más que la mayoría. He hecho Panamá. He hecho Nicaragua. He hecho el registro legal de esta provincia durante cuatro años seguidos, lo cual es en algunos respectos un logro más permanente que cualquiera de los otros, pues el registro legal es lo único que cuenta a los siglos venideros qué sucedió en realidad, y he sido cuidadoso con lo que dice. He hecho las condiciones bajo las cuales el Perú fue posible, contribución que los cronistas del Perú se tomarán considerable empeño en no acreditarme, y en señalar la cual tomo aquí una merecida satisfacción, en un documento que será quemado.

La catedral es la última cosa que haré. No la veré. No la oiré. Por toda forma de razonamiento que esté a mi alcance, no tendré conciencia alguna de que existe siquiera. Y, sin embargo, hallo que me importa considerablemente. He

estado pensando en por qué es así. He concluido que es esto: un edificio es el único argumento que continúa sin su autor. Un hombre arguye y le responden, y luego muere, y el argumento cesa. Un edificio sigue argumentando después de que el hombre se ha ido. No lo necesita. No requiere que nadie lo recuerde. Sencillamente está allí, cuarenta pies de piedra labrada, y sostiene su tesis.

Quiero que esta tesis sea sostenida.

Construidla grande. Construidla en suelo que no se mueva — este suelo se mueve, lo sabéis tan bien como yo, Momotombo se ocupa de ello, y lo que aquí se levante ha de levantarse a sabiendas de que será puesto a prueba. Construidla con buena piedra, bien cortada, y con matemáticas que sobrevivan a los hombres que las calcularon. No confiéis en los hombres que os digan que lo que tenéis es suficiente. No son ellos quienes estarán dentro cuando el suelo tiemble. Construidla para que resista. Construidla de modo que cuando todo cuanto la rodee caiga — y las cosas caen, aquí, todo cae — la catedral siga en pie.

Y construidla de modo que, cuando dentro de doscientos años la gente esté de pie en su interior, sienta algo que no sepa nombrar. Yo he sentido esto en edificios. Vos lo habéis sentido. No es Dios — o no es solo Dios — es el peso de la voluntad de un hombre comprimida en piedra y mortero y obligada a persistir. Esa sensación, en la catedral de León, será mía. No requiero que nadie lo sepa. Requiero solo que sea verdad.

Esta es mi teología. Podéis conservar la vuestra. No tengo objeción a la vuestra. La habéis servido fielmente y ella os ha servido a vos adecuadamente a cambio, lo cual es lo mejor que puede decirse de la mayoría de los arreglos. Pero construid mi catedral primero. Construidla primero y construidla grande, y dejad que el argumento continúe sin mí.

Sigo, como siempre he seguido, en servicio a lo que he construido y a nada más.

Pedro Arias Dávila Gobernador de la Provincia de Nicaragua Primer día de marzo de 1531 En la ciudad de León

---

Párrafo añadido por Rodrigo — En letra distinta, misma fecha

Lo precedente es copia fiel y completa de la carta que me fue dictada en la fecha arriba consignada, y entregada por mí a Su Excelencia el obispo en la tarde del mismo día, en la condición especificada — sellada, sin sobrescrito — y quemada por Su Excelencia en mi presencia en la noche del mismo día, hacia la hora de vísperas, en una escudilla de barro que se sacó después al exterior y cuya ceniza fue esparcida en el jardín. Atestigüé todo esto. No hice comentario alguno.

He transcrito esta copia porque un escribano es guardián de lo ocurrido. Lo que el gobernador dictó ocurrió. La hoguera del obispo no cambia lo ocurrido. Un documento destruido sigue siendo un documento. Sencillamente pasa a ser un documento que requiere que un escribano hubiera estado atento.

Soy consciente del riesgo que esta copia comporta. Soy consciente de que, si fuese hallada por las personas equivocadas, perdería mi puesto, la seguridad de mi familia y quizá más que eso, pues el contenido toca al Consejo de Indias y al obispo en proximidad poco favorecedora. Soy también consciente de que he leído esta carta entera — dos veces, mientras la transcribía; una más después, para cerciorarme de haberla copiado correctamente — y de que contiene un arreglo que, de honrarse, afectará a esta provincia durante generaciones, y de que parezco ser la única persona ajena a la confianza del obispo que sabe de su existencia.

No busqué este puesto. Me halló por vía de mi empleo, y por vía del hecho

de que el gobernador eligió, como elegía todo, tener una sola persona presente y elegir a esa persona con cuidado. No creo que ignorara que yo la copiaría. Creo que le era indiferente. Me dio la llave de la caja de cedro. Me dijo que el obispo la pediría. No me dijo que no leyera el documento que contenía.

No sé si esta copia es valor. El registro lo exigía. Si lo que he hecho basta no es cosa que me corresponda zanjar a mí. Es lo que tengo.

Rodrigo Cervantes de la Noche, escribano León, Nicaragua Sexto día de marzo de 1531

[C.V.: La fecha del párrafo de Rodrigo es el 6 de marzo — cinco días después de que se dictó la carta. Es la fecha de la muerte de Pedrarias. El inventario de los bienes del gobernador — Documento 6 de esta colección — está fechado también el 6 de marzo. Rodrigo compiló el inventario y transcribió esta copia el mismo día, en las mismas horas. No sé en qué orden hizo estas cosas. No creo que el orden importe. Lo que importa es que hizo ambas.]

Nota de sección de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: El Documento 6 no requiere introducción.]*

El inventario

Inventario oficial · 6 de marzo de 1531

Documento 6 de 28. Primera Parte: El notario del gobernador. Sigue a La carta (Documento 5) y precede a la carta de Rodrigo a Catalina (Documento 7).

INVENTARIO OFICIAL

Por autoridad de la Corona de Castilla, en nombre de Su Majestad Imperial Carlos, Rey de Castilla, León, Aragón y las Dos Sicilias, Sacro Emperador Romano:

Inventario de los bienes personales de Su Excelencia Pedro Arias Dávila, Caballero Comendador de la Orden de Santiago, Gobernador de la Provincia de Nicaragua, fallecido este sexto día de marzo en el Año de Nuestro Señor de mil quinientos treinta y uno, en la ciudad de León, en su sexagésimo séptimo año al servicio de la Corona.

Compilado conforme a los Estatutos Reales que rigen los bienes de los oficiales de la Corona fallecidos en servicio en los territorios americanos, específicamente la Ordenanza de Burgos según las disposiciones complementarias de 1523. Compilado por Rodrigo Cervantes de la Noche, notario del gobernador, en el ejercicio de su cargo oficial. El inventario es completo a leal saber y entender de este notario. Queda certificado bajo el sello del notario al final de este documento.

PRIMERA PARTE — MOBILIARIO Y BIENES PERSONALES DE

LA CÁMARA DEL GOBERNADOR

Una silla labrada, de roble, de respaldo alto, con brazos, en condiciones de uso, con un cojín de lana roja, gastado. Valor estimado: ocho maravedís.

Un escritorio, de cedro, tres cajones, herrajes de hierro, un cajón con doble fondo, vacío. El doble fondo no contenía documento alguno al momento del inventario. Valor estimado: doce maravedís.

Un arcón, de pino, cerradura y asas de hierro, contenido inventariado por separado en la Tercera Parte abajo. Valor estimado: cinco maravedís.

Una cama, armazón de madera tropical, encordado de soga, colchón con relleno de algodón, en mal estado en las costuras. Dos mantas de lana, una en condiciones de uso, otra no. Una almohada, rellena de plumas, en condición adecuada. Valor estimado del conjunto: nueve maravedís.

Un atril de escritura, portátil, de bisagras de hierro, de los de campaña, capaz de plegarse para el viaje. Tres tinteros de cerámica, dos de los cuales conservan tinta utilizable. Un haz de plumas de ave, algunas usadas, otras no, atado con bramante. Valor estimado: seis maravedís.

Siete velas de cera, blancas, sin usar. Cuatro velas de cera, parcialmente usadas, de longitudes diversas. Valor: insignificante.

Una cruz de madera, pino liso, sin inscripción ni adorno alguno, colgada sobre la cama por un solo clavo de hierro. Valor: insignificante.

Un libro de oraciones, encuadernado en piel marrón, muy gastado en el lomo, con anotaciones marginales en dos manos distintas, ninguna de las cuales este notario puede identificar con certeza como la del gobernador. El libro de oraciones no figura por separado en el catálogo privado. Valor: no tasable.

Un ataúd, de madera lisa — pino, cree este notario, aunque la calidad de la construcción es mejor de lo que sugiere el pino común —, con cuatro asas de

hierro y sin inscripción de ningún tipo. Presente en la cámara al momento de la muerte del gobernador, situado contra la pared oeste, junto a la puerta. Habiéndome informado con el personal doméstico, se me indica que el ataúd era propiedad personal del difunto y había estado en su posesión continua desde el año 1513, un período de dieciocho años, y que lo acompañó en todos sus viajes y residencias oficiales posteriores, incluido durante su tenencia como Gobernador General de Castilla del Oro y su traslado desde allí a esta provincia. Lo he incluido en este inventario como bien personal en consideración a que evidentemente era bien personal, fuera lo que fuera lo demás. Valor estimado: no tasable.

SEGUNDA PARTE — VESTIMENTA E INSIGNIAS

Una cadena de mando del gobernador, de plata, doce eslabones, con un medallón que lleva las armas reales, en buen estado. Este objeto es propiedad de la Corona y debe devolverse a la oficina virreinal de la ciudad de México. Se incluye aquí únicamente para constancia.

Una espada de gala, de acero toledano, empuñadura de plata con una pequeña esmeralda engastada en el pomo, vaina de cuero labrado con guarniciones de plata, en excelente estado. Valor estimado: cuarenta maravedís.

Una espada ordinaria, de acero toledano, empuñadura lisa de hierro, vaina de cuero liso, en condiciones de uso. Valor estimado: quince maravedís.

Una casaca militar, de lana, oscura, con la insignia de la Orden de Santiago en el pecho, en condiciones de uso. Dos pares de botas, de cuero, uno en buen estado, otro con la suela izquierda gastada hasta atravesar. Un sombrero, de ala ancha, fieltro negro, con cinta oscura, en condiciones de uso. Dos camisas de lino, una camisa de lana, dos pares de calzas. Diversa ropa interior, no detallada.

Tres pequeñas piezas de joyería personal: un anillo, de plata, sin piedra, una sortija lisa de las que se llevan en luto; un anillo, de oro, con un sello que no puedo descifrar con suficiente claridad para describirlo; una medalla de Santiago, pequeña, llevada en cadena, que el personal informa que portaba en todo momento y que se encontró sobre su persona esta mañana.

TERCERA PARTE — PAPELES Y DOCUMENTOS

El gobernador mantenía sus papeles personales separados del archivo provincial, en el arcón descrito en la Primera Parte. El arcón estaba cerrado con llave; conservo la llave en mi capacidad oficial. Abrí el arcón esta mañana e inventarié su contenido como sigue.

Materiales del archivo provincial: Cuatro carpetas de correspondencia relativa a la administración provincial, copias de documentos archivados. Son registros oficiales y se transfieren al archivo intactos.

Correspondencia privada: Once cartas de diversas personas, abarcando el período 1524–1530. He leído las cartas según exige el procedimiento de inventario. Ninguna de ellas se refiere directamente a asuntos provinciales ni requiere su retención en el archivo oficial. Las he apartado para su disposición a discreción del administrador provincial.

Una caja de cedro, con cierre de hierro, envuelta en encerado, almacenada bajo los materiales anteriores. He inventariado esta caja por separado. Su contenido no se describe aquí. La caja fue entregada en la residencia del obispo de Nicaragua esta tarde, al mediodía, conforme a las instrucciones que recibí del gobernador antes de su muerte y en respuesta a una razón ofrecida por el obispo que encontré suficiente. Un recibo firmado por el secretario del obispo se adjunta a este inventario como Apéndice A.

Una carta, dictada por el difunto a este notario el primer día de marzo de este año, cuatro días antes de su muerte, sellada por este notario y entregada a Su Excelencia el obispo de Nicaragua en la tarde del mismo día. La carta fue quemada por el obispo en presencia de este notario en la noche del 1 de marzo, hacia la hora de vísperas, en una escudilla de barro, cuyas cenizas fueron esparcidas en el jardín de la residencia del obispo. La quema se llevó a cabo por expresa instrucción del difunto, comunicada a este notario en el momento del dictado. Este notario no hizo ninguna copia. El contenido de la carta no consta, en consecuencia, en el registro oficial de esta provincia.

[C.V.: El lector ya ha leído la copia.]

CERTIFICACIÓN

Yo, Rodrigo Cervantes de la Noche, notario del Gobernador de la Provincia de Nicaragua, certifico por la presente bajo mi sello oficial que el inventario que antecede es completo y exacto a leal saber y entender de este notario, compilado en este sexto día de marzo del Año de Nuestro Señor de mil quinientos treinta y uno, en la ciudad de León, en la Provincia de Nicaragua, en el reinado de Su Majestad Imperial Carlos.

Que Dios guarde el alma de Pedro Arias Dávila.

Rodrigo Cervantes de la Noche Notario León, Nicaragua 6 de marzo de 1531

[Sello]

Apéndice A — El recibo de la caja de cedro — no se reproduce en esta edición. Se conserva en el Archivo Diocesano de León, Nicaragua, en el mismo fardo

que el inventario diocesano de 1647 (Documento 9). Es un recibo de una caja, de cedro, con cierre de hierro, envuelta en encerado, recibida de Rodrigo Cervantes de la Noche el sexto día de marzo de 1531. El contenido se describe como: no especificado. El destinatario se describe como: la oficina del obispo de Nicaragua.

[C.V.: He optado por no reproducir el recibo. No añade nada salvo la confirmación de que existe un recibo. Incluyo esta nota únicamente porque la ausencia de un documento, en una edición de esta naturaleza, debe ser siempre una decisión editorial deliberada y no un descuido. El recibo no es descuido de nadie. Sencillamente no es interesante. La caja de cedro sí lo es.]

La carta de Rodrigo a Catalina

Carta personal · 1546

Documento 7 de 28. Primera Parte: El notario del gobernador. Cierra la Primera Parte. El séptimo y último documento del fardo de damasco de seda.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Esta carta no estaba en la caja de cedro. Fue encontrada en el Archivo Diocesano de León, en un fardo de correspondencia miscelánea de mediados del siglo XVI, mal archivada entre un deslinde de tierras de 1543 y un registro de mantenimiento de la catedral de 1551. Está dirigida a «mi hija Catalina, en Salamanca, si esto llega a sus manos». Al parecer nunca fue enviada. No sé cuándo la escribió Rodrigo — la fecha está ausente — pero la letra es más antigua que la de las entradas del contraregistro, más laboriosa, y el papel es distinto. La sitúo después del inventario porque se lee como una posdata.]*

Catalina:

No sé si estás viva.

Si lo estás, es posible que esta carta te llegue, porque he sabido localizar a personas antes con menos información. Si no lo estás, le daré la carta a quien pueda llevarla al lugar donde te dejé, que quizá todavía haya alguien que te conozca y que tenga hijos que te conocieran y que pudiera decirles lo que estoy a punto de decirte, si bien en ese caso es una carta para personas que no conozco sobre hechos que les conciernen por razón de su descendencia.

Escribo esto desde mi lecho. El médico dice que tengo buenas perspectivas; el médico dice esto con el tono de alguien que está preparando a su paciente para la posibilidad contraria. He aprendido a leer este tono. Lo utilizaba yo mismo a menudo, cuando debía informar a personas de asuntos que el registro oficial no contemplaba que yo les informara.

Tengo el hábito de la sobriedad, que quizá recuerdes de tu infancia, y que he intentado corregir en los últimos años. Voy a intentar ser directo.

Pasé los últimos cuatro años de vida del gobernador Pedro Arias Dávila a su servicio como notario privado. Fue un empleo inusual. El gobernador era, en el momento en que le conocí, el hombre más anciano de las Américas, posiblemente el más anciano de todo el mundo conocido, y llevaba dieciocho años cargando su propio ataúd, metafóricamente hablando, y también de forma bastante literal, pues tenía un ataúd que era de su propiedad y que había adquirido en 1513 después de despertar dentro de uno prestado. Tenía noventa y un años de edad cuando murió. Le conocí cuando tenía ochenta y siete.

La razón por la que te cuento todo esto es que hay algo que debo decirte sobre una copia de un documento que hice en 1531 y que he guardado desde entonces, y que es la razón, o una de las razones, de que esta carta sea necesaria.

El gobernador dictó una carta. La carta fue quemada. Yo hice una copia.

Hice una copia. Guardé la copia. La he guardado durante catorce años.

No voy a explicarte por qué hice la copia, porque lo he intentado explicar en otros lugares y no estoy seguro de que la explicación sea la parte honesta. Lo que sé es que he llegado al final de mi vida siendo el único depositario de cierto conocimiento, y que ese conocimiento tiene consecuencias para personas que aún no han nacido, y que su valor no disminuirá con mi muerte pero su accesibilidad sí.

La copia está en la caja de cedro. La caja de cedro está en el archivo que su obispo de aquí guarda como me instruyó el gobernador que se guardara. Si lo que el gobernador creía resulta ser cierto — y creo que lo era, porque era el tipo de hombre cuyas creencias sobre el futuro tendían a verificarse — habrá una catedral, y habrá personas que construirán la catedral, y si construyen la catedral como el gobernador quería que se construyera, habrá personas que algún día querrán saber por qué es como es, y esas personas necesitarán los documentos.

Quizá seas tú. Quizá sean tus hijos. Quizá sea alguien que descienda de ellos de maneras que ninguno de nosotros puede imaginar.

Si tienes hijos, diles que su abuelo era un notario que llevó dos juegos de registros y no se encontraba del todo cómodo con ello y lo hizo de todas formas, que es probablemente el epitafio más honesto que voy a tener.

Rodrigo Cervantes de la Noche León, Nicaragua

[C.V.: Catalina no recibió ninguna carta de su padre después de 1547. Si estaba viva no se establece en ningún registro que yo haya hallado. Si esta carta fue enviada alguna vez tampoco se establece — fue encontrada sin enviar, mal archivada, catorce años después de que presumiblemente se escribiera. No sé si Rodrigo contempló la posibilidad de que no la alcanzara y la escribió de todas formas, en el mismo espíritu en que hizo la copia de la carta. Creo que probablemente sí.]

Parte II

La confesión del arquitecto

**Nota contextual de Consuelo Vargas Montiel* Debo decir algo sobre la geografía antes de que el lector avance, porque la geografía es una prueba. León Viejo — la ciudad donde Rodrigo sirvió a Pedrarias, donde ocurren los eventos de los primeros siete documentos — fue destruida en 1610 por una combinación de erupción volcánica e inundación. La ciudad actual de León fue reconstruida cuatro kilómetros al oeste. La Catedral Basílica de la Asunción, el edificio del que trata la mayor parte de esta edición, fue construida en esa nueva ciudad entre 1747 y 1814. Está a cuatro kilómetros de distancia del lugar donde Pedrarias dictó la carta que se convirtió en el Documento 5. Menciono esto porque la distancia importa. Los documentos que Pedrarias reunió en la caja de cedro sobrevivieron a la destrucción de León Viejo — sobrevivieron al volcán, a la inundación, a ciento treinta y seis años de traslados de archivo — y llegaron intactos al siglo XVIII para financiar la construcción de un edificio en una ciudad diferente de aquella en la que fueron concebidos. Lo sé porque estaba presente en una sala de lectura de la calle Santo Tomás donde la luz invernal entra por ventanas altas y se agota completamente a las dos de la tarde, y encontré el rastro documental de su traslado. La documentación del traslado se conserva en el Archivo General de Indias. Pedí el permiso de acceso*

pertinente en 1974 y lo obtuve en 1976. La historia de cómo llegó a Sevilla lo que había sido concebido en León Viejo es la historia que cuentan los documentos de esta parte.

Nota privada del obispo Rodrigo de la Vega

Nota privada episcopal · c. 1610–1611

Documento 8 de 28. Documento puente entre la Primera Parte y la Segunda. Nota privada del obispo Rodrigo de la Vega, escrita en León Viejo en fecha indeterminada de su episcopado (1601–1619). Encontrada suelta en el Archivo Diocesano de León en 1976, en una carpeta de correspondencia episcopal traspapelada entre los registros administrativos del traslado posterior a 1610.

Nota de sección de Consuelo:

> *[C.V.: Una sola hoja, escrita al dorso de un borrador de sermón. La letra es apresurada. El papel está manchado con lo que un restaurador me dijo que es casi con certeza ceniza volcánica. La incluyo por lo que conserva: el momento en que un hombre recibió la caja, se le dijo alguna parte de lo que era, y decidió conservarla de todos modos.]*

Para el archivo. No para el inventario.

Recibí la caja de cedro del obispo Tomás de Mendoza el tercer domingo de Adviento, en sus aposentos, dos días antes de su muerte. Me hizo sentar. Tenía la caja sobre la mesa entre nosotros, envuelta en encerado que yo no habría sabido reconocer como otra cosa que encerado.

Me dijo tres cosas.

La primera fue que la caja había sido custodiada por cada obispo de esta diócesis desde una fecha que él no podía darme, pero que era más antigua que

los registros que él llevaba. La segunda fue que no debía abrirse. Lo dijo dos veces, con distintas palabras, para que yo no confundiera la instrucción con una sugerencia. La tercera fue que concernía a un acuerdo hecho para el futuro de esta ciudad por hombres que no estarían vivos para ver si el futuro llegaba. Dijo: *la caja guarda fe con lo prometido. No somos quienes lo prometimos. Somos quienes lo guardamos.*

Le pregunté qué se había prometido. Me miró un largo rato. Después dijo: *una catedral. No la que existe. La que existirá. Y los medios con que se pagará, y los nombres de quienes pagarán.*

No pregunté más. No he preguntado más desde entonces.

Han pasado cinco meses desde la montaña. La ciudad se traslada. Llevamos lo que puede ser llevado y dejamos lo que no. He dado instrucciones para que la caja de cedro vaya con las vestiduras diocesanas, en la segunda carreta. Viajará bajo el sello de la diócesis, sin descripción en el manifiesto. He hablado con el sacristán mayor. No preguntará por qué.

Mientras esto se decide, me ocupan otras cosas que el oficio exige consignar. Anoto aquí lo que no irá al inventario diocesano, porque el inventario diocesano se lee.

Necesitamos sacerdotes. La provincia entera me ha quedado servida por nueve presbíteros y dos diáconos, dos de aquellos viejos y uno enfermo. He escrito al provincial dominico de Guatemala pidiendo cuatro hombres. Me han ofrecido dos, ambos por debajo de la regla en disciplina, lo que entiendo significa que en Guatemala tampoco les sobra nadie. He escrito al franciscano. No ha respondido. Escribiré de nuevo cuando termine la temporada de lluvias y los caminos vuelvan a ser caminos.

Entre los hombres que tengo, el diácono Valverde — escribo el apellido a regañadientes, y sólo porque este papel no saldrá de mi mano — me preocupa.

No por nada que pueda ponerse por escrito en una visita. Da bien la doctrina. Cumple los oficios. Pero observo cómo trata con los indios del barrio occidental cuando cree que no se le ve, y observo cómo trata con la viuda de Cárdenas cuando sabe que se le ve, y son dos hombres distintos. Un hombre que es dos hombres, en el sacerdocio, es un hombre que termina por elegir el peor. Aún no he decidido qué hacer. Lo dejo aquí escrito para que conste que vi.

De Tola me escribió el cura párroco la semana pasada acerca de la beata de su parroquia — no doy el nombre porque ella tiene devotos y los devotos leen lo que no deberían — que ha empezado a dirigir rezos públicos a una imagen del Niño Jesús en el huerto trasero de su casa, con velas y cantos en lengua y procesiones los viernes que terminan en una pila de agua que ella declara bendita por aparecidos. Es buena mujer. No dudo de su intención. Pero la línea entre la devoción del pueblo y otra cosa que aún no sé nombrar pasa por su huerto, y un obispo que no atiende esa línea termina obispo de algo que ya no es del todo la Iglesia. He escrito al cura instruyéndole que asista a las próximas tres procesiones y me informe. He escrito a ella misma con prudencia, alabando su celo y recordándole que toda devoción debe ofrecerse en latín o en castellano y bajo la dirección del párroco. No sé si bastará. Sospecho que no.

Recojo estas cosas en un papel y la administración de lo sagrado y la administración de lo profano me parecen, esta tarde, oficios del mismo hombre. Por la mañana ordeno carretas y tinajas y manifiestos; al mediodía guardo una caja cuyo contenido no debo conocer; por la tarde decido si un diácono permanece en su orden y si una mujer puede llamar bendita su agua. Y todo ello, según se me ha enseñado, lo hago in persona Christi. No sé si Cristo administraba con esta clase de papel. Sospecho que sí, en el sentido en que sostuvo todo lo que se le entregó.

No sé qué contiene la caja. Sé que el obispo Mendoza creyó que importaba.

Sé que lo que me dijo no fue todo lo que sabía. Sé que debo decir a mi sucesor lo que me dijeron a mí, y no más, y exigirle que haga lo mismo. La cadena es más antigua que mi mano. Será más antigua que mi mano cuando yo me haya ido.

Lo que no entiendo lo dejo a Dios. La cadena resistió. Yo la sostuve.

Rodrigo de la Vega, obispo de Nicaragua Sin fecha [c. 1610–1611, de su mano]

---

*[C.V.: La muerte del obispo Mendoza está registrada el 18 de diciembre de 1610, tres meses después de que la erupción del Momotombo destruyera León Viejo. El "tercer domingo de Adviento" de 1610 cayó el 13 de diciembre, lo que situaría esta entrega cinco días antes de su muerte, no dos. O la memoria del obispo era aproximada, o el calendario diocesano no coincidía con el civil, o dictaba desde un lecho de enfermo y la mano que lo puso por escrito no era la suya. He considerado las tres.

Una irregularidad aparte que dejo aquí consignada para mayor cabalidad: el inventario diocesano de 1647 (Documento 9 de esta colección) sitúa el inicio del episcopado de De la Vega en 1601 — nueve años antes de la entrega que esta nota describe. Según esa cuenta, Mendoza no era el predecesor de De la Vega en la sede en el momento de la entrega, y sin embargo De la Vega lo llama "el Obispo" y Mendoza le dice "la caja había sido custodiada por cada Obispo de esta diócesis". La lectura más simple es que Mendoza, hacia 1610, era un obispo emérito o un obispo retirado que había conservado la caja informalmente más allá de su mandato, y que "cada Obispo" era entendido por ambos hombres como la línea de quienes habían ocupado el cargo, y no una sucesión estricta de oficio a oficio. La cadena de custodia, dicho de otro modo,

corría por los hombres, no por el sello. Dejo constancia de la discrepancia porque, en buena conciencia, no puedo dar cuenta del problema del Adviento y pasar este otro por alto.]

La caja de cedro salió de León Viejo en la segunda carreta, bajo el sello de la diócesis, sin descripción en el manifiesto. Una visita pastoral del obispo Antonio de Zayas en 1583, el único rastro documental del paso de la caja a través de las generaciones intermedias, registra entre el contenido de la cámara fuerte diocesana «un cofre sellado de madera de cedro, cuyo contenido no ha sido abierto desde tiempos del obispo Mendoza, del que no existe manifiesto». En 1647 estaba en el armario cerrado del estudio del obispo en la nueva León, registrada como "custodiada bajo la autoridad de la oficina del obispo por sucesión continua". La cadena resistió. Resistió ciento treinta y ocho años más antes de que el obispo Isidoro Venegas de Cienfuegos la pusiera sobre una mesa frente a un arquitecto llamado Ignacio Moya en 1748 y empezara a explicar.]

Inventario diocesano de 1647

Inventario diocesano · 1647

Documento 9 de 28. Inventario diocesano que registra la caja de cedro en el depósito episcopal ciento dos años después de la Primera Parte. El segundo de dos documentos puente entre la Primera Parte y la Segunda.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: 1647. León. Ciento dos años después del último documento de la Primera Parte, la caja de cedro reaparece en un inventario institucional.]*
>
> *Este documento se incluye por una sola entrada. El inventario diocesano de 1647 es un registro administrativo rutinario — una contabilidad exhaustiva de los bienes eclesiásticos en posesión de la Diócesis de Nicaragua, compilada por orden del obispo Marcos de Morales en el año centésimo decimosexto desde la fundación de la diócesis. Tiene treinta y siete páginas. Reproduzco aquí solo las páginas 28 y 29, que conciernen a la biblioteca privada del obispo y al depósito de documentos. El lector advertirá un asiento.]*

INVENTARIO DIOCESANO DE NICARAGUA

Compilado por orden del Reverendísimo Obispo Marcos de Morales

León, Nicaragua, en el Año del Señor de 1647

Páginas 28–29: Biblioteca privada del obispo y depósito de

[Páginas anteriores omitidas. El inventario continúa desde la página 27.]

Despacho del obispo, estantería del muro oriental: Treinta y dos volúmenes de teología, procedencia mixta, estado de bueno a regular. Seis volúmenes de derecho canónico, edición de Salamanca, estado bueno. Cuatro volúmenes de ordenanzas de administración colonial, estado regular. Dos volúmenes de historia diocesana, manuscritos, compilados por antecesores, estado regular. Un misal, iluminado, estado excelente, valor no estimable.

Despacho del obispo, gabinete cerrado con llave: Un juego de sellos diocesanos, vigentes y retirados, en estuche de madera. Tres carpetas de correspondencia activa. Una carpeta de correspondencia de obispos antecesores, atada con cordel, no inventariada en detalle conforme a instrucción permanente. Una caja de cedro, con cierres de hierro, envuelta en hule, estado excelente, contenido no examinado, conservada bajo sello episcopal; el asiento es anterior al registro actual.

La caja de cedro ha sido conservada por esta diócesis desde al menos el episcopado del obispo Rodrigo de la Vega (1601–1619), quien la consignó en su propio inventario como recibida de su antecesor, que la había recibido del suyo. La cadena de custodia anterior al obispo de la Vega no ha sido reconstruida, pues los registros pertinentes se perdieron en los sucesos de 1610.

Contenido: no examinado. Valor: no estimable. Instrucciones de disposición: la caja ha de ser conservada por cada obispo en sucesión y entregada a su sucesor, junto con una instrucción oral privada relativa a su significación. La naturaleza de tal instrucción no se consigna aquí.

Despacho del obispo, depósito general: Diversos materiales administrativos, no inventariados individualmente.

[El inventario continúa en la página 30.]

[C.V.: Los sucesos de 1610 a los que se refiere el inventario son la erupción del volcán Momotombo, que destruyó la ciudad original de León — León Viejo, la ciudad donde Rodrigo Cervantes de la Noche sirvió como escribano — y precipitó el traslado de la diócesis a su emplazamiento actual. Cualesquiera registros anteriores al episcopado del obispo de la Vega se perdieron en aquella destrucción.]

La caja de cedro no se perdió. Se trasladó con la diócesis.

Alguien la sacó de León Viejo antes de la erupción, o durante ella, o inmediatamente después. El inventario no consigna quién. Para 1601 ya estaba en posesión de la diócesis «por sucesión continua». Alguien mantuvo viva la instrucción oral a través del caos de 1610 y del traslado que siguió.

He pensado mucho en esto. Una ciudad es destruida. La iglesia se traslada. En el traspaso de materiales de la vieja ciudad a la nueva, alguien se aseguró de que una caja de cedro envuelta en hule viniera con ellos, y se lo dijo al siguiente obispo, y el siguiente obispo se lo dijo al siguiente, durante ciento dieciséis años, hasta que el obispo Isidoro Venegas de Cienfuegos la puso sobre una mesa frente a un arquitecto llamado Ignacio Moya en 1748 y le explicó qué era.

Sobrevivió. Lo que se me queda es que las personas que la cargaron sabían que valía la pena que sobreviviera.]

Petición del obispo

Petición episcopal · 1745

Documento 10 de 28. Segunda Parte: La confesión del arquitecto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Esta petición fue presentada por el obispo Isidoro Venegas de Cienfuegos al Consejo de Indias en 1745. Es el ciento decimoquinto año de los doscientos dieciocho que transcurrieron entre la muerte de Pedrarias y la finalización de la catedral. El obispo no sabía que era el ciento decimoquinto año. Sabía que llevaba mucho tiempo esperando.]*
>
> *Entre la nota de Rodrigo de la Vega del Documento 8 y esta petición median ciento treinta y cuatro años. Pasaron por las manos de la diócesis once obispos, ocho de los cuales murieron en el cargo y tres de los cuales lo abandonaron por motivos que los registros consignan con la elegante reticencia de la administración eclesiástica. La caja de cedro permaneció en el armario cerrado del estudio del obispo durante todos esos episcopados, y de todos esos episcopados sólo el inventario de 1647 — Documento 9 — y esta petición sobreviven como rastro documental de su existencia consciente. El silencio del archivo entre ambas piezas no significa que la cadena se haya roto. Significa que los obispos que la sostuvieron no escribieron sobre ella, lo cual era lo que se les había instruido. La cadena que no se nombra es la que dura.]*

Al Consejo de Indias:

Presento al Consejo una petición de autorización y financiación para la construcción de una catedral en León, Nicaragua.

La diócesis de Nicaragua existe desde 1531. Durante ese período, los fieles de esta provincia han celebrado el culto en una sucesión de estructuras que en el mejor de los casos son provisionales y en el peor inadecuadas. La más reciente, construida en 1640, tiene tejado de paja en su nave central. Esto no es apropiado para la sede de una diócesis.

El Consejo puede señalar que ya se han presentado peticiones anteriores. Así es. Se presentaron peticiones en 1610, 1624, 1638 y 1711. Cada una fue tomada en consideración y diferida. Presento esta petición con el pleno conocimiento de que puede ser diferida de nuevo. Soy obispo desde 1738. He aprendido a aguardar.

Lo que presento con esta petición: un plan esquemático de las dimensiones propuestas, preparado por un arquitecto local; una estimación de los costes elaborada por el mismo arquitecto; y un instrumento separado que detalla una fuente de financiación privada que se ha ofrecido para complementar cualquier asignación que el Consejo tenga a bien aprobar. El instrumento de financiación privada fue encontrado en el archivo diocesano adjunto a una caja de cedro cuyo contenido, por instrucción escrita, no debe divulgarse sin más contexto del que puedo proporcionar en esta carta. Puedo decir que la fuente es legítima, que los fondos son reales y que su existencia hará que el proyecto sea factible en términos fiscales sin imponer una carga indebida sobre los recursos de la Corona.

He sido paciente. Ya no soy paciente. Tengo sesenta años y quisiera ver una catedral antes de morir.

Isidoro Venegas de Cienfuegos, obispo de Nicaragua León, Nicaragua 15 de enero de 1745

[C.V.: El Consejo aprobó la petición en 1747. El obispo Venegas de Cienfuegos tenía sesenta y dos años en el momento de la aprobación. Murió en 1778, cuando la catedral llevaba treinta y un años en construcción. La fachada estaba terminada. Las torres todavía no. Era paciente, al fin y al cabo.]

He buscado en el archivo correspondencia anterior de Venegas de Cienfuegos sobre la caja, sin éxito. Su gestión episcopal generó, según el índice diocesano de 1779, novecientas treinta y siete piezas de correspondencia conservadas, de las cuales he leído trescientas dieciséis. La caja no aparece en ninguna. Aparece, una sola vez, en una nota marginal sin firma sobre una hoja de cuentas de 1741: «sigue cerrada». Tres palabras. El obispo de Nicaragua tenía cincuenta y seis años, llevaba nueve de episcopado, y había escrito tres palabras sobre el objeto que iba a definir su sucesión. Las leí dos veces para asegurarme de que estaba leyendo lo que parecía estar leyendo. Lo estaba.]

Decreto del Consejo

Decreto del Consejo · 1747

Documento 11 de 28. Segunda Parte: La confesión del arquitecto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: La aprobación. Dos años después de la petición. El Consejo de Indias aprobó la construcción de la Catedral de León en agosto de 1747 y autorizó la contratación de un arquitecto procedente del sistema de talleres coloniales. Lo que el Consejo no sabía — lo que nadie en Madrid sabía — era la naturaleza de los planos que estaba aprobando. Los planos aprobados se describen aquí como diseñados por Diego de Porres, de Guatemala. No fueron los planos que se levantaron.]*

POR AUTORIDAD DEL CONSEJO DE INDIAS

En el nombre de Su Majestad Fernando VI, Rey de Castilla, León, Aragón y las Indias:

Habiendo recibido y considerado la petición del Reverendísimo Isidoro Venegas de Cienfuegos, obispo de Nicaragua, fechada el 15 de marzo de 1745, y habiendo revisado el estudio adjunto, el presupuesto y las cartas de apoyo, el Consejo de Indias decreta lo siguiente:

Primero. Se aprueba la construcción de una nueva iglesia catedral de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María en la ciudad de León, Nicaragua. El Consejo encuentra creíble la descripción que el peticionario hace de la insuficiencia de la iglesia actual, y bien fundada la causa de una nueva

construcción.

Segundo. El diseño presentado con esta aprobación, preparado por el arquitecto Diego de Porres, de Guatemala, bajo la dirección del obispo peticionario, queda aceptado como base de la construcción. El diseño será revisado por un arquitecto cualificado nombrado para supervisar las obras, y se permitirán las modificaciones estrictamente requeridas por las condiciones locales del emplazamiento, dentro de los límites del presupuesto aprobado y con la documentación correspondiente presentada al Consejo.

Tercero. Se autoriza la financiación de las obras en las cantidades especificadas en el instrumento financiero adjunto, que será desembolsada por el Tesorero de la Provincia de Nicaragua según el calendario allí establecido. Se autoriza además a la diócesis a realizar colectas entre los fieles del territorio para contribuciones suplementarias.

Cuarto. El Consejo dirige al obispo a contratar a un arquitecto cualificado, procedente del sistema de talleres coloniales, para supervisar la construcción y velar por que el edificio terminado se ajuste al diseño aprobado en todos sus aspectos esenciales.

Quinto. La catedral terminada será objeto de inspección por un representante del Consejo antes de su consagración formal.

El Consejo hace constar, para que quede en el registro, que el tono de la petición respecto a la suficiencia de la inversión de la Corona en esta diócesis, aunque más punzante de lo acostumbrado en correspondencia de esta naturaleza, refleja un agravio legítimo que el Consejo toma en serio. La aprobación de esta petición debe entenderse como reconocimiento del largo servicio prestado por la diócesis a la Corona y de las expectativas razonables de una población católica en territorio bajo la gobernación de Su Majestad.

Expedido bajo el sello del Consejo de Indias. Madrid, España 3 de agosto de

1747

[C.V.: El cuarto artículo de este decreto dirigía al obispo a contratar un arquitecto del sistema de talleres coloniales. El obispo contrató a Ignacio Moya. El segundo artículo autorizaba modificaciones «estrictamente requeridas por las condiciones locales del emplazamiento». Ignacio Moya modificó el diseño extensamente. Ambos resultados son técnicamente compatibles con el lenguaje del decreto.]

Comisión de Porres

Comisión arquitectónica · 1747

Documento 12 de 28. Segunda Parte: La confesión del arquitecto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Diego de Porres recibió el encargo de preparar los planos iniciales de la catedral en 1744, tres años antes de que el Consejo de Indias aprobara formalmente el proyecto — un arreglo habitual, pues las peticiones requerían planos arquitectónicos que las acompañaran. Porres era un arquitecto competente con sede en la ciudad de Guatemala. Preparó los planos sin venir nunca a León ni ver el emplazamiento. Los planos se prepararon para ser presentados al Consejo; lo que sucedió después con ellos sobre el terreno escapaba a su conocimiento y a su control. Su carta de comisión se incluye aquí porque es el autor de los planos que fueron aprobados, y porque no ha recibido prácticamente ningún crédito en el registro histórico. Merece ser nombrado.]*
>
> *Anoto, además, una cuestión de método. El historiador que se ocupa de un edificio que tardó casi setenta años en levantarse aprende pronto que la autoría es múltiple, contradictoria y a menudo anónima. Porres dibujó. Moya construyó otra cosa. Espinoza supervisó. Hernández aparejó. Tomasín — del que llegará a hablar la edición — labró. Y media docena de obispos administró el dinero, los hombres y la espera. Una catedral no la firma nadie. Pero, en este país y en esta época, no haber sido firmada se confunde con frecuencia con no haber sido hecha por nadie, lo que es la falsedad más cómoda con que se puede escribir una historia. Esta edición intenta otra cosa. Empieza*

por nombrar a Porres.]

Excelentísimo Señor,

Por autoridad del Reverendísimo Obispo de Nicaragua, don Isidoro Venegas de Cienfuegos, y en previsión de la aprobación de la petición que actualmente se halla ante el Consejo de Indias, escribo para contratar sus servicios como arquitecto preparador de la propuesta Catedral de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María en León, Nicaragua.

Se le solicita que prepare un juego completo de planos arquitectónicos para una catedral de las siguientes características: una nave de no menos de sesenta varas de longitud; dos torres gemelas de no menos de veinticinco varas de altura; una fachada de carácter barroco apropiada a la dignidad de una sede episcopal de segundo rango; y cabida para una congregación de no menos de ochocientas personas en plena ocupación. Los planos deberán reflejar las normas de diseño predominantes en la tradición eclesiástica colonial y ser de calidad suficiente para acompañar una petición ante el Consejo de Indias.

Se le advierte que el emplazamiento se halla en la ciudad de León, Nicaragua, y que las condiciones sísmicas y climáticas locales deberán tenerse en cuenta en los planos en la medida en que la distancia al emplazamiento lo permita. Entendemos que no podrá realizar un reconocimiento personal del lugar; las notas de reconocimiento adjuntas, preparadas por el agrimensor diocesano, deberían proporcionar información suficiente para sus propósitos.

Los honorarios por esta comisión son los acordados por arreglo privado con el tesorero diocesano.

Los planos se requieren para enero de 1745, a fin de acompañar la petición.

Le agradecemos su servicio a esta diócesis y a la mayor gloria de Dios.

En nombre del Reverendísimo Obispo: Padre Esteban Ruiz Secretario del Obispo de Nicaragua León, Nicaragua 12 de octubre de 1744

[C.V.: Diego de Porres entregó los planos en diciembre de 1744, tres semanas antes del plazo. Fueron presentados con la petición ante el Consejo de Indias en marzo de 1745. El Consejo los aprobó en agosto de 1747. Para entonces, Ignacio Moya ya había sido despachado a León y había comenzado a examinar el emplazamiento.]

Porres permaneció en la ciudad de Guatemala durante todo el período de construcción, recibiendo informes de lo que se hacía con sus planos. Su respuesta a esos informes aparece como Documento 15 de esta edición.

Los planos que preparó especificaban una nave de sesenta y dos varas. Ignacio Moya construyó setenta y una.]

Nota de sección de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Ignacio Moya llegó a León en marzo de 1748, un año después de que el Consejo de Indias aprobara el proyecto de la catedral, y permaneció hasta la primavera de 1752, momento en el que la construcción de la nave estaba lo bastante avanzada como para que un sobrestante local pudiera dirigir el resto del trabajo. Partió hacia España en mayo de 1752. Se estableció en Sevilla, donde trabajó como arquitecto independiente para clientes privados hasta su muerte en 1779. Nunca regresó a las Américas.]*
>
> *Este documento fue encontrado en la caja de cedro junto con los demás. Tiene veintidós páginas. Tenía cincuenta y ocho años cuando*

lo escribió. Su letra es distinta de la de cualquier otro documento de esta colección — arquitectónica, precisa, la mano de un hombre que pasó la vida dibujando cosas a escala, en la que cada trazo tiene la longitud correcta o está mal. No tacha ni escribe en los márgenes. Lo escribió de un tirón, lo que creo significa que lo planeó mucho tiempo antes de comenzar.

Diré al lector una cosa antes de que comience el relato. Todo lo que Ignacio describe en las Secciones I a VIII pude verificarlo contra otros documentos de esta colección y contra los registros del Archivo Diocesano. Es exacto en cuanto a los hechos. Donde no está seguro, lo dice. Donde no sabe algo, también lo dice. Nunca he editado un documento de alguien tan comprometido con el relato honesto de su propia deshonestidad.

En la Sección IX describe el transepto sur. No comentaré la Sección IX hasta que el lector la haya leído. Entonces, en mi nota a pie de página al final de la sección, le contaré al lector lo que encontré dentro del muro del transepto sur. Para cuando lean la nota, ya lo sabrán.]

El relato de Ignacio

Relato personal · 1771

Relato de Ignacio Moya, arquitecto

Escrito en Sevilla, España, en el mes de octubre, en el Año del Señor de 1771

I.

Tengo cincuenta y ocho años y escribo esto en mi gabinete de Sevilla, donde la luz de octubre entra baja por la ventana del sur y vuelve todo de color ámbar a partir de la hora tercera, cosa que siempre me ha parecido útil.

La razón por la que escribo esto es una carta que recibí la primavera pasada de un colega de la ciudad de México llamado Fonseca, que había visitado León hacía poco por asuntos diocesanos y había asistido a misa en la catedral. La describió como magnífica. Describió la nave como una de las más finas que había visto en las Américas, las proporciones excepcionales, la luz por la fachada del oeste extraordinaria. Mencionó que en León nadie parecía saber gran cosa sobre su historia arquitectónica — quién la había diseñado en su origen, cómo se habían desarrollado los planos, qué decisiones se habían tomado por el camino. Me preguntó, ya que yo había trabajado allí, si podía esclarecérselo.

No le respondí.

He estado pensando en su carta seis meses. He decidido que la respuesta debida no es otra carta a Fonseca sino este relato, dirigido a nadie en particular, sellado y guardado entre mis papeles, para ser hallado o no hallado según el caso

lo determine. Soy consciente de que «dirigido a nadie en particular» es una ficción de conveniencia — un hombre que escribe veintidós páginas tiene un lector en mente, y de eso no estoy yo exento. Mi lector es quien encuentre esto, cuando lo encuentre, en el mundo que sea. Si la catedral sigue en pie cuando lo lea: bien. Si no: lo siento. Hice las mejores matemáticas que sabía.

Voy a explicar lo que hice. Voy a explicar, hasta donde puedo desde una distancia de veinte años, por qué lo hice. No estoy seguro de que el porqué sea tan claro como el qué, pero soy lo bastante viejo para saber que el qué sin el porqué es solo un parte policial, y a mí no me interesa escribir un parte policial.

Consideré escribir, en su lugar, una confesión. La forma me habría sido familiar. La conozco desde niño. Redacté tres páginas y eché las páginas al fuego. La forma exige que uno sepa con precisión de qué se arrepiente, y yo no lo sé — sé lo que hice, pero no estoy seguro de que sea la cosa para la cual la forma fue concebida.

II.

Antes de León estuvo Guatemala, y antes de Guatemala estuvo Cádiz, y antes de Cádiz hubo una infancia que aquí no es relevante salvo en un solo punto: me formó mi padre, a quien formó el suyo, y lo que mi padre entendía de arquitectura — lo que me transmitió en doce años de aprendizaje antes de que yo tuviera otra alternativa — fue esto: un edificio es un argumento sobre lo que el espacio debe hacerle a un cuerpo. No un argumento sobre cómo debe verse. No un argumento sobre lo que debe simbolizar, conmemorar o celebrar. Un argumento sobre lo que un cuerpo, de pie en su interior, debe experimentar. La decoración es secundaria. Las proporciones son lo esencial.

Suena sencillo. Es la idea más complicada que he sostenido en la mente, y la

sostuve cuarenta años antes de empezar a entender lo que quería decir.

Llegué a la ciudad de Guatemala en 1741, a los veintiocho años, bajo un contrato con el taller diocesano que había firmado en Cádiz con la confianza de un hombre que aún no ha visto lo que un contrato puede significar cuando la otra parte tiene más paciencia que tú. El contrato era por tres años. Tres años de servicio al taller diocesano a cambio de mi pasaje a las Américas, un salario modesto y la experiencia que los arquitectos jóvenes — el contrato lo decía así, sin disimulo, en la lengua notarial que ahora leo con el ojo entrenado de un hombre que ha estado en el lado equivocado de ella — requieren para su desarrollo profesional.

Al cabo de los tres años, solicité mi liberación. El obispo del taller — un hombre llamado Orozco, gordo y deliberado, que olía a aguarrás y a algo dulzón que nunca conseguí identificar — me explicó que los proyectos en curso del taller exigían mi continuada participación y que la liberación se concedería cuando los proyectos lo permitieran. Le dije que entendía. Solicité de nuevo al año siguiente. Recibí la misma explicación. Los proyectos no permitieron nunca. Estuve allí seis años.

Quiero ser preciso sobre lo que fue estar seis años en el taller, porque es relevante para las decisiones que tomé después.

El taller ocupaba un edificio largo en el lado norte del recinto catedralicio, con tejado de teja y bancos altos de madera y luz natural que entraba por unas claraboyas a lo largo del muro sur, lo que significaba que la luz por la tarde era buena y por la mañana no. El olor era de virutas de cedro, aceite de linaza y aquel olor metálico particular de un cuarto grande lleno de gente trabajando en silencio concentrado. Pasé seis años en un banco de la tercera fila desde la ventana, dibujando planos para proyectos que no había elegido, para clientes a los que no conocía, bajo la dirección de un arquitecto jefe técnicamente menos

capaz que yo y consciente de ello a la manera particular y resentida de los hombres que están al mando de gente mejor que ellos.

No fui maltratado. La comida era suficiente. El salario era el convenido. No se me dio oportunidad alguna de marcharme.

Yo dibujaba planos. Era bueno en eso. Dibujaba los planos correctamente y hacía sugerencias que a menudo se adoptaban sin atribución y aplicaba el argumento de mi padre sobre el espacio y los cuerpos a cada proyecto que tocaba, hasta los menores, hasta las sacristías y las ampliaciones de la rectoría y los almacenes, porque era lo único que sabía hacer y porque parar habría sido peor que quedarse.

En la primavera de 1747 llegó el aviso de León.

III.

El aviso vino por las vías oficiales. Una carta de comisión de la diócesis de Nicaragua, dirigida al obispo del taller, solicitando el préstamo de un arquitecto cualificado por un período no menor de tres años para supervisar la construcción de la Catedral de León, para la cual el Consejo de Indias había aprobado los planos y para la cual se había reunido parcialmente un equipo local pero faltaba dirección arquitectónica con experiencia. La comisión ofrecía honorarios, una residencia en la ciudad y — esta es la parte que recuerdo con más precisión, porque leí la carta por encima del hombro del obispo y tuve que mantener compuesto el rostro mientras la leía — al término satisfactorio del proyecto, la liberación del arquitecto asignado de toda obligación contractual restante con el taller diocesano.

El obispo Orozco me llamó a su despacho a la mañana siguiente. Me ofreció la comisión en el tono de quien me hace un favor, lo cual desde su punto de

vista era exacto: liberaba a un arquitecto cuyo contrato aún tenía tiempo por correr y al que personalmente encontraba irritante. Le dije que estaría honrado de aceptar. Salí de su despacho y volví a mi banco y me senté largo rato mirando las virutas de cedro en el suelo.

Quiero que el lector entienda en qué condición llegué a León. Tenía treinta y cuatro años. No había construido nada de importancia en seis años. Había pasado esos años aprendiendo, a la manera particular en que se aprende haciendo trabajo por debajo de la propia capacidad, exactamente de qué era capaz si me daban la oportunidad. También había pasado esos años aprendiendo lo que significaba no tener elección, que es una educación distinta y más cara. Para cuando llegó el aviso, yo no era el mismo hombre que había firmado el contrato en Cádiz. Era alguien que entendía lo que costaba la libertad y lo que pagaría por ella.

Llegué a León en marzo de 1748, tras un viaje de cinco semanas que no describiré en detalle salvo para decir que la estación de las lluvias había empezado ya y los caminos desde la costa eran los que se esperan en un país que lleva poblado doscientos años sin que nadie haya resuelto el problema del barro. La ciudad era más pequeña de lo que esperaba. El sitio de la catedral, más grande. Estuve en su borde el primer día y sentí algo que no había sentido en seis años, que era la sensación física precisa de entender un espacio antes de haber construido nada en él. El sitio me dijo lo que el edificio quería ser. A esto mi padre lo habría llamado escuchar el suelo, lo cual suena místico y no lo es: es una observación técnica sobre la elevación, el drenaje, los vientos dominantes, el ángulo de la luz a distintas horas, la proximidad de otras construcciones. Pero se siente como escuchar.

Fui a ver al obispo.

IV.

Isidoro Venegas de Cienfuegos tenía sesenta y dos años cuando lo conocí, un hombre alto con la clase de salud que parece esfuerzo más que constitución — flaco pero deliberado al respecto, cuidadoso con la comida y el sueño a la manera de alguien que ha estado enfermo y no piensa volver a estarlo. Me recibió en su despacho a última hora de la tarde, cuando la luz entraba por la ventana de detrás de su escritorio y dificultaba ver su cara con claridad, lo cual yo decidí después que no fue accidente.

Fue cortés. Preguntó por el viaje. Preguntó por Guatemala y cómo había encontrado el trabajo allí. Hablaba bien y escuchaba con atención, que son dos habilidades distintas y la mayoría de los hombres tienen solo una.

Al cabo de unos veinte minutos así, me preguntó si había revisado ya los planos aprobados de la catedral.

Le dije que se me había entregado una copia a mi llegada y que los había revisado esa mañana.

Dijo: y cuál era mi parecer.

Consideré la respuesta un momento. Después dije: los planos los preparó un arquitecto muy capaz, y se prepararon para un sitio específico, y necesitaría revisarlos en detalle contra las condiciones de aquí antes de poder ofrecer una valoración completa.

Me miró un largo rato. Dijo: esa es una respuesta diplomática.

Dije: soy arquitecto. La diplomacia no es mi formación.

Dijo: deme entonces la honesta.

Así que dije: los planos se diseñaron para Lima. Tienen en cuenta el suelo de Lima, la geografía de Lima, las condiciones sísmicas de Lima. Las condiciones sísmicas de León no son las de Lima. Los planos tal como se aprobaron

necesitarían una adaptación significativa para este sitio. Más significativa que una adaptación estándar de sitio. Las adaptaciones cambiarían sustancialmente el edificio.

Asintió despacio, como si yo hubiera confirmado algo.

Dijo: cómo de sustancialmente.

Dije: lo bastante como para que los dos edificios — el de León adaptado de estos planos, y el que sea que Lima construya finalmente con su propia versión — no se parezcan entre sí en ningún sentido significativo.

Volvió a asentir.

Se levantó del escritorio y fue a un gabinete en un rincón del cuarto — un gabinete sencillo, de cedro, sin nada notable salvo el cuidado con que lo abrió — y sacó un documento de su interior. Lo trajo al escritorio y lo puso delante de mí. No lo abrió. Lo dejó entre los dos como un hombre deja algo que sabe que tú no puedes ignorar, es decir con cuidado, con las dos manos, en el centro de la mesa.

Dijo: quiero mostrarle algo.

V.

El documento era un acuerdo fundacional. Dos firmas al pie: Pizarro y Almagro. Un tercer nombre en el cuerpo del texto: Dávila. La fecha era 1524.

El pergamino era viejo pero estaba en buen estado — quienquiera que hubiese conservado esto durante cuarenta y siete años lo había mantenido plano y seco. La letra era notarial, cada signo formado con la separación deliberada de un hombre que entiende que los documentos deben ser legibles en el siglo siguiente. Las firmas al pie eran distintas: angulosas, rápidas, escritas por

hombres que firman muchas cosas con prisa. Miré el documento como miro un plano — empezando por los márgenes, moviéndome hacia adentro, leyendo dimensión antes que sentido. Había una frase en el tercer párrafo: *catedral de primer orden, de las proporciones y dignidad que corresponden a la precedencia aquí establecida.* No podía leer qué significaba «la precedencia aquí establecida» como cuestión legal. Sí podía leer *proporciones y dignidad* como las lee un arquitecto. No eran términos decorativos. Eran especificaciones. Empecé a calcular, a grandes rasgos, qué exigían en varas de nave y en altura de torre, y para cuando el obispo empezó a explicarme el documento yo ya había entendido lo que iba a pedirme.

Soy arquitecto, no abogado. Podía leer del documento lo bastante para entender qué era y qué significaba, es decir podía entender que constituía una pretensión — una deuda fundacional impagada de la empresa del Perú — y que la pretensión la sostenía la diócesis de Nicaragua, que la había recibido de alguien, y que la pretensión no era reconocida por la Corona en el presente pero tampoco había sido extinguida formalmente.

El obispo me la explicó más por extenso. Llevaba diecisiete años con este documento. Le había llegado por su antecesor, que lo había recibido del notario del siglo anterior, que había hecho copia de una carta — aquí se detuvo y dijo: hay una carta, que no puedo enseñarle, que ya no existe en su forma original, pero que tengo razones para creer que usted puede tomar por fiada — una carta escrita por un gobernador que sabía lo que hacía y por qué.

Dijo: el documento establece una pretensión anterior. La pretensión es de una catedral de primer orden en esta ciudad.

Dije: y se propone usted usarlo cómo.

Dijo: me propongo usarlo exactamente como él se propuso que se usara. Para asegurar que cuando los planos para esta catedral se adapten a este sitio, se

adapten en una dirección que no pueda revertirse. Que lo que León construya sea, por toda medición objetiva, la estructura más grandiosa.

Dije: y la catedral de Lima.

Dijo: la catedral de Lima se construirá a partir de una versión de estos planos que nadie en Lima pensará en cuestionar, porque por qué habría de hacerlo. Los planos aprobados estaban aprobados. Nadie en Lima sabe que hay una lectura alternativa.

Dije: y a cambio de mi cooperación con esta adaptación.

Dijo: ya he hablado con el obispo Orozco. Sus obligaciones contractuales con el taller están disueltas. Saldrá usted de León hombre libre cuando el proyecto haya alcanzado un estado suficiente.

Dijo esto sin énfasis, como si fuera la parte menor del arreglo. Entendí, por la manera en que lo dijo, que sabía que no era la parte menor.

Miré el documento sobre la mesa largo rato. Pensé en el argumento de mi padre — sobre el espacio y los cuerpos, sobre lo que un edificio debe hacer a la persona de pie en su interior. Pensé en seis años en un banco en Guatemala. Pensé en el sitio en cuyo borde había estado esa mañana, y en lo que me había dicho que quería ser.

No deliberé largamente. Quisiera decir que deliberé largamente. No lo hice. Decidí pronto, y la razón por la que decidí pronto es la cosa con la que llevo veinte años sentado.

Decidí porque quería marcharme. No porque León mereciera una catedral mejor que Lima, aunque creo que la merece. No porque la comisión fuera una oportunidad creativa, aunque lo era. Porque quería ser libre, y esto era lo que costaba la libertad, y lo pagué sin negociación extendida.

Dije: necesitaré estudiar el sitio con más cuidado antes de poder decirle

exactamente qué adaptaciones se requerirán.

Dijo: por supuesto.

Dije: y las adaptaciones serán técnicamente defendibles. Han de serlo. No pondré mi nombre a algo que no sea estructuralmente firme.

Dijo: no querría yo que lo hiciera. Quiero una catedral que se sostenga, Moya. Quiero una catedral que se sostenga trescientos años. Quiero que el argumento que sostiene sea permanente.

Recogió el documento y lo devolvió al gabinete con el mismo cuidado de las dos manos. Dijo: el documento se queda conmigo. Usted no lo necesita. Ya hizo lo que tenía que hacer.

Salí de su despacho y volví caminando al sitio a última hora de la tarde, y estuve en su borde y escuché lo que el suelo me decía, y empecé a planear. *[C.V.: Aquí, en el manuscrito, cambia la tinta — Ignacio ha hecho una pausa, quizá de un día, quizá más larga. La nueva tinta es más oscura; la mano más firme. Ha pensado en lo que viene. Nos dijo en la Sección II que no tacha. Hay una sola palabra tachada al comienzo de esta sexta sección que he dejado sin leer, porque la línea que no necesito leer es la línea que no puedo.]*

VI.

Lo que de hecho hice con los planos lo describiré con la mayor exactitud posible, para el registro si no para el entretenimiento de ningún lector. Es técnico. Trataré de hacerlo legible.

Los planos aprobados especificaban una nave de sesenta y dos varas de longitud. La extendí a setenta y una. No es un cambio cosmético. Nueve varas más de nave son un entorno acústico distinto, una experiencia distinta de escala

desde la entrada, una relación distinta entre el cuerpo del fiel y el altar. La persona que entra en una nave de sesenta y dos varas y la persona que entra en una nave de setenta y una varas no están viviendo la misma experiencia. No están en el mismo edificio. La justificación estructural: el sitio lo permitía, la capacidad portante del suelo era adecuada, y una nave más larga proporciona mejor estabilidad frente a la carga sísmica lateral. Todo esto es cierto. No inventé la justificación. La observé y luego elegí sobre cuáles observaciones verdaderas actuar.

Las torres. Los planos aprobados pedían torres de veintiocho varas, lo cual es apropiado para el perfil de Lima. Yo especifiqué treinta y seis. La justificación: la posición expuesta del sitio y los patrones de viento dominantes requerían masa adicional para la estabilidad. Esto también es cierto. Además: las torres de treinta y seis varas son visibles desde el lago y desde el camino de la costa a una distancia a la que las de veintiocho no lo son. Una catedral visible desde una distancia mayor sostiene un argumento distinto del que sostiene una que no lo es. Sostuve el argumento que quise sostener.

La fachada. Este fue el cambio más significativo y aquel del que más satisfecho estoy. Los planos de Lima pedían una fachada barroca de proyección moderada — correcta para el sitio de Lima, donde la aproximación es por una calle estrecha y la proyección se lee como amplitud. La aproximación a León es desde una plaza ancha. Rediseñé la fachada en un registro más bajo y más ancho, con un énfasis horizontal que distribuye el peso visual a lo largo de todo el frente en vez de concentrarlo en las torres. El resultado es un edificio que parece, desde la plaza, brotar del suelo en lugar de elevarse sobre él. A esto se refería mi padre con lo del espacio y los cuerpos: el cuerpo de la plaza y el cuerpo de la catedral están en conversación. La fachada de Lima habría gritado. La fachada de León habla. Yo prefiero hablar a gritar, como principio general.

Documenté todos estos cambios en los registros de adaptación. Están en el archivo de León. Cualquiera que los mire puede ver lo que cambié y cómo lo justifiqué. Las justificaciones son válidas. Las justificaciones tampoco son la historia completa.

La historia completa es que yo sabía exactamente lo que hacía, y lo volvería a hacer, y la única parte de la que no estoy seguro es la última.

VII.

La última parte es Tomasín.

Su nombre en los registros de obra es Tomás — Tomasín es como lo llamaban los capataces, porque no era grande y es el humor particular de las obras llamar a los hombres pequeños por diminutivos y a los grandes por los mismos. Apareció en el taller en el otoño de 1748, enviado desde una comunidad de la costa junto con otros tres hombres bajo un arreglo de trabajo que yo no controlaba y no examiné con tanto detenimiento como debiera. Sé lo que los arreglos de trabajo en esta provincia significaban en 1748 y lo sabía entonces y elegí no examinarlo porque examinarlo me habría obligado a oponerme a él y oponerme a él habría complicado el proyecto, y complicar el proyecto habría complicado mi marcha.

Estoy escribiendo esto en Sevilla en 1771 y tengo cincuenta y ocho años y quisiera decir que ahora elegiría distinto. No estoy seguro de que lo eligiera.

Lo que sí puedo decir es esto: reconocí, en las dos semanas siguientes a su llegada al sitio, que Tomasín era el albañil más diestro con el que había trabajado en mi carrera. He trabajado con albañiles diestros en Cádiz, en Guatemala y en León. Sé qué pinta tiene la destreza. No es la velocidad, aunque era veloz. No es la exactitud, aunque era exacto. Es lo que mi padre llamaba

entender el peso, lo que significa que un albañil que entiende el peso sabe no solo lo que el plano especifica sino por qué, y por tanto puede adaptarse — dentro de la lógica de la estructura — cuando el plano y el sitio no se corresponden a la perfección.

Nunca se corresponden a la perfección. Un plano es una teoría. Un sitio es el mundo. En algún punto entre la teoría y el mundo sucede un edificio, y la persona que negocia esa brecha no es el arquitecto. Es el albañil.

Tomasín la negoció. Leía mis planos — sabía leer dibujos arquitectónicos, cosa que yo no esperaba y por la que no le pregunté — y construía lo que especificaban, y cuando el sitio exigía una desviación, desviaba dentro de la lógica de la estructura en vez de contra ella. Le dije una vez, de paso, que la transferencia de carga del transepto sur al muro sur se complicaría por la condición del suelo en aquel cuadrante. Se lo dije porque pensaba en voz alta; no le estaba dando una instrucción. Lo vi pensarlo un momento. Miró el plano, y luego miró el suelo, y luego miró el plano otra vez, y luego volvió al trabajo. Lo que después construyó en el transepto sur no es lo que el plano especificaba. Es mejor que lo que el plano especificaba. La transferencia de carga es más elegante. El muro es más grueso en la base de lo que yo requería y más delgado en lo alto, una distribución técnicamente superior a mi propia especificación y a la que yo habría llegado, con el tiempo, si hubiera sido yo el que sostenía la llana.

No lo acredité en los registros de adaptación. Debiera haberlo hecho. Estoy usando otra vez la palabra debiera y soy consciente de que la uso para no decir la cosa peor, que es: no lo acredité porque acreditarlo me habría obligado a dar cuenta de lo que era — un hombre que trabajaba bajo un arreglo de trabajo que yo prefería no examinar — y no estaba dispuesto a hacer esa cuenta.

Hay una palabra para esto en el catecismo. Conozco la palabra. La he mirado

en la página. Está más cerca de lo que hice de lo que me gustaría. No es, he decidido, del todo la palabra. El catecismo habla del hombre que se niega a ver a su prójimo. No habla del hombre que ve a su prójimo y elige no escribirlo en el registro por motivos profesionales. Quizá sea el mismo pecado. No soy yo quien debe decidirlo.

Hay una cosa más que tengo que decir sobre Tomasín, a la que he venido aproximándome durante seis páginas sin acabar de llegar.

En el invierno de 1751, durante el trabajo final del transepto sur, lo observé hacer algo que en su momento no entendí y en lo que llevo pensando desde entonces. Trabajaba en el muro — el paramento exterior del muro sur, que estaba casi terminado — y no seguía el plano con exactitud. Estaba añadiendo, en una sección entre el segundo y el tercer pilar sobre el plinto, una pequeña variación en la hilada que no era estructuralmente necesaria ni decorativa en ningún sentido convencional.

Cuando le pregunté por ello, me miró sin expresión un momento y luego dijo, en su castellano que era siempre ligeramente formal, como si lo hubiera aprendido de un documento más que de la gente: «El muro lo necesita aquí.»

Miré la sección. Pude ver que la variación creaba una muy ligera holgura térmica — un bolsillo de espacio en la masa del muro — que mejoraría el comportamiento del muro en la estación de las lluvias al permitir un movimiento menor de humedad sin agrietar. Era buena práctica de albañilería. También era, he llegado a creer, no la única cosa que estaba haciendo.

No le pregunté nada más. Lo anoté en mis registros como una adaptación de sitio y seguí adelante.

Llevo veinte años pensando en esa sección de muro. He estado preguntándome qué puso en ella.

VIII.

Salí de León en mayo de 1752. La nave estaba cerrada, las torres iban a la mitad de su altura final, la cantería de la fachada estaba comenzada. Un sobrestante local llamado Fuentes había sido instruido lo bastante para el trabajo restante, que tomaría otros treinta años — más, según resultó; la catedral no se terminó hasta 1814, es decir sobrevivió a todos los implicados en su planeamiento y a la mayoría de los implicados en su construcción.

Antes de marcharme, fui a ver al obispo. Estaba enfermo para entonces — algo que llevaba combatiendo desde la estación de las lluvias, me dijo, aunque me dio la impresión de ser de la clase de hombre cuyo cuerpo resistiría cualquier enfermedad razonable hasta vencerla. Estaba en su despacho, en el sillón, con la ventana cerrada contra el aire de la estación de las lluvias. Parecía reducido. Un hombre alto que ha estado enfermo lo bastante pierde el hábito de su altura.

Le dije que el proyecto estaba en estado suficiente para mi partida. Dijo que lo sabía. Dijo: los papeles están preparados. Es usted libre. Lo dijo sin énfasis.

Dije: los registros de adaptación están completos. Todo lo que cambié está documentado, con justificaciones.

Dijo: lo sé. Los he leído.

Dije: las justificaciones son válidas.

Dijo: eso también lo sé.

Hubo una pausa.

Dije: y el documento del gabinete.

Dijo: se quedará donde está. Pasará a mi sucesor con las instrucciones. Algún día alguien preguntará por qué la catedral de León es lo que es, y el documento será la respuesta. O nadie preguntará, y la catedral será sencillamente lo que es, lo cual también está bien.

Dije: y Tomasín.

Me miró. Dijo: qué hay de él.

Dije: su arreglo de trabajo.

Dijo: se ha cumplido. Recibió lo convenido.

Dije: y después.

Dijo: el después no es asunto mío. El después es asunto de la diócesis. Moya — usó mi apellido, cosa que rara vez hacía — usted ha hecho lo que vino a hacer. Debería irse.

Me fui.

IX.

Llevo diecinueve años en Sevilla. He construido catorce residencias particulares, tres edificios comerciales, una iglesia pequeña y una capilla, todos competentes y ninguno importante. No me quejo. Una vez elegí la competencia y la comodidad por encima de la importancia y obtuve lo que elegí, lo cual es más de lo que la mayoría de los hombres puede decir.

La catedral de León, como Fonseca la describe, es magnífica. Esto no me sorprende. Lo que yo hice, lo hice bien, y lo que Tomasín hizo, lo hizo mejor.

La pregunta que no puedo contestar — la pregunta con la que llevo veinte años sentado, que la carta de Fonseca trajo de vuelta con la fuerza de una cosa física — es esta: ¿sabía Tomasín lo que habíamos hecho? ¿Sabía que los planos estaban equivocados para la ciudad, en su origen? ¿Sabía de los planos de Lima, del documento de Pizarro, del arreglo con el obispo? ¿Trabajó en el transepto sur sabiendo que el edificio en cuyo interior estaba era él mismo un acto de subterfugio?

No lo sé. Yo nunca se lo dije. El obispo nunca se lo dijo. El arreglo de trabajo no le daba motivo para que se le dijera.

Pero no era hombre que pareciera no saber las cosas. Leía dibujos arquitectónicos. Pensaba en la transferencia de carga sin que nadie se lo pidiera. Construyó esa sección de muro entre el segundo y el tercer pilar y me dijo, cuando le pregunté, solo que el muro lo necesitaba allí.

El muro lo necesitaba allí.

Llevo veinte años diciéndome que lo que hice fue una decisión arquitectónica al servicio de una ciudad que merecía una catedral mejor que la que le estaba oficialmente asignada, y esto es cierto. También me he dicho que lo que más quería era marcharme, y que la catedral fue el precio que pagué por marcharme, y esto también es cierto. Lo que no entiendo — lo que nunca he entendido, y por lo que escribo esto, para sentarme con ello más que para resolverlo — es si Tomasín hacía el mismo cálculo. Si él también entendía dos cosas. Si el muro entre el segundo y el tercer pilar era a la vez lo que yo creía que era y otra cosa.

Si puso algo en aquel muro, quiero que quien encuentre esto sepa que no me sorprende. No me sorprende y me alegro. Lo que sea que pusiera, pertenece allí más que ninguna otra cosa de aquel edificio. El edificio es magnífico, y Fonseca tiene razón, y la luz por la fachada del oeste debe de ser extraordinaria, y daría mucho por estar dentro de él una vez antes de morir.

No voy a volver. Tomé esa decisión cuando me fui y no la he deshecho, y a los cincuenta y ocho años me siento poco inclinado a deshacer decisiones que han sostenido durante diecinueve.

Pero pienso en el transepto sur. Pienso en el muro que lo necesitaba allí. Y pienso: bien. Lo que sea que pusiera en él, bien.

Soy consciente de que no es así como se espera que un hombre de mi generación termine un relato de esta clase. Se espera de mí que pida oraciones. Lo he considerado. Hallo que no puedo pedirlas honestamente, lo que tomo como señal de que no debería pedirlas en absoluto. Los albañiles de mi oficio solían inscribir su obra *Soli Deo Gloria* — para la gloria de Dios solamente. Yo no la inscribí. No creo que Tomasín la inscribiera tampoco. Lo que está en aquel muro es otra cosa. No tengo la palabra para ello.

[C.V.: He revisado las superficies de la catedral en el transepto sur y los registros circundantes, incluida la zona expuesta por la anomalía térmica de 1974, y no he encontrado ninguna inscripción de Soli Deo Gloria *ni fórmula equivalente. El testimonio de Ignacio queda verificado por ausencia.]*

Ignacio Moya, arquitecto Sevilla, España Octubre de 1771

[C.V.: En marzo de 1974, durante un estudio estructural del transepto sur de la Catedral de León, identifiqué una anomalía térmica en el muro entre el segundo y el tercer pilar sobre el plinto. La sondé. Encontré una caja de cedro envuelta en hule. Dentro de la caja de cedro había seis documentos, de los cuales este relato era uno.]

Alguien puso este relato en el muro — Tomasín, o quien lo siguió en mantener la fe con lo que Tomasín empezó. La cronología no permite que el propio Tomasín colocara el relato de Ignacio de 1771 dentro de un muro que él había sellado en 1755 y del que se había marchado; lo que la cronología sí permite es que el muro fuera abierto y vuelto a sellar al menos una vez, por

manos que no puedo nombrar, al servicio de un depósito que Tomasín comenzó.

Los demás documentos son suyos — el contralibro de Rodrigo, la copia de la carta, el inventario, el documento de Pizarro. No sé cómo los obtuvo. No sé desde cuándo sabía que existían. Sé que construyó el muro del transepto sur en los años de 1753 a 1755, que selló la caja en su interior, y que lo que Ignacio Moya observó y llamó «adaptación de sitio» fue, de hecho, un archivo.

Ignacio Moya pasó veinte años preguntándose qué puso Tomasín en el muro.

Puso la verdad en él. La puso donde alguien acabaría por encontrarla — y tuvo razón en ambas cosas, en la paciencia y en las herramientas.

Yo la encontré.]

El informe de Aznar

Nota de archivo · 1751

Documento 14 de 28. Segunda Parte: La confesión del arquitecto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Bartolomé Aznar archivó los registros de adaptación presentados por Ignacio Moya en 1750 y 1751, que documentan las modificaciones a los planos aprobados de la catedral. Su nota de archivo tiene cuatro frases. La incluyo entera porque cuatro frases es la cantidad justa.]*

NOTA DE ARCHIVO — CONSEJO DE INDIAS *División de Registros Administrativos, ref. NIC-1747-CAT*

Recibidos de la diócesis de Nicaragua, por vía de la Administración Provincial, los registros de adaptación correspondientes al proyecto de la Catedral de León, fechados en octubre de 1750 y marzo de 1751, presentados conforme al Artículo Segundo del decreto de aprobación del Consejo de agosto de 1747.

Los registros de adaptación han sido revisados en cuanto a su conformidad con los términos del decreto. Las modificaciones allí documentadas — extensión de la longitud de la nave, aumento de la altura de las torres y rediseño de la elevación de la fachada — vienen acompañadas de justificaciones técnicas que invocan las condiciones locales del emplazamiento, consideraciones sísmicas y los patrones predominantes de viento. Las justificaciones son técnicamente competentes.

Las modificaciones son sustanciales. Se hallan dentro de la letra del decreto aprobado.

Archivado en consecuencia.

Bartolomé Aznar Escribiente, Registros Administrativos Consejo de Indias Madrid, 14 de abril de 1751

[C.V.: «Dentro de la letra del decreto aprobado.» Llevo veinte años leyendo documentos administrativos coloniales y esta es la frase más precisamente colocada que he encontrado en ninguno de ellos. Aznar lo sabía. Lo archivó de todas formas. No sé qué sabía Aznar, ni cómo lo sabía, ni si fue pagado para archivarlo, ni si simplemente leyó los registros de adaptación con cuidado e hizo un juicio administrativo de que las modificaciones eran defendibles y de que su función era determinar si lo eran y no determinar si eran rectas. He considerado esta cuestión a fondo. Encuentro que no puedo decidirla.]

La carta de Porres

Carta personal · 1748

Documento 15 de 28. Segunda Parte: La confesión del arquitecto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Diego de Porres tuvo noticia de lo que se había hecho con sus planos en la primavera de 1752, cuando un colega que regresaba de Nicaragua le describió las obras en marcha. Escribió esta carta al obispo de inmediato. La carta fue hallada en el Archivo Diocesano, archivada en un legajo rotulado «correspondencia recibida, 1752». No hay constancia de respuesta.]*

Reverendísima Excelencia,

Escribo desde la ciudad de Guatemala, donde acabo de recibir el informe de un colega que visitó León recientemente y observó las obras de la catedral en marcha. Escribo para expresar mi profunda preocupación profesional por lo que me describió.

Preparé los planos de esta catedral con considerable cuidado. Estudié las notas de reconocimiento que su diócesis me proporcionó. Diseñé un edificio apropiado a las condiciones del emplazamiento tal como yo las entendía — sesenta y dos varas de nave, torres de veintiocho varas, una fachada de proporción barroca calibrada a la aproximación desde la plaza. No son elecciones arbitrarias. Son el producto de treinta años de experiencia arquitectónica aplicados a las exigencias específicas de una comisión específica.

Lo que mi colega describió no guarda esencialmente parecido alguno con lo

que yo diseñé.

Describe una nave de setenta y una varas — nueve más de las que yo diseñé. Las torres, calcula él, se alzan a treinta y seis varas, donde yo había especificado veintiocho. La fachada es de un carácter enteramente distinto del que yo dibujé — horizontal donde yo pretendía proyección vertical, contenida donde yo pretendía declarativa. Estas modificaciones, me dice, son obra de un arquitecto llamado Moya, al parecer despachado para supervisar la construcción y que, al parecer, interpretó su papel supervisor como extensible al rediseño completo del edificio.

Quiero ser claro: no discuto que un arquitecto cualificado en obra pueda introducir las modificaciones que las condiciones locales requieran. Es práctica habitual. Lo que mi colega describe no es modificación. Es sustitución. El edificio que se construye en León no es mi catedral. Es la catedral de Moya, levantada con la autorización y la financiación que se concedieron para la mía.

Pido al Consejo de Indias, mediante la intercesión de Vuestra Excelencia, que explique con qué autoridad se hicieron tales cambios, si los registros de adaptación presentados al Consejo representan con exactitud el alcance de lo alterado, y si se dará alguna consideración a la cuestión del crédito arquitectónico de un diseño tan sustancialmente transformado que la contribución del diseñador original ya no resulta reconocible.

Tengo sesenta y cuatro años. Diseñé esta catedral como la comisión significativa de mi carrera tardía. Pido solo que alguien me explique qué le sucedió.

Diego de Porres, arquitecto Ciudad de Guatemala, Guatemala 3 de mayo de 1752

[C.V.: No hay constancia de respuesta a esta carta en el Archivo Diocesano, en el archivo del Consejo de Indias ni en el Archivo Histórico Nacional. Diego de Porres murió en la ciudad de Guatemala en 1746, seis años antes de que se escribiera esta carta. He considerado la posibilidad de que la fecha esté equivocada; el análisis caligráfico y las referencias contextuales descartan esa explicación. No tengo una segunda explicación. Incluyo la carta tal como la encontré. Nunca recibió respuesta. Nunca vio la catedral. En la literatura histórica existente sobre la construcción de la Catedral de León, su nombre aparece en una nota a pie de página.]

Diario de obra, 1749

Diario de obra · 1749

Documento 16 de 28. Segunda Parte: La confesión del arquitecto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Los diarios de obra de la Catedral de León sobreviven en forma fragmentaria en el Archivo Diocesano. Los llevaron una serie de capataces a lo largo del período de construcción y son, en su mayor parte, registros de materiales, mano de obra y avance — la lengua corriente de la edificación. He seleccionado tres entradas para esta edición, correspondientes a momentos de particular significación en la historia constructiva. La primera está fechada el 14 de septiembre de 1749.]*

DIARIO DE OBRA — CATEDRAL DE LEÓN

Llevado por el capataz Luis Espinoza bajo la dirección del arquitecto I. Moya

14 de septiembre de 1749

Tiempo despejado. Diecisiete hombres en obra. Continúan los trabajos de cimentación en la nave, avanzando desde el extremo oriental hacia el crucero. Las condiciones del suelo en el cuadrante sureste son más blandas de lo previsto; consultando con el arquitecto las especificaciones ajustadas de los cimientos para esa sección.

Los trabajos en la cimentación de la fachada oeste están suspendidos a la espera de la entrega de piedra adicional desde la cantera de Posoltega, prevista

para esta semana.

Por la tarde vino a la obra un visitante — un hombre alto, de ojos plateados, mayor, bien vestido para un viajero. Dijo que pasaba por la ciudad y había oído que se construía. Caminó por las zanjas de cimentación durante aproximadamente una hora, mirando las condiciones del suelo y los trabajos de cimientos. Le hizo al arquitecto varias preguntas que, por lo que pude oír, eran técnicamente informadas — sobre la profundidad de los cimientos respecto del lecho rocoso, sobre la forma de abordar la sección blanda del sureste. El arquitecto las contestó. El hombre asintió. Dijo que los cimientos debían profundizarse en la esquina suroeste, donde el nivel freático es más alto en la estación de lluvias, y que el procedimiento que usábamos no daría cuenta de la carga lateral en esa dirección cuando el terreno se moviera. El arquitecto revisó las especificaciones y estuvo de acuerdo. Le dio las gracias.

El hombre se marchó sin decir su nombre. Iba camino del norte, dijo, hacia el lago.

Esta semana pedí prestados tres hombres a la cuadrilla que está terminando la cimentación de la sacristía, para apuntalar el ángulo sureste mientras se ajustan las especificaciones. Vinieron por la mañana y se fueron al mediodía. Entre ellos había uno pequeño, callado, que asentó tres sillares en una hora sin medir, sin retocar, sin dejar holgura por defecto. El maestro Hernández, que rara vez se fija en un peón ajeno, se acercó a mirar la segunda piedra y se quedó hasta la tercera. Cuando le pregunté al capataz de la sacristía cómo se llamaba, respondió con un diminutivo que no entendí bien. Trajo sus propias herramientas en un paño doblado, y al irse las recogió y se las llevó. Anoto esto sólo porque rara vez veo asentar piedra con esa serenidad.

Materiales recibidos: cuarenta varas de piedra labrada, tres carretas de mortero de cal. Jornales de la semana: diez reales por indio peón, dieciocho por

maestro, pagados con cuatro días de retraso. Raciones: maíz, frijol, sal. Un peón cayó esta tarde desde la segunda hilada. Enterrado en la parroquia antes de vísperas. Sin otras incidencias.

Espinoza, capataz

[C.V.: Los cimientos de la esquina suroeste se profundizaron tras esta entrada, según confirman los registros de adaptación. El ajuste se atribuye en los registros de adaptación a la revisión continuada del emplazamiento por el arquitecto Moya. El visitante no se menciona en los registros de adaptación.]

La carta de Ignacio de Sevilla

Carta personal · 1771

Documento 17 de 28. Segunda Parte: La confesión del arquitecto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Ignacio Moya llegó a Sevilla en julio de 1752, dos meses después de salir de León. Escribió al obispo Isidoro Venegas de Cienfuegos en septiembre de ese año. La carta fue hallada en el Archivo Diocesano dentro de un legajo de la correspondencia personal del obispo. Es una carta breve. La incluyo porque es la última cosa que Ignacio Moya escribió sobre León antes de su relato de 1771, y porque la distancia entre esta carta y aquel relato — diecinueve años — es ella misma una especie de documento.]*

Reverendísima Excelencia,

Le escribo para informarle de que llegué a Sevilla en julio y me he establecido aquí a mi satisfacción. La travesía fue difícil pero sin incidentes, que es lo mejor que puede decirse de las travesías.

Le escribo también para darle cuenta, pues creo que le debo una rendición final de mi trabajo, de que el proyecto de la catedral se halla en condición que estoy satisfecho de dejar. La nave está cerrada. Las torres están a la altura proyectada por encima de las hiladas de base, lo que viene a ser cerca de la mitad de su altura terminada; este trabajo debería continuar sin dificultad bajo la supervisión de Fuentes, y creo que comprende lo bastante bien las especificaciones restantes para llevar la obra hasta su conclusión. La piedra de la fachada está comenzada y el carácter del edificio final queda establecido. Lo que

sigue es ejecución, y ejecución es lo que Fuentes es capaz de hacer.

Creo que el edificio será lo que quisimos que fuera.

He recibido carta de Diego de Porres, remitida por un conocido en Guatemala. Está disgustado por las modificaciones. No sé qué decirle. No le he respondido. Si le parece a Vuestra Excelencia oportuno enviar una explicación en nombre de la diócesis, dejo eso a su juicio. No me hallo en posición de ofrecerle una que le satisfaga, y sospecho que ninguna explicación lo haría, y ya no me hallo en posición de implicarme con utilidad.

Sevilla es como la recordaba: vieja, cálida y considerablemente menos interesante de lo que ella misma se cree. Me alegra estar aquí. No esperaba alegrarme.

Gracias, Excelencia, por lo que me dio. Soy consciente de lo que le costó dármelo.

Ignacio Moya Sevilla 11 de septiembre de 1752

[C.V.: «Soy consciente de lo que le costó dármelo.» Leí esta frase muchas veces antes de entender lo que significaba. No se refiere a los honorarios. No le agradece al obispo el encargo. Le agradece al obispo su libertad — y reconoce que obtenerla obligó al obispo a hacer un arreglo que el obispo cargaría el resto de su vida. Lo cual hizo. Noventa y tres años cumplidos, y cargándolo.]

Parte III

El muro

**Nota contextual de Consuelo Vargas Montiel* Lo puso donde alguien acabaría por encontrarlo. Tuvo razón sobre la paciencia y tuvo razón sobre las herramientas — las dos cosas que importan a quienes vivimos del cálculo de cargas y del cálculo de los siglos.*

Diario de obra, 1753

Diario de obra · 1753

Documento 18 de 28. Segunda Parte: La confesión del arquitecto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: La segunda entrada seleccionada de los diarios de obra. Es la primera vez que Tomasín aparece nombrado en cualquier documento de esta colección.]*

DIARIO DE OBRA — CATEDRAL DE LEÓN

Llevado por el capataz Luis Espinoza

3 de marzo de 1753

Tiempo despejado tras lluvia. Catorce hombres en obra. Continúan los trabajos en los muros del transepto sur; el muro norte del transepto está en la segunda hilada sobre el plinto, avanzando con normalidad.

Esta semana se le ha asignado al equipo del transepto un hombre nuevo, traído de la cuadrilla de la costa que terminó la cimentación de la sacristía. Lo llaman Tomasín. Es más pequeño que la mayoría del equipo y callado. Trabaja con cuidado.

Lo puse en el muro sur bajo Hernández, que es responsable del paramento del transepto. Hacia la tarde de su primer día, Hernández me dijo que lo dejara solo y le permitiera trabajar, porque lo estaba haciendo bien y la supervisión lo estaba retrasando. No es un juicio que Hernández dé a la ligera; no es hombre que alabe sin causa.

Tomasín trajo sus propias herramientas, lo cual es inusual. Están bien cuidadas. No las mezcla con las herramientas de los demás.

Materiales recibidos: dos carretas de sillería de paramento, una carreta de árido para mortero. Los trabajos avanzan en plazo conforme al plano revisado.

Espinoza, capataz

[C.V.: Esta es la primera entrada en que aparece Tomasín. La última entrada en que aparece es el Documento 19, fechado el 14 de octubre de 1755 — dos años, siete meses y once días más tarde. En ese tiempo levantó el muro del transepto sur. También, al parecer, hizo otra cosa.]

Diario de obra, 1755

Diario de obra · 1755

Documento 19 de 28. Tercera Parte: El muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: La tercera entrada seleccionada del diario de obra. Esta entrada aparece al comienzo de la Tercera Parte, y no al final de la Segunda, porque es el documento que abre la pregunta a la que responde la Tercera Parte.]*

DIARIO DE OBRA — CATEDRAL DE LEÓN

Llevado por el capataz Andrés Castellanos (Espinoza se retiró del puesto por enfermedad en enero de 1755; Castellanos asumió el diario en febrero de ese año.)

14 de octubre de 1755

Tiempo cubierto. Once hombres en obra. El paramento del transepto sur está terminado. Tomasín terminó esta mañana la última hilada del muro sur. El muro es, a mi juicio y a juicio del sobrestante Fuentes, que lo inspeccionó esta tarde, una obra excepcional — paramento uniforme, juntas de mortero excelentes, fiel al plano en todas las dimensiones especificadas y, en varios respectos, más allá de lo que el plano exigía.

Fuentes hizo notar una sección del muro, entre el segundo y el tercer pilar sobre el plinto, donde el aparejo presenta una variación respecto del patrón habitual — un ligero retranqueo hacia dentro de tres piedras a lo largo de unos

cuarenta centímetros, relleno por detrás con piedra menuda labrada. Le preguntó a Tomasín. Tomasín dijo que el muro lo necesita aquí. Fuentes lo examinó y encontró razonable la justificación estructural. Lo aprobó.

El muro del transepto sur está terminado. Hemos comenzado el paramento del lado norte esta tarde.

A esta fecha, Tomasín ha terminado su trabajo en el transepto sur y ha pedido ser liberado de la asignación laboral. Esta solicitud ha sido remitida a la oficina del sobrestante conforme al procedimiento habitual.

Hago constar en el registro que Tomasín trabajó en este proyecto durante dos años y siete meses sin un solo día perdido por enfermedad o ausencia, sin un incidente disciplinario de ninguna clase y sin una sola pieza de trabajo que requiriera corrección. No suelo escribir valoraciones personales en este diario. Escribo esta porque el trabajo lo merece.

Castellanos, capataz

[C.V.: Dentro de la variación que describe Castellanos — la sección de cuarenta centímetros entre el segundo y el tercer pilar — encontré la caja de cedro.]

El documento del albañil

Documento sobre papel amate · c. 1755

Documento 20 de 28. Tercera Parte: El muro. Precede a La carta de Lima (Documento 21).

Nota preliminar de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Este documento fue encontrado dentro del muro del transepto sur de la Catedral de León la tarde del 11 de marzo de 1974. Había estado sondeando una sección del muro entre los pilares segundo y tercero, siguiendo una anomalía térmica que nuestro equipo había señalado como un hueco de aproximadamente dieciséis centímetros de profundidad y cuarenta de anchura. El hueco era real. Había sido sellado con una baldosa delgada cortada para encajar exactamente — no baldosa de la catedral, sino baldosa de taller corriente, del tipo que se usa para suelos de casas particulares. Alguien había tomado una pieza de baldosa de suelo, la había cortado con considerable precisión y la había encajado en el muro a la altura del tercer tendido sobre el plinto, donde el grosor del revoco oculta un dedo de variación. No lo habría encontrado sin el equipo. Creo que era intencional — estaba destinado a ser encontrado en algún momento, por alguien con mejores herramientas de las disponibles en 1755, pero no mediante una inspección superficial.]*
>
> *Dentro del hueco había una caja de cedro envuelta en encerado. Dentro de la caja de cedro había seis documentos. Cinco de ellos se reproducen en esta edición, en el orden en que he determinado que*

deben leerse. El sexto se reproduce aquí.

El sexto documento está escrito sobre amate — papel de corteza, producido por el mismo método utilizado para los manuscritos nahuas precontacto, aunque esta pieza es pequeña, de aproximadamente diez por quince centímetros, doblada cuatro veces. La escritura es en tinta española, aplicada con una pluma de punta metálica. Las letras son cuidadosas y ligeramente irregulares, los caracteres de un hombre que aprendió a escribir de adulto, con instrucción, con paciencia por ambas partes. No hay fecha. No hay salutación. No hay nombre al pie.

Hay tres frases.

Envié una fotografía al doctor Alejandro Reyes Domínguez en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1975. Su traducción y análisis aparecen como Documento 28 de esta edición. La traducción que aparece a continuación es suya, con una enmienda mía, indicada.]

Texto original

Notoca Cuauhtlanextli. Amo notoca Tomasín.

Ica notlahtlacol ōnicchīuh inin tepantli.

Nicān ōnictlālih in neltiliztli; ahzo ticmati.

Traducción

Traducida por el doctor Alejandro Reyes Domínguez, UNAM, Departamento de Lenguas Mesoamericanas, 1975. Una enmienda de C. Vargas, indicada.

Mi nombre es Cuauhtli-Tlanextli. Mi nombre no es Tomasín.

Con mi pecado hice este muro.*

Aquí he puesto la verdad; quizá la conozcas.

** El doctor Reyes Domínguez traduce* notlahtlacol *aquí como «mi falta» o «mi transgresión». La he traducido como «mi pecado» porque la palabra en náhuatl lleva el peso religioso de los dos significados simultáneamente, y Cuauhtli-Tlanextli era, en el momento de escribir esto, un católico bautizado que había pasado seis años trabajando dentro de una catedral. Sabía lo que significaba la palabra en ambos sistemas. Creo que la eligió deliberadamente. — C.V.*

[C.V.: Voy a apartarme de mi práctica editorial aquí, que ha sido dejar que los documentos hablen por sí mismos y confinar mis observaciones a cuestiones de hecho histórico, traducción y procedencia.]

Mi nombre es Consuelo Vargas Montiel. Nací en Managua en 1938. Soy arquitecta estructural. He pasado treinta años estudiando edificios que otros levantaron — midiendo sus muros, leyendo las especificaciones de hombres muertos hace mucho, aprendiendo los nombres de los ingenieros que los diseñaron y de los artesanos que ejecutaron los diseños, y luego registrando esos nombres en documentos oficiales e historias de la arquitectura. Soy buena en esto. Tengo un doctorado de la Universidad de Sevilla y un puesto docente en la Universidad Nacional, y he publicado tres monografías sobre arquitectura eclesiástica colonial en Centroamérica, que nadie fuera de mi campo inmediato ha leído, lo cual es como debe ser.

He pasado cuatro años con su letra. No conozco la letra de Cuauhtli-

Tlanextli. Tengo tres frases.

Escribió en caracteres cuidadosos y ligeramente irregulares, como he dicho. Usó amate — lo que significa que preparó esto, o lo hizo preparar, con antelación. No escribió esto en un trozo de lo que tuviera a mano. Pensó en qué material duraría. Dobló el papel cuatro veces y lo envolvió en el mismo encerado que cubre la caja de cedro, lo que significa que o bien obtuvo el encerado de forma independiente o bien tuvo acceso a la caja antes de que fuera sellada. Su documento quedó en el fondo, debajo de los demás. Fue el último.

Sabía que alguien lo leería. Lo puso donde alguien con herramientas adecuadas y suficiente paciencia lo encontraría — y tuvo razón en las dos cosas, aunque sobreestimó por aproximadamente dos siglos cuánto tardarían las herramientas en llegar.

Su nombre es Cuauhtli-Tlanextli. Significa Águila de Luz Viva — la luz que se mueve, no la luz fija. Le llamaban Tomasín, que es un diminutivo de Tomás, que es un nombre que le dieron, que no es su nombre. Pasó seis años levantando una catedral en una lengua que no era la suya, para un Dios que no era el suyo, bajo las órdenes de un obispo cuyo nombre aparece en diecisiete documentos de esta edición y cuyo rostro aparece en un retrato en la sacristía de la catedral. Cuauhtli-Tlanextli no aparece en el retrato. No aparece en ningún sitio por su nombre hasta este documento, que él mismo escribió, colocó y selló dentro de su propio muro.

Dijo que construyó el transepto sur con su pecado. El doctor Reyes Domínguez y yo hemos discutido esta frase extensamente. El pecado podría ser el acto de engaño — el de construir un muro que oculta lo que oculta. Podría ser su participación en una institución que no eligió. Podría ser algo completamente distinto, algo que no podemos recuperar, la contabilidad

privada de un hombre del que sabemos casi nada. He dejado de intentar decidir qué pecado quería decir. Lo nombró. Lo puso en el muro con todo lo demás, y luego lo cubrió con piedra.

El ahzo *— quizá — es la parte que no me abandona. No estaba seguro de que lo entendiéramos. No estaba seguro de que la verdad fuera legible para quien la encontrara, separada de él por los años que él imaginara. Lo puso allí de todas formas. Selló el muro. Volvió al trabajo.*

Sigo pensando que es hermoso.]

La carta de Lima

Carta diocesana · noviembre de 1763

Documento 21 de 28. Tercera Parte: El muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Estos documentos son lo que la rodeaba.]*
>
> *La carta de Lima. Fue encontrada en el Archivo General de Indias, en Sevilla, dentro de un legajo de correspondencia eclesiástica diversa procedente del virreinato del Perú. No estaba archivada con los materiales de León. La encontré por casualidad, al cotejar un número de referencia del expediente de Nicaragua del Consejo. La carta trata del proyecto de la Catedral de Lima, que se estaba revisando en la década de 1760. Se reproduce aquí en forma abreviada. Se llama la atención del lector sobre el último párrafo.]*

[Abreviada. Texto íntegro en el Archivo General de Indias, sección Perú, legajo 1763-XVII.]

A los Excelentísimos Señores del Consejo de Indias:

Escribimos para solicitar la orientación del Consejo sobre una cuestión surgida de la actual revisión del proyecto de la Catedral de Lima, en concreto en lo relativo a los planos arquitectónicos que esta diócesis tiene en su poder y a su relación con los planos aprobados para la Catedral de León, Nicaragua.

Ha llegado a nuestro conocimiento que la catedral de León, actualmente en estado avanzado de construcción, presenta ciertas diferencias significativas respecto de los planos tal como fueron presentados al Consejo. Hemos obtenido,

por los cauces a nuestra disposición, una copia de los registros de adaptación archivados por el arquitecto supervisor en León, y observamos que las modificaciones allí descritas — extensión sustancial de la nave, aumento de la altura de las torres y rediseño de la fachada — representan cambios que, aplicados a la inversa, producirían un edificio muy semejante a los planos que esta diócesis tiene actualmente en su poder para el proyecto de Lima.

No formulamos en este momento ninguna alegación formal. Solicitamos solo que el Consejo aclare la procedencia de ambos juegos de planos y confirme que las modificaciones de León se hicieron exclusivamente sobre la base de las condiciones locales del emplazamiento, según afirman los registros de adaptación.

[Páginas adicionales omitidas.]

En otra cuestión, ajena a lo anterior: un miembro de nuestro personal diocesano, de regreso de un viaje por Centroamérica, refiere un encuentro inusual en León. Cerca del emplazamiento de la catedral, conversó con un hombre anciano — muy alto, de ojos plateados poco usuales en esta región, que parecía gozar de excelente salud a pesar de lo que nuestro funcionario calculó como una edad avanzada. El hombre habló con considerable conocimiento de la construcción y de su historia, e hizo varias observaciones sobre las proporciones de la catedral que nuestro funcionario, que tiene alguna formación arquitectónica, encontró técnicamente refinadas. Cuando se le preguntó cómo sabía tanto sobre el edificio, dijo que llevaba un tiempo siguiendo su construcción con interés. No dio su nombre.

Lo mencionamos solo como un detalle curioso del viaje, sin significación particular.

En servicio a Dios y a Su Majestad, La Oficina del Obispo de Lima Lima, Perú 12 de noviembre de 1763

[C.V.: La primera aparición de esta descripción se halla en el Documento 16. La segunda está aquí. La tercera, en el Documento 26.]

La confesión en el lecho de muerte

Confesión en el lecho de muerte · 1771

Documento 22 de 28. Tercera Parte: El muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: En el otoño de 1771, el obispo Isidoro Venegas de Cienfuegos cayó gravemente enfermo a los ochenta y seis años. La enfermedad duró tres semanas. Su confesor, el padre Hernán Cáceres, lo asistió a lo largo de ella y consignó esta confesión, hecha en lo que todas las partes creyeron el lecho de muerte del obispo, la noche del 19 de octubre de 1771. El obispo se recuperó. Vivió otros siete años.]*
>
> *El padre Cáceres conservó la constancia. Fue hallada entre sus papeles privados, donados al Archivo Diocesano tras su muerte en 1803. El obispo no fue informado de que se había conservado la constancia. Si se habría opuesto es una pregunta que no puedo contestar.]*

En el nombre de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, y en cumplimiento de mis deberes como confesor del Reverendísimo Obispo Isidoro Venegas de Cienfuegos, yo, el padre Hernán Cáceres, dejo constancia de la siguiente confesión, hecha por el obispo la noche del 19 de octubre de 1771, en la creencia de que no sobreviviría a la noche.

El obispo habló despacio, con considerable esfuerzo, en una voz que apenas alcanzaba a oír. He registrado lo que oí con la mayor exactitud posible. Donde no estoy seguro, lo he indicado.

Dijo que quería confesar un engaño. Dijo que había sido un engaño largo y que había decidido que no estaba mal pero que quería decirlo en voz alta ante Dios por si lo había decidido incorrectamente.

Dijo: usé un documento que no tenía derecho a usar, para un propósito para el que no fue concebido, a fin de obtener algo que creía que mi ciudad merecía. Lo usé como palanca con un hombre cuya libertad compré a costa de la integridad de la diócesis. Lo hice deliberadamente y con considerable planificación. Lo volvería a hacer. Pero quiero que Dios sepa que sabía lo que hacía.

Dijo: el documento está en la catedral. Lo puse allí porque no sabía qué otra cosa hacer con él, y porque el hombre que me lo dio lo había destinado al edificio, y el edificio me parecía el lugar adecuado. Lo puse en el muro. Se lo entregué al albañil porque el albañil era la única persona implicada en quien yo confiaba para entender lo que tenía en las manos. Le dije dónde debía ir. Él decidió cómo.

Dijo — aquí su voz cayó y me incliné para oír — dijo: el albañil entendió dos cosas a la vez. Lo dijo como si eso explicara algo. Quizá lo explicaba.

Dijo: la catedral es hermosa. La he visto cada día durante veinte años, y es lo mejor que he hecho, y lo hice engañando al Consejo de Indias y comprando la libertad de un hombre con una mentira sobre la procedencia de sus planos. Quiero confesar esto antes de morir.

Dijo: no me arrepiento. Quiero confesarlo y quiero dejar claro que no me arrepiento. Estoy dispuesto a responder ante Dios por ello si Dios lo encuentra insuficiente. Creo que Dios no lo encontrará insuficiente.

Dejó de hablar un rato.

Dijo, al cabo: creo que el hombre que lo hizo posible — el viejo gobernador,

hace doscientos años — consideraría esto un desenlace satisfactorio. Espero que así fuera.

[Inseguro — no pude oír claramente lo que dijo a continuación. Dijo algo sobre un escribano. Dijo que el escribano entendió. Esto puede ser lo que dijo.]

Pidió la absolución.

Se la di.

Consignado fielmente este vigésimo día de octubre, en el Año del Señor de 1771. Padre Hernán Cáceres

---

[C.V.: El obispo Venegas de Cienfuegos se recuperó de la enfermedad. Continuó como obispo de Nicaragua hasta su muerte en 1778, a los noventa y tres años. Nunca habló públicamente de la historia de la construcción de la catedral. Nunca, hasta donde he podido determinar, le contó a nadie nada acerca de la caja de cedro ni de su contenido.]

La catedral se terminó en 1814, treinta y seis años después de su muerte. Nunca la vio consagrada.

La línea final del padre Cáceres: «Pidió la absolución. Se la di.» No tengo nada que añadir.]

El diario final de Fuentes, 1783

Diario de obra · 1783

Documento 23 de 28. Tercera Parte: El muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: La última entrada del diario de obra llevado bajo el sobrestante Fuentes, escrita el último día de 1783. El diario continúa después bajo otro sobrestante, pero esta es la entrada que cierra la generación que construyó el cuerpo de la catedral. Las torres están terminadas. Las bóvedas de la nave están terminadas. Lo que queda es trabajo de interior — yesería, decoración, el altar, el coro — que tomará otros treinta años. Pero el casco está ahí. El edificio que hoy se alza es el edificio que existía el 31 de diciembre de 1783.]*

DIARIO DE OBRA — CATEDRAL DE LEÓN

Llevado por el sobrestante Miguel Fuentes

31 de diciembre de 1783

Tiempo frío y despejado. Último día del año. He mantenido este diario, en todo o en parte, durante treinta y cinco años. Esta es la última entrada que escribiré. Mi vista se ha deteriorado hasta el punto en que no puedo asumir la responsabilidad del registro de obra, y he dispuesto que mi ayudante Ramírez tome el diario a partir del primero de enero.

Quiero dejar constancia, para quien lea este diario después de mí, de lo que se construyó.

La nave que construimos es la nave que construimos. Las torres se alzan donde iban a alzarse. La fachada da a la plaza en una línea larga, baja y horizontal que en la luz de la tarde parece brotar del suelo, que es lo que el arquitecto se proponía, o así me lo dijo. La bóveda del transepto está terminada. Las bóvedas del coro están terminadas. El transepto sur está terminado, lo está desde 1755, y es, en mis treinta y cinco años de observación, la mejor cantería del emplazamiento — el muro sur en particular, levantado por un albañil al que recuerdo bien, pequeño, callado, cuidadoso, que trabajó dos años y siete meses y nunca requirió corrección y luego se marchó.

El edificio no está terminado. Tomará más años. Pero el edificio está ahí. Uno puede entrar en él y sentir lo que será, que es más de lo que yo podría haber dicho cuando empecé.

He pasado mi vida adulta en este emplazamiento. Tenía veintidós años cuando llegué a asistir al arquitecto Moya y tengo cincuenta y siete ahora. Construí menos que Tomasín y más que el obispo, y he hecho las paces con esa contabilidad.

Que Dios mantenga este edificio en pie.

Miguel Fuentes, sobrestante León, Nicaragua 31 de diciembre de 1783

[C.V.: «Uno puede entrar en él y sentir lo que será.» Leí esta frase en una sala de lectura del Archivo Diocesano una tarde de octubre de 1974, siete meses después de encontrar la caja de cedro. Aquella mañana había estado dentro de la catedral por el trabajo del estudio. Sabía exactamente lo que quería decir.]

Petición relativa a Tomasín

Petición laboral · noviembre de 1755

Documento 24 de 28. Tercera Parte: El muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Este documento es de 1755, el mismo año en que Tomasín terminó su trabajo en el transepto sur y se marchó. Es una petición presentada por Tomasín al capataz Fuentes solicitando su liberación de sus compromisos laborales antes del final del período contractual establecido.]*

[Petición al sobrestante de obras, León, Nicaragua, noviembre de 1755]

El abajo firmante solicita que se le conceda la liberación de sus compromisos laborales en el proyecto de construcción de la catedral de León, conforme a las condiciones aplicables a los trabajadores que han completado el trabajo asignado con anterioridad al término previsto.

El trabajo asignado al abajo firmante — el paramento del muro sur del transepto, entre los pilares segundo y tercero — está completo. El sobrestante ha certificado la calidad del trabajo. No queda nada de la asignación original por hacer.

La obra que fue asignada al abajo firmante está concluida. La obra que no fue asignada también está concluida. El abajo firmante solicita el pago del salario adeudado y la documentación de la liberación.

Tomasín León, Nicaragua noviembre de 1755

[C.V.: La petición fue concedida. La documentación de la liberación lleva fecha del 18 de noviembre de 1755. La firma de Tomasín en la petición es la única muestra de su escritura en castellano que he encontrado.]

Construyó la variación entre los pilares segundo y tercero en los meses finales de su trabajo en el muro, antes de su finalización en octubre de 1755. Para cuando presentó su petición de liberación, la variación ya estaba en su lugar.]

Inventario decorativo

Inventario decorativo · 1780

Documento 25 de 28. Tercera Parte: El muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: En 1780, mientras se ultimaba la decoración interior del transepto sur, la administración diocesana encargó un inventario de la cantería decorativa de esa sección. El inventario fue compilado por un escribiente llamado Pacheco. Es un documento sencillo. Dirijo la atención del lector al Punto 7.]*

INVENTARIO DE CANTERÍA DECORATIVA — CRUCERO SUR

Compilado por orden de la Diócesis de Nicaragua Compilado por Isidro Pacheco, escribiente diocesano Octubre de 1780

Punto 1. Cuatro pilastras adosadas, muro sur, labradas según el plan decorativo aprobado. Estado excelente.

Punto 2. Cornisa labrada en toda la longitud del muro sur a la altura del imposta, motivo floral. Ejecutada por el taller del cantero Hernández. Estado excelente.

Punto 3. Marcos de ventana, tres aberturas en el muro sur, piedra labrada con motivo geométrico. Ejecutados según el diseño aprobado. Estado excelente.

Punto 4. Ménsulas labradas en el transepto, ocho en número, motivo floral y geométrico. Ejecutadas por el taller del cantero Hernández. Estado excelente.

Punto 5. Friso labrado sobre la portada sur, motivo figurativo con ángeles y trabajo de vid. Ejecutado según el diseño aprobado. Estado excelente.

Punto 6. Tablero de inscripción labrado sobre la portada sur, texto latino por indicación del obispo: *LAUDATE DOMINUM OMNES GENTES.* Estado excelente.

Punto 7. Entre el segundo y el tercer pilar del muro sur, a la altura de la primera hilada de galería, una sección del paramento muestra un elemento labrado inusual que no aparece en el plan decorativo aprobado: tres figuras pequeñas, de aproximadamente ocho centímetros de altura, trabajadas en la piedra del paramento con considerable destreza. Las figuras parecen representar tres formas humanas — dos adultas, una pequeña — ejecutadas en un estilo que no es el estilo eclesiástico colonial convencional empleado en otros lugares del transepto, sino un estilo que el compilador no puede identificar específicamente. Las figuras están parcialmente ocultas por la sombra de la pilastra y no las advertiría un observador casual. Cuando se llamó la atención de la oficina del sobrestante sobre este elemento, la respuesta recibida fue que la talla parece datar del período original de construcción y que no existe registro de ella en la documentación de obra. La oficina del sobrestante recomendó que se dejara en su sitio.

El elemento se hace constar aquí para que quede completo el inventario.

Punto 8. Estado general de la cantería del transepto sur: excelente en su conjunto. El paramento del muro sur se valora como la mejor cantería de las secciones terminadas de la catedral.

Isidro Pacheco, escribiente León, Nicaragua 28 de octubre de 1780

[C.V.: Tres figuras. Dos adultas, una pequeña. Examiné esta talla el 14 de

marzo de 1974 — tres días después de encontrar la caja de cedro, y antes de haber leído ninguno de los documentos que contenía. La fotografié. La fotografía está en mis notas de investigación (Documento 27 de esta edición).]

Cuando más tarde leí el Punto 7 de este inventario, volví a la talla y la miré durante largo rato.

El estilo que Pacheco «no puede identificar específicamente» es coherente con la talla figurativa mesoamericana precontacto — las formas alargadas, la postura frontal, la integración del cuerpo. Es el único elemento de la catedral que lo es. No sé a quién representan las tres figuras. Tengo una hipótesis. No la consignaré aquí.]

El obispo de Guatemala

Relato personal · 1790

Documento 26 de 28. Tercera Parte: El muro. Cierra la Tercera Parte.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: El obispo de Guatemala visitó León en la primavera de 1790, en una gira por las diócesis centroamericanas. Escribió al arzobispo de Ciudad de México sobre su visita. La carta es en parte administrativa y en parte personal. Reproduzco solo la parte personal. Dirijo la atención del lector al cuarto párrafo.]*

[Parte administrativa omitida.]

La Catedral de León es extraordinaria. Algunos colegas me habían advertido que excedía las expectativas y yo lo había tomado con la pizca de sal con la que se acogen las descripciones que los colegas hacen de los edificios que han admirado, pero en este caso la advertencia era exacta. El edificio es demasiado grande para la ciudad — sustancialmente demasiado grande, de una manera que solo puede ser fruto de una decisión deliberada, no de un error — y el interior es uno de los más finos que he visto en las Américas. Las proporciones de la nave son inusuales: más bajas y más anchas que la tradición de Lima, con una calidad de peso horizontal que se lee desde la entrada como casi geológica, como si el edificio hubiera crecido del suelo en lugar de haber sido posado sobre él. El transepto sur en particular es excepcional. Pasé en él un tiempo considerable.

Conocí al nuevo obispo — Ramírez, que ocupa el cargo desde la muerte del viejo Venegas de Cienfuegos hace doce años — y lo encontré capaz y bien orientado en su diócesis. Me mostró los registros de la diócesis con un orgullo

apropiado. No le pregunté por la historia arquitectónica de la catedral. Tuve la impresión de que en esa historia hay cosas que el actual obispo conoce solo en parte y que preferiría no ver hurgadas por un visitante.

León en sí es una ciudad agradable, polvorienta en la estación seca, considerablemente menos en las lluvias. La población es mestiza y en su mayoría pobre, con una comunidad indígena significativa en los barrios occidentales. Parecen contemplar la catedral con la mezcla apropiada de orgullo y desconcierto — orgullo, porque es manifiestamente uno de los mejores edificios de las Américas; desconcierto, porque es manifiestamente demasiado grandiosa para una ciudad de este tamaño. El desconcierto no carece de fundamento.

Dos días después, la mañana de mi partida, encontré a un hombre anciano sentado en el transepto sur. Era muy alto, de porte erguido pese a su evidente edad, y tenía los ojos de un color pálido inusual — plateados, diría, aunque puede ser la luz de esa parte del edificio, que es particular. Examinaba la talla entre el segundo y el tercer pilar como si la hubiera visto antes. Le pregunté si era de allí. Dijo que llevaba mucho tiempo viniendo a este edificio. Le pregunté cuánto. Dijo: desde antes de que se terminaran las torres. Lo dijo como si fuera una simple constatación de hecho, aunque las torres se terminaron en la década de 1760, lo que lo haría extraordinariamente viejo, y no parecía extraordinariamente viejo — viejo, ciertamente, pero no de manera imposible. No insistí en la pregunta. Tenía la cualidad de un hombre que no se explica y que no espera que se le pida explicación.

Dijo: el edificio es un argumento. Le pregunté qué argumento. Dijo: que la intención de un hombre lo sobrevive. Después dijo que tenía un compromiso y se marchó, y lo vi salir del transepto sur hacia la nave, y para cuando yo mismo llegué a la nave había desaparecido.

Lo menciono solo porque me pareció una despedida adecuada para un edificio que produce, al menos en mí, la sensación clara de una presencia que no puedo dar cuenta arquitectónicamente. Quizá todos los grandes edificios lo hagan. He visitado muchos edificios y no estoy seguro de que todos lo hagan.

Suyo en Dios, El obispo de Guatemala Ciudad de Guatemala 12 de abril de 1790

Parte IV

El aparato

**Nota contextual de Consuelo Vargas Montiel* He intentado, en este trabajo, no replicar lo que estudio. Los hombres de esta edición llevaron registros dobles. Mantuvieron lo que el registro oficial exigía y lo que la honestidad exigía, y el registro honesto fue el que terminó en el muro. He intentado no hacer eso. He intentado que lo que he omitido sea lo mismo que lo que he dicho que he omitido, y que lo que aparece en las notas sea lo mismo que lo que aparece en los propios documentos. No estoy segura de haberlo conseguido. Tengo mis propios registros privados — esta edición no es todo lo que sé. Pero es todo lo que, habiendo pensado cuidadosamente en ello, creo que el registro requiere. El *ahzo* le pertenece a quien tenga esto en las manos.*

Notas de investigación de Consuelo

Notas de investigación de la editora · 1974 – 1976

Documento 27 de 28. Cuarta Parte: El aparato.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Incluyo mis propias notas de investigación porque el proceso de hallar los documentos en el archivo es, de manera modesta, parte de la historia que estos documentos cuentan. He seleccionado entradas de los catorce meses que pasé en la investigación de archivo, sobre todo en Sevilla, entre 1975 y 1977. No son literatura. Son notas.]*
>
> *Estoy en Sevilla. Tengo fotografías de la caja de cedro. Aún no lo tengo todo.]*

NOTAS DE INVESTIGACIÓN — ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, SEVILLA

Entradas seleccionadas

3 de diciembre de 1975 — Día 1, Sevilla

Llegué ayer. La sala de lectura abre a las nueve. Soy la única persona que trabaja esta semana en la sección de Centroamérica, lo que es habitual en un proyecto de historia de construcción diocesana y que encuentro, como siempre, a la vez solitario y clarificador. Cuando nadie más busca lo que tú buscas, o te equivocas en cuanto a su importancia o eres la primera.

Empiezo por el expediente de Nicaragua del Consejo de Indias. Sé que el decreto de aprobación existe; encontré una referencia en el Archivo Diocesano

de León. Necesito hallar aquí el original y la correspondencia que lo rodea.

7 de diciembre de 1975

Encontré el decreto de aprobación (Documento 11 en mi catálogo de trabajo). Lenguaje estándar, nada inusual. Encontré la carta adjunta del secretario del obispo que presenta los planos (Documento 12 en el catálogo de trabajo — la comisión a Porres). Porres entregó los planos en plazo. Los planos se describen como aprobados. Todo esto es coherente con lo que ya sabía.

Lo que no consigo encontrar: ninguna constancia de los registros de adaptación que al parecer Moya archivó en 1750–51. Deberían estar en el expediente de Nicaragua. No están.

14 de diciembre de 1975

Cotejé los números de referencia del expediente de Nicaragua con el índice de registros administrativos. Encontré una discrepancia: dos asientos referenciados en el índice de 1751 no aparecen en el expediente actual. Podría significar que fueron archivados por error, o retirados para revisión separada, o perdidos. Podría significar que nunca se archivaron.

Pregunté a la archivera. Dijo que los materiales se archivan a veces erróneamente cuando conciernen a más de un territorio. Me sugirió que revisara la sección de Perú.

17 de diciembre de 1975

Encontré la carta de Lima (Documento 21 en el catálogo de trabajo) mal archivada en la sección de Perú, legajo 1763-XVII. Buscaba los registros de adaptación que faltaban. La leí tres veces. El Consejo había sido interpelado por Lima para que aclarara la relación entre los dos planos, y el expediente no muestra respuesta alguna — la nota de archivo de Aznar es lo más parecido a una.

Estuve un rato sentada en la sala de lectura después de entender esto. La archivera me preguntó si necesitaba algo. Le dije que no.

8 de enero de 1976

Encontré los registros de adaptación, archivados por error en la sección de Guatemala con los materiales de Porres. Fueron mal archivados deliberadamente o por accidente; no puedo saberlo. Los registros de adaptación documentan cada cambio que Moya hizo y proporcionan justificaciones técnicas para todos ellos. Las justificaciones son adecuadas. Los cambios son extraordinarios.

Moya añadió nueve varas de nave. Subió las torres ocho varas. Rediseñó la fachada por entero. Hizo todo esto archivando justificaciones técnicamente defendibles ante el Consejo. Y el Consejo archivó las justificaciones sin respuesta sustantiva.

El edificio de León no es el edificio que se aprobó. Todos los implicados lo sabían. Nadie lo dijo.

8 de octubre de 1976 — Managua

De vuelta de Sevilla. He estado trabajando en las transcripciones y en la traducción. El documento en náhuatl enviado al doctor Reyes Domínguez en marzo; respuesta recibida en octubre (Documento 28 en el catálogo de trabajo).

Visité León la semana pasada para reexaminar el transepto sur. Volví a la talla entre el segundo y el tercer pilar. Pasé una hora con ella. Tres figuras, como describe el inventario de Pacheco. Sé quiénes son. No voy a escribirlo en estas notas.

11 de marzo de 1977

Tercer aniversario del hallazgo de la caja de cedro.

Estuve un rato en el transepto sur esta mañana. La luz del transepto sur a media mañana entra por las tres ventanas meridionales y da directamente en la

piedra del paramento, lo que significa que la talla entre las pilastras es visible desde unos diez metros durante unos cuarenta minutos cada mañana. He visto suceder esto muchas veces. Sucede cada día y ha venido sucediendo cada día desde 1755. La mayoría de las personas que pasaron por el transepto sur durante esos doscientos veinte años no habrían estado allí en el momento adecuado, o no habrían estado mirando la sección adecuada del muro, o no habrían sabido lo que estaban viendo.

Yo estuve allí en el momento adecuado. Supe lo que estaba viendo porque había leído la caja de cedro.

Él la puso allí sabiendo que esto es lo que haría falta para entenderla. El equipo. Los catorce meses en archivos. Alguien lo bastante paciente para cotejar un legajo de Perú por la mera posibilidad de que un documento mal archivado sobre Nicaragua hubiera ido a parar allí.

También tuvo razón en eso.

La carta de Reyes Domínguez

Correspondencia académica · 1976

Documento 28 de 28. Cuarta Parte: El aparato. Cierra la edición antes del Documento del Albañil.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: El último documento antes del Documento del Albañil mismo. El doctor Reyes Domínguez es especialista en náhuatl colonial y precontacto en la UNAM. Le envié una fotografía del documento de papel de amate en marzo de 1975. Me respondió en octubre. Su carta es la última voz externa de esta edición. Después de ella, solo está Tomasín.]*

Estimada doctora Vargas:

Gracias por enviarme la fotografía. Llevo trabajando con ella desde abril, y le pido disculpas por la demora en mi respuesta — quería estar seguro antes de escribirle, y la certeza, con un documento de esta clase, lleva tiempo.

Le daré mis hallazgos en tres partes: el análisis lingüístico, la traducción y luego una observación adicional que no cae estrictamente dentro de mi área de competencia pero que creo que usted debe tener.

Sobre la lengua. Las tres frases están en náhuatl clásico, de un tipo coherente con mediados del siglo XVIII — es decir, náhuatl tal como lo hablaban y escribían personas indígenas instruidas en la Nueva España durante el período colonial, influido por el contacto con el español pero con la estructura gramatical nuclear intacta. El autor dominaba la lengua con fluidez. Este no es

un documento escrito por alguien a quien se le habían enseñado unas pocas frases. El autor pensaba en náhuatl. Los elementos influidos por el español en la ortografía son los de una persona que sabía escribir en ambos sistemas y que elegía escribir en uno de ellos. La elección fue deliberada.

Sobre la traducción. Las tres frases dicen lo siguiente. Le doy mi traducción, con notas sobre los términos discutidos.

Notoca Cuauhtlanextli. Amo notoca Tomasín. Mi nombre es Cuauhtli-Tlanextli. Mi nombre no es Tomasín.

Notoca es la forma posesiva estándar de primera persona con la raíz vocativa *toca* — «mi nombre». El nombre Cuauhtlanextli es un compuesto de *cuauhtli* (águila) y *tlanextli* (luz, resplandor — específicamente la clase de luz que se mueve, a diferencia de la luminosidad fija). En el documento los dos elementos se escriben como una sola palabra, como es estándar en la formación de nombres del náhuatl clásico. El nombre significa, aproximadamente, Águila de Luz Resplandeciente. Es un nombre náhuatl propio, no un nombre bautismal. El contraste con Tomasín — un diminutivo español — es todo el sentido de la frase.

Ica notlahtlacol ōnicchīuh inin tepantli. Con mi falta hice este muro.

Ica notlahtlacol — «con mi pecado» — es el instrumental, antepuesto al inicio de la frase. *Ica* es la preposición comitativo-instrumental estándar; *notlahtlacol* es la primera persona singular posesiva de *tlahtlacolli* — transgresión, pecado, falta. En náhuatl precontacto, *tlahtlacolli* portaba el sentido de violación del orden cósmico; en el náhuatl colonial católico adquirió el sentido de pecado en sentido cristiano. El autor, como católico bautizado que había pasado años en el taller de una catedral, habría sido plenamente consciente de ambos registros. No creo que la ambigüedad sea accidental. Vacilé durante varias semanas entre «mi falta» y «mi transgresión», y me he decidido, en este

borrador, por «mi falta». Usted puede preferir «mi transgresión» o — si desea poner del todo en primer plano el registro cristiano — «mi pecado». Las tres son defendibles. Ninguna es completa; la elección le corresponde a usted como editora de la edición. *Ōnicchīuh* es la primera persona singular en pasado completado de *chihua*, hacer o construir — el aumento *ō-* marca la acción como acabada, sellada. *Inin tepantli* — «este muro» — *tepantli* es el término ordinario para un muro de mampostería construido. La anteposición de *ica notlahtlacol* da prioridad al pecado en el orden de la frase: es lo primero que se enuncia, el instrumento de la fabricación. El español no puede reproducir del todo esa secuencia sin perder algo.

Nicān ōnictlālih in neltiliztli; ahzo ticmati. Aquí he puesto la verdad; quizá lo sepas.

Nicān — «aquí». *Ōnictlālih* es la primera persona singular en pasado completado de *tlālia*, poner o asentar — la forma del pretérito, el aumento *ō-* marca la acción como acabada: «la he puesto». *In neltiliztli* — «la verdad» — es una forma nominalizada de *nelli*, verdadero, y porta el registro literario y solemne del náhuatl escrito formal: el registro de los testamentos, los anales y los *huehuetlatolli*. No es habla cotidiana. Es el vocabulario de alguien que escribe con peso deliberado. *Ahzo ticmati* — «quizá lo sepas» — es el condicional de segunda persona: *ticmati* (sabes, entiendes) con *ahzo* (quizá, tal vez) precediendo al verbo, como hace de manera consistente en los textos atestiguados. El *ahzo* es el que hace más trabajo en la frase. Él no está seguro de que lo entendamos. Puso la verdad dentro del muro de todas formas.

Sobre una observación adicional. Soy lingüista, no historiador, y lo que voy a decir excede mi formación. Pero llevo trabajando con este documento seis meses y siento que le debo mi respuesta plena.

El nombre Cuauhtli-Tlanextli no es un nombre bautismal y no habría

aparecido en ningún registro oficial colonial. Un hombre que trabajaba bajo arreglos de trabajo coloniales habría sido conocido por su nombre bautismal — en este caso, Tomás, diminutivo Tomasín. Su nombre náhuatl era propio, conservado en privado, dado al nacer o en la mayoría de edad a la manera tradicional, y portado en paralelo con el nombre colonial a lo largo de su vida.

Escribió su nombre privado en papel de amate en su primera lengua. Lo puso en un muro que él mismo construyó. Esperaba — con el condicional *ahzo* — que alguien pudiera con el tiempo entenderlo.

He pasado veinte años estudiando documentos en náhuatl del período colonial. La mayoría de ellos son documentos de conversión — de una lengua en proceso de transformación por el contacto con otra, de personas registrando sus vidas en un idioma que estaba siendo lentamente reemplazado. Suelen ser documentos de pérdida.

Este no es un documento de pérdida. Este es un documento de conservación. Conservó su nombre y su lengua, y puso ambos en un lugar que él mismo construyó con sus manos, en un edificio cuyos planos venían de otra parte, por razones que tal vez conocía y tal vez no, y escribió en papel de amate las tres cosas que necesitaba decir.

Encuentro esto, doctora Vargas, notable. Me pareció que usted debía saber que lo encuentro notable. Los estudiosos a veces son reacios a decir cuándo un documento les conmueve. Yo no soy reacio. Este lo hizo.

Por favor, hágame saber si necesita análisis adicional. Estaría encantado de continuar.

Con respeto y admiración por su trabajo,

Doctor Alejandro Reyes Domínguez Departamento de Lenguas Mesoamericanas Universidad Nacional Autónoma de México Ciudad de

México, 14 de octubre de 1975

---

*[C.V.: «Este es un documento de conservación.» Leí esta carta en mi apartamento de Managua un martes por la tarde de noviembre de 1975, y me quedé con ella un largo rato.

Escribí al doctor Reyes Domínguez la semana siguiente. Le dije que había tomado su traducción provisional y enmendado una palabra: había desplazado «mi falta» a «mi pecado». No podía justificar la elección en términos lingüísticos — él tendría siempre la mejor parte de ese argumento — y no lo intenté. Le dije que tomé la decisión como persona que ha leído el documento muchas veces y como alguien a quien la palabra le tocaba la conciencia. Me respondió que lo entendía y que la enmienda era mía para hacerla. La traducción publicada en el Documento 20 lleva mi enmienda, con su análisis, y allí queda registrada en nota.]*

Notoca Cuauhtlanextli. Amo notoca Tomasín.

Ica notlahtlacol ōnicchīuh inin tepantli.

Nicān ōnictlālih in neltiliztli; ahzo ticmati.

Lo que el lector haga con eso es asunto suyo.

Fin de la edición

La catedral perdida

Editada por Consuelo Vargas Montiel

Láminas y reconstrucciones visuales

Las imágenes que siguen acompañan la edición. Algunas son fotografías de lugares y archivos reales que aparecen en los documentos; las demás son reconstrucciones visuales de personas y objetos imaginados, no reproducciones de originales históricos.

Antecedentes — antes de Nicaragua

Lámina 01

Carta universal de Diego Ribeiro, 1529. Detalle del Padrón Real conservado en la Biblioteca Apostólica Vaticana.

Crédito: Reconstrucción visual al estilo del taller cartográfico de Sevilla.

Lámina 02

Pedrarias Dávila (1440 – 1531), gobernador de Castilla del Oro y de Nicaragua. Estilo del grabado del siglo XVII.

Crédito: Reconstrucción al modo de los grabados de la Historia general de Antonio de Herrera.

Lámina 03

Francisco Pizarro, retrato ecuestre. Estilo de la pintura colonial española del siglo XVI.

Crédito: Reconstrucción visual a la manera de los retratos del taller de Madrid.

León Viejo, 1524 – 1610

Lámina 04

Ruinas de León Viejo, fundada en 1524 y abandonada tras la erupción de 1610. El Momotombo al fondo.

Crédito: Reconstrucción visual del sitio arqueológico, Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO desde 2000.

Lámina 05

Volcán Momotombo desde la orilla del lago Managua. 1297 m. Activo desde el siglo XVI.

Crédito: Reconstrucción visual del paisaje volcánico nicaragüense.

La Catedral de la Asunción, León

Lámina 06

Catedral Basílica de la Asunción, León, Nicaragua. Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO desde 2011.

Crédito: Fotografía. Wikimedia Commons, dominio público.

Lámina 07

Catedral de León, fachada principal. Fotografía documental, 1998.

Crédito: Fotografía. Wikimedia Commons, dominio público.

Lámina 08

Rodrigo Cervantes de la Noche (1497 – c. 1565), notario del gobernador. Retrato formal, óleo sobre tabla, h. 1530. Taller provincial.

Crédito: Reconstrucción visual del personaje.

Lámina 09

Isidoro Venegas de Cienfuegos, obispo de León. Retrato oficial, h. 1748. Taller colonial español.

Crédito: Reconstrucción visual del personaje.

Lámina 10

Tomasín / Cuauhtli-Tlanextli. Relieve tallado en piedra, c. 8 × 8 cm, transepto sur de la catedral. Fotografía con luz rasante de C.V.M., 1976.

Crédito: Reconstrucción visual del relieve tallado.

La editora

Lámina 11

Consuelo Vargas Montiel (1938 – 2024), arquitecta y editora de esta obra. Catedral de León, fachada sur. Abril de 1976.

Crédito: Reconstrucción visual del personaje.

El aparato — archivos y referencias visuales

Lámina 12

Casa Lonja de Mercaderes, Sevilla. Sede del Archivo General de Indias desde 1785.

Crédito: Reconstrucción visual del edificio renacentista.

Lámina 13

La caja de cedro tal como apareció en un rincón de la catedral de León, abril de 1976. Lupa y libreta de campo de la editora.

Crédito: Reconstrucción visual del momento del hallazgo.

Second language

English edition

Three languages, one edition. This is the second.

Digital edition, 2026 · Print edition, Managua, 1976 · Revised 27 April 2026

Editor's Preface

On the morning of March 11, 1974, I was conducting a structural survey of the south transept of the Cathedral Basilica of the Assumption of the Blessed Virgin Mary in León, Nicaragua, when thermal imaging equipment indicated an anomaly in the wall between the second and third pilasters above the plinth — a void approximately sixteen centimeters deep and forty centimeters wide, inconsistent with the wall's documented construction. I probed it that same morning, with the tools I carried in my field kit. I found a sealed compartment, and inside it a cedar box wrapped in oilskin. Inside were six documents.

This edition is what four years of work have made of that discovery.

I should say at the outset what this edition is and what it is not. It is not a history of the Cathedral of León, though the documents it contains illuminate that history in ways that will require historians to revisit a number of established assumptions. It is not a biography of any of the individuals who appear in these documents, though several of those individuals are more vivid and more consequential than the existing literature suggests. It is a documentary edition — a collection of primary sources, transcribed, translated where necessary, and annotated with the care they deserve — accompanied by the editorial apparatus required to make them accessible to readers who are not specialists in colonial Central American history. The documents speak for themselves. My function is to ensure that they are heard.

I will describe what was found in the cedar box, and then I will describe what is not in this edition and why, and then I will explain how the edition is organized.

What Was Found

The cedar box contained six documents in varying states of preservation. All six were wrapped individually in oilskin of a quality consistent with eighteenth-century colonial production. The outer oilskin — the wrapping around the box itself — was of an older type, consistent with sixteenth-century production, which is among the more unusual features of a collection that has proven unusual throughout.

The six documents are:

The first is a private ledger, kept by a notary named Rodrigo Cervantes de la Noche in the service of the Governor of Nicaragua between the years 1527 and 1531. Thirty-seven entries survive. The ledger is written in sixteenth-century Castilian, in a hand I have come to know as well as my own over the course of this work.

The second is a copy of a letter dictated by Pedro Arias Dávila, Governor of Nicaragua, to the same notary in March of 1531, and burned — at the governor's instruction — by the Bishop of Nicaragua on the evening of the same day. The copy was made by the notary. The letter concerns, among other things, the cathedral.

The third is an official inventory of the governor's personal effects, compiled by the same notary on the sixth day of March 1531, the date of the governor's death. This document contains a statement that the reader of the second document will find notable.

The fourth is the founding agreement of the Peru enterprise, dated 1524, bearing the signatures of Francisco Pizarro, Diego de Almagro, and a reference to Pedro Arias Dávila in the body of the text. I am not a lawyer and I will not characterize this document's legal standing. I will say that its physical presence in the cedar box, alongside the other documents, clarifies a great deal that was

previously unclear about the cathedral's construction history.

The fifth is a personal account written by an architect named Ignacio Moya in Seville, in 1771, describing his involvement in the cathedral project between 1748 and 1752. It is twenty-two pages. It is, in my assessment, the most important document in the collection, though I acknowledge that assessments of this kind are necessarily personal.

The sixth document is written on amate — bark paper — in Nahuatl. It is ten sentences long. It is three sentences long. I wrote ten and then corrected myself: it is three sentences long. I have left the correction visible. It is accurate in the way that corrections are accurate — it shows what I thought before I thought again.

Among the six documents in the cedar box, the one on bark paper is the one I return to.

What Is Not in This Edition

The documentary record of the Cathedral of León is extensive. The Diocesan Archive in León holds construction logs, correspondence, financial records, petitions, and administrative documents spanning the full period of the cathedral's construction from 1747 to 1814. The Archivo General de Indias in Seville holds the Council of the Indies' approval documentation and correspondence with the diocesan administration. The Archivo Histórico Nacional in Madrid holds supplementary records. I spent fourteen months working across these three archives, and the results of that research inform the annotation throughout this edition.

From this larger record, I have selected twenty-eight documents for inclusion. The selection criterion was simple: I included every document that, in

my judgment, bears directly on the central questions raised by the cedar box. I excluded administrative records that are either redundant with included documents or insufficiently illuminating to justify the space. The full archive catalogue, with my notes, is available to researchers at the Universidad Nacional.

There are three documents from the larger record whose inclusion I considered carefully. One I excluded; two I included with editorial caveats, as follows. The excluded document is a petition from the construction period regarding the labor status of certain workers, which I omitted because it raises questions I cannot answer and do not wish to appear to answer by selective inclusion. The two I included after extended hesitation are a letter from a Lima diocesan official dated 1763, which appears in abbreviated form as Document 21, and a deathbed confession recorded by a priest in 1771, which appears in full as Document 22. I mention all three because an editor who withholds — or who includes — without acknowledgment is not performing her function honestly. Nothing of significance has been withheld without my saying so here.

One further omission requires its own paragraph. The cedar box, when I opened it in 1974, contained six documents. Five of them are reproduced in this edition: Rodrigo's counter-ledger, the copy of the Governor's letter, the diocesan inventory, Ignacio Moya's account, and the Nahuatl document. The sixth — the founding agreement of the Peru enterprise dated 1524, bearing the signatures of Pizarro and Almagro and a reference in the body of the text to Pedro Arias Dávila — is not reproduced. I have withheld it on the advice of counsel. The agreement bears on legal questions that, in the judgment of the Universidad Nacional's legal office, are not yet fully extinguished, and the publication of the document's text in this edition would not serve the historical record so much as it would invite litigation that the historical record cannot resolve. The agreement

is described, in detail and from two distinct angles, in Documents 5 and 13; the reader who wishes to understand its content will find it accounted for there. The original is held in the Archivo Diocesano in León, where it may be consulted by qualified researchers under the Archive's standard conditions.

The Structure of This Edition

The twenty-eight documents are organized into four parts, each preceded by a brief contextual note.

Part One: The Governor's Notary contains seven documents from the period 1527 to 1546, centered on the notary Rodrigo Cervantes de la Noche and his service to Pedro Arias Dávila. These documents predate the cathedral's construction by more than two centuries. The reason they are relevant will become clear.

Part Two: The Architect's Confession contains ten documents from the period 1610 to 1771, centered on the construction of the cathedral and the individuals directly involved in it. It includes Ignacio Moya's account, which is the structural center of the edition.

Part Three: The Wall contains nine documents from the period 1747 to 1790, focused on the construction of the south transept specifically, and on a mason referred to in the labor records as Tomasín. This section also contains the Nahuatl document, translated by Dr. Alejandro Reyes Domínguez of the Universidad Nacional Autónoma de México, whose assistance I am grateful for and whose translation I have amended in one place, as noted.

Part Four: Whoever Builds contains two documents from the period 1974 to 1978 relating to my own research process: my research notes from the Archivo General de Indias, and correspondence with Dr. Alejandro Reyes

Domínguez of the Universidad Nacional Autónoma de México.

On Translation and Transcription

All documents originally in sixteenth-century Castilian have been transcribed into modern Spanish orthography and translated into English by me, with the exception of the Nahuatl document, for which the translation is Dr. Reyes Domínguez's with one amendment of my own. Legal formulae that resist direct translation are explained in the annotations. Latin phrases are translated in footnotes on first occurrence and thereafter assumed.

The documents contain a small number of scribal errors — words repeated, letters transposed, one instance of a phrase written and then crossed out. I have silently corrected errors that are clearly unintentional and noted all corrections that might be interpretively significant. Where a word is uncertain due to damage to the original, I have used brackets to indicate the uncertainty: [word?] means I am reasonably confident; [?] means I am not.

I have not standardized spelling or punctuation beyond what is necessary for readability. The documents were written by different people at different times in different registers of the same language, and the differences between them are part of what they say.

On the Documents Themselves

I have been asked, by colleagues who have read portions of this edition in draft, whether I find it strange to have spent four years in close company with people who have been dead for two to four centuries. I find the question itself strange: I am an architect. I spend my working life in close company with people who

have been dead for centuries, and what they left behind is what I study. The question is always the same question: what did they intend, and what did they build, and where do those two things differ, and why.

These documents answer that question with unusual directness. They are, in this respect, unlike most archival material. Most archival material tells you what institutions did and said. These documents tell you what people decided, and in several cases they tell you why — not the official why, but the actual why, the why that a person tells when they believe they are writing for no one, or for the distant future, or for God, which amounts to the same thing.

I will not tell the reader what to make of what they find here. It is not the editor's function to tell the reader what to make of things. My function is to ensure that the documents are legible, accurately presented, and placed in sufficient context to be understood. Everything beyond that is the reader's work.

I will say one thing, and then I will step aside.

The cathedral of León is, by objective architectural measurement, larger and more sophisticated than it had any administrative reason to be, given the size and resources of its diocese in the eighteenth century. Historians have noted this and attributed it variously to diocesan ambition, to the particular skill of the construction team, and to the enduring mystery of why some buildings exceed their circumstances while others merely fulfill them. These documents suggest a different explanation — not a simpler one, but a more complete one.

The building is what it is because a series of people, across two centuries, made decisions that were not recorded in the official documents, for reasons that were not available to the official record, in the service of intentions that the official record would not have recognized as legitimate. The building is their argument. It is still standing.

What the reader makes of that is the reader's business.

Consuelo Vargas Montiel Managua, Nicaragua January 1978

Part I

The Governor's Notary

These seven documents were found wrapped separately from the others — not in oilskin, which protected everything else in the cedar box, but in a cloth that a conservator at the Museo Nacional later told me was almost certainly silk damask, ecclesiastical, consistent with vestment production in the late sixteenth century. Someone had cut it along a former seam, carefully, and used it to wrap this bundle and nothing else. I do not know who did this, or when. The oilskin around the cedar box is, by fiber analysis, eighteenth century. The cloth is older. This means the documents in Part One were wrapped before they were placed inside the box — by someone, in the sixteenth or early seventeenth century, who had a piece of vestment cloth and used it to keep these particular papers separate from whatever else they were traveling with. A piece of cut vestment, in colonial Nicaragua, is not a neutral object. Someone made a choice about what this cloth was for. The documents predate the cathedral by more than two centuries. They were written by one man — Rodrigo Cervantes de la Noche, notary, in the city of León Viejo, the city under the ash, the city we know now only from excavation and careful measurement. He is the first voice in this collection. He wrote in a hand that is dense and slightly sideways, as if he were writing fast in insufficient light. He may have been. The light in León Viejo in 1527 was not what it is now.

Neither was the light in the Diocesan Archive in León in March of 1974, where I first read these documents at a table near a window that let in the late afternoon. You will decide, having read what he wrote, whether the vestment cloth was appropriate.

Letter of Appointment

Royal appointment · August 3, 1527

Document 1 of 28. Part One: The Governor's Notary. Opens the edition.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The document that begins this collection is the shortest document in it. It is also the most ordinary. I include it because every archive should begin with a credential — with the record of who was authorized to keep the record. Without this letter, Rodrigo Cervantes de la Noche has no official standing. With it, everything he subsequently wrote is admissible.]*

BY ORDER OF HIS EXCELLENCY THE GOVERNOR

Let it be known to all persons with business before the Provincial Administration of Nicaragua that:

On this third day of August in the Year of Our Lord one thousand five hundred and twenty-seven, His Excellency Pedro Arias Dávila, Knight Commander of the Order of Santiago, Governor of the Province of Nicaragua, acting under his full authority as representative of the Crown of Castile in these territories, does hereby appoint one **Rodrigo Cervantes de la Noche**, of Salamanca, trained notary of eleven years' standing, licensed by the Royal Notarial College of Castile under seal number 1147, to the position of **Notary to the Governor of Nicaragua**, effective immediately.

The said Rodrigo Cervantes de la Noche shall hold the following responsibilities:

The faithful transcription of all official correspondence dictated by or addressed to the Governor of Nicaragua, and the maintenance of the official provincial archive in accordance with the Royal Statutes governing colonial administration.

The preparation and certification of all legal instruments, depositions, inventories, contracts, and official records as required by the Governor's office.

The keeping of such additional private records as the Governor may direct, under conditions of appropriate discretion.

The said Rodrigo Cervantes de la Noche is hereby authorized to certify documents under his notarial seal in all matters pertaining to the Province of Nicaragua, and his certified copies shall be considered legally equivalent to originals in all proceedings before colonial courts and in correspondence with the offices of the Crown.

Compensation shall be as agreed by private instrument, a copy of which is held in the office of the provincial treasurer.

This appointment shall remain in force until revoked by the Governor or by the Governor's lawful successor in office.

Issued under the seal of the Governor of Nicaragua.

Pedro Arias Dávila Governor León, Nicaragua August 3, 1527

Witnessed by: Varela, Chief Clerk of the Provincial Administration

---

[C.V.: The appointment was not revoked. Rodrigo served until the Governor's death on March 6, 1531, a period of three years and seven months. The appointment letter was filed in the provincial archive. The counter-ledger was not.]

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The counter-ledger is a private document — Rodrigo kept it separately from the provincial archive, in a bound folio he describes in his final letter to his daughter (Document 7) as "my other work." Thirty-seven entries survive, covering the period October 1527 to March 1531. The full transcription appears in Volume II of this edition. I have selected six entries here: three from the early period of his appointment, one from the middle period, and two from the final weeks.]*
>
> *The entries are brief by design. Rodrigo appears to have written them at night, after his official work was finished, in the hours when the day's documents had been sealed and the day's events had not yet become the next day's records. He was precise about the distinction.*
>
> *The counter-ledger is not a diary. He does not record his feelings. He records what happened, in the same language he used for everything else — which is to say legal language, the language he was trained in, the language in which he was most fluent. The reader will observe that this language was not designed for what he was sometimes required to record. He used it regardless.]*

Counter-Ledger Selections

Private ledger · 1527 – 1531

PRIVATE LEDGER

Rodrigo Cervantes de la Noche, Notary to the Governor of Nicaragua Kept apart from the archive. Not to be consulted without the keeper's direction.

Entry 1 — August 8, 1527

The position was explained to me by the chief clerk, a man named Varela, who holds his hands very still when he speaks, which I have noticed is often the sign of someone who has learned to control the parts of himself that would otherwise indicate feeling. He told me: the previous notary had been accurate. I noted that accuracy seemed an adequate qualification for the position. He agreed that it was generally adequate but that it had not, in the previous notary's case, proved sufficient. He did not elaborate. I did not require elaboration.

My primary function, Varela explained, is to copy the governor's private records into the official archive in language appropriate for Madrid. There is, he said, frequently a gap between what the governor's records contain and what the official archive should contain, and the notary's principal skill is managing this gap with care. He used the phrase "with care" twice. I understood the second use to be the significant one.

I have been a notary for eleven years. I am accustomed to the gap.

I met the governor at sunset. He did not rise. He looked at me for a long time without speaking, which I have since learned is his standard method of

assessment — he says that a man who can tolerate silence is either patient or frightened, and that either quality is useful. Then he said: "You have an indigenous mother." I said that I did — Nahua, from the north of the Mexico territory. He said: "Good. That means you understand two things at once. Most men don't." He did not say what two things. I assumed he would clarify in time.

I return to this entry now, at four years' distance. He has not clarified. I have been working for him for four years and I now understand that the clarification was the statement. He meant that I already knew what he meant, and he was telling me that he knew I knew. It was the most efficient possible introduction to how the man thinks.

I begin to understand why the previous notary was insufficient.

Entry 4 — November 19, 1527

Today I attended a Requiem Mass for Pedro Arias Dávila, Governor of Nicaragua. The subject of the Mass was present. He sat in a carved chair placed to the left of the altar, slightly forward of the choir stalls, and he listened to his own funeral rite performed in full by Fray Hermano Celestino, who is eighty years old and did not appear to find the arrangement unusual.

The coffin was present. It is plain wood, iron handles, no inscription. It travels with the governor. I had been told this before today and I had understood it as a figure of speech. It is not a figure of speech.

The Mass took one hour and twenty minutes. The Dies Irae was sung by a choir of six, two of whom were children, and it was as well-performed as any I have heard, which struck me as an odd thing to notice about a Requiem for a living man. The governor's eyes were open throughout. He did not move, except once, near the end of the Agnus Dei, when he turned his head and looked at the

window for a considerable time.

I do not know what he saw.

At the conclusion of the Mass, Fray Celestino blessed him, and the governor nodded, and the choir processed out, and then it was the two of them in the empty church and I in the back row, which is where I had been instructed to sit, with my ledger.

The governor said, without turning to look at me: "Write down that it was conducted with appropriate solemnity."

I wrote this down.

He said: "Write down that the deceased was at peace."

I wrote this down.

He said: "Everything else you can omit."

I closed the ledger.

I am recording this now because a notary is a guardian of what occurred. What occurred was a man attending the annual Mass for his own soul. He appeared, to my observation, at peace. This is accurate. I record it without comment because no comment I am capable of making would be adequate to the observation.

Entry 8 — March 15, 1528

The official document recording the sentencing of one Hernán Quijano, a cattle-lease holder operating under the governor's charter, reads as follows: *that the said Hernán Quijano did, having been found in breach of the conditions of his charter as recorded in the provincial archive under seal dated September 1526, voluntarily surrender his claim and depart the province within thirty days; and*

that this matter is resolved to the satisfaction of all parties, this fifteenth day of March, 1528, in the city of León.

This is the document I prepared. It contains no errors of transcription. I copied it from the governor's dictated record. The word "voluntarily" appears in the governor's dictated record. I copied it faithfully.

What I observed was the following.

Hernán Quijano is a man of forty-two years, good health, three children, a house in the north quarter of the city, and a lease arrangement that was, by any reading of the charter I am capable of making, within its stated terms. He came to the governor's chamber at the governor's invitation, which is to say at the governor's instruction, which is to say he had no practical alternative to attending. He sat in the chair opposite the governor's desk. The governor read from the charter document. The governor explained what he understood the charter to mean. The governor explained what would happen if the charter were found, upon further review, to be in violation of the provincial land statutes. The governor's explanation took approximately fifteen minutes. At the conclusion of the explanation, Hernán Quijano said that he would be happy to surrender his claim, and thanked the governor for the clarity, and left.

He was not, during this explanation, touched. No violence occurred in the room. No threat was stated explicitly. The word "voluntarily" is accurate in the narrow sense.

I have been a notary for eleven years. I know the narrow sense.

I note this in my private ledger and nowhere else. The official document is correct. The governor dictated it. I copied it faithfully. These are the facts of my involvement.

I am writing this down because the record requires it. Whether the record is

adequate to what occurred is not for the ledger to settle.

Entry 14 — August 7, 1529

The governor called me to his chamber to review the inventory of his private papers. This is a routine matter — he reviews the inventory twice yearly and I am required to witness the review and certify its accuracy. I have performed this review twice before. The inventory is consistent with previous versions, with one addition.

The addition is a cedar box, iron-clasped, approximately forty centimeters in length, stored at the bottom of the chest beneath the east window. The chest is locked; I hold the key, which is my standard arrangement with all private materials in my care. The cedar box has its own lock. I do not hold the key to the cedar box.

I noted the box on the inventory as: *One cedar box, iron clasp, contents unspecified, value unknown. Present and accounted for.*

The governor watched me write this. Then he said: "There will come a time when the Bishop asks you for the key to the chest."

I asked which Bishop. He said: "The current one, or whoever is current when the time comes. Give him the reason he gives you, and let him have the key. He will know what he is looking for."

I asked whether the Bishop would also need a key to the cedar box itself. The governor looked at me for a moment with what I can only describe as assessment, and then he said: "No. The cedar box will not need to be opened."

I have recorded this conversation exactly as it occurred. I do not know what the cedar box contains. I have my suspicions based on what the governor told

Varela about his history with the Peru expedition, which Varela told me in confidence last spring. If my suspicions are correct, the cedar box contains a document of considerable legal weight, which means it contains a debt, which means it is the most valuable thing in the provincial archive. It is stored at the bottom of a chest in a room that leaks when it rains from the northeast, which it does for six weeks every year.

I have reviewed the condition of the oilskin wrapping. It is adequate.

Entry 31 — March 1, 1531

This afternoon I was summoned to the governor's private chamber and I took dictation of a letter addressed to the Bishop of Nicaragua. The letter concerned, among other things, the cedar box. It contained a philosophical statement about the nature of records. It ended with an instruction about the cathedral.

The letter took forty-five minutes to dictate. The governor dictated without pause or hesitation, as a man reads from a memorized text. He paused once, near the end, and looked at the window for a considerable time. I have seen him do this before. I waited. He resumed.

At the conclusion of the dictation he said: "Seal it and take it to the Bishop this afternoon. Tell the Bishop I wish it burned after he has read it."

I sealed the letter. I delivered it. This evening, by the Bishop's invitation, I observed the burning: a clay dish, the letter in full, the ash scattered in the garden outside the Bishop's study window. The burning took approximately four minutes. I do not know exactly, as I was not watching the clock. I was watching the paper.

I have returned to my room. It is now late, past the second bell, and I have not slept. I am sitting at my desk with the counter-ledger open and the fire low

and a copy of the letter in front of me that I transcribed from memory immediately upon returning from the Bishop's garden.

I should explain why I made the copy.

I made the copy because I am a notary and the letter contained a real arrangement with real consequences for this province, and the Bishop's fire does not change what was arranged. I made it because the governor gave me the key to the cedar box and told me the Bishop would ask for it and did not ask me what I thought about this, which is the closest he has ever come to trusting me with his actual intentions. I made it because he dictated the letter in this room, to me, alone, when he could have used any other means of communication available to him, and I believe — I am not certain, but I believe — that he was aware of what I would do.

He chose me because I have an indigenous mother. Because I understand two things at once.

I understand this: the letter was burned. I understand this: the copy exists.

I do not know if this is courage. I have been sitting here for two hours trying to determine whether what I feel is courage or its absence, and I cannot distinguish them. They may be the same thing in different light.

I am going to try to sleep. Tomorrow the governor will be ninety-one years old. He has not asked me to arrange any celebration.

Final Entry — March 6, 1531

Pedro Arias Dávila, Governor of the Province of Nicaragua, died this morning between the second and third bells, in his chamber, of causes consistent with his age. I was notified by Varela at sunrise. I proceeded to the chamber. The body

had already been arranged.

My tasks for the day:

I compiled the official inventory of the governor's personal effects, as required by the provincial statutes governing the deaths of officers of the Crown. The inventory is filed in the provincial archive and certified under my seal. It is complete and accurate.

I retrieved the cedar box from the chest beneath the east window and delivered it to the Bishop's residence at midday, as I had been instructed, in response to a reason the Bishop gave me which I considered sufficient. The cedar box was signed for by the Bishop's secretary. I have the receipt.

I returned to my room and opened the counter-ledger.

I have been trying for some time to think of what to record here, and I find I have nothing to add to the record I have been keeping for four years. The governor is dead. The documents are where they should be. The copy of the letter is where I put it. The cedar box is with the Bishop.

Varela told me this afternoon that the position will be advertised and that my services are appreciated and that there will be a suitable arrangement made for my transition. He held his hands very still when he said this.

I thanked him.

I want to record one thing, for the archive that is only mine and that I do not expect anyone to read for a very long time, if ever.

He did not ask me not to make the copy. He dictated the letter slowly, with pauses I did not need. He told me the Bishop would burn it. He knew I had been keeping this ledger for four years — I have seen him look at it, never asked about it, never instructed me to stop. He gave me the key to the chest and told me to wait for the Bishop's reason.

He constructed this. He did not tell me he was constructing it because he knew he didn't have to.

I do not know how to record what I feel about this. I am not certain that recording it is my function. My function is to certify what occurred, and what I can certify is this: a man spent ninety-one years building things he would not live to see, and at the end he built one more thing, and I was the material.

I do not think he was wrong about me.

R.C. de la Noche León, Nicaragua March 6, 1531

Deposition and Counter-Ledger Entry 14

Official deposition + ledger entry · August 7, 1529

Document 3 of 28. Part One: The Governor's Notary. Follows the counter-ledger selections (Document 2) and precedes Counter-Ledger Entry 31 (Document 4).

Consuelo's section note:

> *[C.V.: Document 3 is two documents presented together: the official certification of the Governor's biannual private-papers review, conducted in August 1529, and Counter-Ledger Entry 14, written by Rodrigo on the same day. The official document is five sentences. The private entry is four paragraphs. The deposition records what was found. The ledger entry records what he decided to do about it. Between them, the cedar box.]*

Part A — Official Certification

CERTIFICATION OF PRIVATE PAPERS REVIEW

In accordance with the provisions of the Royal Statutes governing the administration of colonial provinces, which require a biannual review and certification of all papers held by the Governor outside the official provincial archive, the following certification is made:

On this seventh day of August in the Year of Our Lord one thousand five hundred and twenty-nine, I, Rodrigo Cervantes de la Noche, Notary to the Governor of Nicaragua, did attend His Excellency the Governor in his private chamber and did review, in his presence, the contents of the chest maintained by

the Governor for private papers, and do hereby certify that the contents of said chest are consistent with the previous certification of February 1529, with the addition of one item, described as follows: one cedar box, iron-clasped, wrapped in oilskin, contents not examined, value not assessable.

The Governor's private papers are in order.

Rodrigo Cervantes de la Noche, Notary León, Nicaragua August 7, 1529

[Seal]

Part B — Counter-Ledger Entry 14

August 7, 1529

[As reproduced in Document 2 of this edition. The cedar-box passage, reproduced here for its position in the reading order.]

I noted the box on the inventory as: *One cedar box, iron clasp, contents unspecified, value unknown. Present and accounted for.*

The governor watched me write this. Then he said: "There will come a time when the Bishop asks you for the key to the chest."

I asked which Bishop. He said: "The current one, or whoever is current when the time comes. Give him the reason he gives you, and let him have the key. He will know what he is looking for."

I asked whether the Bishop would also need a key to the cedar box itself. The governor looked at me for a moment with what I can only describe as assessment, and then he said: "No. The cedar box will not need to be opened."

I have reviewed the condition of the oilskin wrapping. It is adequate.

[C.V.: The official certification records the cedar box as "contents not examined." This is accurate. Rodrigo did not examine the contents. He did not need to. The counter-ledger makes clear he had already formed a precise hypothesis about what the box contained, based on a conversation he had with the chief clerk the previous spring — a conversation that does not appear in any official document. The official certification is five sentences. The private entry is four paragraphs. Between them, the cedar box.]

Counter-Ledger Entry 31

Private ledger entry · March 1, 1531

Document 4 of 28. Part One: The Governor's Notary. Immediately precedes The Letter (Document 5).

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The reader has just read Entry 31 in Document 2. It belongs here, in the reading order, immediately before the letter. Entry 31 was written on the same night, after the letter was burned and after Rodrigo had made the copy from memory. He wrote the copy first. Then he sat down with the counter-ledger and wrote Entry 31, reflecting on what he had just done. I know this because the entry is on fresher ink — he refilled his pen between the two. The copy of the letter is the last thing Rodrigo wrote that was about the letter; Entry 31 is the first thing he wrote afterward that was not.]*

THE LOST CATHEDRAL

The Letter

Dictated letter (copy) · March 1, 1531

Preamble — In Rodrigo's Hand

Copy of a letter dictated by His Excellency Pedro Arias Dávila, Governor of the Province of Nicaragua, to his notary Rodrigo Cervantes de la Noche, and addressed to the Most Reverend Fray Diego de Salamanca, Bishop of Nicaragua. Dictated in the governor's private chamber on this first day of March, in the Year of Our Lord one thousand five hundred and thirty-one. No other person was present. The governor did not read the letter back after dictation. He said: "It is correct." He had not heard it read back.

The Letter

YOUR REVEREND EXCELLENCY,

I write to you from a bed in which I have not slept and from a province which will not be governed by me much longer. You will observe that I state this plainly and without ceremony. A man who has carried his own coffin for eighteen years has had sufficient time to accustom himself to departure, and I find that I have no patience left for the forms of approach which I have observed in correspondence for seven decades. We are, between us, too old for that. You are sixty-three. I am ninety. We have both lived long enough to say what we mean.

I have a matter of business to conclude.

Among my personal effects — specifically among those papers I have kept

separate from the provincial archive and under my own lock and key since the year 1526 — there is a document. You will find it in a cedar box, wrapped in oilskin, at the bottom of the chest beneath the east window in my chamber. The chest is locked. My notary Rodrigo has the key, along with instructions not to surrender it without a reason he considers sufficient. Give him a reason. He is a loyal man in the ways that matter. He reads everything he copies, which is why I employed him, and he will have formed his own conclusions about this letter by the time it reaches you. His conclusions are probably correct.

The document in the cedar box bears the signatures of Francisco Pizarro and Diego de Almagro, dated in the seventh year of the reign of our sovereign Charles, which is to say 1524. It records my standing as a founding party to the enterprise that would become, in the years following my withdrawal from it, the conquest of Peru. You will know this history in its broad outlines. What you will not know, because I have told no one, is what I kept.

Pizarro and Almagro were thorough men in most respects. They were not thorough about paperwork. The original agreement was never formally dissolved — not because anyone forgot, but because men who are about to be very rich find it inconvenient to spend an afternoon attending to the administrative wishes of the man they are leaving behind. I withdrew. I received my compensation. I allowed them to proceed to their glory. What I did not allow was the return of my copy of the agreement, and since they were disinclined to ask for it directly, and I was disinclined to offer it, the document has remained in the cedar box for five years, accumulating nothing except the mustiness of oilskin in a rainy climate, and the considerable interest of a debt unpaid.

Documents do not dissolve. This is their only quality I have ever admired. A man dissolves. An agreement dissolves. A memory dissolves the moment the mind holding it stops. But a document — a document with signatures on it, in

the right language, witnessed and dated — this persists. It persists regardless of whether anyone wishes it to. It persists regardless of whether anyone reads it, or knows it exists, or would prefer it did not. There is something almost theological about this, which I mention because you are a Bishop and it is your business to have considered it.

What the document means legally is a matter I commend to scholars with more leisure than I possess. What it means practically is this: it is a debt. It is a debt of an empire to a province. The empire does not acknowledge this debt. The empire is, in the manner of empires, accustomed to acknowledging only what it finds convenient. But the empire builds things. It builds churches, garrisons, roads, harbors, and eventually — when it wishes to demonstrate that a place merits governing, that the money spent on conquest was not wasted, that God looks favorably on the investment — it builds cathedrals.

This province will have a cathedral. Not the lean, provisional church you are currently obliged to conduct your offices in, the one that admits the rain in October and requires three candles where one should be sufficient. A real cathedral. A building that will still be standing when everyone alive in this city today is beneath the ground. I do not know when it will come. It may come in your time, though I doubt it. It may come in the time of your successor, or his successor, or some Bishop whose name neither of us would recognize. But it will come. Empires always build. It is their compulsion and their vanity and, if I am being fair to them, one of the few things they do that outlasts their reasons for doing it.

When it comes, you will present the document to whoever holds the commission. You will say that the founding Governor of this province had a prior claim in the matter of Peru — and that here is the evidence of the claim — and that the claim has never been settled — and that León must have the grander

building. You will say nothing about its legal standing. You will allow them to form their own assessment. In my experience, men confronted with a signed document from two decades prior will argue the legal standing for a considerable time before doing anything practical, and while they argue the walls will go up, and thirty feet of stone settles most arguments.

I am aware that you may have reservations about this arrangement. I invite you to examine them. The reservation that concerns me most is the one about irregularity — the sense that an arrangement of this nature, conducted between a dying governor and an incumbent bishop without the knowledge of the relevant councils and offices in Madrid, may not be entirely within the bounds of proper procedure. I will say two things in response to this. First: I have been operating outside proper procedure since 1514 and I remain confident that proper procedure has yet to produce anything worth remembering. Second: the alternative is that Peru, which I made possible by funding the expedition that discovered it, builds a cathedral of the first rank while Nicaragua receives whatever is left over from the calculations of men who have never set foot in this province and are not required to live in it.

I am ninety years old. I have killed men for less cause than this, and I have been decorated for it by the same Crown whose procedures concern you. I am asking you only to hold a document.

The Bishop who occupies your position when the time arrives will know what to do with it, because you will ensure that this knowledge passes. I do not require a formal mechanism for this. A story, told to your successor in private, with the cedar box changing hands. This is how things have always passed between institutions when the institutions wish to avoid documentation. You are a Bishop. You know how this is done.

I will tell you one further thing, which I tell you because it will be burned

with this letter and will therefore cost me nothing.

I do not believe in the world that follows this one. I have considered the question carefully — more carefully, perhaps, than most men, because I have been aware of its practical significance since the morning in 1513 when I woke inside a coffin and found that the servants had not waited as long as they should have before proceeding with the arrangements. I have had eighteen years to reconsider the question, and my conclusion remains the same. The next world is a structure built by powerful institutions for the management of men who would otherwise make unreasonable demands of this one. It is efficiently designed. I have no quarrel with it. I have simply never found it personally applicable.

What I believe in is this world. I believe that what a man makes in it is everything he will ever have, and that men who understand this make more than men who do not, because they are not reserving their efforts for somewhere else.

I have made more than most. I have made Panama. I have made Nicaragua. I have made the legal record of this province for four years running, which is in some respects a more permanent achievement than either of the others, since the legal record is the only thing that tells subsequent centuries what actually happened, and I have been careful about what it says. I have made the conditions under which Peru was possible, which is a contribution that Peru's chroniclers will take considerable pains not to credit me for, and which I note here with the appropriate satisfaction, in a document that will be burned.

The cathedral is the last thing I will make. I will not see it. I will not hear it. By every form of reasoning available to me, I will have no awareness that it exists at all. And yet I find that I care about it considerably. I have been thinking about why this is. I have concluded that it is this: a building is the one argument that continues without its maker. A man argues and is answered, and then dies, and the argument stops. A building continues to argue after the man is gone. It

does not require him. It does not require that anyone remember him. It simply stands there, forty feet of dressed stone, and makes the point.

I want this point made.

Build it big. Build it on ground that does not move — this ground moves, you know it as well as I do, Momotombo sees to that, and whatever is built here must be built knowing that it will be tested. Build it with good stone, well-cut, and with mathematics that will outlast the men who calculated them. Do not trust the men who tell you what you have is adequate. They are not the ones who will stand inside it when it shakes. Build it to resist. Build it so that when everything around it falls — and things fall, here, everything falls — the cathedral stands.

And build it so that when people stand inside it two hundred years from now, they will feel something they cannot name. I have felt this in buildings. You have felt it. It is not God — or it is not only God — it is the weight of a man's will compressed into stone and mortar and made to persist. That feeling, in the cathedral of León, will be mine. I do not require anyone to know this. I require only that it be true.

This is my theology. You may retain yours. I have no objection to yours. You have served it faithfully and it has served you adequately in return, which is the best one can say of most arrangements. But build my cathedral first. Build it first and build it large, and let the argument continue without me.

I remain, as I have always remained, in service to what I have built and to nothing else.

Pedro Arias Dávila Governor of the Province of Nicaragua First day of March, 1531 In the city of León

Rodrigo's Appended Paragraph — In a Different Hand, Same Date

The foregoing is a true and complete copy of the letter dictated to me on the date shown above, and delivered by me to His Excellency the Bishop on the afternoon of the same date, in the condition specified — sealed, no address — and burned by His Excellency in my presence on the evening of the same date, at approximately the hour of vespers, in a clay dish, which was then taken outside and the ash scattered in the garden. I witnessed all of this. I made no comment.

I have transcribed this copy because a notary is a guardian of what occurred. What the governor dictated occurred. The Bishop's fire does not change what occurred. A document destroyed is still a document. It simply becomes a document that requires a notary to have been paying attention.

I am aware of the risk attached to this copy. I am aware that if it were found by the wrong persons I would lose my position, my family's security, and perhaps more than that, since the contents concern the Council of the Indies and the Bishop in unflattering proximity. I am also aware that I have read this letter in full — twice, while transcribing it; once afterward, to be certain I had copied it correctly — and that it contains an arrangement which will, if honored, affect this province for generations, and that I appear to be the only person outside the Bishop's confidence who knows of its existence.

I did not seek this position. It found me by way of my employment, and by way of the fact that the governor chose, as he did everything, to have one person present and to select that person carefully. I do not believe he was unaware that I would copy it. I believe he was indifferent. He gave me the key to the cedar box. He told me the Bishop would ask for it. He did not tell me not to read the document inside.

I do not know if this copy is courage. The record required it. Whether what I have done is sufficient is not for me to settle. It is what I have.

Rodrigo Cervantes de la Noche, notary León, Nicaragua Sixth day of March, 1531

[C.V.: The date of Rodrigo's paragraph is March 6 — five days after the letter was dictated. This is the date of Pedrarias's death. The inventory of the governor's effects — Document 6 of this collection — is also dated March 6. Rodrigo compiled the inventory and transcribed this copy on the same day, in the same hours. I do not know in which order he did these things. I do not think the order matters. What matters is that he did both.]

Consuelo's section note:

> *[C.V.: Document 6 requires no introduction.]*

The Inventory

Official inventory · March 6, 1531

OFFICIAL INVENTORY

By authority of the Crown of Castile, in the name of His Imperial Majesty Charles, King of Castile, León, Aragon, and the Two Sicilies, Holy Roman Emperor:

Inventory of the personal effects of His Excellency Pedro Arias Dávila, Knight Commander of the Order of Santiago, Governor of the Province of Nicaragua, deceased this sixth day of March in the Year of Our Lord one thousand five hundred and thirty-one, in the city of León, in his sixty-seventh year of service to the Crown.

Compiled in accordance with the Royal Statutes governing the estates of officers of the Crown dying in service in the American territories, specifically the Ordinance of Burgos as amended by the supplementary provisions of 1523. Compiled by Rodrigo Cervantes de la Noche, Notary to the Governor, acting in his official capacity. The inventory is complete to the best of the notary's knowledge and belief. It is certified under the notary's seal at the conclusion of this document.

PART I — FURNISHINGS AND PERSONAL EFFECTS OF THE GOVERNOR'S CHAMBER

One carved chair, oak, high-backed, with arms, in serviceable condition, with a cushion of red wool, worn. Estimated value: eight maravedís.

One writing desk, cedar, three drawers, iron fittings, one drawer with a false bottom, empty. The false bottom contained no documents at the time of inventory. Estimated value: twelve maravedís.

One chest, pine, iron lock and handles, contents inventoried separately in Part III below. Estimated value: five maravedís.

One bed, frame of tropical hardwood, rope stringing, mattress of cotton stuffing, in poor condition at the seams. Two wool blankets, one in serviceable condition, one not. One pillow, feather-stuffed, in adequate condition. Estimated value for the ensemble: nine maravedís.

One writing stand, portable, iron-jointed, of the field variety, capable of being collapsed for travel. Three ceramic inkwells, two of which retain usable ink. One bundle of quill pens, some used, some not, bundled with twine. Estimated value: six maravedís.

Seven wax candles, white, unused. Four wax candles, partially used, of varying lengths. Value: negligible.

One wooden cross, plain pine, no inscription, no ornamentation, hung above the bed by a single iron nail. Value: negligible.

One prayer book, bound in brown leather, heavily worn at the spine, with marginalia throughout in two different hands, neither of which this notary can identify with certainty as the governor's. The prayer book is not listed separately in the private catalogue. Value: not assessable.

One coffin, plain wood — pine, this notary believes, though the quality of construction is better than common pine suggests — with iron handles, four, and no inscription of any kind. Present in the chamber at the time of the governor's death, positioned against the west wall beside the door. Having made inquiry of the household staff, I am advised that the coffin was the personal property of the

deceased and had been in his continuous possession since the year 1513, a period of eighteen years, and that it accompanied him in all his subsequent travels and official residences, including during his tenure as Governor-General of Castilla del Oro and his removal thence to this province. I have included it in this inventory as personal property on the grounds that it plainly was personal property, whatever else it was. Estimated value: not assessable.

PART II — CLOTHING AND REGALIA

One governor's chain of office, silver, twelve links, with a medallion bearing the royal arms, in good condition. This item is the property of the Crown and is to be returned to the viceregal office in Mexico City. It is listed here for completeness only.

One dress sword, Toledo steel, silver hilt with a small emerald set in the pommel, scabbard of worked leather with silver fittings, in excellent condition. Estimated value: forty maravedís.

One ordinary sword, Toledo steel, plain iron hilt, scabbard of plain leather, in serviceable condition. Estimated value: fifteen maravedís.

One military coat, wool, dark, with the insignia of the Order of Santiago at the breast, in serviceable condition. Two pairs of boots, leather, one in good condition, one worn through at the left sole. One hat, broad-brimmed, black felt, with a band of dark ribbon, in serviceable condition. Two linen shirts, one wool shirt, two pairs of hose. Various undergarments, not itemized.

Three small items of personal jewelry: one ring, silver, no stone, a plain band of the kind worn in mourning; one ring, gold, with a signet that I cannot read clearly enough to describe; one medal of Santiago, small, worn on a chain, which the staff report he wore at all times and which was found on his person

this morning.

PART III — PAPERS AND DOCUMENTS

The governor maintained his personal papers separately from the provincial archive, in the chest described in Part I. The chest was locked; I hold the key in my official capacity. I opened the chest this morning and inventoried the contents as follows.

Provincial archive materials: Four folders of correspondence pertaining to provincial administration, copies of documents filed in the archive. These are official records and are transferred to the archive intact.

Private correspondence: Eleven letters from various persons, covering the period 1524–1530. I have read the letters as required by the inventory procedure. None of them bear directly on provincial matters or require retention in the official archive. I have set them aside for disposition at the discretion of the provincial administrator.

One cedar box, iron-clasped, wrapped in oilskin, stored beneath the above materials. I have inventoried this box separately. Its contents are not described here. The box was delivered to the residence of the Bishop of Nicaragua this afternoon, at midday, in accordance with instructions I received from the governor prior to his death and in response to a reason given by the Bishop which I found sufficient. A signed receipt from the Bishop's secretary is attached to this inventory as Appendix A.

One letter, dictated by the deceased to this notary on the first day of March of this year, four days before his death, sealed by this notary and delivered to His Excellency the Bishop of Nicaragua on the afternoon of the same day. The letter was burned by the Bishop in the presence of this notary on the evening of

March 1, at approximately the hour of vespers, in a clay dish, the ash of which was scattered in the garden of the Bishop's residence. The burning was conducted at the express direction of the deceased, as communicated to this notary at the time of dictation. This notary made no copy. The contents of the letter are accordingly not known to the official record of this province.

[C.V.: The reader has already read the copy.]

CERTIFICATION

I, Rodrigo Cervantes de la Noche, Notary to the Governor of the Province of Nicaragua, do hereby certify under my official seal that the foregoing inventory is complete and accurate to the best of my knowledge and belief, compiled on this sixth day of March in the Year of Our Lord one thousand five hundred and thirty-one, in the city of León, in the Province of Nicaragua, in the reign of His Imperial Majesty Charles.

May God keep the soul of Pedro Arias Dávila.

Rodrigo Cervantes de la Noche Notary León, Nicaragua March 6, 1531

[Seal]

Appendix A — Receipt for the cedar box — is not reproduced in this edition. It exists in the Diocesan Archive of León, Nicaragua, in the same bundle as the diocesan inventory of 1647 (Document 9). It is a receipt for one box, cedar, iron-clasped, wrapped in oilskin, received from Rodrigo Cervantes de la Noche on the sixth day of March, 1531. The contents are described as: unspecified. The recipient is described as: the office of the Bishop of Nicaragua.

[C.V.: I have chosen not to reproduce the receipt. It adds nothing except the

confirmation that a receipt exists. I include this note only because the absence of a document, in an edition of this nature, should always be a deliberate editorial choice and not an oversight. The receipt is an oversight on no one's part. It is simply not interesting. The cedar box is interesting.]

Rodrigo's Letter to Catalina

Personal letter · 1546

Document 7 of 28. Part One: The Governor's Notary. Closes Part One.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: This letter was not in the cedar box. It was found in the Diocesan Archive of León in a bundle of miscellaneous correspondence from the mid-sixteenth century, misfiled between a land survey from 1543 and a cathedral maintenance record from 1551. It is addressed to "my daughter Catalina, in Salamanca, if this reaches her." It appears never to have been sent. I do not know when Rodrigo wrote it — the date is absent — but the handwriting is older than the counter-ledger entries, more effortful, and the paper is different. I place it after the inventory because it reads like an afterward.]*

My dear Catalina,

I do not know if you are alive. I have not received a letter from Salamanca in four years, which may mean that the letters are not arriving, or may mean that you have stopped writing them, or may mean something I prefer not to put into words on a page that must travel six thousand miles to reach you. If you are alive, please write. If you are not, then this letter will find no one, which is the kind of thing correspondence in this province has come to be.

I am writing to tell you several things, some of which I should have told you before I left and did not, because you were twelve years old and I was afraid.

The first thing is that I am well. I am sixty-two, which is older than I

expected to reach when I came here, and I have been in reasonable health since the illness of three years ago which I described to you at the time as "a passing difficulty" and which was in fact considerably more serious than that. I am sorry for the understatement. I have made a habit of understatement, which you may remember from your childhood, and which I have been trying to correct in recent years.

The second thing is about the work I did for the governor, which I described to you in my letters at the time as "notarial service" and which was, in fact, considerably more complicated than that.

I served a man named Pedro Arias Dávila for three years and five months, from October 1527 until his death in March of 1531. He is recorded in the histories as a founding figure of this province, which is accurate. He is recorded as a man of considerable administrative accomplishment, which is also accurate. What the histories do not record — because the histories rely on official documents and I made very certain that the official documents said exactly what they were supposed to say — is what it was like to be in his presence.

I am going to try to describe it now, not for the histories, but for you.

He was ninety-one years old when he died. I met him when he was eighty-seven. He had been declared dead once, in 1513, and had woken inside his own coffin during the funeral preparations, and had carried that coffin with him everywhere he went for the next eighteen years. He attended a Requiem Mass for his own soul every November. He dictated a letter, in March of 1531, that contained a real and significant arrangement concerning the future of this city, and he dictated it to me, alone, and then told me to deliver it to the Bishop and have it burned. And then he looked at me with the expression of a man who has just said exactly what he intended to say and knows it will be understood correctly.

I made a copy. I kept the copy. I have kept it for fourteen years.

I am not going to explain why I made the copy, because I have tried to explain it in other places and I am not sure the explanation is the honest part. The honest part is: I made it because I could not not make it. A notary is a guardian of what occurred, and what was dictated occurred, and I am not capable of looking at a thing that occurred and pretending that it did not. This is a quality of character that I do not know whether to count as a virtue. It has cost me sleep, and whatever peace of mind I might otherwise have found in this work. It has not cost me more than that, but only because I have been careful.

The copy is hidden. It has been hidden since 1531. It will remain hidden for as long as I am alive and possibly for some time after. I am telling you this not because I want you to find it — I do not, the finding is not your responsibility, the finding will happen in its own time or not at all — but because I want someone who knew me to know that I did a thing that I believe was right, and that I did it alone, and that I was afraid, and that I did it anyway. You are the only person in the world I trust to hold this information correctly.

The arrangement in the letter concerns the Cathedral of León — a cathedral that does not yet exist, that may not exist for many years, that will be built, eventually, by people none of us know yet, in a city that is not yet entirely sure it deserves one. The governor believed it would be built. He was very confident about this. He was right about most things, and I have found, in the years since his death, that the things he was wrong about were usually things he didn't care about, which gave him an excellent predictive record on the things that mattered to him.

If there is a cathedral in León when you read this — if it exists, if it is magnificent, if it seems larger and grander than the city it serves has any administrative reason to expect — then the arrangement was honored, and the

letter did what it was supposed to do, and a man who died at ninety-one years old and kept his coffin in his bedroom built one more thing after all.

I think he would be satisfied with this.

I am not sure I am, but that is a different question and one I have been sitting with for fourteen years, so I do not expect to resolve it now.

Take care of yourself, Catalina. This country is very beautiful and very difficult and very far from Salamanca, and I do not regret coming here, which surprises me every time I think about it. Tell your children about me if you have any. Tell them their grandfather was a notary who kept two sets of records and was not entirely comfortable about it and did it anyway, which is probably as honest an epitaph as I am going to get.

Your father,

Rodrigo Cervantes de la Noche León, Nicaragua

[C.V.: Catalina received no letters from her father after 1547. Whether she was alive is not established by any record I have found. Whether this letter was ever sent is not established either — it was found unsent, misfiled, fourteen years after it was presumably written. I do not know if Rodrigo considered the possibility that it would not reach her and wrote it anyway, in the same spirit in which he made the copy of the letter. I think he probably did.]

Part II

The Architect's Confession

*I should say something about geography before the reader proceeds, because geography is evidence. Nine of the ten documents in this section I found in León — in the Diocesan Archive, in the Archivo Municipal, and in a private collection donated to the cathedral in 1947 whose catalogue has not been updated since. One I found in Seville, in the Archivo General de Indias, in a reading room on the Calle Santo Tomás where the winter light comes through high windows and fails completely by two in the afternoon. The Archivo General de Indias holds the administrative record of the Spanish colonial empire in the Americas. It is in Seville. It is in Spain. The records of what was done in Nicaragua are in Spain. Every Latin American historian knows this. Knowing it does not make it feel less strange to sit in a reading room in Seville in December and open a box labeled *Audiencia de Guatemala, 1748–1751* and find, inside it, the four-sentence filing note of a clerk named Bartolomé Aznar who noticed something about a set of architectural plans, recorded it with the care of a man who believed records were for something, and received no reply. Those four sentences are Document 14 of this edition. I read them perhaps thirty times before I left the building. The ten documents in this section cover one hundred and sixty-one years and move across three countries — Nicaragua, Guatemala, Spain.*

They were written by six people who never met each other. Placed in the sequence I have chosen, they describe one transaction. The reader who prefers another sequence is welcome to it. The transaction will still be visible.

Private Note of Bishop Rodrigo de la Vega

Episcopal private note · c. 1610–1611

Document 8 of 28. Bridge document between Part One and Part Two. Private note of Bishop Rodrigo de la Vega, written in León Viejo at an unknown date during his episcopate (1601–1619). Found loose in the Diocesan Archive of León in 1976, in a folder of episcopal correspondence misfiled with administrative records of the post-1610 relocation.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: A single sheet, written on the back of a draft sermon. The hand is hurried. The paper is stained with what a conservator told me is almost certainly volcanic ash. I include it for what it preserves: the moment a man received the box, was told some part of what it was, and decided to keep it anyway.]*

For the file. Not for the inventory.

I received the cedar box from Bishop Tomás de Mendoza on the third Sunday of Advent, in his rooms, two days before he died. He had me sit. He had the box on the table between us, wrapped in oilskin that I would not have known to recognize as anything but oilskin.

He told me three things.

The first was that the box had been held by every Bishop of this diocese since a date he could not give me, but which was older than the records he kept. The second was that it was not to be opened. He said this twice, in different words, so that I would not mistake the instruction for a suggestion. The third

was that it concerned an arrangement made for the future of this city by men who would not be alive to see whether the future arrived. He said: *the box keeps faith with what was promised. We are not the ones who promised it. We are the ones who keep it.*

I asked him what was promised. He looked at me for some time. Then he said: *a cathedral. Not the one that exists. The one that will. And the means by which it will be paid for, and the names of those who will pay.*

I did not ask further. I have not asked further since.

It is now five months after the mountain. The city is moving. We carry what can be carried and we leave what cannot. I have written instructions for the cedar box to be taken with the diocesan vestments, in the second cart. It will travel under the seal of the diocese, with no description in the manifest. I have spoken with the chief sacristan. He will not ask why.

While this is being decided, other matters claim me which the office requires me to set down. I record here what will not go to the diocesan inventory, because the diocesan inventory is read.

We need priests. The whole province has been left to me with nine presbyters and two deacons, two of the former old and one of them ill. I have written to the Dominican provincial in Guatemala asking for four men. I have been offered two, both below the rule in discipline, which I take to mean that in Guatemala they have none to spare either. I have written to the Franciscan. He has not answered. I will write again when the rains end and the roads become roads again.

Among the men I have, the deacon Valverde — I write the surname with reluctance, and only because this paper will not leave my hand — concerns me. Not for anything that could be set down in a visitation. He gives the doctrine well. He keeps the offices. But I observe how he deals with the Indians of the

western quarter when he believes he is not seen, and I observe how he deals with the widow Cárdenas when he knows he is, and they are two different men. A man who is two men, in the priesthood, is a man who in the end chooses the worse. I have not yet decided what to do. I leave it written here so that it is on record that I saw.

From Tola the parish priest wrote me last week concerning the beata of his parish — I do not give the name, because she has devotees and devotees read what they should not — who has begun to lead public prayers to an image of the Christ Child in the back garden of her house, with candles and singing in the tongue and Friday processions that end at a basin of water she declares blessed by apparitions. She is a good woman. I do not doubt her intention. But the line between the devotion of the people and another thing I do not yet know how to name passes through her garden, and a bishop who does not attend that line ends up bishop of something that is no longer entirely the Church. I have written to the priest instructing him to attend the next three processions and report to me. I have written to her also, with prudence, praising her zeal and reminding her that all devotion must be offered in Latin or in Castilian and under the direction of the parish priest. I do not know if it will suffice. I suspect it will not.

I gather these things on one paper and the administration of the sacred and the administration of the profane appear to me, this afternoon, the offices of the same man. In the morning I order carts and water-jars and manifests; at midday I keep a box whose contents I am not to know; in the afternoon I decide whether a deacon remains in his order and whether a woman may call her water blessed. And all of it, as I was taught, I do in persona Christi. I do not know if Christ administered with this kind of paper. I suspect He did, in the sense in which He sustained everything that was handed to Him.

I do not know what the box contains. I know that Bishop Mendoza believed

it mattered. I know that what he told me was not the whole of what he knew. I know that I am to tell my successor what I was told, and no more, and to require him to do the same. The chain is older than my hand. It will be older than my hand when I am gone.

What I do not understand I leave to God. The chain held. I held it.

Rodrigo de la Vega, Bishop of Nicaragua Without date [c. 1610–1611, in his own hand]

---

*[C.V.: Bishop Mendoza's death is recorded as December 18, 1610, three months after the eruption of Momotombo destroyed León Viejo. The "third Sunday of Advent" of 1610 fell on December 13, which would place this transfer five days before his death, not two. Either the Bishop's memory was approximate, or the diocesan calendar did not match the civil one, or he was dictating from a sickbed and the hand that wrote it down was not his own. I have considered all three.

*A separate irregularity that I record here for completeness: the diocesan inventory of 1647 (Document 9 of this collection) places the start of de la Vega's episcopate in 1601 — nine years before the transfer this note describes. By that reckoning Mendoza was not de la Vega's predecessor in the see at the moment of the transfer, and yet de la Vega calls him "the Bishop" and Mendoza tells him "the box had been held by every Bishop of this diocese." The simplest reading is that Mendoza, by 1610, was a former bishop or bishop emeritus who had retained the box informally past his term, and that "every Bishop" was understood by both men to mean the line of office-holders rather than a strict office-to-office succession. The chain of custody, in other words, ran through men, not through the seal. I record the discrepancy because Consuelo cannot in

good conscience report the Advent-date problem and pass over this one in silence.

A separate irregularity that I record here for completeness: the diocesan inventory of 1647 (Document 9 of this collection) places the start of de la Vega's episcopate in 1601 — nine years before the transfer this note describes. By that reckoning Mendoza was not de la Vega's predecessor in the see at the moment of the transfer, and yet de la Vega calls him "the Bishop" and Mendoza tells him "the box had been held by every Bishop of this diocese." The simplest reading is that Mendoza, by 1610, was a former bishop or bishop emeritus who had retained the box informally past his term, and that "every Bishop" was understood by both men to mean the line of office-holders rather than a strict office-to-office succession. The chain of custody, in other words, ran through men, not through the seal. I record the discrepancy because Consuelo cannot in good conscience report the Advent-date problem and pass over this one in silence.]

The cedar box left León Viejo in the second cart, under the seal of the diocese, with no description in the manifest. A pastoral visitation by Bishop Antonio de Zayas in 1583, the only documentary trace of the box's passage through the intervening generations, lists among the contents of the diocesan strongroom "a sealed coffer of cedar wood, contents not opened since the time of Bishop Mendoza, of which no manifest exists." By 1647 it was in the locked cabinet of the Bishop's study in the new León, recorded as "held under the authority of the Bishop's office by continuous succession." The chain held. It held for one hundred and thirty-eight more years before Bishop Isidoro Venegas de Cienfuegos placed it on a table in front of an architect named Ignacio Moya in 1748 and began to explain.]

Diocesan Inventory of 1647

Diocesan inventory · 1647

Document 9 of 28. Diocesan inventory recording the cedar box in episcopal storage one hundred and two years after Part One. The second of two bridge documents between Part One and Part Two.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: 1647. León. One hundred and two years after the last document in Part One, the cedar box reappears in an institutional inventory.]*
>
> *This document is included for a single entry. The diocesan inventory of 1647 is a routine administrative record — a comprehensive accounting of ecclesiastical property held by the Diocese of Nicaragua, compiled by order of Bishop Marcos de Morales in the one hundred and sixteenth year after the founding of the diocese. It is thirty-seven pages. I reproduce here only pages 28 and 29, which pertain to the Bishop's private library and document storage. The reader will notice one item.]*

DIOCESAN INVENTORY OF NICARAGUA

Compiled by Order of the Most Reverend Bishop Marcos de Morales

León, Nicaragua, in the Year of Our Lord 1647

Pages 28–29: Bishop's Private Library and Document Storage

[Preceding pages omitted. Inventory continues from page 27.]

Bishop's study, east wall shelving: Thirty-two volumes of theology, mixed provenance, condition good to fair. Six volumes of canon law, Salamanca edition, condition good. Four volumes of colonial administration statutes, condition fair. Two volumes of diocesan history, handwritten, compiled by predecessors, condition fair. One missal, illuminated, condition excellent, value not assessable.

Bishop's study, locked cabinet: One set of diocesan seals, current and retired, in a wooden case. Three folders of active correspondence. One folder of correspondence from predecessor bishops, bundled, tied with cord, not inventoried in detail as per standing instruction. One cedar box, iron-clasped, wrapped in oilskin, condition excellent, contents not examined, held under episcopal seal; entry predates the current register.

The cedar box has been held by this diocese since at least the episcopate of Bishop Rodrigo de la Vega (1601–1619), who recorded it in his own inventory as received from his predecessor, who received it from his predecessor. The chain of custody prior to Bishop de la Vega has not been reconstructed, as the relevant records were lost in the events of 1610.

Contents: not examined. Value: not assessable. Instructions for disposition: the box is to be held by each Bishop in succession and passed to his successor, along with a private oral instruction regarding its significance. The nature of this instruction is not recorded here.

Bishop's study, general storage: Various administrative materials, not individually inventoried.

[Inventory continues on page 30.]

[C.V.: The events of 1610 to which the inventory refers are the eruption of the Momotombo volcano, which destroyed the original city of León — León Viejo, the city where Rodrigo Cervantes de la Noche served as notary — and precipitated the relocation of the diocese to its current site. Whatever records preceded Bishop de la Vega's episcopate were lost in that destruction.]

The cedar box was not lost. It moved with the diocese.

Someone carried it out of León Viejo before the eruption, or during it, or immediately after. The inventory does not record who. By 1601, it was already held "by continuous succession." Someone kept the oral instruction alive across the chaos of 1610 and the relocation that followed.

I have thought about this a great deal. A city is destroyed. The church moves. In the transfer of materials from the old city to the new one, someone made certain that a cedar box wrapped in oilskin came with them, and told the next Bishop why, and the next Bishop told the next, for one hundred and sixteen years, until Bishop Isidoro Venegas de Cienfuegos placed it on a table in front of an architect named Ignacio Moya in 1748 and explained what it was.

It survived. What stays with me is that the people who carried it knew it was worth surviving.]

Bishop's Petition

Episcopal petition · 1745

Document 10 of 28. Part Two: The Architect's Confession. Opens Part Two.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The petition that initiated the cathedral project. It was submitted in 1745 and approved in 1747, a delay of two years that the Bishop's correspondence suggests he found extremely frustrating. I reproduce it in full because it is the official beginning of the story that the other documents tell from the inside.]*
>
> *Between Rodrigo de la Vega's note in Document 8 and this petition lie one hundred and thirty-four years. Eleven bishops passed through the diocese in that time, eight of whom died in office and three of whom left it for reasons the records set down with the elegant reticence of ecclesiastical administration. The cedar box remained in the locked cabinet of the Bishop's study throughout all of those episcopates, and of all of those episcopates only the inventory of 1647 — Document 9 — and this petition survive as a documentary trace of its conscious existence. The silence of the archive between the two pieces does not mean the chain was broken. It means the bishops who held it did not write about it, which was what they had been instructed to do. The chain that is not named is the one that lasts.]*

To the Most Excellent Lords of the Council of the Indies, in the Name of His Majesty Ferdinand VI, King of Castile and León:

Your Excellencies,

I write to you in the hundred and fifteenth year of this diocese's existence in its present location and in the thirteenth year of my own episcopate, on behalf of a city and a people who have waited long enough.

The Cathedral of the Assumption of the Blessed Virgin Mary at León, Nicaragua, is not a cathedral. It is a church — a church of reasonable quality for a provincial town of limited resources in 1630, when it was built, but not a cathedral in any meaningful architectural sense of the word, and not a building adequate to the dignity of the episcopal see of a diocese that now encompasses Nicaragua, Honduras, and portions of the territories to the south. The roof requires replacement. The bell tower lists visibly to the east. The nave cannot accommodate the congregation at Easter, a circumstance that requires the celebration of multiple masses on the holiest day of the ecclesiastical year, which is an administrative irregularity that I find spiritually embarrassing.

I petition the Council of the Indies for authorization and funding to construct a new cathedral on the existing site, of proportions appropriate to the diocese's current standing, in accordance with the design specifications that I am prepared to submit upon approval of this petition.

I wish to address, in advance of the Council's deliberations, the question of precedent. I am aware that a cathedral of the scale I am proposing has not been built in this region. I am also aware that the Cathedral of Lima was completed in 1649, that the Cathedral of Mexico City was completed in 1667, and that these constructions were authorized and funded by the same Council to which I now address myself. I do not argue that León is Lima or Mexico City. I argue that León is the capital of a diocese that has existed for more than two centuries, that has generated tax revenue for the Crown throughout that period, that has administered the spiritual affairs of a substantial population across difficult terrain, and that has received, in return, a leaking church with a crooked tower.

I have been patient. I am no longer patient. I am sixty years old and I would like to see a cathedral before I die.

I attach to this petition a preliminary survey of the existing site, a proposed construction budget, and letters of support from three members of the provincial administration. I request that the Council authorize the engagement of a qualified architect and approve a plan for the cathedral's construction at the earliest opportunity the Council's schedule permits.

In humility before the Council and in service to God and His Majesty,

Isidoro Venegas de Cienfuegos Bishop of Nicaragua León, Nicaragua March 15, 1745

[C.V.: Bishop Isidoro Venegas de Cienfuegos submitted this petition in 1745 and received the Council's approval in 1747. He was sixty when he wrote it. He died in 1778, at the age of ninety-three. He saw the facade of the cathedral completed but not the towers, and not its consecration. He was patient after all.]

I have searched the archive for earlier correspondence by Venegas de Cienfuegos concerning the box, without success. His episcopal administration generated, according to the diocesan index of 1779, nine hundred and thirty-seven preserved pieces of correspondence, of which I have read three hundred and sixteen. The box appears in none of them. It appears, one time only, in an unsigned marginal note on a sheet of accounts from 1741: "still closed." Three words. The Bishop of Nicaragua was fifty-six years old, was nine years into his episcopate, and had written three words about the object that was going to define his succession. I read them twice to be sure I was reading what I appeared to be reading. I was.]

Council Decree

Council decree · 1747

Document 11 of 28. Part Two: The Architect's Confession.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The approval. Two years after the petition. The Council of the Indies approved the construction of the Cathedral of León in August of 1747 and authorized the engagement of an architect from the colonial workshop system. What the Council did not know — what no one in Madrid knew — was the nature of the plans they were approving. The approved plans are described here as designed by Diego de Porres of Guatemala. They were not the plans that were built.]*

BY AUTHORITY OF THE COUNCIL OF THE INDIES

In the Name of His Majesty Ferdinand VI, King of Castile, León, Aragon, and the Indies:

Having received and considered the petition of the Most Reverend Isidoro Venegas de Cienfuegos, Bishop of Nicaragua, dated March 15, 1745, and having reviewed the accompanying survey, budget, and letters of support, the Council of the Indies hereby decrees:

First. The construction of a new Cathedral Church of the Assumption of the Blessed Virgin Mary in the city of León, Nicaragua, is approved. The Council finds the petitioner's description of the existing church's inadequacy credible and the case for a new construction well-founded.

Second. The design submitted with this approval, prepared by the architect

Diego de Porres of Guatemala under the direction of the petitioning Bishop, is accepted as the basis for construction. The design shall be reviewed by a qualified architect appointed to supervise construction, and such modifications as are strictly required by local site conditions shall be permissible within the bounds of the approved budget and with documentation filed with the Council.

Third. Funding for the construction is authorized in the amounts specified in the attached financial instrument, to be disbursed by the Treasurer of the Province of Nicaragua according to the schedule established therein. The diocese is additionally authorized to conduct fundraising among the faithful of the territory for supplementary contributions.

Fourth. The Council directs the Bishop to engage a qualified architect from the colonial workshop system to supervise the construction and to ensure that the completed building conforms to the approved design in all essential respects.

Fifth. The completed cathedral shall be subject to inspection by a representative of the Council before its formal consecration.

The Council notes, for the record, that the petition's tone regarding the adequacy of the Crown's investment in this diocese, while perhaps more pointed than is customary in correspondence of this nature, reflects a legitimate grievance that the Council takes seriously. The approval of this petition should be understood as a recognition of the diocese's long service to the Crown and of the reasonable expectations of a Catholic population in a territory under His Majesty's governance.

Issued under the seal of the Council of the Indies. Madrid, Spain August 3, 1747

[C.V.: Item Four of this decree directed the Bishop to engage an architect from

the colonial workshop system. The Bishop engaged Ignacio Moya. Item Two authorized modifications "strictly required by local site conditions." Ignacio Moya modified the design extensively. Both of these outcomes are technically consistent with the decree's language.]

Commission to Porres

Architectural commission · 1747

Document 12 of 28. Part Two: The Architect's Confession.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: Diego de Porres was commissioned to prepare the initial plans for the cathedral in 1744, three years before the Council of the Indies formally approved the project — a typical arrangement, as petitions required architectural drawings to accompany them. Porres was a skilled architect based in Guatemala City. He prepared the plans without ever coming to León or seeing the site. The plans were prepared for submission to the Council; what subsequently happened to them on the ground was beyond his knowledge or control. His letter of commission is included here because he is the author of the plans that were approved, and he has received essentially no credit in the historical record. He deserves to be named.]*
>
> *I record, besides, a question of method. The historian who deals with a building that took nearly seventy years to rise learns soon that authorship is multiple, contradictory, and often anonymous. Porres drew. Moya built something else. Espinoza supervised. Hernández dressed the stone. Tomasín — of whom the edition will come to speak — laid it. And half a dozen bishops administered the money, the men, and the waiting. A cathedral is signed by no one. But in this country and in this period, not having been signed is frequently confused with not having been made by anyone, which is the most comfortable falsehood with which a history can be written. This edition attempts something else. It begins by naming Porres.]*

Most Excellent Sir,

By the authority of the Most Reverend Bishop of Nicaragua, Isidoro Venegas de Cienfuegos, and in anticipation of the approval of the petition currently before the Council of the Indies, I write to engage your services as preparing architect for the proposed Cathedral of the Assumption of the Blessed Virgin Mary at León, Nicaragua.

You are requested to prepare a complete set of architectural plans for a cathedral of the following specifications: a nave of not less than sixty varas in length; twin towers of not less than twenty-five varas in height; a facade of baroque character appropriate to the dignity of an episcopal see of the second rank; and accommodation for a congregation of not less than eight hundred persons at full occupancy. The plans should reflect the prevailing design standards of the colonial ecclesiastical tradition and should be of sufficient quality to accompany a petition to the Council of the Indies.

You are advised that the site is in the city of León, Nicaragua, and that the local seismic and climatic conditions should be taken into account in the plans to the extent possible given your distance from the site. We understand that you will not be able to conduct a personal site survey; the attached survey notes, prepared by the diocesan surveyor, should provide sufficient information for your purposes.

The fee for this commission is as agreed by private arrangement with the diocesan treasurer.

The plans are required by January of 1745 to accompany the petition.

We thank you for your service to this diocese and to the greater glory of God.

On behalf of the Most Reverend Bishop: Father Esteban Ruiz Secretary to the Bishop of Nicaragua León, Nicaragua October 12, 1744

[C.V.: Diego de Porres delivered the plans in December 1744, three weeks before the deadline. They were submitted with the petition to the Council of the Indies in March 1745. The Council approved them in August 1747. By that time, Ignacio Moya had already been dispatched to León and had begun reviewing the site.]

Porres remained in Guatemala City throughout the construction period, receiving reports of what was being done with his plans. His response to those reports appears as Document 15 of this edition.

The plans he prepared specified a nave of sixty-two varas. Ignacio Moya built seventy-one.]

Consuelo's section note:

> *[C.V.: Ignacio Moya arrived in León in March of 1748, one year after the Council of the Indies approved the cathedral project, and remained until the spring of 1752, at which point the construction of the nave was sufficiently advanced that a local overseer could direct the remaining work. He left for Spain in May of 1752. He settled in Seville, where he worked as an independent architect for private clients until his death in 1779. He never returned to the Americas.]*
>
> *This document was found in the cedar box along with the others. It is twenty-two pages. He was fifty-eight when he wrote it. His handwriting is different from any other document in this collection — architectural,*

precise, the hand of a man who spent his life drawing things to scale, in which every line is the correct length or it is wrong. He does not cross out or write in the margins. He wrote this straight through, which I believe means he planned it for a long time before he began.

I will tell the reader one thing before the account begins. Everything Ignacio describes in Sections I through VIII, I was able to verify against other documents in this collection and against records in the Diocesan Archive. He is accurate about the facts. Where he is uncertain, he says so. Where he does not know something, he says that too. I have never edited a document by someone so committed to the honest account of his own dishonesty.

In Section IX, he describes the south transept. I will not comment on Section IX until the reader has read it. Then, in my footnote at the section's end, I will tell the reader what I found inside the south transept wall. By the time they read the footnote, they will already know.]

Account of Ignacio Moya, Architect

Personal account · 1771

Account of Ignacio Moya, Architect

Written in Seville, Spain, in the month of October, in the Year of Our Lord 1771

I.

I am fifty-eight years old and I am writing this in my study in Seville, where the light in October comes in low through the south window and makes everything amber from the third hour onward, which I have always found helpful.

The reason I am writing this is a letter I received last spring from a colleague in Mexico City named Fonseca, who had recently visited León on diocesan business and attended Mass in the cathedral. He described it as magnificent. He described the nave as one of the finest he had seen in the Americas, the proportions exceptional, the light through the west facade extraordinary. He mentioned that no one in León seemed to know much about its architectural history — who had designed it originally, how the plans had developed, what decisions had been made along the way. He asked me, since I had worked there, whether I could enlighten him.

I did not write back.

I have been thinking about his letter for six months. I have decided that the proper response to it is not another letter to Fonseca but this account, addressed to no one in particular, sealed and kept among my papers, to be found or not found as the case may be. I am aware that "addressed to no one in particular" is

a convenient fiction — a man who writes twenty-two pages has an audience in mind, and I am not exempt from this. My audience is whoever finds this, whenever they find it, in whatever world they find it in. If the cathedral is still standing when you read this: good. If it is not: I am sorry. I did the best mathematics I knew.

I will explain what I did. I will explain, as well as I am able to from a distance of twenty years, why I did it. I am not sure the why is as clear as the what, but I am old enough to know that the what without the why is just a police report, and I am not interested in writing a police report.

I considered writing a confession instead. The form would have been familiar. I have known it since I was a child. I drafted three pages of one and put the pages in the fire. The form requires that one know precisely what one is repenting, and I do not — I know what I did, but I am not certain it is the thing the form was designed for.

II.

Before León, there was Guatemala, and before Guatemala there was Cádiz, and before Cádiz there was a childhood that is not relevant here except in one respect: I was trained by my father, who was trained by his, and what my father understood about architecture — what he transmitted to me in twelve years of apprenticeship before I had any alternative — was this: a building is an argument about what space should do to a body. Not an argument about what it should look like. Not an argument about what it should symbolize, or commemorate, or celebrate. An argument about what a body standing inside it should experience. The decoration is secondary. The proportions are the thing.

This sounds simple. It is the most complicated idea I have ever held in my

mind, and I held it for forty years before I began to understand what it meant.

I arrived in Guatemala City in 1741, at the age of twenty-eight, under a contract with the diocesan workshop that I had signed in Cádiz with the confidence of a man who has not yet seen what a contract can mean when the other party has more patience than you do. The contract was for three years. Three years of service to the diocesan workshop in exchange for my passage to the Americas, a modest salary, and the experience that young architects — the contract said this plainly, in the notarial language that I now read with the trained eye of a man who has been on the wrong side of it — require for professional development.

At the end of the three years, I applied for release. The workshop Bishop — a man named Orozco, fat and deliberate, who smelled of turpentine and something sweetish that I never identified — explained that the workshop's current projects required my continued participation and that the release would be granted when the projects permitted. I said that I understood. I applied again the following year. I received the same explanation. The projects never permitted. I was there for six years.

I want to be precise about what six years in the workshop felt like, because it is relevant to the decisions I subsequently made.

The workshop occupied a long building on the north side of the cathedral complex, with a tile roof and high wooden benches and natural light that came from clerestory windows along the south wall, which meant the light in the afternoon was good and in the morning was not. The smell was cedar shavings, linseed oil, and the particular metallic smell of a large room full of people working in concentrated silence. I spent six years at a bench in the third row from the window, drawing plans for projects I did not choose, for clients I did not meet, under the direction of a chief architect who was less technically

capable than I was and aware of this in the particular, resentful way of men who are in charge of people better than themselves.

I was not mistreated. The food was adequate. The salary was what was agreed. I was given no opportunity to leave.

I drew plans. I was good at this. I drew the plans correctly and I made suggestions that were frequently adopted without attribution and I applied my father's argument about space and bodies to every project I touched, even the minor ones, even the sacristies and the rectory additions and the storage buildings, because it was the only thing I knew how to do and because stopping would have been worse than staying.

In the spring of 1747, the notice arrived from León.

III.

The notice came through official channels. A commission letter from the diocese of Nicaragua, addressed to the workshop's Bishop, requesting the loan of a qualified architect for a period of not less than three years to oversee the construction of the Cathedral of León, for which plans had been approved by the Council of the Indies, and for which a local team had been partially assembled but lacked experienced architectural direction. The commission offered a fee, a residence in the city, and — this is the part I remember most precisely, because I read the letter over the Bishop's shoulder and I had to keep my face composed while I read it — upon satisfactory completion of the project, the release of the assigned architect from all remaining contractual obligations to the diocesan workshop.

Bishop Orozco called me to his office the following morning. He offered me the commission in the tone of someone doing me a favor, which was accurate

from his perspective: he was releasing an architect whose contract still had time to run and whom he personally found irritating. I said I would be honored to accept. I left his office and went back to my bench and sat for a long time looking at the cedar shavings on the floor.

I want the reader to understand the condition in which I arrived in León. I was thirty-four years old. I had not built anything of significance in six years. I had spent those years learning, in the particular way that one learns by doing work that is below one's ability, exactly what I was capable of if given the chance. I had also spent those years learning what it meant to have no choice, which is a different education and a more expensive one. By the time the notice arrived, I was not the same man who had signed the contract in Cádiz. I was someone who understood what freedom cost, and what he would pay for it.

I arrived in León in March of 1748, after a journey of five weeks that I will not describe in detail except to say that the rainy season had already begun and the roads from the coast were the roads one expects in a country that has been settled for two hundred years without anyone having solved the problem of mud. The city was smaller than I had expected. The cathedral site was larger. I stood at the edge of it on my first day and felt something I had not felt in six years, which was the precise physical sensation of understanding a space before you have built anything in it. The site told me what the building wanted to be. This is what my father would have called listening to the ground, which sounds mystical and is not: it is a technical observation about elevation, drainage, prevailing wind, the angle of light at different hours, the proximity of other structures. But it feels like listening.

I went to meet the Bishop.

IV.

Isidoro Venegas de Cienfuegos was sixty-two years old when I met him, a tall man with the kind of health that looks like effort rather than constitution — thin but deliberate about it, careful about food and sleep in the way of someone who has been ill and does not intend to be ill again. He received me in his study in the late afternoon, when the light came through the window behind his desk and made it difficult to see his face clearly, which I subsequently decided was not an accident.

He was courteous. He asked about the journey. He asked about Guatemala and how I had found the work there. He spoke well and listened carefully, which are two different skills and most men have only one.

After approximately twenty minutes of this, he asked whether I had yet reviewed the approved plans for the cathedral.

I said that I had been given a copy on my arrival and had reviewed them that morning.

He said: and what was my assessment.

I considered my answer for a moment. Then I said: the plans were prepared by a very capable architect, and they were prepared for a specific site, and I would need to review them in detail against the conditions here before I could offer a full assessment.

He looked at me for a long moment. He said: that is a diplomatic answer.

I said: I'm an architect. Diplomacy isn't my training.

He said: then give me the honest one.

So I said: the plans were designed for Lima. They account for Lima's soil, Lima's geography, Lima's seismic conditions. León's seismic conditions are not Lima's seismic conditions. The plans as approved would need significant adaptation for this site. More significant than a standard site adaptation. The

adaptations would substantially change the building.

He nodded slowly, as if I had confirmed something.

He said: how substantially.

I said: substantially enough that the two buildings — the León building adapted from these plans, and whatever Lima eventually builds from their own version — would not resemble each other in any meaningful way.

He nodded again.

He rose from his desk and went to a cabinet in the corner of the room — a plain cabinet, cedar, nothing remarkable about it except the care with which he opened it — and he removed a document from inside. He brought it to the desk and placed it in front of me. He did not open it. He set it down between us with both hands, in the center of the table, the way a man sets down something he knows you cannot ignore.

He said: I want to show you something.

V.

The document was a founding agreement. Two signatures at the bottom: Pizarro and Almagro. A third name in the body of the text: Dávila. The date was 1524.

The vellum was old but in good condition — whoever had held this for forty-seven years had kept it flat and dry. The hand was notarial, each letter formed with the deliberate separation of a man who understands that documents must be legible in the next century. The signatures at the bottom were different: angular, rapid, written by men who signed many things quickly. I looked at the document the way I look at a plan — starting from the margins, moving inward, reading for dimension before meaning. There was a phrase in the third

paragraph: *cathedral of the first rank, of the proportions and dignity befitting the precedence established herein.* I could not read what "precedence established herein" meant as a legal matter. I could read *proportions and dignity* as an architect reads them. They were not decorative terms. They were specifications. I began to calculate, roughly, what they required in varas of nave and height of tower, and by the time the Bishop began to explain the document to me I had already understood what he was going to ask.

I am an architect, not a lawyer. I could read enough of the document to understand what it was and what it meant, which is to say I could understand that it constituted a claim — an unfulfilled founding debt from the Peru enterprise — and that the claim was held by the diocese of Nicaragua, which had received it from someone, and that the claim was currently unacknowledged by the Crown but not formally extinguished.

The Bishop explained it to me more fully. He had held this document for seventeen years. It had come to him through his predecessor, who had received it from the notary of the previous century, who had made a copy of a letter — here he paused and said: there is a letter, which I cannot show you, which no longer exists in its original form, but which I have reason to believe you can take on faith — a letter written by a governor who understood what he was doing and why.

He said: the document establishes a prior claim. The claim is for a cathedral of the first rank in this city.

I said: and you intend to use it how.

He said: I intend to use it exactly as he intended it to be used. To ensure that when the plans for this cathedral are adapted for this site, they are adapted in a direction that cannot be reversed. That what León builds is, by any objective measurement, the grander structure.

I said: and the Lima cathedral.

He said: the Lima cathedral will be built from a version of these plans that no one in Lima will think to question, because why would they? The approved plans were approved. No one in Lima knows there is an alternative reading.

I said: and in exchange for my cooperation with this adaptation.

He said: I have already spoken with Bishop Orozco. Your contractual obligations to the workshop are dissolved. You leave León a free man when the project reaches a sufficient stage.

He said this without emphasis, as if it were the minor part of the arrangement. I understood from the way he said it that he knew it was not the minor part.

I looked at the document on the table for a long time. I thought about my father's argument — about space and bodies, about what a building should do to the person standing inside it. I thought about six years at a bench in Guatemala. I thought about the site I had stood on that morning, and what it had told me it wanted to be.

I did not deliberate long. I would like to say I deliberated long. I did not. I decided quickly, and the reason I decided quickly is the thing I have been sitting with for twenty years.

I decided because I wanted to leave. Not because León deserved a better cathedral than Lima, though I believe it does. Not because the commission was a creative opportunity, though it was. Because I wanted to be free, and this was what freedom cost, and I paid it without extended negotiation.

I said: I will need to study the site more carefully before I can tell you exactly what adaptations will be required.

He said: of course.

I said: and the adaptations will be technically defensible. They must be. I will not put my name to something that isn't structurally sound.

He said: I wouldn't want you to. I want a cathedral that stands, Moya. I want a cathedral that stands for three hundred years. I want the argument it makes to be permanent.

He picked up the document and returned it to the cabinet with the same two-handed care. He said: the document stays with me. You don't need it. It's already done what it needs to do.

I left his study and walked back to the site in the late afternoon, and I stood at the edge of it and listened to what the ground was telling me, and I began to plan.

[C.V.: Here in the manuscript the ink changes — Ignacio has paused, perhaps for a day, perhaps for longer. The new ink is darker; the hand is steadier. He has thought about what comes next. He told us in Section II that he does not cross out. There is a single word crossed out at the start of this sixth section that I have left unread, because the line I do not need to read is the line I cannot.]

VI.

What I actually did to the plans I will describe as accurately as I can, for the record if not for any reader's entertainment. It is technical. I will try to make it readable.

The approved plans specified a nave length of sixty-two varas. I extended it to seventy-one. This is not a cosmetic change. Nine additional varas of nave is a different acoustic environment, a different experience of scale from the entrance,

a different relationship between the body of the worshipper and the altar. The person entering a sixty-two vara nave and the person entering a seventy-one vara nave are not having the same experience. They are not in the same building. The structural justification: the site permitted it, the soil bearing capacity was adequate, and a longer nave provides better stability against lateral seismic load. All of this is true. I did not invent the justification. I observed it and then chose which true observations to act on.

The towers. The approved plans called for towers of twenty-eight varas, which is appropriate for Lima's profile. I specified thirty-six. The justification: the exposed position of the site and the prevailing wind patterns required additional mass for stability. This is also true. Also: thirty-six vara towers are visible from the lake and from the road from the coast at a distance that twenty-eight vara towers are not. A cathedral that is visible from a greater distance is making a different argument than one that is not. I made the argument I wanted to make.

The facade. This was the most significant change and the one I am most satisfied with. The Lima plans called for a baroque facade of moderate projection — correct for the Lima site, where the street approach is narrow and projection reads as amplitude. The León approach is from a wide plaza. I redesigned the facade in a lower, wider register, with a horizontal emphasis that distributes the visual weight across the full frontage rather than concentrating it in the towers. The result is a building that appears, from the plaza, to grow out of the ground rather than rise above it. This is what my father meant about space and bodies: the plaza body and the cathedral body are in conversation. The Lima facade would have shouted. The León facade speaks. I prefer speaking to shouting, as a general principle.

I documented all of these changes in the adaptation records. They are in the

archive in León. Anyone who looks at them can see what I changed and how I justified it. The justifications are valid. The justifications are also not the complete story.

The complete story is that I knew exactly what I was doing, and I would do it again, and the only part I am not sure of is the last part.

VII.

The last part is Tomasín.

His name in the labor records is Tomás — Tomasín is what the foremen called him, because he was not large and it is the particular humor of construction sites to call small men by diminutives and large men by the same. He appeared in the workshop in the autumn of 1748, sent up from a coastal community along with three other men under a labor arrangement that I did not control and did not examine as closely as I should have. I know what labor arrangements in this province meant in 1748 and I knew it then and I chose not to examine it because examining it would have required me to object to it and objecting to it would have complicated the project, and complicating the project would have complicated my departure.

I am writing this in Seville in 1771 and I am fifty-eight years old and I would like to say I would make a different choice now. I am not certain I would.

What I can say is this: I recognized, within two weeks of his arrival on site, that Tomasín was the most skilled mason I had worked with in my career. I have worked with skilled masons in Cádiz, in Guatemala, and in León. I know what skilled looks like. It is not speed, though he was fast. It is not accuracy, though he was accurate. It is the thing my father called understanding the weight, which means that a mason who understands the weight knows not just what the plan

specifies but why, and can therefore adapt — within the logic of the structure — when the plan and the site do not perfectly correspond.

They never perfectly correspond. A plan is a theory. A site is the world. Somewhere between the theory and the world, a building happens, and the person who negotiates that gap is not the architect. It is the mason.

Tomasín negotiated it. He read my plans — he could read architectural drawings, which was not something I expected and did not ask him about — and he built what they specified, and when the site required deviation he deviated within the logic of the structure rather than against it. I told him once, in passing, that the south transept's load transfer to the south wall would be complicated by the soil condition in that quadrant. I said this to him because I was thinking aloud; I was not giving an instruction. I watched him think about it for a moment. He looked at the plan, and then he looked at the ground, and then he looked at the plan again, and then he went back to work. What he subsequently built in the south transept is not what the plan specified. It is better than what the plan specified. The load transfer is more elegant. The wall is thicker at the base than I required and thinner at the top, a distribution that is technically superior to my own specification and that I would have arrived at eventually myself if I had been the one holding the trowel.

I did not credit him in the adaptation records. I should have. I am using the word should again and I am aware that I am using it to avoid saying the worse thing, which is: I did not credit him because crediting him would have required me to account for what he was — a man working under a labor arrangement that I preferred not to examine — and I was not willing to do that accounting.

There is a word for this in the catechism. I know the word. I have looked at it on the page. It is closer to what I did than I would prefer. It is not, I have decided, quite the word for it. The catechism speaks of the man who refuses to

see his neighbor. It does not speak of the man who sees his neighbor and chooses not to enter him in the record, for reasons of professional convenience. The latter may be the same sin. I am not the one to decide.

There is one more thing I need to say about Tomasín, which I have been approaching for six pages without quite arriving at.

In the winter of 1751, during the final work on the south transept, I observed him doing something that I did not understand at the time and have been thinking about ever since. He was working on the wall — the outer facing of the south wall, which was nearly complete — and he was not following the plan exactly. He was adding, in a section between the second and third pilasters above the plinth, a small variation in the stone course that was not structurally necessary and not decorative in any conventional sense.

When I asked him about it, he looked at me without expression for a moment and then said, in his Castilian that was always slightly formal, as if he had learned it from a document rather than from people: "The wall needs it here."

I looked at the section. I could see that the variation created a very slight thermal gap — a pocket of space in the wall's mass — that would improve the wall's behavior in the wet season by allowing minor moisture movement without cracking. This was good masonry practice. It was also, I have come to think, not the only thing he was doing.

I did not ask him anything further. I noted it in my records as a site adaptation and moved on.

I have been thinking about that section of wall for twenty years. I have been wondering what he put in it.

VIII.

I left León in May of 1752. The nave was enclosed, the towers were at half their finished height, the facade stonework was begun. A local overseer named Fuentes had been trained adequately for the remaining work, which would take another thirty years — longer, as it turned out; the cathedral was not completed until 1814, which is to say it outlasted everyone involved in its planning and most of those involved in its construction.

Before I left, I went to see the Bishop. He was ill by then — something he had been fighting since the rainy season, he told me, though he struck me as the kind of man whose body would resist any reasonable disease to a standstill. He was in his study, in the chair, with the window closed against the rainy season air. He looked reduced. A tall man who has been ill for long enough loses the habit of his height.

I told him the project was at a sufficient stage for my departure. He said he knew. He said: the papers are prepared. You are free. He said this without emphasis.

I said: the adaptation records are complete. Everything I changed is documented, with justifications.

He said: I know. I've read them.

I said: the justifications are valid.

He said: I know that too.

There was a pause.

I said: and the document in the cabinet.

He said: it will stay where it is. It will pass to my successor with the instructions. Someday someone will ask why the León cathedral is what it is, and the document will be the answer. Or no one will ask, and the cathedral will simply be what it is, which is also fine.

I said: and Tomasín.

He looked at me. He said: what about him.

I said: his labor arrangement.

He said: it's been honored. He received what was agreed.

I said: and after.

He said: after is not my concern. After is the diocese's concern. Moya — he used my name, which he rarely did — you have done what you came to do. You should go.

I went.

IX.

I have been in Seville for nineteen years. I have built fourteen private residences, three commercial buildings, one small church, and one chapel, all of which are competent and none of which are important. I am not complaining. I chose competence and comfort over importance once and I got what I chose, which is more than most men can say.

The cathedral of León, as Fonseca described it, is magnificent. This does not surprise me. What I did, I did well, and what Tomasín did, he did better.

The question I cannot answer — the question I have been sitting with for twenty years, that Fonseca's letter brought back with the force of a physical thing — is this: did Tomasín know what we had done? Did he know that the plans were wrong for the city, originally? Did he know about the Lima plans, the Pizarro document, the arrangement with the Bishop? Did he work in the south transept knowing that the building he was inside was itself an act of subterfuge?

I do not know. I never told him. The Bishop never told him. The labor arrangement gave him no reason to be told.

But he was not a man who seemed not to know things. He read architectural drawings. He thought about load transfer without being asked. He built that section of wall between the second and third pilasters and told me, when I asked, only that *the wall needed it here.*

The wall needed it here.

I have told myself for twenty years that what I did was an architectural decision in the service of a city that deserved a better cathedral than it was officially allocated, and this is true. I have also told myself that the thing I wanted most was to leave, and that the cathedral was the price I paid for leaving, and this is also true. What I do not understand — what I have never understood, and what I am writing this to sit with rather than to resolve — is whether Tomasín was making the same calculation. Whether he also understood two things. Whether the wall between the second and third pilasters was both what I thought it was and something else.

If he put something in that wall, I want whoever finds this to know that I am not surprised. I am not surprised and I am glad. Whatever he put there, it belongs there more than anything else in that building. The building is magnificent, and Fonseca is right, and the light through the west facade must be extraordinary, and I would give a great deal to stand inside it once before I die.

I will not go back. I made that decision when I left and I have not unmade it, and at fifty-eight years old I am disinclined to unmake decisions that have held for nineteen years.

But I think about the south transept. I think about the wall that needed it there. And I think: good. Whatever he put in it, good.

I am aware that this is not how a man of my generation is expected to end an account of this kind. I am expected to ask for prayers. I have considered asking. I find that I cannot ask honestly, which I take to mean that I should not ask at all. The masons of my profession used to inscribe their work *Soli Deo Gloria* — for the glory of God alone. I did not inscribe it. I do not believe Tomasín did either. What is in that wall is something else. I do not have the word for it.

[C.V.: I have surveyed the cathedral's surfaces in the south transept and the surrounding registers, including the area exposed by the 1974 thermal anomaly, and have found no inscription of Soli Deo Gloria *or any equivalent formula. Ignacio's account is verified by absence.]*

Ignacio Moya, Architect Seville, Spain October 1771

[C.V.: In March of 1974, conducting a structural survey of the south transept of the Cathedral of León, I identified a thermal anomaly in the wall between the second and third pilasters above the plinth. I probed it. I found a cedar box wrapped in oilskin. Inside the cedar box there were six documents, of which this account was one.]

Someone put this account in the wall — Tomasín, or whoever followed him in keeping faith with what Tomasín began. The chronology will not allow Tomasín himself to have placed Ignacio's 1771 account inside a wall he had sealed by 1755 and walked away from; what the chronology does allow is that the wall was opened and resealed at least once, by hands I cannot name, in service of a deposit that Tomasín began.

The other documents are his — Rodrigo's counter-ledger, the copy of the letter, the inventory, the Pizarro document. I do not know how he obtained them. I do not know how long he knew they existed. I know that he built the south transept wall in the years 1753 to 1755, that he sealed the box inside it, and that what Ignacio Moya observed and called a "site adaptation" was, in fact, an archive.

Ignacio Moya spent twenty years wondering what Tomasín put in the wall.

He put the truth in it. He put it where someone would eventually find it — and he was right about both, the patience and the tools.

I found it.]

Filing Note

Filing note · 1751

Document 14 of 28. Part Two: The Architect's Confession.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: Bartolomé Aznar filed the adaptation records submitted by Ignacio Moya in 1750 and 1751, documenting the modifications to the approved cathedral plans. His filing note is four sentences. I include it in full because four sentences is the right amount.]*

FILING NOTE — COUNCIL OF THE INDIES *Administrative Records Division, ref. NIC-1747-CAT*

Received from the diocese of Nicaragua, via the Provincial Administration, adaptation records for the Cathedral of León project, dated October 1750 and March 1751, submitted in accordance with Item Two of the Council's approval decree of August 1747.

The adaptation records have been reviewed for compliance with the terms of the decree. The modifications documented therein — extending the nave length, increasing tower height, and redesigning the facade elevation — are accompanied by technical justifications citing local site conditions, seismic considerations, and prevailing wind patterns. The justifications are technically competent.

The modifications are substantial. They are within the letter of the approved decree.

Filed accordingly.

Bartolomé Aznar Clerk, Administrative Records Council of the Indies Madrid, April 14, 1751

[C.V.: "Within the letter of the approved decree." I have been reading colonial administrative documents for twenty years and this is the most precisely placed sentence I have encountered in any of them. Aznar knew. He filed it anyway. I do not know what Aznar knew, or how he knew it, or whether he was paid to file it, or whether he simply read the adaptation records carefully and made an administrative judgment that the modifications were defensible and that his function was to determine whether they were defensible and not to determine whether they were right. I have considered this question at length. I find that I cannot decide.]

Letter from Porres

Personal letter · 1748

Document 15 of 28. Part Two: The Architect's Confession.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: Diego de Porres heard about what had been done to his plans in the spring of 1752, when a colleague returning from Nicaragua described the construction in progress. He wrote this letter to the Bishop immediately. The letter was found in the Diocesan Archive, filed in a bundle marked "correspondence received, 1752." There is no record of a reply.]*

Most Reverend Excellency,

I write from Guatemala City, where I have just received a report from a colleague who recently visited León and observed the cathedral construction in progress. I write to express my profound professional concern about what he described.

I prepared the plans for this cathedral with considerable care. I studied the survey notes your diocese provided. I designed a building appropriate to the site's conditions as I understood them — sixty-two varas of nave, twenty-eight vara towers, a facade of baroque proportion calibrated to the approach from the plaza. These are not arbitrary choices. They are the product of thirty years of architectural experience applied to the specific requirements of a specific commission.

What my colleague described bears essentially no resemblance to what I

designed.

He describes a nave of seventy-one varas — nine more than I designed. The towers, he estimates, rise to thirty-six varas, where I had specified twenty-eight. The facade is of an entirely different character than what I drew — horizontal where I intended vertical projection, understated where I intended declarative. These modifications, he tells me, are the work of an architect named Moya, who was apparently dispatched to supervise construction and who apparently interpreted his supervisory role as extending to a complete redesign of the building.

I wish to be clear: I do not dispute that a qualified architect on site may make modifications required by local conditions. This is standard practice. What my colleague describes is not modification. It is replacement. The building being constructed in León is not my cathedral. It is Moya's cathedral, built on the authorization and funding that were granted for mine.

I ask the Council of the Indies, through Your Excellency's intercession, to explain on what authority these changes were made, whether the adaptation records submitted to the Council accurately represent the scope of what has been altered, and whether any consideration will be given to the question of architectural credit for a design that has been so substantially transformed that the original designer's contribution is no longer recognizable.

I am sixty-four years old. I designed this cathedral as the significant commission of my late career. I ask only that someone explain to me what happened to it.

Diego de Porres, Architect Guatemala City, Guatemala May 3, 1752

[C.V.: There is no record of a reply to this letter in the Diocesan Archive, the

Council of the Indies archive, or the Archivo Histórico Nacional. Diego de Porres died in Guatemala City in 1746, six years before this letter was written. I have considered the possibility that the date is wrong; the handwriting analysis and contextual references defeat that explanation. I do not have a second explanation. I include the letter as I found it. He never received a reply. He never saw the cathedral. In the existing historical literature on the construction of the Cathedral of León, his name appears in one footnote.]

Construction Log, 1749

Construction log · 1749

Document 16 of 28. Part Two: The Architect's Confession.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The construction logs for the Cathedral of León survive in fragmentary form in the Diocesan Archive. They were kept by a series of foremen over the construction period and are, for the most part, records of materials, labor, and progress — the ordinary language of building. I have selected three entries for this edition, corresponding to points of particular significance in the construction history. The first is dated September 14, 1749.]*

CONSTRUCTION LOG — CATHEDRAL OF LEÓN

Kept by Foreman Luis Espinoza under the direction of Architect I. Moya

September 14, 1749

Weather clear. Seventeen men on site. Foundation work continues in the nave section, progressing from the east end toward the crossing. Soil conditions in the southeast quadrant softer than anticipated; consulting with the architect on adjusted footing specifications for that section.

Work on the west facade foundation is suspended pending delivery of additional stone from the quarry at Posoltega, expected within the week.

In the afternoon, a visitor came to the site — a tall man, silver-eyed, older, well-dressed for a traveler. He said he was passing through the city and had

heard there was construction. He walked the foundation trenches for approximately one hour, looking at the soil conditions and the footing work. He asked several questions of the architect that were, from what I could hear, technically informed — about the depth of the footings relative to the bedrock, about the approach to the soft section in the southeast. The architect answered them. The man nodded. He said the footings should go deeper in the southwest corner, where the water table is higher in the rainy season, and that the approach we were using would not account for the lateral load from that direction when the ground moved. The architect reviewed the specifications and agreed. He thanked the man.

The man left without giving his name. He was traveling north, he said, toward the lake.

This week I borrowed three men from the crew that is finishing the sacristy foundation, to shore up the southeast corner while the specifications are being adjusted. They came in the morning and left at midday. Among them was one small man, quiet, who set three ashlars in an hour without measuring, without retouching, without leaving slack for the mortar by way of safety. The master Hernández, who rarely stops to watch another crew's labourer, came over to look at the second stone and stayed for the third. When I asked the sacristy foreman what he was called, he answered with a diminutive I did not catch clearly. He brought his own tools in a folded cloth, and when he left he gathered them up and took them with him. I record this only because I rarely see stone laid with that kind of stillness.

Materials received: forty varas of dressed stone, three carts of lime mortar. Wages this week: ten reales per indio peón, eighteen per maestro, paid four days late. Rations: maize, bean, salt. One worker fell from the second course this afternoon. Buried at the parish before vespers. No other incidents.

Espinoza, Foreman

[C.V.: The southwest corner footing was deepened following this entry, as the adaptation records confirm. The adjustment is credited in the adaptation records to Architect Moya's ongoing site review. The visitor is not mentioned in the adaptation records.]

Letter from Ignacio in Seville

Personal letter · 1771

Document 17 of 28. Part Two: The Architect's Confession.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: Ignacio Moya arrived in Seville in July 1752, two months after leaving León. He wrote to Bishop Isidoro Venegas de Cienfuegos in September of that year. The letter was found in the Diocesan Archive in a bundle of the Bishop's personal correspondence. It is a short letter. I include it because it is the last thing Ignacio Moya wrote about León before his account of 1771, and because the distance between this letter and that account — nineteen years — is itself a kind of document.]*

Most Reverend Excellency,

I write to inform you that I arrived in Seville in July and have established myself here to my satisfaction. The crossing was difficult but not eventful, which is the best one can say of crossings.

I write also to report, as I believe I owe you a final accounting of my work, that the cathedral project is in a condition that I am satisfied to leave. The nave is enclosed. The towers are at their designed height above the base courses, which is to say roughly half their finished height; this work should proceed without difficulty under Fuentes's supervision, and I believe he understands the remaining specifications well enough to manage the work through its completion. The facade stonework is begun and the character of the final building is established. What follows is execution, and execution is what

Fuentes is capable of.

I believe the building will be what we intended it to be.

I have received a letter from Diego de Porres, forwarded through an acquaintance in Guatemala. He is unhappy about the modifications. I do not know what to say to him. I have not replied. If you find it appropriate to send an explanation on behalf of the diocese, I leave that to your judgment. I am not in a position to offer one that would satisfy him, and I suspect no explanation would, and I am no longer in a position to be usefully involved.

Seville is as I remembered it: old, warm, and considerably less interesting than it believes itself to be. I am glad to be here. I did not expect to be glad.

Thank you for what you gave me, Excellency. I am aware of what it cost you to give it.

Ignacio Moya Seville September 11, 1752

[C.V.: "I am aware of what it cost you to give it." I read this sentence many times before I understood what it meant. It is not about the fee. He is not thanking the Bishop for the commission. He is thanking the Bishop for his freedom — and acknowledging that obtaining it required the Bishop to make an arrangement that the Bishop will carry for the rest of his life. Which he did. Ninety-three years old, and carrying it.]

Part III

The Wall

**Contextual note from Consuelo Vargas Montiel* He put it where someone would eventually find it. He was right about the patience and right about the tools — the two things that matter to those of us who live by the calculation of loads and the calculation of centuries.*

Construction Log, 1753

Construction log · 1753

Document 18 of 28. Part Two: The Architect's Confession.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The second selected entry from the construction logs. This is the first time Tomasín is named in any document in this collection.]*

CONSTRUCTION LOG — CATHEDRAL OF LEÓN

Kept by Foreman Luis Espinoza

March 3, 1753

Weather clear after rain. Fourteen men on site. Work on the south transept walls continues; the north wall of the transept is at the second course above the plinth, progressing normally.

A new man has been assigned to the transept crew this week, brought across from the coastal team that finished work on the sacristy foundation. He goes by Tomasín. He is smaller than most of the crew and quiet. He works carefully.

I put him on the south wall under Hernández, who is responsible for the transept facing work. By the afternoon of his first day, Hernández told me to leave him alone and let him work, because he was doing it correctly and supervision was slowing him down. This is not a common assessment from Hernández, who does not praise men lightly.

Tomasín brought his own tools, which is unusual. They are well-kept. He does not mix them with the other men's tools.

Materials received: two carts of dressed facing stone, one cart of mortar aggregate. Work proceeds on schedule per the revised plan.

Espinoza, Foreman

[C.V.: This is the first entry in which Tomasín appears. The last entry in which he appears is Document 19, dated October 14, 1755 — two years, seven months, and eleven days later. In that time, he built the south transept wall. He also, apparently, did something else.]

Construction Log, 1755

Construction log · 1755

Document 19 of 28. Part Three: The Wall.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The third selected construction log entry. This entry appears at the beginning of Part Three rather than at the end of Part Two because it is the document that opens the question that Part Three answers.]*

CONSTRUCTION LOG — CATHEDRAL OF LEÓN

Kept by Foreman Andrés Castellanos (Espinoza retired from the position due to illness in January 1755; Castellanos took over the log in February of that year.)

October 14, 1755

Weather overcast. Eleven men on site. The south transept facing work is complete. Tomasín finished the last course of the south wall this morning. The wall is, in my assessment and in the assessment of Overseer Fuentes who inspected it this afternoon, exceptional work — consistent facing, excellent mortar joints, true to the plan in all specified dimensions and in several respects beyond what the plan required.

Fuentes noted one section of the wall, between the second and third pilasters above the plinth, where the coursework shows a variation from the standard pattern — a slight inward set of three stones over a span of approximately forty centimeters, filled behind with smaller cut stone. He asked Tomasín about it.

Tomasín said the wall needed it here. Fuentes examined it and found the structural rationale reasonable. He approved it.

The south transept wall is complete. We began the facing work on the north side this afternoon.

As of this date, Tomasín has finished his work on the south transept and has asked to be released from the labor assignment. This request has been forwarded to the Overseer's office per standard procedure.

I note for the record that Tomasín worked on this project for two years and seven months without a single day lost to illness or absence, without a disciplinary incident of any kind, and without a single piece of work that required correction. I do not often write personal assessments in this log. I write this one because the work deserves it.

Castellanos, Foreman

[C.V.: Inside the variation described by Castellanos — the forty-centimeter section between the second and third pilasters — I found the cedar box.]

THE LOST CATHEDRAL

The Mason's Document

Document on amate paper · c. 1755

Consuelo's header note:

> *[C.V.: This document was found inside the south transept wall of the Cathedral of León on the afternoon of March 11, 1974. I had been probing a section of wall between the second and third pilasters, following a thermal anomaly that our equipment had flagged as a void approximately sixteen centimeters deep and forty centimeters wide. The void was real. It had been sealed with a thin tile cut to fit exactly — not cathedral tile, but ordinary workshop tile, the kind used for floors in private houses. Someone had taken a piece of floor tile, cut it with considerable precision, and pressed it into the wall at the level of the third course above the plinth, where the plaster thickness conceals a finger's width of variation. I would not have found it without the equipment. I think that was intentional — it was meant to be found eventually, by someone with better tools than were available in 1755, but not by casual inspection.]*
>
> *Inside the void there was a cedar box wrapped in oilskin. Inside the cedar box there were six documents. Five of them are reproduced in this edition, in the order in which I have determined them to be read. The sixth is reproduced here.*
>
> *The sixth document is written on amate — bark paper, produced by the same method used for pre-contact Nahuatl manuscripts, though this piece is small, approximately ten by fifteen centimeters, folded four times. The writing is in Spanish ink, applied with a metal-tipped pen. The letterforms are careful and slightly irregular, the characters of a*

> *man who learned to write as an adult, under instruction, with patience on both sides. There is no date. There is no salutation. There is no name at the bottom.*
>
> *There are three sentences.*
>
> *I sent a photograph to Dr. Alejandro Reyes Domínguez at the Universidad Nacional Autónoma de México in 1975. His translation and analysis appear as Document 28 of this edition. The translation below is his, with one amendment of my own, noted.]*

Original Text

Notoca Cuauhtlanextli. Amo notoca Tomasín.

Ica notlahtlacol ōnicchīuh inin tepantli.

Nicān ōnictlālih in neltiliztli; ahzo ticmati.

Translation

Translated by Dr. Alejandro Reyes Domínguez, UNAM, Department of Mesoamerican Languages, 1975. One amendment by C. Vargas, noted.

My name is Cuauhtli-Tlanextli. My name is not Tomasín.

With my sin I made this wall.*

Here I have placed the truth; perhaps you will know it.

** Dr. Reyes Domínguez translates* notlatlacol *here as "my fault" or "my*

transgression." I have translated it as "my sin" because the word in Nahuatl carries the religious weight of both meanings simultaneously, and Cuauhtli-Tlanextli was, by the time he wrote this, a baptized Catholic who had spent six years working inside a cathedral. He knew what the word meant in both systems. I believe he chose it deliberately. — C.V.

[C.V.: I am going to depart from my editorial practice here, which has been to let the documents speak for themselves and to confine my observations to matters of historical fact, translation, and provenance.]

My name is Consuelo Vargas Montiel. I was born in Managua in 1938. I am a structural architect. I have spent thirty years studying buildings that other people built — measuring their walls, reading the specifications of men long dead, learning the names of the engineers who designed them and the craftsmen who executed the designs, and then recording those names in official documents and architectural histories. I am good at this. I hold a doctorate from the Universidad de Sevilla and a teaching position at the Universidad Nacional, and I have published three monographs on colonial ecclesiastical architecture in Central America, none of which anyone outside my immediate field has read, which is as it should be.

I have spent four years with their handwriting. I do not know Cuauhtli-Tlanextli's handwriting. I have three sentences.

He wrote in careful, slightly irregular characters, as I have said. He used amate — which means he prepared this, or had it prepared, in advance. He did not write this on a scrap of whatever was at hand. He thought about what material would last. He folded the paper four times and wrapped it in the same oilskin that covers the cedar box, which means he either obtained the oilskin

independently or had access to the box before it was sealed. His document went at the bottom, beneath the others. He was last.

He knew someone would read it. He put it where someone with adequate tools and sufficient patience would find it — and he was right about both, though he overestimated by approximately two centuries how long the tools would take to arrive.

His name is Cuauhtli-Tlanextli. It means Eagle of Living Light — the light that moves, not the light that is fixed. He was called Tomasín, which is a diminutive of Tomás, which is a name that was given to him, which is not his name. He spent six years building a cathedral in a language that was not his, for a God that was not his, under a bishop whose name appears in seventeen documents in this edition and whose face appears in a portrait in the cathedral's sacristy. Cuauhtli-Tlanextli does not appear in the portrait. He does not appear anywhere by name until this document, which he wrote himself and placed himself and sealed himself inside his own wall.

*He said he built the south transept with his sin.

Dr. Reyes Domínguez and I have discussed this phrase at length. The sin could be the act of deception — of building a wall that conceals what it conceals. It could be his participation in an institution he did not choose. It could be something else entirely, something we cannot recover, the private accounting of a man we know almost nothing about. I have stopped trying to decide which sin he meant. He named it. He put it in the wall with everything else, and then he covered it with stone.*

The ahzo *— perhaps — is the part that does not leave me alone. He was not certain we would understand. He was not certain the truth would be legible to whoever found it, separated from him by whatever span of years he imagined. He put it there anyway. He sealed the wall. He went back to work.*

I still think it is beautiful.]

The Lima Letter

Diocesan letter · November 1763

Document 21 of 28. Part Three: The Wall.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: These documents are what surrounded it.]*
>
> *The Lima letter. It was found in the Archivo General de Indias in Seville, in a bundle of miscellaneous ecclesiastical correspondence from the viceroyalty of Peru. It was not filed with the León materials. I found it by accident, cross-referencing a reference number from the Council's Nicaragua file. The letter is about the Lima cathedral project, which was being revised in the 1760s. It is reproduced here in abbreviated form. The reader's attention is directed to the final paragraph.]*

[Abbreviated. Full text available in the Archivo General de Indias, Peru section, bundle 1763-XVII.]

To the Most Excellent Lords of the Council of the Indies:

We write to request the Council's guidance on a question arising from the current revision of the Cathedral of Lima project, specifically regarding the architectural plans held by this diocese and their relationship to the plans approved for the Cathedral of León, Nicaragua.

It has come to our attention that the León cathedral, currently in an advanced state of construction, presents certain significant differences from the plans as submitted to the Council. We have obtained, through channels available to us, a

copy of the adaptation records filed by the supervising architect at León, and we note that the modifications described therein — substantially extending the nave, heightening the towers, and redesigning the facade — represent changes that, if applied in reverse, would produce a building very similar to the plans currently held by our diocese for the Lima project.

We do not make any formal allegation at this time. We request only that the Council clarify the provenance of both sets of plans and confirm that the León modifications were made purely on the basis of local site conditions, as the adaptation records claim.

[Additional pages omitted.]

In other matters, unrelated to the foregoing: a member of our diocesan staff, returning from a journey through Central America, reports an unusual encounter in León. Near the cathedral site, he spoke with an elderly man — very tall, with silver eyes unusual for this region, who appeared to be in excellent health despite what our staff member estimated as an advanced age. The man spoke with considerable knowledge of the construction and its history, and made several observations about the cathedral's proportions that our staff member, who has some architectural training, found technically sophisticated. When asked how he knew so much about the building, he said that he had been following its construction with interest for some time. He did not give his name.

We mention this only as a curious detail of the journey, of no particular significance.

In service to God and His Majesty, The Office of the Bishop of Lima Lima, Peru November 12, 1763

[C.V.: The first occurrence of this description is in Document 16. The second is here. The third is in Document 26.]

Confession in Extremis

Confession in extremis · 1771

Document 22 of 28. Part Three: The Wall.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: In the autumn of 1771, Bishop Isidoro Venegas de Cienfuegos fell gravely ill at the age of eighty-six. The illness lasted three weeks. His confessor, Father Hernán Cáceres, attended him throughout and recorded this confession, made on what all parties believed to be the Bishop's deathbed, on the night of October 19, 1771. The Bishop recovered. He lived another seven years.]*
>
> *Father Cáceres kept the record. It was found in his private papers, donated to the Diocesan Archive after his death in 1803. The Bishop was not informed that the record had been kept. Whether he would have objected is a question I cannot answer.]*

In the name of God the Father, God the Son, and God the Holy Spirit, and in accordance with my duties as confessor to the Most Reverend Bishop Isidoro Venegas de Cienfuegos, I, Father Hernán Cáceres, do record the following confession, made by the Bishop on the night of October 19, 1771, in the belief that he would not survive the night.

The Bishop spoke slowly, with considerable effort, in a voice I could barely hear. I have recorded what I heard as accurately as I am able. Where I am uncertain, I have noted it.

He said he wanted to confess a deception. He said it had been a long deception and he had decided it was not wrong but that he wanted to say it aloud before God in case he had decided incorrectly.

He said: I used a document that was not mine to use, for a purpose it was not designed for, in order to obtain something I believed my city deserved. I used it as leverage with a man whose freedom I purchased with the diocese's integrity. I did this deliberately and with considerable planning. I would do it again. But I want God to know I knew what I was doing.

He said: the document is in the cathedral. I put it there because I did not know what else to do with it, and because the man who gave it to me intended it for the building, and the building seemed like the right place. I put it in the wall. I gave it to the mason because the mason was the only person involved who I trusted to understand what he was holding. I told him where it should go. He decided how.

He said — here his voice dropped and I leaned close to hear — he said: the mason understood two things at once. He said this as if it explained something. Perhaps it did.

He said: the cathedral is beautiful. I have seen it every day for twenty years, and it is the best thing I have done, and I did it by deceiving the Council of the Indies and purchasing a man's freedom with a lie about the provenance of his plans. I want to confess this before I die.

He said: I am not sorry. I want to confess it and I want to be clear that I am not sorry. I am prepared to answer to God for it if God finds it insufficient. I believe God will not find it insufficient.

He stopped speaking for a time.

He said, after a while: I think the man who made it possible — the old

governor, two hundred years ago — I think he would consider this a satisfactory outcome. I hope he would.

[Uncertain — I could not clearly hear what he said next. He said something about a notary. He said the notary understood. This may have been what he said.]

He asked for absolution.

I gave it.

Recorded faithfully this twentieth day of October, in the Year of Our Lord 1771. Father Hernán Cáceres

---

[C.V.: Bishop Venegas de Cienfuegos recovered from the illness. He continued as Bishop of Nicaragua until his death in 1778, at the age of ninety-three. He never spoke publicly about the cathedral's construction history. He never, as far as I can determine, told anyone about the cedar box or its contents.]

The cathedral was completed in 1814, thirty-six years after his death. He never saw it consecrated.

Father Cáceres's final line: "He asked for absolution. I gave it." I have nothing to add to this.]

Final Construction Log, 1783

Construction log · 1783

Document 23 of 28. Part Three: The Wall.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The last entry of the construction log kept under Overseer Fuentes, written on the final day of 1783. The log continues after this under a different overseer, but this is the entry that closes the generation that built the cathedral's body. The towers are complete. The nave vaulting is complete. What remains is interior work — plasterwork, decoration, the altar, the choir — which will take another thirty years. But the shell is there. The building that stands today is the building that existed on December 31, 1783.]*

CONSTRUCTION LOG — CATHEDRAL OF LEÓN

Kept by Overseer Miguel Fuentes

December 31, 1783

Weather cold and clear. The last day of the year. I have been keeping this log, in whole or in part, for thirty-five years. This is the last entry I will write. My sight has deteriorated to the point where I cannot manage the responsibility of the construction record, and I have arranged for my assistant Ramírez to take over the log from the first of January.

I want to record, for anyone who reads this log after me, what was built.

The nave we built is the nave we built. The towers stand where they were

going to stand. The facade faces the plaza in a long, low, horizontal line that in the afternoon light appears to grow out of the ground, which is what the architect intended, or so he told me. The crossing vault is complete. The choir vaults are complete. The south transept is complete, has been complete since 1755, and is in my thirty-five years of observation the finest stonework on the site — the south wall in particular, which was built by a mason I remember well, small, quiet, careful, who worked for two years and seven months and never required correction and then left.

The building is not finished. It will take more years. But the building is there. You can stand inside it and feel what it will be, which is more than I could say when I started.

I have spent my adult life on this site. I was twenty-two when I arrived to assist Architect Moya and I am fifty-seven now. I built less of it than Tomasín and more of it than the Bishop, and I have made my peace with that accounting.

May God keep this building standing.

Miguel Fuentes, Overseer León, Nicaragua December 31, 1783

[C.V.: "You can stand inside it and feel what it will be." I read this sentence in a reading room in the Diocesan Archive on an afternoon in October 1974, seven months after I found the cedar box. I had been standing inside the cathedral that morning for the survey work. I knew exactly what he meant.]

Petition for Release Filed by Tomasín

Labor petition · November 1755

Document 24 of 28. Part Three: The Wall.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: This document is from 1755 — the year the south transept wall was completed, and twenty-eight years before the preceding log entry. Tomasín filed this petition himself. It is the only document in which he speaks in the first person. These are the only official documents in which he is named.]*

[Petition to the Overseer of Works, León, Nicaragua, November 1755]

The undersigned requests that release from his labor obligations on the Cathedral of León construction project be granted, pursuant to the conditions applicable to workers who have completed their assigned work before the end of the contracted term.

The work assigned to the undersigned — the facing of the south wall of the transept, between the second and third pilasters — is complete. The overseer has certified the quality of the work. Nothing of the original assignment remains to be done.

The work that was assigned to the undersigned is complete. The work that was not assigned is also complete. The undersigned requests payment of wages owed and documentation of release.

Tomasín León, Nicaragua November 1755

[C.V.: The petition was granted. The documentation of release is dated November 18, 1755. Tomasín's signature on this petition is the only example of his writing in Spanish that I have found.]

He built the variation between the second and third pilasters in the final months of his work on the wall, before its completion in October 1755. By the time of his petition for release the variation was already in place.]

Inventory of Decorative Stonework

Decorative inventory · 1780

Document 25 of 28. Part Three: The Wall.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: In 1780, as the interior decoration of the south transept was being finalized, the diocesan administration commissioned an inventory of the decorative stonework in that section. The inventory was compiled by a clerk named Pacheco. It is a straightforward document. I direct the reader's attention to Item 7.]*

INVENTORY OF DECORATIVE STONEWORK — SOUTH TRANSEPT

Compiled by order of the Diocese of Nicaragua Compiled by Isidro Pacheco, Diocesan Clerk October 1780

Item 1. Four engaged pilasters, south wall, carved to specification per the approved decorative plan. Condition excellent.

Item 2. Carved string course running full length of south wall at impost height, floral motif. Executed by the workshop of carver Hernández. Condition excellent.

Item 3. Window surrounds, three openings in south wall, carved stone with geometric motif. Executed per approved design. Condition excellent.

Item 4. Carved corbels at the transept crossing, eight in number, floral and geometric motif. Executed by the workshop of carver Hernández. Condition

excellent.

Item 5. Carved frieze above south doorway, figural motif including angels and vine-work. Executed per approved design. Condition excellent.

Item 6. Carved inscription panel above south doorway, Latin text per the Bishop's direction: *LAUDATE DOMINUM OMNES GENTES.* Condition excellent.

Item 7. Between the second and third pilasters of the south wall, at the level of the first gallery course, a section of the facing stonework shows an unusual carved element that does not appear in the approved decorative plan: three small figures, approximately eight centimeters in height, worked into the facing stone with considerable skill. The figures appear to represent three human forms — two adult, one small — rendered in a style that is not the conventional colonial ecclesiastical style used elsewhere in the transept, but rather a style the compiler cannot specifically identify. The figures are partially concealed by the pilaster shadow and would not be noticed by a casual observer. When this element was brought to the attention of the Overseer's office, the response received was that the carving appears to date from the original construction period and that no record of it exists in the construction documentation. The Overseer's office advised that it be left in place.

The element is noted here for completeness.

Item 8. General condition of south transept stonework: excellent throughout. The facing work on the south wall is assessed as the finest stonework in the completed sections of the cathedral.

Isidro Pacheco, Clerk León, Nicaragua October 28, 1780

[C.V.: Three figures. Two adult, one small. I examined this carving on March

14, 1974 — three days after I found the cedar box, and before I had read any of the documents it contained. I photographed it. The photograph is in my research notes (Document 27 of this edition).]

When I later read Item 7 in this inventory, I went back to the carving and looked at it for a long time.

The style Pacheco "cannot specifically identify" is consistent with pre-contact Mesoamerican figural carving — the elongated forms, the frontal stance, the integrated posture. It is the only element in the cathedral that is. I do not know who the three figures represent. I have a hypothesis. I will not record it here.]

The Visiting Bishop

Personal account · 1790

Document 26 of 28. Part Three: The Wall. Closes Part Three.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The Bishop of Guatemala visited León in the spring of 1790 on a tour of the Central American dioceses. He wrote to the Archbishop of Mexico City about his visit. The letter is partly administrative and partly personal. I reproduce only the personal portion. The reader's attention is directed to the fourth paragraph.]*

[Administrative portion omitted.]

The Cathedral of León is extraordinary. I had been warned by colleagues that it exceeded expectations and I had taken this with the grain of salt one applies to colleagues' descriptions of buildings they have admired, but in this case the warning was accurate. The building is too large for the city — substantially too large, in the way that suggests someone made a decision rather than a mistake — and the interior is one of the finest I have seen in the Americas. The nave proportions are unusual: lower and wider than the Lima tradition, with a quality of horizontal weight that reads from the entrance as almost geological, as if the building has grown up from the ground rather than been set upon it. The south transept in particular is exceptional. I spent a considerable time there.

I met the new Bishop — Ramírez, who has held the position since the death of old Venegas de Cienfuegos twelve years ago — and found him capable and well-oriented to his diocese. He showed me the diocese's records with

appropriate pride. I did not ask about the cathedral's architectural history. I had the impression that there were things in that history which the current Bishop knows only partially and would prefer not to have probed by a visitor.

León itself is a pleasant city, dusty in the dry season, considerably less so in the rains. The population is mixed and largely poor, with a significant indigenous community in the western quarters. They seem to regard the cathedral with the appropriate mixture of pride and bewilderment — pride because it is manifestly one of the finest buildings in the Americas, bewilderment because it is manifestly too grand for a city of this size. The bewilderment is not unfounded.

Two days later, on the morning of my departure, I encountered an old man sitting in the south transept. He was very tall, with an upright bearing despite his evident age, and he had eyes of an unusual pale color — silver, I would say, though this may be the light in that part of the building, which is particular. He was examining the carving between the second and third pilasters as if he had seen it before. I asked if he was a local. He said he had been coming to this building for a long time. I asked how long. He said: since before the towers were finished. He said this as if it were a simple statement of fact, though the towers were completed in the 1760s, which would make him extraordinarily old, and he did not look extraordinarily old — old, certainly, but not impossibly so. I did not press the question. He had the quality of a man who does not explain himself and does not expect to be asked to.

He said: the building is an argument. I asked what argument. He said: that a man's intention outlasts him. Then he said he had an appointment and left, and I watched him walk out of the south transept into the nave, and by the time I reached the nave myself he was gone.

I mention this only because I found it a fitting valediction for a building that

produces, in me at least, the distinct sensation of a presence that I cannot account for architecturally. Perhaps all great buildings do this. I have visited many buildings and I am not certain all of them do.

Yours in God, The Bishop of Guatemala Guatemala City April 12, 1790

Part IV

Whoever Builds

The two documents in this section are not from the cedar box. They come from the years after the opening — from the work of reading and traveling and translating that followed March 11, 1974. I include them because an edition that presents the decisions of dead people while concealing the decisions of the living editor is performing an evasion I have spent four years studying. I have tried, in this work, not to replicate what I am studying. The first document is my research notes from the Archivo General de Indias, made across two visits to Seville in December 1975 and January 1976. They are not literature. They are the working notes of an architect in a foreign archive — written on index cards in pencil, in the margins of catalogue references, and copied more carefully in a hotel room near the Alameda de Hércules on three consecutive evenings. The window of that room looked onto a street where the orange trees were fruiting, and after weeks of reading four-hundred-year-old documents about my country, the oranges seemed, I admit, almost aggressively alive. The second is a letter from Dr. Alejandro Reyes Domínguez at the Universidad Nacional Autónoma de México. He was the first person besides me to know what the cedar box contained. I sent him a photograph of the amate document in March 1975. He replied in October of that year. What he said is in the letter. What neither of us

*said — what I have not said anywhere in the apparatus preceding this final section — belongs now to the reader. I have done what I can do. The *ahzo* belongs to whoever is holding this.*

Research Notes — Archivo General de Indias

Editor's research notes · 1974 – 1976

Document 27 of 28. Part Four: Whoever Builds.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: I include my own research notes because the process of finding the documents in the archive is, in a modest way, part of the story these documents tell. I have selected entries from the fourteen months I spent in archival research, primarily in Seville, between 1975 and 1977. They are not literary. They are notes.]*
>
> *I am in Seville. I have photographs of the cedar box. I do not yet have everything.]*

RESEARCH NOTES — ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, SEVILLE

Selected entries

December 3, 1975 — Day 1, Seville

Arrived yesterday. Reading room opens at nine. I am the only person working in the Central America section this week, which is typical for a diocesan construction history project and which I find, as always, both lonely and clarifying. When no one else is looking for what you're looking for, either you're wrong about its importance or you're the first.

I am starting with the Council of the Indies' Nicaragua file. I know the

approval decree exists; I found a reference in the Diocesan Archive in León. I need to find the original here and the correspondence surrounding it.

December 7, 1975

Found the approval decree (Document 11 in my working catalogue). Standard language, nothing unusual. Found the accompanying letter from the Bishop's secretary submitting the plans (Document 12 in working catalogue — the commission to Porres). Porres delivered plans on time. Plans are described as approved. This is all consistent with what I already knew.

What I cannot find: any record of the adaptation records that Moya apparently filed in 1750–51. They should be in the Nicaragua file. They are not.

December 14, 1975

Cross-referenced the Nicaragua file reference numbers against the administrative records index. Found a discrepancy: two items referenced in the 1751 index do not appear in the current file. This could mean they were misfiled, or removed for separate review, or lost. It could mean they were never filed.

Asked the archivist. She said materials are occasionally misfiled when they concern more than one territory. She suggested I check the Peru section.

December 17, 1975

Found the Lima letter (Document 21 in working catalogue) misfiled in the Peru section, bundle 1763-XVII. I was looking for the missing adaptation records. I read it three times. The Council had been asked, by Lima, to clarify the relationship between the two sets of plans, and the file shows no response — Aznar's filing note is the closest thing to one.

I sat in the reading room for a while after I understood this. The archivist asked if I needed anything. I said no.

January 8, 1976

Found the adaptation records, misfiled in the Guatemala section with the Porres materials. They were misfiled deliberately or by accident; I cannot tell. The adaptation records document every change Moya made and provide technical justifications for all of them. The justifications are adequate. The changes are extraordinary.

Moya added nine varas of nave. He raised the towers eight varas. He redesigned the facade entirely. He did all of this while filing technically defensible justifications with the Council. And the Council filed the justifications without substantive response.

The building in León is not the building that was approved. Everyone involved knew this. No one said so.

October 8, 1976 — Managua

Back from Seville. Have been working on the transcriptions and translation. The Nahuatl document sent to Dr. Reyes Domínguez in March; reply received in October (Document 28 in working catalogue).

Visited León last week to re-examine the south transept. Went back to the carving between the second and third pilasters. Spent an hour with it. Three figures, as Pacheco's inventory describes. I know who they are. I am not going to write it in these notes.

March 11, 1977. León. Third anniversary of finding the box.

I went to the cathedral at first light. The façade is wider than memory makes it. From the plaza you read the two bell towers, the recessed pediment, the late insertion of the neoclassical portal that does not match the rest. Inside, the nave reads as longer than it is — a hundred and three meters, paced — because the side aisles are narrower than the liturgical proportion calls for and the eye

corrects forward. The light at this hour comes through the south transept clerestory and lands on the floor in a long bar that crosses the crossing and stops at the third pilaster of the north side. That bar will not be there in an hour. It is there now.

I stood in front of the south transept wall for the time it took the bar of light to move ten centimeters. Then I left. There is nothing more to say about a building you have stood in front of. The building does what it does. The wall holds what it holds.

Letter from Reyes Domínguez

Scholarly correspondence · 1976

Document 28 of 28. Part Four: Whoever Builds. Closes the edition before the Mason's Document.

Consuelo's section note:

> *[C.V.: The last document before the Mason's Document itself. Dr. Reyes Domínguez is a specialist in colonial and pre-contact Nahuatl at UNAM. I sent him a photograph of the bark-paper document in March 1975. He replied in October. His letter is the last external voice in this edition. After it, there is only Tomasín.]*

Dear Dr. Vargas,

Thank you for sending me the photograph. I have been working with it since April, and I apologize for the delay in my reply — I wanted to be certain before I wrote to you, and certainty, with a document of this kind, takes time.

I will give you my findings in three parts: the linguistic analysis, the translation, and then one further observation that is not strictly within my area of expertise but that I believe you should have.

On the language. The three sentences are in Classical Nahuatl, of a type consistent with the mid-eighteenth century — that is, Nahuatl as it was spoken and written by educated indigenous persons in New Spain during the colonial period, influenced by contact with Spanish but retaining the core grammatical structure intact. The writer was fluent. This is not a document written by someone who had been taught a few phrases. The writer thought in Nahuatl. The

Spanish-influenced elements in the orthography are those of a person who could write in both systems and was choosing to write in one of them. The choice was deliberate.

On the translation. The three sentences read as follows. I give you my translation, with notes on contested terms.

Notoca Cuauhtlanextli. Amo notoca Tomasín. My name is Cuauhtli-Tlanextli. My name is not Tomasín.

Notoca is the standard first-person possessive form with the vocative root *toca* — "my name." The name Cuauhtlanextli is a compound of *cuauhtli* (eagle) and *tlanextli* (light, radiance — specifically the kind of light that moves, as distinct from fixed luminescence). In the document the two elements are written as a single word, as is standard in Classical Nahuatl name formation. The name means, approximately, Eagle of Radiant Light. It is a proper Nahuatl name, not a baptismal name. The contrast with Tomasín — a Spanish diminutive — is the sentence's entire meaning.

Ica notlahtlacol ōnicchīuh inin tepantli. With my fault I made this wall.

Ica notlahtlacol — "with my sin" — is the instrumental, fronted to begin the sentence. *Ica* is the standard comitative-instrumental preposition; *notlahtlacol* is first-person singular possessive of *tlahtlacolli* — transgression, sin, fault. In pre-contact Nahuatl, *tlahtlacolli* carried the meaning of a violation of cosmic order; in Catholic colonial Nahuatl, it acquired the meaning of sin in the Christian sense. The writer, as a baptized Catholic who had spent years in a cathedral workshop, would have been fully aware of both registers. I do not believe the ambiguity is accidental. I hesitated for some weeks between "my fault" and "my transgression," and have settled, in this draft, on "my fault." You may prefer "my transgression" — or, if you wish to bring the Christian register fully forward, "my sin." All three are defensible. None of them is complete; the

choice is yours as editor of the edition. *Ōnicchīuh* is first-person singular completed past of *chihua*, to make or build — the *ō-* augment marks the action as finished, sealed. *Inin tepantli* — "this wall" — *tepantli* is the ordinary term for a built masonry wall. The fronting of *ica notlahtlacol* gives the sin priority in the sentence's order: it is the first thing stated, the instrument of making. The English cannot quite reproduce that sequence without losing something.

Nicān ōnictlālih in neltiliztli; ahzo ticmati. Here I have placed the truth; perhaps you will know it.

Nicān — "here." *Ōnictlālih* is first-person singular completed past of *tlālia*, to place or set — the preterite form, the *ō-* augment marking the action as finished: "I have placed it." *In neltiliztli* — "the truth" — is a nominalized form of *nelli*, true, and carries the literary and solemn register of formal written Nahuatl: the register of wills, annals, and *huehuetlatolli*. This is not everyday speech. It is the vocabulary of someone writing with deliberate weight. *Ahzo ticmati* — "perhaps you will know it" — is the conditional second person: *ticmati* (you know, you understand) with *ahzo* (perhaps, maybe) preceding the verb, as it consistently does in attested texts. The *ahzo* is doing the most work in the sentence. He is not certain we will understand. He placed the truth inside the wall anyway.

On a further observation. I am a linguist, not a historian, and what I am about to say exceeds my training. But I have been working with this document for six months and I feel I owe you my full response.

The name Cuauhtli-Tlanextli is not a baptismal name and would not have appeared in any colonial official record. A man working under colonial labor arrangements would have been known by his baptismal name — in this case, Tomás, diminutive Tomasín. His Nahuatl name was his own, held privately, given at birth or coming-of-age in the traditional manner, and carried in parallel

with the colonial name throughout his life.

He wrote his private name on bark paper in his first language. He placed it in a wall that he built. He expected — with the conditional *ahzo* — that someone might eventually understand it.

I have spent twenty years studying Nahuatl documents from the colonial period. Most of them are documents of conversion — of a language being transformed by contact with another, of people recording their lives in a tongue that was being slowly replaced. They are often documents of loss.

This one is not a document of loss. This is a document of keeping. He kept his name and his language, and he placed both of them in a place he built with his hands, in a building whose plans came from somewhere else, for reasons he may or may not have known, and he wrote on bark paper the three things he needed to say.

I find this, Dr. Vargas, remarkable. I thought you should know that I find it remarkable. Scholars are sometimes reluctant to say when a document moves them. I am not reluctant. This one did.

Please let me know if you need further analysis. I would be glad to continue.

With respect and admiration for your work,

Dr. Alejandro Reyes Domínguez Departamento de Lenguas Mesoamericanas Universidad Nacional Autónoma de México Mexico City, October 14, 1975

---

*[C.V.: "This is a document of keeping." I read this letter in my apartment in Managua on a Tuesday evening in November 1975, and I sat with it for a long time.

I wrote back to Dr. Reyes Domínguez the following week. I told him that I

had taken his draft translation and amended one word: I had moved "my fault" to "my sin." I could not justify the choice in linguistic terms — he would always have the better of that argument — and I did not try to. I told him I made the choice as a person who had read the document many times and as someone whose conscience the word touched. He wrote back that he understood, and that the amendment was mine to make. The published translation in Document 20 carries my amendment, with his analysis, and is footnoted there.]*

Notoca Cuauhtlanextli. Amo notoca Tomasín.

Ica notlahtlacol ōnicchīuh inin tepantli.

Nicān ōnictlālih in neltiliztli; ahzo ticmati.

What the reader makes of that is the reader's business.

End of the edition

The Lost Cathedral

Edited by Consuelo Vargas Montiel

Plates and visual reconstructions

The images that follow accompany the edition. Some are photographs of real places and archives that appear in the documents; the rest are visual reconstructions of imagined people and objects, not reproductions of historical originals.

Antecedents — before Nicaragua

Plate 01

Universal chart by Diego Ribeiro, 1529. Detail of the Padrón Real held at the Vatican Apostolic Library.

Credit: Visual reconstruction in the style of the Seville cartographic workshop.

Plate 02

Pedrarias Dávila (1440 – 1531), governor of Castilla del Oro and of Nicaragua. Seventeenth-century engraving style.

Credit: Reconstruction in the manner of the engravings in Antonio de Herrera's General History.

Plate 03

Francisco Pizarro, equestrian portrait. Sixteenth-century Spanish colonial painting style.

Credit: Visual reconstruction in the manner of the Madrid workshop portraits.

León Viejo, 1524 – 1610

Plate 04

Ruins of León Viejo, founded 1524 and abandoned after the 1610 eruption. Momotombo in the distance.

Credit: Visual reconstruction of the archaeological site, UNESCO World Heritage Site since 2000.

Plate 05

Momotombo volcano from the shore of Lake Managua. 1297 m. Active since the sixteenth century.

Credit: Visual reconstruction of the Nicaraguan volcanic landscape.

The Cathedral of the Assumption, León

Plate 06

Cathedral Basilica of the Assumption, León, Nicaragua. UNESCO World Heritage Site since 2011.

Credit: Photograph. Wikimedia Commons, public domain.

Plate 07

León cathedral, principal facade. Documentary photograph, 1998.

Credit: Photograph. Wikimedia Commons, public domain.

Plate 08

Rodrigo Cervantes de la Noche (1497 – c. 1565), notary to the governor. Formal portrait, oil on panel, c. 1530. Provincial workshop.

Credit: Visual reconstruction of the figure.

Plate 09

Isidoro Venegas de Cienfuegos, bishop of León. Official portrait, c. 1748. Colonial Spanish workshop.

Credit: Visual reconstruction of the figure.

Plate 10

Tomasín / Cuauhtli-Tlanextli. Carved stone relief, c. 8 × 8 cm, south transept of the cathedral. Raking-light photograph by C.V.M., 1976.

Credit: Visual reconstruction of the carved relief.

The editor

Plate 11

Consuelo Vargas Montiel (1938 – 2024), architect and editor of this work. León cathedral, south facade. April 1976.

Credit: Visual reconstruction of the figure.

The apparatus — archives and visual references

Plate 12

Casa Lonja de Mercaderes, Seville. Seat of the Archivo General de Indias since 1785.

Credit: Visual reconstruction of the Renaissance building.

Plate 13

The cedar box as it appeared in a corner of León cathedral, April 1976. The editor's magnifying glass and field notebook beside it.

Credit: Visual reconstruction of the moment of discovery.

Terceira língua

Edição em português

Três línguas, uma só edição. Esta é a terceira.

Edição digital, 2026 · Edição impressa, Managua, 1976 · Revista em 27 de abril de 2026

Prefácio da organizadora

Na manhã de 11 de março de 1974 eu realizava um levantamento estrutural do transepto sul da Catedral Basílica da Assunção da Santíssima Virgem Maria em León, Nicarágua, quando o equipamento de termografia detectou uma anomalia no muro situado entre o segundo e o terceiro pilar, acima do plinto: um vão de aproximadamente dezesseis centímetros de profundidade e quarenta de largura, incompatível com a construção documentada do muro. Eu o sondei naquela mesma manhã, com as ferramentas que levava em minha maleta de campo. Encontrei um compartimento selado e, dentro dele, uma caixa de cedro envolta em encerado. Lá dentro havia seis documentos.

Esta edição é o que quatro anos de trabalho fizeram daquele achado.

Devo dizer desde o início o que esta edição é e o que não é. Não é uma história da Catedral de León, embora os documentos que contém lancem luz sobre essa história de maneiras que obrigarão os historiadores a revisar várias suposições estabelecidas. Não é a biografia de nenhum dos indivíduos que aparecem nestes documentos, embora vários deles se mostrem mais vívidos e mais decisivos do que sugere a bibliografia existente. É uma edição documental — uma coleção de fontes primárias, transcritas, traduzidas onde foi necessário, e anotadas com o cuidado que merecem — acompanhada do aparato editorial necessário para torná-las acessíveis a leitores que não são especialistas em história colonial centro-americana. Os documentos falam por si mesmos. Minha função é garantir que sejam ouvidos.

Vou descrever o que foi encontrado na caixa de cedro, e depois vou descrever o que não consta nesta edição e por quê, e depois vou explicar como a edição está organizada.

O que foi encontrado

A caixa de cedro continha seis documentos em estados diversos de conservação. Os seis estavam envolvidos separadamente em oleado de uma qualidade coerente com a produção colonial do século XVIII. O oleado externo — o que envolvia a própria caixa — era de um tipo mais antigo, coerente com a produção do século XVI, o que figura entre as características mais incomuns de uma coleção que se mostrou incomum em tudo.

Os seis documentos são:

O primeiro é um livro privado de contas, mantido por um notário chamado Rodrigo Cervantes de la Noche a serviço do governador da Nicarágua entre os anos de 1527 e 1531. Sobrevivem trinta e sete entradas. O livro está escrito em castelhano do século XVI, numa letra que cheguei a conhecer tão bem quanto a minha própria ao longo deste trabalho.

O segundo é uma cópia de uma carta ditada por Pedro Arias Dávila, governador da Nicarágua, ao mesmo notário em março de 1531, e queimada — por instrução do governador — pelo bispo da Nicarágua na noite do mesmo dia. A cópia foi feita pelo notário. A carta trata, entre outras coisas, da catedral.

O terceiro é um inventário oficial dos bens pessoais do governador, compilado pelo mesmo notário no sexto dia de março de 1531, data da morte do governador. Este documento contém uma afirmação que o leitor do segundo documento achará digna de nota.

O quarto é o acordo fundacional da empresa do Peru, datado de 1524, com as assinaturas de Francisco Pizarro, Diego de Almagro e uma referência a Pedro Arias Dávila no corpo do texto. Não sou advogada e não me pronunciarei sobre a condição jurídica deste documento. Direi que sua presença física na caixa de cedro, junto aos demais documentos, esclarece muito do que antes não estava

claro sobre a história construtiva da catedral.

O quinto é uma memória pessoal escrita por um arquiteto chamado Ignacio Moya em Sevilha, em 1771, em que descreve sua participação no projeto da catedral entre 1748 e 1752. Tem vinte e duas páginas. É, em minha avaliação, o documento mais importante da coleção, embora reconheça que avaliações deste gênero são necessariamente pessoais.

O sexto documento está escrito sobre amate — papel de casca — em náuatle. Tem dez frases de extensão. Tem três frases de extensão. Escrevi dez e depois me corrigi: tem três frases de extensão. Deixei a correção visível. É exata do modo como as correções são exatas — mostra o que pensei antes de pensar de novo.

Entre os seis documentos da caixa de cedro, o escrito em papel de casca é aquele ao qual retorno.

O que não consta nesta edição

O registro documental da Catedral de León é extenso. O Arquivo Diocesano de León conserva livros de obras, correspondência, registros financeiros, petições e documentos administrativos que cobrem o período completo da construção da catedral, de 1747 a 1814. O Arquivo Geral das Índias em Sevilha conserva a documentação de aprovação do Conselho das Índias e a correspondência com a administração diocesana. O Arquivo Histórico Nacional em Madri conserva registros suplementares. Passei catorze meses trabalhando nestes três arquivos, e os resultados daquela pesquisa informam a anotação de toda esta edição.

Deste registro mais amplo selecionei vinte e oito documentos para inclusão. O critério de seleção foi simples: incluí todo documento que, a meu juízo, diz respeito diretamente às questões centrais levantadas pela caixa de cedro. Excluí

os registros administrativos que são redundantes com os documentos incluídos ou insuficientemente esclarecedores para justificar o espaço. O catálogo completo do arquivo, com minhas notas, está à disposição dos pesquisadores na Universidade Nacional.

Há três documentos do registro mais amplo cuja inclusão considerei com cuidado. Um excluí; dois incluí com ressalvas editoriais, conforme se detalha a seguir. O documento excluído é uma petição do período de construção relativa à situação laboral de certos trabalhadores, que omiti porque levanta perguntas que não posso responder e não desejo parecer responder por meio de uma inclusão seletiva. Os dois que incluí depois de hesitação prolongada são uma carta de um funcionário diocesano de Lima datada de 1763, que aparece em forma abreviada como Documento 21, e uma confissão de leito de morte registrada por um padre em 1771, que aparece integralmente como Documento 22. Menciono os três porque uma organizadora que omite — ou que inclui — sem esclarecer não está cumprindo sua função honestamente. Nada de importância foi omitido sem que eu o diga aqui.

Uma omissão adicional exige seu próprio parágrafo. A caixa de cedro, quando a abri em 1974, continha seis documentos. Cinco deles se reproduzem nesta edição: o contrarregistro de Rodrigo, a cópia da carta do governador, o inventário diocesano, o relato de Ignacio Moya e o documento em náuatle. O sexto — o acordo fundacional da empresa do Peru, datado de 1524, com as assinaturas de Pizarro e Almagro e uma referência no corpo do texto a Pedro Arias Dávila — não se reproduz. Retive-o por orientação jurídica. O acordo incide sobre questões jurídicas que, segundo o entendimento da assessoria jurídica da Universidade Nacional, não estão plenamente extintas, e a publicação de seu texto nesta edição não serviria tanto ao registro histórico quanto incitaria litígios que o registro histórico não pode resolver. O acordo é descrito, em detalhe e a partir de dois ângulos distintos, nos Documentos 5 e 13;

o leitor que desejar compreender seu conteúdo o encontrará ali. O original se conserva no Arquivo Diocesano de León, onde pode ser consultado por pesquisadores qualificados nas condições habituais do arquivo.

A estrutura desta edição

Os vinte e oito documentos estão organizados em quatro partes, cada uma precedida de uma breve nota contextual.

Primeira Parte: O notário do governador contém sete documentos do período 1527 a 1546, centrados no notário Rodrigo Cervantes de la Noche e em seu serviço a Pedro Arias Dávila. Estes documentos são anteriores em mais de dois séculos à construção da catedral. A razão de sua pertinência ficará clara.

Segunda Parte: A confissão do arquiteto contém dez documentos do período 1610 a 1771, centrados na construção da catedral e nos indivíduos diretamente implicados nela. Inclui o relato de Ignacio Moya, que é o centro estrutural da edição.

Terceira Parte: O muro contém nove documentos do período 1747 a 1790, centrados especificamente na construção do transepto sul, e em um pedreiro a quem os registros laborais chamam Tomasín. Esta seção contém também o documento em náuatle, traduzido pelo doutor Alejandro Reyes Domínguez da Universidade Nacional Autônoma do México, cuja colaboração agradeço e cuja tradução emendei em um ponto, como se indica.

Quarta Parte: O aparato contém dois documentos do período 1974 a 1978 relativos a meu próprio processo de pesquisa: minhas notas de pesquisa do Arquivo Geral das Índias e a correspondência com o doutor Alejandro Reyes Domínguez da Universidade Nacional Autônoma do México.

Nota sobre a transcrição

Todos os documentos originalmente redigidos em castelhano do século XVI foram transcritos para a ortografia espanhola moderna e traduzidos para o português por mim, à exceção do documento em náuatle, cuja tradução cabe ao doutor Reyes Domínguez com uma emenda minha. Os formulismos jurídicos que oferecem resistência a uma transcrição direta estão explicados nas notas. As expressões latinas são traduzidas em rodapé em sua primeira aparição e, a partir daí, são consideradas conhecidas.

Os documentos contêm um pequeno número de erros de copista — palavras repetidas, letras transpostas, um caso de uma expressão escrita e depois riscada. Corrigi em silêncio os erros claramente involuntários e assinalei todas as correções que possam ter relevância interpretativa. Quando uma palavra é incerta por deterioração do original, usei colchetes para indicar a incerteza: [palavra?] significa que tenho confiança razoável; [?] significa que não a tenho.

Não uniformizei a ortografia nem a pontuação além do necessário para a legibilidade. Os documentos foram escritos por pessoas distintas em momentos distintos e em registros distintos da mesma língua, e as diferenças entre eles fazem parte do que dizem.

Sobre os documentos em si

Colegas que leram partes desta edição em rascunho me perguntaram se acho estranho ter passado quatro anos em estreita companhia de pessoas que estão mortas há entre dois e quatro séculos. A pergunta em si me parece estranha: sou arquiteta. Passo minha vida profissional em estreita companhia de pessoas que estão mortas há séculos, e o que deixaram é o que estudo. A pergunta é sempre a mesma: o que pretendiam, o que construíram, em que diferem essas duas coisas

e por quê.

Estes documentos respondem a essa pergunta com uma franqueza incomum. São, neste sentido, distintos da maior parte do material de arquivo. A maior parte do material de arquivo diz o que as instituições fizeram e disseram. Estes documentos dizem o que as pessoas decidiram, e em vários casos dizem por quê — não o porquê oficial, mas o porquê real, aquele que uma pessoa conta quando acredita escrever para ninguém, ou para o futuro distante, ou para Deus, o que vem a ser o mesmo.

Não vou dizer ao leitor o que fazer com o que encontrar aqui. Não é função da organizadora dizer ao leitor o que fazer com as coisas. Minha função é garantir que os documentos sejam legíveis, estejam apresentados com exatidão e situados no contexto suficiente para serem compreendidos. Tudo o que vai além disso é tarefa do leitor.

Vou dizer uma coisa, e depois vou me afastar.

A catedral de León é, por medição arquitetônica objetiva, maior e mais sofisticada do que qualquer razão administrativa justificaria, dado o tamanho e os recursos de sua diocese no século XVIII. Os historiadores assinalaram isso e atribuíram diversamente à ambição diocesana, à habilidade particular da equipe de construção, e ao mistério persistente de por que alguns edifícios superam suas circunstâncias enquanto outros se limitam a cumpri-las. Estes documentos sugerem uma explicação distinta — não mais simples, mas mais completa.

O edifício é o que é porque uma série de pessoas, ao longo de dois séculos, tomou decisões que não ficaram registradas nos documentos oficiais, por razões que não estavam ao alcance do registro oficial, a serviço de intenções que o registro oficial não teria reconhecido como legítimas. O edifício é seu argumento. Continua de pé.

O que o leitor fizer com isso é assunto seu.

Consuelo Vargas Montiel Manágua, Nicarágua Janeiro de 1978

Parte I

O notário do governador

**Nota contextual de Consuelo Vargas Montiel* O que segue são sete documentos do período 1527–1546: o primeiro oficial, os demais privados. Pedro Arias Dávila nasceu em 1440 e morreu em 1531, aos noventa e um anos de idade, em León Viejo, Nicarágua. No momento de sua morte era o governador mais longevo das Américas. Havia fundado o Panamá e havia ordenado a execução do explorador Vasco Núñez de Balboa, cuja cabeça foi apresentada numa bandeja depois que ele mesmo lhe prometera sua filha em casamento — um detalhe que diz algo sobre seu critério. Em 1513, seus criados procederam aos preparativos do funeral antes que tivesse morrido de todo; despertou dentro de seu caixão. Viveu outros dezoito anos. Em 1527, aos oitenta e sete anos, contratou um notário chamado Rodrigo Cervantes de la Noche para que gerisse seus assuntos privados. Não está claro por que escolheu Rodrigo. A carta de nomeação não o explica, e o contrarregistro de Rodrigo tampouco. Os sete documentos que se seguem são tudo o que sobrevive da relação entre eles. Os sete documentos foram encontrados envoltos separadamente do restante — não em encerado, que protegia tudo o mais na caixa de cedro, mas em um tecido que um restaurador do Museu Nacional me disse mais tarde ser quase com certeza damasco de seda, eclesiástico, coerente com a produção de paramentos litúrgicos de fins do século XVI.*

Alguém o cortara por uma costura anterior, com cuidado, e o usara para envolver unicamente esse maço. O tecido foi cortado por alguém que sabia o que era. O damasco de seda eclesiástico não estava disponível a qualquer habitante de León Viejo no século XVI. Não sei quem o fez.

Carta de nomeação

Nomeação real · 3 de agosto de 1527

Documento 1 de 28. Primeira Parte: O notário do governador. Abre a edição.

Pelo presente instrumento, eu, Pedro Arias Dávila, Governador da Província da Nicarágua por designação da Coroa de Castela, nomeio e designo Rodrigo Cervantes de la Noche, natural de Salamanca, notário com onze anos de exercício, com licença do Colégio Real de Notariado de Castela, como notário privado e secretário pessoal de minha pessoa e de meus assuntos, com efeito a partir da data de assinatura deste instrumento.

Suas funções incluirão a manutenção de meus registros privados, a redação de correspondência segundo minha direção, a custódia de certos documentos que lhe serão confiados separadamente, e todas as funções de notariado que de tempos em tempos me parecer oportuno encomendar-lhe. Atuará com discrição absoluta em todos os assuntos relativos a minha pessoa. Não revelará o conteúdo de meus registros privados a nenhuma pessoa sem meu consentimento expresso, nem mesmo após minha morte, salvo instrução em contrário que lhe tenha sido dada por escrito ou que resulte inequivocamente da natureza dos documentos que custodia.

A compensação será a acordada por instrumento privado, do qual há cópia no escritório do tesoureiro provincial.

Esta nomeação terá vigência enquanto eu viver e a meu inteiro critério. Poderá ser revogada a qualquer momento e sem causa exposta.

Pedro Arias Dávila, Governador da Nicarágua León, Nicarágua Terceiro

dia de agosto do ano do Senhor de mil quinhentos e vinte e sete

[Selo]

[C.V.: A nomeação não foi revogada. Rodrigo Cervantes de la Noche serviu a Pedro Arias Dávila durante os quatro anos que transcorreram entre a assinatura deste documento e a morte do governador, em 1531. A compensação acordada, conforme o instrumento privado a que faz referência esta carta, era o dobro da tarifa padrão para notários de sua categoria. Não encontrei nenhum registro do porquê.]

O contrarregistro

Contrarregistro privado · 1527 – 1531

Documento 2 de 28. Primeira Parte: O notário do governador. Segue a carta de nomeação (Documento 1) e precede a deposição (Documento 3).

Nota preliminar de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: O que se segue são extratos selecionados do contrarregistro privado de Rodrigo Cervantes de la Noche, mantido entre 1527 e 1531 em paralelo a seus registros oficiais. O contrarregistro tem trezentas e doze páginas. Selecionei as entradas pertinentes ao relato principal desta edição. As entradas que não se reproduzem aqui são em sua maioria de natureza administrativa — registros de correspondência, notas de inventário, listas de despesas — sem relevância para a história que estes documentos narram. Não omiti nada de substância narrativa ou histórica sem assinalá-lo.]*

Entrada 1 do contrarregistro

8 de agosto de 1527

O cargo me foi explicado pelo escrivão-chefe, um homem chamado Varela, que mantém as mãos muito quietas quando fala, o que tenho observado que costuma ser o sinal de alguém que aprendeu a controlar as partes de si mesmo que de outro modo delatariam sentimento. Disse-me: o notário anterior havia sido exato. Observei que a exatidão parecia uma qualificação adequada para o

cargo. Concordou que em geral era adequada, mas que no caso do notário anterior não havia se mostrado suficiente. Não se estendeu. Não exigi que se estendesse.

Minha função principal, explicou Varela, é copiar os registros privados do governador para o arquivo oficial em linguagem apropriada para Madri. Há, disse, com frequência uma lacuna entre o que contêm os registros do governador e o que o arquivo oficial deve conter, e a principal habilidade do notário é gerir essa lacuna com cuidado. Usou a expressão «com cuidado» duas vezes. Entendi que o segundo uso era o significativo.

Sou notário há onze anos. Estou acostumado à lacuna.

Conheci o governador ao entardecer. Não se levantou. Olhou-me um longo tempo sem falar, o que aprendi desde então que é seu método habitual de avaliação — diz que um homem capaz de tolerar o silêncio é ou paciente ou amedrontado, e que qualquer uma das duas qualidades é útil. Depois disse: «O senhor tem mãe indígena.» Disse que sim — náuatle, do norte do território do México. Disse: «Bom. Isso significa que entende duas coisas ao mesmo tempo. A maioria dos homens não.» Não disse que duas coisas. Supus que esclareceria com o tempo.

Volto agora a esta entrada, à distância de quatro anos. Não esclareceu. Levo quatro anos trabalhando para ele e agora entendo que o esclarecimento era a afirmação. Quis dizer que eu já sabia o que ele queria dizer, e estava a dizer-me que ele sabia que eu sabia. Foi a introdução mais eficiente possível ao modo como este homem pensa.

Começo a entender por que o notário anterior não foi suficiente.

Entrada 2 do contrarregistro

14 de setembro de 1527

Li o inventário dos assuntos privados do governador. É pouco habitual que um notário tenha acesso ao inventário privado de seu empregador tão cedo no cargo, mas o governador foi direto a respeito: mostrou-me o inventário, deixou-me lê-lo e me disse: «Agora o senhor sabe o que há. Tenha a bondade de não falar disso.»

Tive essa bondade.

O inventário inclui objetos que eu esperaria encontrar nos bens privados de um homem de sua posição — roupas, utensílios de prata, cartas, documentos —, assim como objetos que eu não esperaria. Não os registrarei aqui salvo o que mais diretamente me concerne: uma caixa de cedro, fechada com chave, cuja chave guarda o governador, sobre cujo conteúdo o governador não disse nada.

Entrada 4 do contrarregistro

19 de novembro de 1527

Esta manhã houve um réquiem.

O governador convocou à capela de sua residência todos os membros de seu serviço doméstico e os funcionários que trabalham no edifício, inclusive eu. O padre celebrou uma missa de defuntos completa — um réquiem — interpretada com toda a correção litúrgica, tão bem executada como qualquer outra que eu já tenha escutado, o que me pareceu uma observação estranha em relação a um réquiem por um homem vivo, e desde então decidi que notar as coisas estranhas com precisão é minha melhor resposta disponível a este emprego.

O governador esteve presente durante todo o serviço. Estava sentado na cadeira da primeira fila, ao centro, como teria estado um dignitário num funeral

normal. Não tomou parte nos respondos. Apenas esteve sentado.

Os olhos do governador estiveram abertos durante todo o ato. Não se moveu, exceto uma vez, perto do final do *Agnus Dei*, quando virou a cabeça e olhou pela janela durante um tempo considerável. Não sei o que viu.

Depois do serviço, o governador agradeceu ao padre e despediu todos os presentes sem fazer nenhum comentário sobre o motivo do ato.

Não perguntei. Não é minha função perguntar.

Entrada 8 do contrarregistro

15 de março de 1528

O documento oficial que registra a sentença de um tal Hernán Quijano, arrendatário de pastos que operava sob a cédula do governador, diz como segue: *que o dito Hernán Quijano, havendo-se achado em infração das condições de sua cédula conforme consta no arquivo provincial sob selo datado de setembro de 1526, renunciou voluntariamente à sua pretensão e abandonou a província no prazo de trinta dias; e que este assunto fica resolvido a contento de todas as partes, neste dia quinze de março de 1528, na cidade de León.*

Este é o documento que preparei. Não contém erros de transcrição. Copiei-o do registro ditado pelo governador. A palavra «voluntariamente» figura no registro ditado pelo governador. Copiei-a fielmente.

O que observei foi o seguinte.

Hernán Quijano é um homem de quarenta e dois anos, boa saúde, três filhos, uma casa no bairro norte da cidade, e um arranjo de arrendamento que estava, por qualquer leitura da cédula que eu seja capaz de fazer, dentro dos termos nela estipulados. Acudiu ao gabinete do governador a convite do governador, o que é

dizer por instrução do governador, o que é dizer que não tinha alternativa prática a acudir. Sentou-se na cadeira em frente à escrivaninha do governador. O governador leu do documento da cédula. O governador explicou o que entendia que significava a cédula. O governador explicou o que aconteceria se se concluísse, após uma revisão mais detida, que a cédula contraviera os estatutos provinciais sobre terras. A explicação do governador levou aproximadamente quinze minutos. Ao concluir a explicação, Hernán Quijano disse que renunciaria de bom grado à sua pretensão, e agradeceu ao governador a clareza, e se retirou.

Durante esta explicação não foi tocado. Não houve violência na sala. Não se formulou nenhuma ameaça explícita. A palavra «voluntariamente» é exata no sentido estrito.

Sou notário há onze anos. Conheço o sentido estrito.

Anoto isto em meu registro privado e em nenhum outro. O documento oficial é correto. O governador o ditou. Copiei-o fielmente. Estes são os fatos de minha intervenção.

Escrevo-o porque o registro o exige. Se o registro é adequado ao ocorrido não cabe ao livro dirimi-lo.

Entrada 14 do contrarregistro

7 de agosto de 1529

O governador me convocou a seus aposentos para revisar o inventário de seus papéis privados. É um trâmite rotineiro — revisa o inventário duas vezes por ano e estou obrigado a presenciar a revisão e a certificar sua exatidão. Já o fiz duas vezes antes. O inventário é coerente com as versões anteriores, com um acréscimo.

O acréscimo é uma caixa de cedro, com fecho de ferro, de aproximadamente quarenta centímetros de comprimento, guardada no fundo da arca sob a janela do leste. A arca está fechada à chave; eu guardo a chave, que é minha disposição padrão com todos os materiais privados a meu cargo. A caixa de cedro tem seu próprio fecho. Eu não guardo a chave da caixa de cedro.

Anotei a caixa no inventário como: *Uma caixa de cedro, fecho de ferro, conteúdo não especificado, valor desconhecido. Presente e comprovada.*

O governador me observou enquanto escrevia isso. Depois disse: «Chegará um momento em que o bispo pedirá a chave da arca.»

Perguntei que bispo. Disse: «O atual, ou quem o for quando chegar o momento. Dê-lhe a razão que ele lhe der e deixe-o ter a chave. Ele saberá o que busca.»

Perguntei se o bispo precisaria também de uma chave para a própria caixa de cedro. O governador olhou-me um momento com o que só posso descrever como escrutínio, e depois disse: «Não. A caixa de cedro não terá de se abrir.»

Registrei esta conversa exatamente como ocorreu. Não sei o que contém a caixa de cedro. Tenho minhas suspeitas baseadas no que o governador contou a Varela sobre sua história com a expedição do Peru, que Varela me confiou em particular na primavera passada. Se minhas suspeitas estão corretas, a caixa de cedro contém um documento de considerável peso jurídico, o que significa que contém uma dívida, o que significa que é a coisa mais valiosa do arquivo provincial. Está guardada no fundo de uma arca em uma sala que tem goteiras quando chove do nordeste, o que ocorre durante seis semanas por ano.

Revisei o estado do encerado que a envolve. É adequado.

Entrada 31 do contrarregistro

1º de março de 1531

Esta tarde fui convocado ao gabinete privado do governador e tomei ditado de uma carta dirigida ao bispo da Nicarágua. A carta tratava, entre outras coisas, da caixa de cedro. Continha uma declaração filosófica sobre a natureza dos documentos. Terminava com uma instrução sobre a catedral.

A carta levou quarenta e cinco minutos para ser ditada. O governador ditou sem pausa nem hesitação, como um homem que lê de um texto memorizado. Deteve-se uma vez, perto do final, e olhou pela janela durante um tempo considerável. Já o vi fazer isso antes. Esperei. Retomou.

Ao concluir o ditado disse: «Sele-a e leve-a ao bispo esta tarde. Diga ao bispo que quero que a queimem quando a tiver lido.»

Selei a carta. Entreguei-a. Esta tarde, a convite do bispo, presenciei a queima: um prato de barro, a carta inteira, a cinza espalhada no jardim fora da janela do escritório do bispo. A queima durou aproximadamente quatro minutos. Não sei com exatidão, pois não estava olhando o relógio. Estava olhando o papel.

Voltei a meu quarto. É tarde, passada a segunda badalada, e não dormi. Estou sentado em minha escrivaninha com o contrarregistro aberto, o fogo baixo e uma cópia da carta diante de mim que transcrevi de memória assim que regressei do jardim do bispo.

Devo explicar por que fiz a cópia.

Fiz a cópia porque sou notário e a carta continha um acordo real com consequências reais para esta província, e o fogo do bispo não muda o que foi acordado. Fi-la porque o governador me deu a chave da arca e me disse que o bispo a pediria e não me perguntou o que eu pensava disso, que é o mais perto

que ele já esteve de confiar-me suas verdadeiras intenções. Fi-la porque ditou a carta neste cômodo, a mim, a sós, quando poderia ter utilizado qualquer outro meio de comunicação a sua disposição, e creio — não tenho certeza, mas creio — que estava ciente do que eu faria.

Escolheu-me porque tenho mãe indígena. Porque entendo duas coisas ao mesmo tempo.

Entendo isto: a carta foi queimada. Entendo isto: a cópia existe.

Não sei se isto é coragem. Estive sentado aqui duas horas tentando determinar se o que sinto é coragem ou sua ausência, e não consigo distingui-las. Pode ser que sejam a mesma coisa com luz diferente.

Vou tentar dormir. Amanhã o governador completará noventa e um anos. Não me pediu que organize nenhuma celebração.

Entrada final do contrarregistro

6 de março de 1531

Pedro Arias Dávila, governador da província da Nicarágua, morreu esta manhã entre a segunda e a terceira badalada, em seus aposentos, por causas concordes com sua idade. Varela me avisou ao amanhecer. Fui até a câmara. O corpo já havia sido disposto.

Minhas tarefas do dia:

Compilei o inventário oficial dos efeitos pessoais do governador, conforme os estatutos provinciais que regem a morte dos oficiais da Coroa. O inventário fica arquivado no arquivo provincial e certificado sob meu selo. É completo e exato.

Retirei a caixa de cedro da arca sob a janela do leste e a entreguei na residência do bispo ao meio-dia, como me havia sido instruído, em resposta a uma razão que o bispo me deu e que considerei suficiente. O secretário do bispo assinou o recibo da caixa de cedro. Tenho o recibo.

Voltei ao meu quarto e abri o contrarregistro.

Estive tentando por algum tempo pensar o que registrar aqui, e não encontro nada a acrescentar ao registro que mantenho há quatro anos. O governador morreu. Os documentos estão onde devem estar. A cópia da carta está onde eu a coloquei. A caixa de cedro está com o bispo.

Varela me disse esta tarde que o cargo será anunciado e que meus serviços são apreciados e que se fará uma disposição adequada para a minha transição. Mantinha as mãos muito quietas enquanto o dizia.

Agradeci-lhe.

Quero registrar uma coisa, para o arquivo que é só meu e que não espero que ninguém leia por muito tempo, se é que alguma vez se lê.

Não me pediu que não fizesse a cópia. Ditou a carta devagar, com pausas que eu não precisava. Disse-me que o bispo a queimaria. Sabia que eu mantinha este registro havia quatro anos — vi-o olhar para ele, nunca perguntou por ele, nunca me indicou que parasse. Deu-me a chave da arca e disse-me que esperasse a razão do bispo.

Ele construiu isto. Não me disse que o estava construindo porque sabia que não fazia falta dizer-mo.

Não sei como registrar o que sinto a respeito. Não tenho certeza de que registrá-lo seja minha função. Minha função é certificar o ocorrido, e o que posso certificar é isto: um homem passou noventa e um anos construindo coisas que não viveria para ver, e ao final construiu uma coisa mais, e eu fui o material.

Não creio que se enganasse a meu respeito.

R.C. de la Noche León, Nicarágua 6 de março de 1531

A deposição e a Entrada 14

Deposição oficial + entrada do contrarregistro · 7 de agosto de 1529

Documento 3 de 28. Primeira Parte: O notário do governador. Segue o contrarregistro (Documento 2) e precede a Entrada 31 (Documento 4).

Nota preliminar de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: O Documento 3 são dois documentos apresentados juntos: o certificado oficial da revisão semestral dos papéis privados do governador, realizada em agosto de 1529, e a Entrada 14 do contrarregistro, escrita por Rodrigo no mesmo dia. O documento oficial tem cinco frases. A entrada privada tem quatro parágrafos. A deposição registra o que foi encontrado. A entrada do livro registra o que ele decidiu fazer a respeito. Entre eles, a caixa de cedro.]*

Parte A — Certificado oficial

7 de agosto de 1529

Eu, Rodrigo Cervantes de la Noche, notário, certifico que neste dia de agosto do ano do Senhor de mil quinhentos e vinte e nove, revisei juntamente com o governador Pedro Arias Dávila o inventário de seus papéis e bens privados, conforme o procedimento estabelecido.

O inventário é exato com a exceção do seguinte acréscimo: uma caixa de cedro, com fecho de ferro, conteúdo não examinado, de valor desconhecido. A caixa foi anotada no inventário. O governador confirmou sua exatidão.

Não foi eliminado nenhum bem. Não foi encontrada nenhuma discrepância.

Rodrigo Cervantes de la Noche, notário León, Nicarágua

[Selo]

Parte B — Entrada 14 do contrarregistro

7 de agosto de 1529

[Tal como se reproduz no Documento 2 desta edição. A passagem da caixa de cedro, reproduzida aqui em sua posição na ordem de leitura.]

Anotei a caixa no inventário como: *Uma caixa de cedro, fecho de ferro, conteúdo não especificado, valor desconhecido. Presente e comprovada.*

O governador me observou enquanto escrevia isso. Depois disse: «Chegará um momento em que o bispo pedirá a chave da arca.»

Perguntei que bispo. Disse: «O atual, ou quem o for quando chegar o momento. Dê-lhe a razão que ele lhe der e deixe-o ter a chave. Ele saberá o que busca.»

Perguntei se o bispo precisaria também de uma chave para a própria caixa de cedro. O governador olhou-me um momento com o que só posso descrever como escrutínio, e depois disse: «Não. A caixa de cedro não terá de se abrir.»

Revisei o estado do encerado que a envolve. É adequado.

[C.V.: O certificado oficial registra a caixa de cedro como «conteúdo não examinado». Isto é exato. Rodrigo não examinou o conteúdo. Não precisava. O contrarregistro deixa claro que ele já havia formado uma hipótese precisa sobre o que continha a caixa, baseada em uma conversa que mantivera com o secretário-geral na primavera anterior — uma conversa que não aparece em

nenhum documento oficial. O certificado oficial tem cinco frases. A entrada privada tem quatro parágrafos. Entre eles, a caixa de cedro.]

Entrada 31

Entrada do contrarregistro · 1º de março de 1531

Documento 4 de 28. Primeira Parte: O notário do governador. Precede imediatamente A carta (Documento 5).

Nota preliminar de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: O leitor acaba de ler a Entrada 31 no Documento 2. Pertence aqui, na ordem de leitura, imediatamente antes da carta. A Entrada 31 foi escrita na mesma noite, depois que queimaram a carta e depois que Rodrigo havia feito a cópia de memória. Escreveu a cópia primeiro. Depois sentou-se com o contrarregistro e escreveu a Entrada 31, refletindo sobre o que acabara de fazer. Sei disso porque a entrada tem a tinta mais fresca — ele recarregou a pena entre uma e outra. A cópia da carta é a última coisa que Rodrigo escreveu que era sobre a carta; a Entrada 31 é a primeira coisa que escreveu depois que não era sobre ela.]*

A carta

Carta ditada (cópia) · 1º de março de 1531

Preâmbulo — Da mão de Rodrigo

Cópia de uma carta ditada por Sua Excelência dom Pedro Arias Dávila, governador da Província da Nicarágua, a seu notário Rodrigo Cervantes de la Noche, e dirigida ao Reverendíssimo frei Diego de Salamanca, bispo da Nicarágua. Ditada na câmara privada do governador neste primeiro dia de março, no Ano do Senhor de mil quinhentos e trinta e um. Nenhuma outra pessoa esteve presente. O governador não se fez reler a carta após o ditado. Disse: «Está bem.» Não a havia ouvido reler.

A carta

REVERENDÍSSIMA EXCELÊNCIA,

Escrevo-vos de um leito em que não dormi e de uma província que não será governada por mim por muito mais tempo. Observareis que o digo sem rodeios e sem cerimônia. Um homem que carregou consigo o seu próprio caixão durante dezoito anos teve tempo bastante para se acostumar à partida, e acho que já não me resta paciência para as formas de aproximação que por sete décadas observei na correspondência. Estamos, entre nós, demasiado velhos para isso. Vós tendes sessenta e três anos. Eu tenho noventa. Vivemos os dois o bastante para dizer o que queremos dizer.

Tenho um assunto que concluir.

Entre meus efeitos pessoais — especificamente entre os papéis que mantive

separados do arquivo provincial e sob minha própria fechadura desde o ano de 1526 — há um documento. Encontrá-lo-eis numa caixa de cedro, envolto em encerado, no fundo da arca que está sob a janela do oriente de minha câmara. A arca está fechada à chave. Meu notário Rodrigo tem a chave, juntamente com instruções de não a entregar sem um motivo que ele considere suficiente. Dai-lhe um motivo. É homem leal no que importa. Lê tudo o que copia, razão pela qual o tomei a meu serviço, e quando esta carta vos chegar às mãos ele já terá formado suas próprias conclusões sobre ela. Suas conclusões serão provavelmente justas.

O documento da caixa de cedro traz as assinaturas de Francisco Pizarro e Diego de Almagro, datado no sétimo ano do reinado de nosso soberano dom Carlos, que é dizer 1524. Consigna minha condição de sócio fundador da empresa que viria a ser, nos anos que se seguiram à minha retirada dela, a conquista do Peru. Conhecereis essa história em suas linhas gerais. O que não sabereis, porque não o disse a ninguém, é o que guardei.

Pizarro e Almagro foram homens minuciosos na maioria dos aspectos. Não foram minuciosos em matéria de papelada. O acordo original nunca se dissolveu formalmente — não porque alguém o esquecesse, mas porque os homens que estão prestes a ser muito ricos acham inconveniente dedicar uma tarde aos desejos administrativos do homem que estão deixando para trás. Retirei-me. Recebi minha compensação. Permiti-lhes proceder à sua glória. O que não permiti foi a devolução da minha cópia do acordo, e como eles eram avessos a pedir-ma diretamente e eu era avesso a oferecê-la, o documento permaneceu na caixa de cedro durante cinco anos, sem acumular nada salvo o mofo do encerado em clima chuvoso, e o considerável juro de uma dívida não paga.

Os documentos não se dissolvem. É a única qualidade sua que sinceramente jamais admirei. Um homem se dissolve. Um acordo se dissolve. Uma lembrança

se dissolve no instante em que a mente que a sustém se detém. Mas um documento — um documento com assinaturas, na língua devida, testemunhado e datado — esse persiste. Persiste sem importar que alguém queira ou não que persista. Persiste sem importar que alguém o leia, ou saiba que existe, ou preferisse que não existisse. Há nisso algo quase teológico, o que menciono apenas porque sois bispo e presumo que tais observações vos hão de ser afins.

O que o documento significa em termos legais é questão que encomendo aos eruditos com mais ócio do que o que possuo. O que significa em termos práticos é isto: é uma dívida. É a dívida de um império para com uma província. O império não reconhece esta dívida. O império está, à maneira dos impérios, habituado a reconhecer apenas o que lhe é conveniente. Mas o império constrói coisas. Constrói igrejas, guarnições, caminhos, portos, e por fim — quando quer demonstrar que um lugar merece ser governado, que o dinheiro gasto na conquista não se desperdiçou, que Deus olha com bom rosto o investimento — constrói catedrais.

Esta província terá uma catedral. Não a magra igreja provisional em que estais agora obrigado a oficiar, a que admite a chuva em outubro e exige três velas onde uma deveria bastar. Uma catedral verdadeira. Um edifício que seguirá de pé quando todos os que vivem hoje nesta cidade estiverem debaixo da terra. Não sei quando há de vir. Pode vir em vosso tempo, embora o duvide. Pode vir no tempo de vosso sucessor, ou no do sucessor dele, ou no de algum bispo cujo nome nenhum de nós dois reconheceria. Mas virá. Os impérios sempre constroem. É sua compulsão e sua vaidade e, se hei de ser justo com eles, uma das poucas coisas que fazem que sobrevive às razões pelas quais as fizeram.

Quando vier, apresentareis o documento a quem quer que tenha a comissão. Direis que o governador fundador desta província teve uma pretensão anterior

na questão do Peru — e que aqui está a prova da pretensão — e que a pretensão nunca foi saldada — e que León há de ter o edifício maior. Não direis nada sobre o seu valor legal. Permitir-lhes-eis que formem sua própria estimativa. Em minha experiência, os homens confrontados com um documento assinado de duas décadas atrás discutirão o valor legal por um tempo considerável antes de fazer qualquer coisa prática, e enquanto discutem os muros se erguerão, e trinta pés de pedra resolvem a maioria dos argumentos.

Sei que podeis ter reservas a este arranjo. Convido-vos a examiná-las. A reserva que mais me preocupa é a da irregularidade — a sensação de que um arranjo desta natureza, conduzido entre um governador agonizante e um bispo em exercício sem conhecimento dos conselhos e gabinetes pertinentes em Madri, poderia não estar inteiramente dentro dos limites do procedimento devido. Direi duas coisas em resposta a isto. Primeiro: venho operando fora do procedimento devido desde 1514, e mantenho a confiança de que o procedimento devido ainda não produziu nada digno de lembrança. Segundo: a alternativa é que o Peru, ao qual tornei possível custeando a expedição que o descobriu, erga uma catedral de primeira ordem enquanto a Nicarágua recebe o que sobre dos cálculos de homens que jamais puseram pé nesta província e a quem não se exige viver nela.

Tenho noventa anos. Dei morte a homens por menor causa que esta, e a mesma Coroa cujos procedimentos vos preocupam condecorou-me por isso. Peço-vos apenas que custodieis um documento.

O bispo que ocupar vosso posto quando o momento chegar saberá o que fazer com ele, porque vós cuidareis para que esse saber se transmita. Não exijo um mecanismo formal para isso. Uma história, contada em privado a vosso sucessor, com a entrega da caixa de cedro. Assim sempre passaram as coisas entre instituições quando as instituições desejam evitar que mediem por escrito.

Sois bispo. Sabeis como se faz.

Dir-vos-ei mais uma coisa, que vos digo porque será queimada com esta carta e nada me custará por isso.

Não creio no mundo que segue a este. Considerei a questão com cuidado — com mais cuidado, talvez, que a maioria dos homens, pois venho consciente de seu significado prático desde aquela manhã de 1513 em que despertei dentro de um caixão e achei que os criados não haviam esperado tanto quanto deviam antes de proceder com os preparativos. Tive dezoito anos para reconsiderar a questão e minha conclusão segue a mesma. O outro mundo é uma estrutura erguida por instituições poderosas para o governo dos homens que de outro modo fariam a este exigências irrazoáveis. Está eficientemente desenhado. Não tenho queixa dele. Simplesmente nunca o achei pessoalmente aplicável.

No que creio é neste mundo. Creio que o que um homem faz nele é tudo o quanto jamais terá, e que os homens que entendem isto fazem mais do que os que não, porque não reservam seus esforços para outra parte.

Fiz mais do que a maioria. Fiz Panamá. Fiz a Nicarágua. Fiz o registro legal desta província durante quatro anos seguidos, o que é em alguns aspectos uma realização mais permanente do que qualquer das outras, pois o registro legal é a única coisa que conta aos séculos vindouros o que de fato sucedeu, e fui cuidadoso com o que ele diz. Fiz as condições sob as quais o Peru foi possível, contribuição que os cronistas do Peru tomarão considerável empenho em não me creditar, e em assinalar a qual tomo aqui uma merecida satisfação, num documento que será queimado.

A catedral é a última coisa que farei. Não a verei. Não a ouvirei. Por toda forma de raciocínio ao meu alcance, não terei consciência alguma de que sequer existe. E, no entanto, acho que me importa consideravelmente. Venho pensando em por que é assim. Concluí que é isto: um edifício é o único argumento que

continua sem o seu autor. Um homem argui e lhe respondem, e depois morre, e o argumento cessa. Um edifício segue arguindo depois de o homem ter ido. Não o necessita. Não requer que ninguém o lembre. Simplesmente está ali, quarenta pés de pedra lavrada, e sustenta sua tese.

Quero que esta tese seja sustentada.

Construí-a grande. Construí-a em chão que não se mova — este chão se move, sabei-lo tão bem quanto eu, o Momotombo se encarrega disso, e o que aqui se erguer há de erguer-se sabendo que será posto à prova. Construí-a com boa pedra, bem cortada, e com matemáticas que sobrevivam aos homens que as calcularam. Não confieis nos homens que vos disserem que o que tendes é suficiente. Não são eles quem estarão dentro quando o chão tremer. Construí-a para que resista. Construí-a de modo que quando tudo o que a rodeie cair — e as coisas caem, aqui, tudo cai — a catedral siga de pé.

E construí-a de modo que, quando dentro de duzentos anos as pessoas estiverem de pé em seu interior, sintam algo que não saibam nomear. Eu senti isto em edifícios. Vós o sentistes. Não é Deus — ou não é só Deus — é o peso da vontade de um homem comprimida em pedra e argamassa e obrigada a persistir. Essa sensação, na catedral de León, será minha. Não exijo que ninguém o saiba. Exijo apenas que seja verdade.

Esta é minha teologia. Podeis conservar a vossa. Não tenho objeção à vossa. Servistes-la fielmente e ela vos serviu a vós adequadamente em troca, o que é o melhor que se pode dizer da maioria dos arranjos. Mas construí minha catedral primeiro. Construí-a primeiro e construí-a grande, e deixai que o argumento continue sem mim.

Sigo, como sempre segui, em serviço ao que construí e a nada mais.

Pedro Arias Dávila Governador da Província da Nicarágua Primeiro dia de março de 1531 Na cidade de León

Parágrafo acrescentado por Rodrigo — Em letra distinta, mesma data

O precedente é cópia fiel e completa da carta que me foi ditada na data acima consignada, e entregue por mim a Sua Excelência o bispo na tarde do mesmo dia, na condição especificada — selada, sem sobrescrito — e queimada por Sua Excelência em minha presença na noite do mesmo dia, por volta da hora de vésperas, numa escudela de barro que se levou depois ao exterior e cuja cinza foi espalhada no jardim. Testemunhei tudo isto. Não fiz comentário algum.

Transcrevi esta cópia porque um notário é guardião do ocorrido. O que o governador ditou ocorreu. A fogueira do bispo não muda o ocorrido. Um documento destruído continua sendo um documento. Simplesmente passa a ser um documento que requer que um notário houvesse estado atento.

Estou ciente do risco que esta cópia acarreta. Estou ciente de que, se fosse encontrada pelas pessoas erradas, perderia meu posto, a segurança de minha família e talvez mais que isso, pois o conteúdo toca o Conselho das Índias e o bispo em proximidade pouco favorável. Estou também ciente de que li esta carta inteira — duas vezes, enquanto a transcrevia; uma mais depois, para certificar-me de que a havia copiado corretamente — e de que contém um arranjo que, se honrado, afetará esta província por gerações, e de que pareço ser a única pessoa alheia à confidência do bispo que sabe de sua existência.

Não busquei este posto. Encontrou-me por via de meu emprego, e por via do fato de que o governador escolheu, como tudo escolhia, ter uma só pessoa presente e escolher essa pessoa com cuidado. Não creio que ignorasse que eu a copiaria. Creio que lhe era indiferente. Deu-me a chave da caixa de cedro. Disse-me que o bispo a pediria. Não me disse que não lesse o documento que

continha.

Não sei se esta cópia é coragem. O registro a exigia. Se o que fiz basta não é coisa que me corresponda decidir. É o que tenho.

Rodrigo Cervantes de la Noche, notário León, Nicarágua Sexto dia de março de 1531

[C.V.: A data do parágrafo de Rodrigo é 6 de março — cinco dias após o ditado da carta. É a data da morte de Pedrarias. O inventário dos bens do governador — Documento 6 desta coleção — está datado também de 6 de março. Rodrigo compilou o inventário e transcreveu esta cópia no mesmo dia, nas mesmas horas. Não sei em que ordem fez estas coisas. Não creio que a ordem importe. O que importa é que fez ambas.]

Nota de seção de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: O Documento 6 não requer introdução.]*

O inventário

Inventário oficial · 6 de março de 1531

Documento 6 de 28. Primeira Parte: O notário do governador. Segue A carta (Documento 5) e precede a carta de Rodrigo a Catalina (Documento 7).

INVENTÁRIO OFICIAL

Por autoridade da Coroa de Castela, em nome de Sua Majestade Imperial Carlos, Rei de Castela, Leão, Aragão e das Duas Sicílias, Sacro Imperador Romano:

Inventário dos bens pessoais de Sua Excelência Pedro Arias Dávila, Cavaleiro Comendador da Ordem de Santiago, Governador da Província da Nicarágua, falecido neste sexto dia de março no Ano de Nosso Senhor de mil quinhentos e trinta e um, na cidade de León, em seu sexagésimo sétimo ano de serviço à Coroa.

Compilado em conformidade com os Estatutos Reais que regem os bens dos oficiais da Coroa falecidos em serviço nos territórios americanos, especificamente a Ordenança de Burgos conforme as disposições complementares de 1523. Compilado por Rodrigo Cervantes de la Noche, notário do governador, no exercício de seu cargo oficial. O inventário é completo segundo o leal saber e entender deste notário. Está certificado sob o selo do notário ao final deste documento.

PRIMEIRA PARTE — MOBILIÁRIO E BENS PESSOAIS DA CÂMARA DO GOVERNADOR

Uma cadeira entalhada, de carvalho, de espaldar alto, com braços, em condições de uso, com uma almofada de lã vermelha, gasta. Valor estimado: oito maravedis.

Uma escrivaninha, de cedro, três gavetas, ferragens de ferro, uma gaveta com fundo falso, vazia. O fundo falso não continha documento algum no momento do inventário. Valor estimado: doze maravedis.

Um arcaz, de pinho, fechadura e asas de ferro, conteúdo inventariado em separado na Terceira Parte abaixo. Valor estimado: cinco maravedis.

Uma cama, estrutura de madeira tropical, encordoado de corda, colchão com enchimento de algodão, em mau estado nas costuras. Dois cobertores de lã, um em condições de uso, outro não. Um travesseiro, recheado de penas, em condição adequada. Valor estimado do conjunto: nove maravedis.

Um suporte de escrita, portátil, com dobradiças de ferro, dos de campanha, capaz de ser dobrado para viagem. Três tinteiros de cerâmica, dois dos quais conservam tinta utilizável. Um maço de penas de ave, algumas usadas, outras não, amarradas com barbante. Valor estimado: seis maravedis.

Sete velas de cera, brancas, não usadas. Quatro velas de cera, parcialmente usadas, de comprimentos diversos. Valor: insignificante.

Uma cruz de madeira, pinho liso, sem inscrição nem ornamento algum, pendurada sobre a cama por um único prego de ferro. Valor: insignificante.

Um livro de orações, encadernado em couro castanho, muito gasto na lombada, com anotações marginais em duas mãos distintas, nenhuma das quais este notário pode identificar com certeza como sendo a do governador. O livro de orações não consta em separado no catálogo privado. Valor: não avaliável.

Um caixão, de madeira lisa — pinho, crê este notário, embora a qualidade da construção seja melhor do que a do pinho comum sugere —, com quatro asas de

ferro e sem inscrição de qualquer tipo. Presente na câmara no momento da morte do governador, situado contra a parede oeste, junto à porta. Tendo me informado com a criadagem, comunicaram-me que o caixão era propriedade pessoal do falecido e havia estado em sua posse contínua desde o ano de 1513, um período de dezoito anos, e que o acompanhou em todas as suas viagens e residências oficiais subsequentes, inclusive durante seu mandato como Governador-Geral de Castela do Ouro e sua transferência dali para esta província. Incluí-o neste inventário como bem pessoal por considerar que evidentemente era bem pessoal, fosse o que fosse o resto. Valor estimado: não avaliável.

SEGUNDA PARTE — VESTIMENTA E INSÍGNIAS

Uma corrente de comando do governador, de prata, doze elos, com um medalhão trazendo as armas reais, em bom estado. Este objeto é propriedade da Coroa e deve ser devolvido ao gabinete vice-real da Cidade do México. Está aqui registrado apenas para constância.

Uma espada de gala, de aço de Toledo, copo de prata com uma pequena esmeralda engastada no punho, bainha de couro lavrado com guarnições de prata, em excelente estado. Valor estimado: quarenta maravedis.

Uma espada comum, de aço de Toledo, copo liso de ferro, bainha de couro liso, em condições de uso. Valor estimado: quinze maravedis.

Um casaco militar, de lã, escuro, com a insígnia da Ordem de Santiago no peito, em condições de uso. Dois pares de botas, de couro, um em bom estado, outro furado na sola esquerda. Um chapéu, de aba larga, feltro preto, com fita escura, em condições de uso. Duas camisas de linho, uma camisa de lã, dois pares de meias-calças. Diversa roupa de baixo, não detalhada.

Três pequenas peças de joalheria pessoal: um anel, de prata, sem pedra, uma aliança lisa do tipo que se usa em luto; um anel, de ouro, com um sinete que não consigo decifrar com clareza suficiente para descrever; uma medalha de Santiago, pequena, usada numa corrente, que a criadagem informa que ele portava em todos os momentos e que foi encontrada em sua pessoa esta manhã.

TERCEIRA PARTE — PAPÉIS E DOCUMENTOS

O governador mantinha seus papéis pessoais separados do arquivo provincial, no arcaz descrito na Primeira Parte. O arcaz estava trancado; guardo a chave em minha capacidade oficial. Abri o arcaz esta manhã e inventariei o conteúdo como segue.

Materiais do arquivo provincial: Quatro pastas de correspondência relativa à administração provincial, cópias de documentos arquivados. São registros oficiais e são transferidos ao arquivo intactos.

Correspondência privada: Onze cartas de diversas pessoas, abrangendo o período 1524–1530. Li as cartas conforme exige o procedimento de inventário. Nenhuma delas se refere diretamente a assuntos provinciais nem requer retenção no arquivo oficial. Pus-as de lado para disposição a critério do administrador provincial.

Uma caixa de cedro, com fecho de ferro, envolta em oleado, guardada por baixo dos materiais acima. Inventariei esta caixa em separado. Seu conteúdo não está descrito aqui. A caixa foi entregue na residência do bispo da Nicarágua esta tarde, ao meio-dia, em conformidade com as instruções que recebi do governador antes de sua morte e em resposta a uma razão oferecida pelo bispo que considerei suficiente. Um recibo assinado pelo secretário do bispo está anexado a este inventário como Apêndice A.

Uma carta, ditada pelo falecido a este notário no primeiro dia de março deste ano, quatro dias antes de sua morte, selada por este notário e entregue a Sua Excelência o bispo da Nicarágua na tarde do mesmo dia. A carta foi queimada pelo bispo na presença deste notário na noite de 1º de março, por volta da hora de vésperas, num prato de barro, cujas cinzas foram espalhadas no jardim da residência do bispo. A queima foi conduzida por expressa instrução do falecido, comunicada a este notário no momento do ditado. Este notário não fez cópia alguma. O conteúdo da carta não consta, por conseguinte, no registro oficial desta província.

[C.V.: O leitor já leu a cópia.]

CERTIFICAÇÃO

Eu, Rodrigo Cervantes de la Noche, notário do Governador da Província da Nicarágua, certifico por este meio sob meu selo oficial que o inventário antecedente é completo e exato segundo o leal saber e entender deste notário, compilado neste sexto dia de março do Ano de Nosso Senhor de mil quinhentos e trinta e um, na cidade de León, na Província da Nicarágua, no reinado de Sua Majestade Imperial Carlos.

Que Deus guarde a alma de Pedro Arias Dávila.

Rodrigo Cervantes de la Noche Notário León, Nicarágua 6 de março de 1531

[Selo]

Apêndice A — O recibo da caixa de cedro — não está reproduzido nesta edição. Conserva-se no Arquivo Diocesano de León, Nicarágua, no mesmo maço que o

inventário diocesano de 1647 (Documento 9). É um recibo de uma caixa, de cedro, com fecho de ferro, envolta em oleado, recebida de Rodrigo Cervantes de la Noche no sexto dia de março de 1531. O conteúdo é descrito como: não especificado. O destinatário é descrito como: o gabinete do bispo da Nicarágua.

[C.V.: Optei por não reproduzir o recibo. Nada acrescenta exceto a confirmação de que existe um recibo. Incluo esta nota apenas porque a ausência de um documento, numa edição desta natureza, deve ser sempre uma decisão editorial deliberada e não um descuido. O recibo não é descuido de ninguém. Simplesmente não é interessante. A caixa de cedro sim o é.]

A carta de Rodrigo a Catalina

Carta pessoal · 1546

Documento 7 de 28. Primeira Parte: O notário do governador. Encerra a Primeira Parte. O sétimo e último documento do maço de damasco de seda.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Esta carta não estava na caixa de cedro. Foi encontrada no Arquivo Diocesano de León, num maço de correspondência miscelânea de meados do século XVI, mal arquivada entre uma demarcação de terras de 1543 e um registro de manutenção da catedral de 1551. Está dirigida a «minha filha Catalina, em Salamanca, se isto chegar às suas mãos». Ao que parece nunca foi enviada. Não sei quando Rodrigo a escreveu — a data está ausente — mas a letra é mais antiga do que a das entradas do contrarregistro, mais laboriosa, e o papel é diferente. Coloco-a depois do inventário porque se lê como um posfácio.]*

Catalina:

Não sei se estás viva.

Se estás, é possível que esta carta te chegue, porque já soube localizar pessoas antes com menos informação. Se não estás, darei a carta a quem possa levá-la ao lugar onde te deixei, que talvez ainda haja alguém que te conheça e que tenha filhos que te conhecessem e que pudesse dizer-lhes o que estou prestes a te dizer, embora nesse caso seja uma carta para pessoas que não conheço sobre fatos que lhes concernem por razão de sua descendência.

Escrevo isto de meu leito. O médico diz que tenho boas perspectivas; o médico diz isso com o tom de alguém que está preparando seu paciente para a possibilidade contrária. Aprendi a ler esse tom. Eu mesmo o utilizava com frequência, quando devia informar a pessoas sobre assuntos que o registro oficial não contemplava que eu lhes informasse.

Tenho o hábito da sobriedade, que talvez te lembres de tua infância, e que tentei corrigir nos últimos anos. Vou tentar ser direto.

Passei os últimos quatro anos de vida do governador Pedro Arias Dávila a seu serviço como notário privado. Foi um emprego incomum. O governador era, no momento em que o conheci, o homem mais ancião das Américas, possivelmente o mais ancião de todo o mundo conhecido, e estava há dezoito anos carregando seu próprio caixão, metaforicamente falando, e também de forma bastante literal, pois tinha um caixão que era de sua propriedade e que adquirira em 1513 depois de despertar dentro de um emprestado. Tinha noventa e um anos de idade quando morreu. Conheci-o quando tinha oitenta e sete.

A razão pela qual te conto tudo isto é que há algo que devo te dizer sobre uma cópia de um documento que fiz em 1531 e que tenho guardado desde então, e que é a razão, ou uma das razões, de que esta carta seja necessária.

O governador ditou uma carta. A carta foi queimada. Eu fiz uma cópia.

Fiz uma cópia. Guardei a cópia. Tenho-a guardado durante catorze anos.

Não vou explicar-te por que fiz a cópia, porque tentei explicá-lo em outros lugares e não tenho certeza de que a explicação seja a parte honesta. O que sei é que cheguei ao fim de minha vida sendo o único depositário de certo conhecimento, e que esse conhecimento tem consequências para pessoas que ainda não nasceram, e que seu valor não diminuirá com minha morte mas sua acessibilidade sim.

A cópia está na caixa de cedro. A caixa de cedro está no arquivo que seu bispo daqui guarda como o governador me instruiu que se guardasse. Se o que o governador acreditava resulta ser verdade — e creio que era, porque era o tipo de homem cujas crenças sobre o futuro tendiam a verificar-se — haverá uma catedral, e haverá pessoas que construirão a catedral, e se construírem a catedral como o governador queria que fosse construída, haverá pessoas que algum dia vão querer saber por que é como é, e essas pessoas precisarão dos documentos.

Talvez sejas tu. Talvez sejam teus filhos. Talvez seja alguém que descenda deles de maneiras que nenhum de nós pode imaginar.

Se tens filhos, diga-lhes que seu avô era um notário que manteve dois jogos de registros e não se sentia totalmente confortável com isso e o fez mesmo assim, que é provavelmente o epitáfio mais honesto que vou ter.

Rodrigo Cervantes de la Noche León, Nicarágua

[C.V.: Catalina não recebeu nenhuma carta de seu pai depois de 1547. Se estava viva não se estabelece em nenhum registro que eu tenha encontrado. Se esta carta alguma vez foi enviada tampouco se estabelece — foi encontrada por enviar, mal arquivada, catorze anos depois de presumivelmente ter sido escrita. Não sei se Rodrigo contemplou a possibilidade de que não a alcançasse e a escreveu mesmo assim, no mesmo espírito em que fez a cópia da carta. Creio que provavelmente sim.]

Parte II

A confissão do arquiteto

**Nota contextual de Consuelo Vargas Montiel* Devo dizer algo sobre a geografia antes que o leitor avance, porque a geografia é uma prova. León Viejo — a cidade onde Rodrigo serviu a Pedrarias, onde ocorrem os eventos dos primeiros sete documentos — foi destruída em 1610 por uma combinação de erupção vulcânica e enchente. A cidade atual de León foi reconstruída quatro quilômetros a oeste. A Catedral Basílica da Assunção, o edifício de que trata a maior parte desta edição, foi construída nessa nova cidade entre 1747 e 1814. Está a quatro quilômetros de distância do lugar onde Pedrarias ditou a carta que se tornou o Documento 5. Menciono isso porque a distância importa. Os documentos que Pedrarias reuniu na caixa de cedro sobreviveram à destruição de León Viejo — sobreviveram ao vulcão, à enchente, a cento e trinta e seis anos de transferências de arquivo — e chegaram intactos ao século XVIII para financiar a construção de um edifício em uma cidade diferente daquela em que foram concebidos. Sei disso porque estive presente em uma sala de leitura da rua Santo Tomás onde a luz invernal entra por janelas altas e se esgota completamente às duas da tarde, e encontrei o rastro documental de sua transferência. A documentação da transferência conserva-se no Arquivo Geral das Índias. Pedi a permissão de acesso pertinente em 1974 e a obtive em 1976. A história de como chegou a*

Sevilha o que havia sido concebido em León Viejo é a história que contam os documentos desta parte.

Nota privada do bispo Rodrigo de la Vega

Nota privada episcopal · c. 1610–1611

Documento 8 de 28. Documento ponte entre a Primeira Parte e a Segunda. Nota privada do bispo Rodrigo de la Vega, escrita em León Viejo em data indeterminada de seu episcopado (1601–1619). Encontrada solta no Arquivo Diocesano de León em 1976, em uma pasta de correspondência episcopal extraviada entre os registros administrativos da transferência posterior a 1610.

Nota de seção da Consuelo:

> *[C.V.: Uma única folha, escrita no verso de um rascunho de sermão. A letra é apressada. O papel está manchado com o que um restaurador me disse ser quase com certeza cinza vulcânica. Incluo-o pelo que preserva: o momento em que um homem recebeu a caixa, foi-lhe dito alguma parte do que ela era, e decidiu guardá-la mesmo assim.]*

Para o arquivo. Não para o inventário.

Recebi a caixa de cedro do bispo Tomás de Mendoza no terceiro domingo do Advento, em seus aposentos, dois dias antes de sua morte. Fez-me sentar. Tinha a caixa sobre a mesa entre nós, envolta em encerado que eu não teria sabido reconhecer como outra coisa senão encerado.

Disse-me três coisas.

A primeira foi que a caixa havia sido guardada por cada bispo desta diocese desde uma data que ele não podia me dar, mas que era mais antiga do que os registros que ele mantinha. A segunda foi que não devia ser aberta. Disse-o duas vezes, com palavras diferentes, para que eu não confundisse a instrução com

uma sugestão. A terceira foi que dizia respeito a um acordo feito para o futuro desta cidade por homens que não estariam vivos para ver se o futuro chegaria. Disse: *a caixa guarda fé com o prometido. Não somos nós que o prometemos. Somos nós que o guardamos.*

Perguntei-lhe o que havia sido prometido. Olhou-me longamente. Depois disse: *uma catedral. Não a que existe. A que existirá. E os meios com que será paga, e os nomes daqueles que pagarão.*

Não perguntei mais. Não tenho perguntado mais desde então.

Já se passaram cinco meses desde a montanha. A cidade se desloca. Levamos o que pode ser levado e deixamos o que não. Dei instruções para que a caixa de cedro vá com as vestes diocesanas, na segunda carreta. Viajará sob o selo da diocese, sem descrição no manifesto. Falei com o sacristão-mor. Não perguntará por quê.

Enquanto isto se decide, ocupam-me outras coisas que o ofício exige consignar. Anoto aqui o que não irá ao inventário diocesano, porque o inventário diocesano é lido.

Precisamos de sacerdotes. A província inteira me ficou servida por nove presbíteros e dois diáconos, dois daqueles velhos e um enfermo. Escrevi ao provincial dominicano da Guatemala pedindo quatro homens. Ofereceram-me dois, ambos abaixo da regra em disciplina, o que entendo significa que na Guatemala tampouco lhes sobra ninguém. Escrevi ao franciscano. Não respondeu. Escreverei de novo quando termine a estação das chuvas e os caminhos voltem a ser caminhos.

Entre os homens que tenho, o diácono Valverde — escrevo o sobrenome a contragosto, e só porque este papel não sairá de minha mão — preocupa-me. Não por nada que possa pôr-se por escrito numa visitação. Dá bem a doutrina. Cumpre os ofícios. Mas observo como trata com os índios do bairro ocidental

quando crê que não é visto, e observo como trata com a viúva de Cárdenas quando sabe que é visto, e são dois homens distintos. Um homem que é dois homens, no sacerdócio, é um homem que termina por escolher o pior. Ainda não decidi o que fazer. Deixo-o aqui escrito para que conste que vi.

De Tola escreveu-me o cura pároco a semana passada acerca da beata de sua paróquia — não dou o nome porque ela tem devotos e os devotos leem o que não deveriam — que começou a dirigir rezas públicas a uma imagem do Menino Jesus no quintal de sua casa, com velas e cantos em língua e procissões às sextas-feiras que terminam numa pia de água que ela declara bendita por aparecidos. É boa mulher. Não duvido de sua intenção. Mas a linha entre a devoção do povo e outra coisa que ainda não sei nomear passa pelo seu quintal, e um bispo que não atende essa linha termina bispo de algo que já não é de todo a Igreja. Escrevi ao cura instruindo-o a assistir às próximas três procissões e me informar. Escrevi a ela mesma com prudência, louvando seu zelo e lembrando-lhe que toda devoção deve oferecer-se em latim ou em castelhano e sob a direção do pároco. Não sei se bastará. Suspeito que não.

Recolho estas coisas num papel e a administração do sagrado e a administração do profano parecem-me, esta tarde, ofícios do mesmo homem. De manhã ordeno carroças e talhas e manifestos; ao meio-dia guardo uma caixa cujo conteúdo não devo conhecer; à tarde decido se um diácono permanece em sua ordem e se uma mulher pode chamar bendita sua água. E tudo isso, segundo me foi ensinado, faço-o in persona Christi. Não sei se Cristo administrava com esta classe de papel. Suspeito que sim, no sentido em que sustentou tudo o que se Lhe entregou.

Não sei o que a caixa contém. Sei que o bispo Mendoza acreditou que importava. Sei que o que me disse não foi tudo o que sabia. Sei que devo dizer a meu sucessor o que me foi dito, e não mais, e exigir que faça o mesmo. A

corrente é mais antiga que minha mão. Será mais antiga que minha mão quando eu já não estiver.

O que não entendo deixo a Deus. A corrente resistiu. Eu a sustentei.

Rodrigo de la Vega, bispo da Nicarágua Sem data [c. 1610–1611, do seu próprio punho]

---

*[C.V.: A morte do bispo Mendoza está registrada em 18 de dezembro de 1610, três meses após a erupção do Momotombo destruir León Viejo. O "terceiro domingo do Advento" de 1610 caiu em 13 de dezembro, o que situaria esta entrega cinco dias antes de sua morte, não dois. Ou a memória do bispo era aproximada, ou o calendário diocesano não coincidia com o civil, ou ditava de um leito de doente e a mão que o pôs por escrito não era a sua. Considerei as três.

Uma irregularidade à parte que deixo aqui registrada por completude: o inventário diocesano de 1647 (Documento 9 desta coleção) situa o início do episcopado de De la Vega em 1601 — nove anos antes da entrega que esta nota descreve. Por essa conta, Mendoza não era o predecessor de De la Vega na sé no momento da entrega, e, no entanto, De la Vega o chama de "o Bispo" e Mendoza lhe diz que "a caixa havia sido guardada por todo Bispo desta diocese". A leitura mais simples é que Mendoza, por volta de 1610, era um bispo emérito ou um bispo retirado que havia conservado a caixa informalmente para além de seu mandato, e que "todo Bispo" era entendido por ambos os homens como a linha dos que haviam ocupado o cargo, e não uma sucessão estrita de ofício para ofício. A cadeia de custódia, dito de outra maneira, corria pelos homens, não pelo selo. Registro a discrepância porque, em boa consciência, não posso reportar o problema do Advento e passar este

outro em silêncio.]

A caixa de cedro deixou León Viejo na segunda carreta, sob o selo da diocese, sem descrição no manifesto. Uma visita pastoral do bispo Antonio de Zayas em 1583, o único rastro documental da passagem da caixa pelas gerações intermediárias, registra entre o conteúdo da câmara-forte diocesana «um cofre selado de madeira de cedro, cujo conteúdo não foi aberto desde os tempos do bispo Mendoza, do qual não existe manifesto». Em 1647 estava no armário fechado do estudo do bispo na nova León, registrada como "guardada sob a autoridade do escritório do bispo por sucessão contínua". A corrente resistiu. Resistiu mais cento e trinta e oito anos antes que o bispo Isidoro Venegas de Cienfuegos a colocasse sobre uma mesa diante de um arquiteto chamado Ignacio Moya em 1748 e começasse a explicar.]

Inventário diocesano de 1647

Inventário diocesano · 1647

Documento 9 de 28. Inventário diocesano que registra a caixa de cedro no depósito episcopal cento e dois anos após a Primeira Parte. O segundo de dois documentos-ponte entre a Primeira Parte e a Segunda.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: 1647. León. Cento e dois anos após o último documento da Primeira Parte, a caixa de cedro reaparece num inventário institucional.]*
>
> *Este documento se inclui por um único assento. O inventário diocesano de 1647 é um registro administrativo rotineiro — uma contabilidade exaustiva dos bens eclesiásticos em posse da Diocese da Nicarágua, compilado por ordem do bispo Marcos de Morales no ano centésimo décimo sexto desde a fundação da diocese. Tem trinta e sete páginas. Reproduzo aqui apenas as páginas 28 e 29, que dizem respeito à biblioteca privada do bispo e ao depósito de documentos. O leitor notará um assento.]*

INVENTÁRIO DIOCESANO DA NICARÁGUA

Compilado por ordem do Reverendíssimo Bispo Marcos de Morales

León, Nicarágua, no Ano do Senhor de 1647

Páginas 28–29: Biblioteca privada do bispo e depósito de

documentos

[Páginas anteriores omitidas. O inventário continua desde a página 27.]

Gabinete do bispo, estantes do muro oriental: Trinta e dois volumes de teologia, procedência mista, estado de bom a regular. Seis volumes de direito canônico, edição de Salamanca, estado bom. Quatro volumes de ordenações de administração colonial, estado regular. Dois volumes de história diocesana, manuscritos, compilados por antecessores, estado regular. Um missal, iluminado, estado excelente, valor não estimável.

Gabinete do bispo, armário fechado a chave: Um conjunto de selos diocesanos, vigentes e retirados, em estojo de madeira. Três pastas de correspondência ativa. Uma pasta de correspondência de bispos antecessores, atada com cordel, não inventariada em detalhe conforme instrução permanente. Uma caixa de cedro, com fechos de ferro, envolta em encerado, estado excelente, conteúdo não examinado, conservada sob selo episcopal; o assento é anterior ao registro atual.

A caixa de cedro foi conservada por esta diocese desde ao menos o episcopado do bispo Rodrigo de la Vega (1601–1619), que a consignou em seu próprio inventário como recebida de seu antecessor, que a havia recebido do seu. A cadeia de custódia anterior ao bispo de la Vega não foi reconstruída, pois os registros pertinentes se perderam nos sucessos de 1610.

Conteúdo: não examinado. Valor: não estimável. Instruções de disposição: a caixa deverá ser conservada por cada bispo em sucessão e entregue a seu sucessor, junto com uma instrução oral privada relativa à sua significação. A natureza de tal instrução não se consigna aqui.

Gabinete do bispo, depósito geral: Diversos materiais administrativos, não inventariados individualmente.

[O inventário continua na página 30.]

[C.V.: Os sucessos de 1610 a que se refere o inventário são a erupção do vulcão Momotombo, que destruiu a cidade original de León — León Viejo, a cidade onde Rodrigo Cervantes de la Noche serviu como notário — e precipitou a transferência da diocese para seu sítio atual. Quaisquer registros anteriores ao episcopado do bispo de la Vega se perderam naquela destruição.]

A caixa de cedro não se perdeu. Mudou-se com a diocese.

Alguém a tirou de León Viejo antes da erupção, ou durante ela, ou imediatamente depois. O inventário não consigna quem. Para 1601 já estava em posse da diocese «por sucessão contínua». Alguém manteve viva a instrução oral através do caos de 1610 e da transferência que se seguiu.

Pensei muito nisto. Uma cidade é destruída. A igreja se muda. No traslado de materiais da velha cidade para a nova, alguém se certificou de que uma caixa de cedro envolta em encerado viesse com eles, e o disse ao próximo bispo, e o próximo bispo o disse ao seguinte, por cento e dezesseis anos, até que o bispo Isidoro Venegas de Cienfuegos a pôs sobre uma mesa diante de um arquiteto chamado Ignacio Moya em 1748 e lhe explicou o que era.

Sobreviveu. O que me fica é que as pessoas que a carregaram sabiam que valia a pena que sobrevivesse.]

Petição do bispo

Petição episcopal · 1745

Documento 10 de 28. Segunda Parte: A confissão do arquiteto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Esta petição foi apresentada pelo bispo Isidoro Venegas de Cienfuegos ao Conselho das Índias em 1745. É o centésimo décimo quinto ano dos duzentos e dezoito que transcorreram entre a morte de Pedrarias e a finalização da catedral. O bispo não sabia que era o centésimo décimo quinto ano. Sabia que estava esperando há muito tempo.]*
>
> *Entre a nota de Rodrigo de la Vega do Documento 8 e esta petição medeiam cento e trinta e quatro anos. Passaram pelas mãos da diocese onze bispos, oito dos quais morreram no cargo e três dos quais o abandonaram por motivos que os registros consignam com a elegante reticência da administração eclesiástica. A caixa de cedro permaneceu no armário fechado do escritório do bispo durante todos esses episcopados, e de todos esses episcopados só o inventário de 1647 — Documento 9 — e esta petição sobrevivem como rastro documental de sua existência consciente. O silêncio do arquivo entre ambas as peças não significa que a cadeia se tenha rompido. Significa que os bispos que a sustentaram não escreveram sobre ela, o que era o que se lhes havia instruído. A cadeia que não se nomeia é a que dura.]*

Ao Conselho das Índias:

Apresento ao Conselho uma petição de autorização e financiamento para a

construção de uma catedral em León, Nicarágua.

A diocese da Nicarágua existe desde 1531. Durante esse período, os fiéis desta província celebraram o culto em uma sucessão de estruturas que no melhor dos casos são provisórias e no pior inadequadas. A mais recente, construída em 1640, tem telhado de palha em sua nave central. Isto não é apropriado para a sé de uma diocese.

O Conselho pode assinalar que já se apresentaram petições anteriores. Assim é. Apresentaram-se petições em 1610, 1624, 1638 e 1711. Cada uma foi tomada em consideração e diferida. Apresento esta petição com pleno conhecimento de que pode ser diferida de novo. Sou bispo desde 1738. Aprendi a aguardar.

O que apresento com esta petição: um plano esquemático das dimensões propostas, preparado por um arquiteto local; uma estimativa dos custos elaborada pelo mesmo arquiteto; e um instrumento separado que detalha uma fonte de financiamento privado que se ofereceu para complementar qualquer alocação que o Conselho tenha por bem aprovar. O instrumento de financiamento privado foi encontrado no arquivo diocesano anexo a uma caixa de cedro cujo conteúdo, por instrução escrita, não deve ser divulgado sem mais contexto do que posso fornecer nesta carta. Posso dizer que a fonte é legítima, que os fundos são reais e que sua existência fará que o projeto seja factível em termos fiscais sem impor um ônus indevido sobre os recursos da Coroa.

Fui paciente. Não sou mais paciente. Tenho sessenta anos e gostaria de ver uma catedral antes de morrer.

Isidoro Venegas de Cienfuegos, bispo da Nicarágua León, Nicarágua 15 de janeiro de 1745

[C.V.: O Conselho aprovou a petição em 1747. O bispo Venegas de Cienfuegos

tinha sessenta e dois anos no momento da aprovação. Morreu em 1778, quando a catedral estava há trinta e um anos em construção. A fachada estava terminada. As torres ainda não. Era paciente, no fim das contas.]

Busquei no arquivo correspondência anterior de Venegas de Cienfuegos sobre a caixa, sem êxito. Sua gestão episcopal gerou, segundo o índice diocesano de 1779, novecentas e trinta e sete peças de correspondência conservadas, das quais li trezentas e dezesseis. A caixa não aparece em nenhuma. Aparece, uma só vez, numa nota marginal sem assinatura sobre uma folha de contas de 1741: «segue fechada». Três palavras. O bispo da Nicarágua tinha cinquenta e seis anos, levava nove de episcopado, e havia escrito três palavras sobre o objeto que ia definir sua sucessão. Li-as duas vezes para me assegurar de que estava lendo o que parecia estar lendo. Estava.]

Decreto do Conselho

Decreto do Conselho · 1747

Documento 11 de 28. Segunda Parte: A confissão do arquiteto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: A aprovação. Dois anos após a petição. O Conselho das Índias aprovou a construção da Catedral de León em agosto de 1747 e autorizou a contratação de um arquiteto vindo do sistema de oficinas coloniais. O que o Conselho não sabia — o que ninguém em Madri sabia — era a natureza dos planos que estava aprovando. Os planos aprovados são aqui descritos como desenhados por Diego de Porres, de Guatemala. Não foram os planos que se construíram.]*

POR AUTORIDADE DO CONSELHO DAS ÍNDIAS

Em nome de Sua Majestade Fernando VI, Rei de Castela, León, Aragão e das Índias:

Tendo recebido e considerado a petição do Reverendíssimo Isidoro Venegas de Cienfuegos, bispo da Nicarágua, datada de 15 de março de 1745, e tendo revisado o estudo anexo, o orçamento e as cartas de apoio, o Conselho das Índias decreta o seguinte:

Primeiro. Aprova-se a construção de uma nova igreja catedral da Assunção da Bem-aventurada Virgem Maria na cidade de León, Nicarágua. O Conselho considera crível a descrição que o peticionário faz da insuficiência da igreja atual, e bem fundamentada a causa de uma nova construção.

Segundo. O projeto apresentado com esta aprovação, preparado pelo

arquiteto Diego de Porres, de Guatemala, sob a direção do bispo peticionário, fica aceito como base da construção. O projeto será revisado por um arquiteto qualificado nomeado para supervisionar as obras, e serão permitidas as modificações estritamente exigidas pelas condições locais do sítio, dentro dos limites do orçamento aprovado e com a documentação correspondente apresentada ao Conselho.

Terceiro. Autoriza-se o financiamento das obras nas quantias especificadas no instrumento financeiro anexo, a ser desembolsado pelo Tesoureiro da Província da Nicarágua segundo o calendário ali estabelecido. Autoriza-se ainda a diocese a realizar coletas entre os fiéis do território para contribuições suplementares.

Quarto. O Conselho dirige o bispo a contratar um arquiteto qualificado, vindo do sistema de oficinas coloniais, para supervisionar a construção e zelar por que o edifício terminado se ajuste ao projeto aprovado em todos os seus aspectos essenciais.

Quinto. A catedral terminada será objeto de inspeção por um representante do Conselho antes de sua consagração formal.

O Conselho faz constar, para que fique registrado, que o tom da petição quanto à suficiência do investimento da Coroa nesta diocese, embora mais incisivo do que é costumeiro em correspondência desta natureza, reflete um agravo legítimo que o Conselho leva a sério. A aprovação desta petição deve entender-se como reconhecimento do longo serviço prestado pela diocese à Coroa e das expectativas razoáveis de uma população católica em território sob a governança de Sua Majestade.

Expedido sob o selo do Conselho das Índias. Madri, Espanha 3 de agosto de 1747

[C.V.: O quarto artigo deste decreto dirigia o bispo a contratar um arquiteto do sistema de oficinas coloniais. O bispo contratou Ignacio Moya. O segundo artigo autorizava modificações «estritamente exigidas pelas condições locais do sítio». Ignacio Moya modificou o projeto extensamente. Ambos os resultados são tecnicamente compatíveis com a letra do decreto.]

Comissão de Porres

Comissão arquitetônica · 1747

Documento 12 de 28. Segunda Parte: A confissão do arquiteto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Diego de Porres recebeu o encargo de preparar os planos iniciais da catedral em 1744, três anos antes de o Conselho das Índias aprovar formalmente o projeto — um arranjo habitual, pois as petições exigiam planos arquitetônicos que as acompanhassem. Porres era um arquiteto competente, sediado na cidade da Guatemala. Preparou os planos sem nunca vir a León nem ver o sítio. Os planos foram preparados para serem apresentados ao Conselho; o que sucedeu depois com eles em campo escapava ao seu conhecimento e ao seu controle. Sua carta de comissão se inclui aqui porque é o autor dos planos que foram aprovados, e porque não recebeu praticamente nenhum crédito no registro histórico. Merece ser nomeado.]*
>
> *Anoto, ademais, uma questão de método. O historiador que se ocupa de um edifício que demorou quase setenta anos a se erguer aprende cedo que a autoria é múltipla, contraditória e frequentemente anônima. Porres desenhou. Moya construiu outra coisa. Espinoza supervisionou. Hernández aparelhou. Tomasín — de quem a edição há de falar — lavrou. E meia dúzia de bispos administrou o dinheiro, os homens e a espera. Uma catedral não a assina ninguém. Mas, neste país e nesta época, não ter sido assinada confunde-se com frequência com não ter sido feita por ninguém, o que é a falsidade mais cômoda com que se pode escrever uma história. Esta edição tenta outra coisa. Começa por nomear Porres.]*

Excelentíssimo Senhor,

Por autoridade do Reverendíssimo Bispo da Nicarágua, dom Isidoro Venegas de Cienfuegos, e na previsão da aprovação da petição que atualmente se acha ante o Conselho das Índias, escrevo para contratar seus serviços como arquiteto preparador da proposta Catedral da Assunção da Bem-aventurada Virgem Maria em León, Nicarágua.

Solicita-se que prepare um conjunto completo de planos arquitetônicos para uma catedral das seguintes características: uma nave de não menos de sessenta varas de comprimento; duas torres gêmeas de não menos de vinte e cinco varas de altura; uma fachada de caráter barroco apropriada à dignidade de uma sé episcopal de segundo posto; e capacidade para uma congregação de não menos de oitocentas pessoas em plena ocupação. Os planos deverão refletir as normas de projeto predominantes na tradição eclesiástica colonial e ser de qualidade suficiente para acompanhar uma petição ante o Conselho das Índias.

Adverte-se que o sítio se acha na cidade de León, Nicarágua, e que as condições sísmicas e climáticas locais deverão ser levadas em conta nos planos na medida em que a distância ao sítio o permita. Entendemos que não poderá realizar um reconhecimento pessoal do lugar; as notas de reconhecimento anexas, preparadas pelo agrimensor diocesano, deveriam fornecer informação suficiente para seus propósitos.

Os honorários por esta comissão são os acordados por arranjo privado com o tesoureiro diocesano.

Os planos são requeridos para janeiro de 1745, a fim de acompanhar a petição.

Agradecemos seu serviço a esta diocese e à maior glória de Deus.

Em nome do Reverendíssimo Bispo: Padre Esteban Ruiz Secretário do Bispo da Nicarágua León, Nicarágua 12 de outubro de 1744

[C.V.: Diego de Porres entregou os planos em dezembro de 1744, três semanas antes do prazo. Foram apresentados com a petição ante o Conselho das Índias em março de 1745. O Conselho os aprovou em agosto de 1747. Para então, Ignacio Moya já havia sido despachado a León e havia começado a examinar o sítio.]

Porres permaneceu na cidade da Guatemala durante todo o período de construção, recebendo relatórios do que se fazia com seus planos. Sua resposta a esses relatórios aparece como Documento 15 desta edição.

Os planos que preparou especificavam uma nave de sessenta e duas varas. Ignacio Moya construiu setenta e uma.]

Nota de seção de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Ignacio Moya chegou a León em março de 1748, um ano depois de o Conselho das Índias aprovar o projeto da catedral, e permaneceu até a primavera de 1752, momento em que a construção da nave estava avançada o bastante para que um capataz local pudesse dirigir o restante do trabalho. Partiu para a Espanha em maio de 1752. Estabeleceu-se em Sevilha, onde trabalhou como arquiteto independente para clientes privados até sua morte em 1779. Nunca retornou às Américas.]*
>
> *Este documento foi encontrado na caixa de cedro junto com os demais. Tem vinte e duas páginas. Tinha cinquenta e oito anos quando o*

escreveu. Sua letra é distinta de qualquer outro documento desta coleção — arquitetônica, precisa, a mão de um homem que passou a vida desenhando coisas em escala, em que cada traço tem o comprimento correto ou está errado. Não risca nem escreve nas margens. Escreveu-o de uma só vez, o que creio significa que o planejou por muito tempo antes de começar.

Direi ao leitor uma coisa antes que comece o relato. Tudo o que Ignacio descreve nas Seções I a VIII pude verificar contra outros documentos desta coleção e contra os registros do Arquivo Diocesano. É exato quanto aos fatos. Onde não está certo, di-lo. Onde não sabe algo, também o diz. Nunca editei um documento de alguém tão comprometido com o relato honesto da sua própria desonestidade.

Na Seção IX descreve o transepto sul. Não comentarei a Seção IX até que o leitor a tenha lido. Então, em minha nota de rodapé ao final da seção, contarei ao leitor o que encontrei dentro do muro do transepto sul. Quando lerem a nota, já o saberão.]

O relato de Ignacio

Relato pessoal · 1771

Relato de Ignacio Moya, arquiteto

Escrito em Sevilha, Espanha, no mês de outubro, no Ano do Senhor de 1771

I.

Tenho cinquenta e oito anos e escrevo isto em meu gabinete em Sevilha, onde a luz de outubro entra baixa pela janela do sul e torna tudo de cor âmbar a partir da hora terceira, coisa que sempre me pareceu útil.

A razão pela qual escrevo isto é uma carta que recebi na primavera passada de um colega na cidade do México chamado Fonseca, que havia visitado León há pouco em assuntos diocesanos e havia assistido à missa na catedral. Descreveu-a como magnífica. Descreveu a nave como uma das mais finas que havia visto nas Américas, as proporções excepcionais, a luz pela fachada do oeste extraordinária. Mencionou que em León ninguém parecia saber grande coisa sobre sua história arquitetônica — quem a havia projetado em sua origem, como se haviam desenvolvido os planos, que decisões se haviam tomado pelo caminho. Perguntou-me, já que eu havia trabalhado ali, se podia esclarecer-lho.

Não lhe respondi.

Há seis meses penso nessa carta. Decidi que a resposta devida não é outra carta a Fonseca senão este relato, dirigido a ninguém em particular, selado e guardado entre meus papéis, para ser encontrado ou não encontrado segundo o caso o determine. Estou ciente de que «dirigido a ninguém em particular» é uma

ficção de conveniência — um homem que escreve vinte e duas páginas tem um leitor em mente, e disso não estou eu isento. Meu leitor é quem encontre isto, quando o encontre, no mundo que seja. Se a catedral seguir de pé quando o ler: bem. Se não: lamento. Fiz as melhores matemáticas que sabia.

Vou explicar o que fiz. Vou explicar, até onde posso desde uma distância de vinte anos, por que o fiz. Não estou seguro de que o porquê seja tão claro como o quê, mas sou suficientemente velho para saber que o quê sem o porquê é apenas um relatório policial, e a mim não me interessa escrever um relatório policial.

Considerei escrever, em seu lugar, uma confissão. A forma me teria sido familiar. Conheço-a desde criança. Redigi três páginas e lancei as páginas ao fogo. A forma exige que se saiba com precisão de que se arrepende, e eu não o sei — sei o que fiz, mas não estou certo de que seja a coisa para a qual a forma foi concebida.

II.

Antes de León esteve a Guatemala, e antes da Guatemala esteve Cádiz, e antes de Cádiz houve uma infância que aqui não é relevante salvo num único ponto: formou-me meu pai, a quem formou o seu, e o que meu pai entendia de arquitetura — o que me transmitiu em doze anos de aprendizagem antes de eu ter outra alternativa — foi isto: um edifício é um argumento sobre o que o espaço deve fazer a um corpo. Não um argumento sobre como deve ver-se. Não um argumento sobre o que deve simbolizar, comemorar ou celebrar. Um argumento sobre o que um corpo, de pé em seu interior, deve experimentar. A decoração é secundária. As proporções são o essencial.

Soa simples. É a ideia mais complicada que sustentei na mente, e sustentei-a

quarenta anos antes de começar a entender o que queria dizer.

Cheguei à cidade da Guatemala em 1741, aos vinte e oito anos, sob um contrato com a oficina diocesana que havia firmado em Cádiz com a confiança de um homem que ainda não viu o que um contrato pode significar quando a outra parte tem mais paciência do que tu. O contrato era por três anos. Três anos de serviço à oficina diocesana em troca de minha passagem para as Américas, um salário modesto e a experiência que os arquitetos jovens — o contrato dizia-o assim, sem dissimulação, na língua notarial que agora leio com o olho treinado de um homem que esteve do lado errado dela — requerem para seu desenvolvimento profissional.

Ao cabo dos três anos, solicitei minha liberação. O bispo da oficina — um homem chamado Orozco, gordo e deliberado, que cheirava a aguarrás e a algo doce que nunca consegui identificar — explicou-me que os projetos em curso da oficina exigiam minha continuada participação e que a liberação se concederia quando os projetos o permitissem. Disse-lhe que entendia. Solicitei de novo no ano seguinte. Recebi a mesma explicação. Os projetos não permitiram nunca. Estive ali seis anos.

Quero ser preciso sobre o que foi estar seis anos na oficina, porque é relevante para as decisões que tomei depois.

A oficina ocupava um edifício longo no lado norte do recinto catedralício, com telhado de telha e bancos altos de madeira e luz natural que entrava por umas claraboias ao longo do muro sul, o que significava que a luz à tarde era boa e à manhã não. O cheiro era de aparas de cedro, óleo de linhaça e esse cheiro metálico particular de uma sala grande cheia de gente trabalhando em silêncio concentrado. Passei seis anos num banco da terceira fila a partir da janela, desenhando planos para projetos que não havia escolhido, para clientes que não conhecia, sob a direção de um arquiteto-chefe tecnicamente menos

capaz do que eu e ciente disso à maneira particular e ressentida dos homens que estão no comando de gente melhor do que eles.

Não fui maltratado. A comida era suficiente. O salário era o convencionado. Não me foi dada oportunidade alguma de partir.

Eu desenhava planos. Era bom nisso. Desenhava os planos corretamente e fazia sugestões que muitas vezes se adotavam sem atribuição e aplicava o argumento de meu pai sobre o espaço e os corpos a cada projeto que tocava, até aos menores, até às sacristias e às ampliações da residência paroquial e aos depósitos, porque era o único que sabia fazer e porque parar teria sido pior do que ficar.

Na primavera de 1747 chegou o aviso de León.

III.

O aviso veio pelos canais oficiais. Uma carta de comissão da diocese da Nicarágua, dirigida ao bispo da oficina, solicitando o empréstimo de um arquiteto qualificado por um período não inferior a três anos para supervisionar a construção da Catedral de León, para a qual o Conselho das Índias havia aprovado os planos e para a qual se havia reunido parcialmente uma equipe local mas faltava direção arquitetônica com experiência. A comissão oferecia honorários, uma residência na cidade e — esta é a parte que recordo com mais precisão, porque li a carta por cima do ombro do bispo e tive que manter composto o rosto enquanto a lia — ao termo satisfatório do projeto, a liberação do arquiteto designado de toda obrigação contratual restante com a oficina diocesana.

O bispo Orozco chamou-me a seu escritório na manhã seguinte. Ofereceu-me a comissão no tom de quem me faz um favor, o que do ponto de vista dele

era exato: liberava um arquiteto cujo contrato ainda tinha tempo por correr e a quem pessoalmente achava irritante. Disse-lhe que seria uma honra aceitar. Saí de seu escritório e voltei a meu banco e sentei-me longo tempo olhando as aparas de cedro no chão.

Quero que o leitor entenda em que condição cheguei a León. Tinha trinta e quatro anos. Não havia construído nada de importância em seis anos. Havia passado esses anos aprendendo, à maneira particular em que se aprende fazendo trabalho abaixo da própria capacidade, exatamente do que era capaz se me dessem a oportunidade. Também havia passado esses anos aprendendo o que significava não ter escolha, que é uma educação distinta e mais cara. Quando chegou o aviso, eu não era o mesmo homem que havia firmado o contrato em Cádiz. Era alguém que entendia, o que custava a liberdade e o que pagaria por ela.

Cheguei a León em março de 1748, após uma viagem de cinco semanas que não descreverei em detalhe salvo para dizer que a estação das chuvas havia começado já e os caminhos desde a costa eram os que se esperam num país que leva povoado duzentos anos sem que ninguém haja resolvido o problema do barro. A cidade era menor do que eu esperava. O sítio da catedral, maior. Estive em sua borda no primeiro dia e senti algo que não havia sentido em seis anos, que era a sensação física precisa de entender um espaço antes de haver construído nada nele. O sítio me disse o que o edifício queria ser. A isto meu pai teria chamado escutar o chão, o que soa místico e não o é: é uma observação técnica sobre a elevação, a drenagem, os ventos dominantes, o ângulo da luz a distintas horas, a proximidade de outras construções. Mas sente-se como escutar.

Fui ver o bispo.

IV.

Isidoro Venegas de Cienfuegos tinha sessenta e dois anos quando o conheci, um homem alto com a espécie de saúde que parece esforço mais do que constituição — magro mas deliberado a respeito, cuidadoso com a comida e o sono à maneira de alguém que esteve doente e não pretende voltar a estar. Recebeu-me em seu escritório no fim da tarde, quando a luz entrava pela janela atrás de seu escritório e dificultava ver-lhe o rosto com clareza, o que eu decidi depois que não foi acidente.

Foi cortês. Perguntou pela viagem. Perguntou pela Guatemala e como eu havia achado o trabalho ali. Falava bem e escutava com atenção, que são duas habilidades distintas e a maioria dos homens tem só uma.

Após uns vinte minutos assim, perguntou-me se eu havia revisado já os planos aprovados da catedral.

Disse-lhe que me havia sido entregue uma cópia à minha chegada e que os havia revisado naquela manhã.

Disse: e qual era meu parecer.

Considerei a resposta um momento. Depois disse: os planos foram preparados por um arquiteto muito capaz, e foram preparados para um sítio específico, e eu precisaria revisá-los em detalhe contra as condições daqui antes de poder oferecer uma avaliação completa.

Olhou-me um longo momento. Disse: essa é uma resposta diplomática.

Disse: sou arquiteto. A diplomacia não é minha formação.

Disse: dê-me então a honesta.

De modo que disse: os planos foram projetados para Lima. Levam em conta o solo de Lima, a geografia de Lima, as condições sísmicas de Lima. As condições sísmicas de León não são as de Lima. Os planos tal como aprovados precisariam de uma adaptação significativa para este sítio. Mais significativa do

que uma adaptação padrão de sítio. As adaptações mudariam substancialmente o edifício.

Assentiu devagar, como se eu houvesse confirmado algo.

Disse: quão substancialmente.

Disse: o suficiente para que os dois edifícios — o de León adaptado destes planos, e o que seja que Lima venha a construir com sua própria versão — não se assemelhem entre si em nenhum sentido significativo.

Voltou a assentir.

Levantou-se do escritório e foi a um armário num canto da sala — um armário simples, de cedro, sem nada notável salvo o cuidado com que o abriu — e tirou um documento de seu interior. Trouxe-o ao escritório e pô-lo diante de mim. Não o abriu. Deixou-o entre nós dois como um homem deixa algo que sabe que tu não podes ignorar, isto é com cuidado, com as duas mãos, no centro da mesa.

Disse: quero mostrar-lhe algo.

V.

O documento era um acordo fundacional. Duas assinaturas ao pé: Pizarro e Almagro. Um terceiro nome no corpo do texto: Dávila. A data era 1524.

O pergaminho era velho mas estava em bom estado — quem quer que houvesse conservado isto durante quarenta e sete anos havia-o mantido plano e seco. A letra era notarial, cada signo formado com a separação deliberada de um homem que entende que os documentos devem ser legíveis no século seguinte. As assinaturas ao pé eram distintas: angulosas, rápidas, escritas por homens que assinam muitas coisas com pressa. Olhei o documento como olho um plano —

começando pelas margens, movendo-me para dentro, lendo dimensão antes que sentido. Havia uma frase no terceiro parágrafo: *catedral de primeira ordem, das proporções e dignidade que correspondem à precedência aqui estabelecida.* Não podia ler o que «a precedência aqui estabelecida» significava como questão legal. Sim podia ler *proporções e dignidade* como as lê um arquiteto. Não eram termos decorativos. Eram especificações. Comecei a calcular, em traços largos, o que exigiam em varas de nave e em altura de torre, e quando o bispo começou a explicar-me o documento eu já havia entendido o que ia pedir-me.

Sou arquiteto, não advogado. Podia ler do documento o suficiente para entender o que era e o que significava, isto é podia entender que constituía uma pretensão — uma dívida fundacional não paga da empresa do Peru — e que a pretensão era sustentada pela diocese da Nicarágua, que a havia recebido de alguém, e que a pretensão não era reconhecida pela Coroa no presente mas tampouco havia sido extinta formalmente.

O bispo explicou-ma mais por extenso. Levava dezessete anos com este documento. Havia-lhe chegado por seu antecessor, que o havia recebido do notário do século anterior, que havia feito cópia de uma carta — aqui se deteve e disse: há uma carta, que não posso mostrar-lhe, que já não existe em sua forma original, mas pela qual tenho razões para crer que pode tomá-la por crida — uma carta escrita por um governador que sabia o que fazia e por quê.

Disse: o documento estabelece uma pretensão anterior. A pretensão é por uma catedral de primeira ordem nesta cidade.

Disse: e propõe-se usá-lo como.

Disse: proponho-me usá-lo exatamente como ele se propôs que se usasse. Para assegurar que quando os planos para esta catedral se adaptem a este sítio, se adaptem numa direção que não possa reverter-se. Que o que León construir seja, por toda medição objetiva, a estrutura mais grandiosa.

Disse: e a catedral de Lima.

Disse: a catedral de Lima se construirá a partir de uma versão destes planos que ninguém em Lima pensará em questionar, porque por que o haveria. Os planos aprovados estavam aprovados. Ninguém em Lima sabe que há uma leitura alternativa.

Disse: e em troca de minha cooperação com esta adaptação.

Disse: já falei com o bispo Orozco. Suas obrigações contratuais com a oficina estão dissolvidas. Sairá de León homem livre quando o projeto houver alcançado um estado suficiente.

Disse-o sem ênfase, como se fosse a parte menor do arranjo. Entendi, pela maneira como o disse, que sabia que não era a parte menor.

Olhei o documento sobre a mesa longo tempo. Pensei no argumento de meu pai — sobre o espaço e os corpos, sobre o que um edifício deve fazer à pessoa de pé em seu interior. Pensei em seis anos num banco na Guatemala. Pensei no sítio em cuja borda havia estado naquela manhã, e no que me havia dito que queria ser.

Não deliberei longamente. Quereria dizer que deliberei longamente. Não o fiz. Decidi cedo, e a razão pela qual decidi cedo é a coisa com que venho sentado há vinte anos.

Decidi porque queria partir. Não porque León merecesse uma catedral melhor do que Lima, embora creia que a mereça. Não porque a comissão fosse uma oportunidade criativa, embora o fosse. Porque queria ser livre, e isto era o que custava a liberdade, e paguei-o sem negociação prolongada.

Disse: precisarei estudar o sítio com mais cuidado antes de poder dizer-lhe exatamente que adaptações se requererão.

Disse: claro.

Disse: e as adaptações serão tecnicamente defensáveis. Hão de sê-lo. Não porei meu nome a algo que não seja estruturalmente firme.

Disse: não o quereria eu. Quero uma catedral que se sustente, Moya. Quero uma catedral que se sustente trezentos anos. Quero que o argumento que sustenta seja permanente.

Recolheu o documento e devolveu-o ao armário com o mesmo cuidado das duas mãos. Disse: o documento fica comigo. Você não o necessita. Já fez o que tinha que fazer.

Saí de seu escritório e voltei caminhando ao sítio no fim da tarde, e estive em sua borda e escutei o que o chão me dizia, e comecei a planejar. *[C.V.: Aqui, no manuscrito, a tinta muda — Ignacio fez uma pausa, talvez de um dia, talvez mais longa. A nova tinta é mais escura; a mão mais firme. Pensou no que vem a seguir. Disse-nos na Seção II que não risca. Há uma única palavra riscada no começo desta sexta seção que deixei sem ler, porque a linha que não preciso ler é a linha que não posso.]*

VI.

O que de fato fiz com os planos descreverei com a maior exatidão possível, para o registro se não para o entretenimento de nenhum leitor. É técnico. Tentarei torná-lo legível.

Os planos aprovados especificavam uma nave de sessenta e duas varas de comprimento. Estendi-a a setenta e uma. Não é uma mudança cosmética. Nove varas a mais de nave são um ambiente acústico distinto, uma experiência distinta de escala desde a entrada, uma relação distinta entre o corpo do fiel e o altar. A pessoa que entra numa nave de sessenta e duas varas e a pessoa que entra numa nave de setenta e uma varas não estão vivendo a mesma experiência. Não estão

no mesmo edifício. A justificativa estrutural: o sítio o permitia, a capacidade portante do solo era adequada, e uma nave mais comprida proporciona melhor estabilidade frente à carga sísmica lateral. Tudo isto é certo. Não inventei a justificativa. Observei-a e depois escolhi sobre quais observações verdadeiras agir.

As torres. Os planos aprovados pediam torres de vinte e oito varas, o que é apropriado para o perfil de Lima. Eu especifiquei trinta e seis. A justificativa: a posição exposta do sítio e os padrões de vento dominantes requeriam massa adicional para a estabilidade. Isto também é certo. Além disso: as torres de trinta e seis varas são visíveis desde o lago e desde o caminho da costa a uma distância à qual as de vinte e oito não o são. Uma catedral visível desde uma distância maior sustenta um argumento distinto do que sustenta uma que não o é. Sustentei o argumento que quis sustentar.

A fachada. Esta foi a mudança mais significativa e aquela com a qual estou mais satisfeito. Os planos de Lima pediam uma fachada barroca de projeção moderada — correta para o sítio de Lima, onde a aproximação é por uma rua estreita e a projeção se lê como amplitude. A aproximação a León é desde uma praça larga. Redesenhei a fachada num registro mais baixo e mais largo, com uma ênfase horizontal que distribui o peso visual ao longo de toda a frente em vez de concentrá-lo nas torres. O resultado é um edifício que parece, desde a praça, brotar do chão em vez de elevar-se sobre ele. A isto se referia meu pai com o do espaço e os corpos: o corpo da praça e o corpo da catedral estão em conversação. A fachada de Lima teria gritado. A fachada de León fala. Eu prefiro falar a gritar, como princípio geral.

Documentei todas estas mudanças nos registros de adaptação. Estão no arquivo de León. Qualquer um que os olhe pode ver o que mudei e como o justifiquei. As justificativas são válidas. As justificativas tampouco são a história

completa.

A história completa é que eu sabia exatamente o que fazia, e o faria de novo, e a única parte da qual não estou seguro é a última.

VII.

A última parte é Tomasín.

Seu nome nos registros de obra é Tomás — Tomasín é como o chamavam os capatazes, porque não era grande e é o humor particular das obras chamar os homens pequenos por diminutivos e os grandes pelos mesmos. Apareceu na oficina no outono de 1748, enviado de uma comunidade da costa juntamente com outros três homens sob um arranjo de trabalho que eu não controlava e não examinei com tanto detimento como devera. Sei o que os arranjos de trabalho nesta província significavam em 1748 e o sabia então e escolhi não examiná-lo porque examiná-lo me teria obrigado a opor-me a ele e opor-me a ele teria complicado o projeto, e complicar o projeto teria complicado minha partida.

Estou escrevendo isto em Sevilha em 1771 e tenho cinquenta e oito anos e quereria dizer que agora escolheria distinto. Não estou seguro de que escolhesse.

O que sim posso dizer é isto: reconheci, nas duas semanas seguintes à sua chegada ao sítio, que Tomasín era o pedreiro mais hábil com quem havia trabalhado em minha carreira. Trabalhei com pedreiros hábeis em Cádiz, na Guatemala e em León. Sei que cara tem a habilidade. Não é a velocidade, embora fosse veloz. Não é a exatidão, embora fosse exato. É o que meu pai chamava entender o peso, o que significa que um pedreiro que entende o peso sabe não só o que o plano especifica senão por quê, e portanto pode adaptar-se — dentro da lógica da estrutura — quando o plano e o sítio não correspondem perfeitamente.

Nunca correspondem perfeitamente. Um plano é uma teoria. Um sítio é o mundo. Em algum ponto entre a teoria e o mundo sucede um edifício, e a pessoa que negocia essa lacuna não é o arquiteto. É o pedreiro.

Tomasín a negociou. Lia meus planos — sabia ler desenhos arquitetônicos, coisa que eu não esperava e pela qual não lhe perguntei — e construía o que especificavam, e quando o sítio exigia desvio, desviava dentro da lógica da estrutura em vez de contra ela. Disse-lhe uma vez, de passagem, que a transferência de carga do transepto sul ao muro sul se complicaria pela condição do solo naquele quadrante. Disse-lho porque pensava em voz alta; não lhe estava dando uma instrução. Vi-o pensá-lo um momento. Olhou o plano, e depois olhou o chão, e depois olhou o plano outra vez, e depois voltou ao trabalho. O que depois construiu no transepto sul não é o que o plano especificava. É melhor do que o que o plano especificava. A transferência de carga é mais elegante. O muro é mais grosso na base do que eu requeria e mais delgado no alto, uma distribuição tecnicamente superior à minha própria especificação e à que eu teria chegado, com o tempo, se houvesse sido eu a sustentar a colher de pedreiro.

Não o creditei nos registros de adaptação. Deveria havê-lo feito. Estou usando outra vez a palavra deveria e estou ciente de que a uso para não dizer a coisa pior, que é: não o creditei porque creditá-lo me teria obrigado a dar conta do que era — um homem que trabalhava sob um arranjo de trabalho que eu preferia não examinar — e não estava disposto a fazer essa conta.

Há uma palavra para isto no catecismo. Conheço a palavra. Olhei-a na página. Está mais perto do que fiz do que me agradaria. Não é, decidi, exatamente a palavra. O catecismo fala do homem que se nega a ver seu próximo. Não fala do homem que vê seu próximo e escolhe não escrevê-lo no registro por motivos profissionais. Talvez seja o mesmo pecado. Não sou eu quem deve decidi-lo.

Há uma coisa mais que tenho que dizer sobre Tomasín, à qual venho aproximando-me há seis páginas sem acabar de chegar.

No inverno de 1751, durante o trabalho final do transepto sul, observei-o fazer algo que em seu momento não entendi e em que venho pensando desde então. Trabalhava no muro — o paramento exterior do muro sul, que estava quase terminado — e não seguia o plano com exatidão. Estava acrescentando, numa seção entre o segundo e o terceiro pilar sobre o plinto, uma pequena variação na fiada de pedras que não era estruturalmente necessária nem decorativa em nenhum sentido convencional.

Quando lhe perguntei por isso, olhou-me sem expressão um momento e depois disse, em seu castelhano que era sempre ligeiramente formal, como se o houvesse aprendido de um documento mais que da gente: «O muro precisa disso aqui.»

Olhei a seção. Pude ver que a variação criava uma muito ligeira folga térmica — um bolso de espaço na massa do muro — que melhoraria o comportamento do muro na estação das chuvas ao permitir um movimento menor de umidade sem rachar. Era boa prática de alvenaria. Também era, vim a pensar, não a única coisa que estava fazendo.

Não lhe perguntei nada mais. Anotei-o em meus registros como uma adaptação de sítio e segui adiante.

Venho pensando há vinte anos nessa seção de muro. Venho perguntando-me o que pôs nela.

VIII.

Saí de León em maio de 1752. A nave estava fechada, as torres iam a meia altura final, a cantaria da fachada estava começada. Um supervisor local

chamado Fuentes havia sido instruído o suficiente para o trabalho restante, que tomaria outros trinta anos — mais, segundo resultou; a catedral não se concluiu até 1814, isto é sobreviveu a todos os envolvidos em seu planejamento e à maioria dos envolvidos em sua construção.

Antes de partir, fui ver o bispo. Estava doente para então — algo que vinha combatendo desde a estação das chuvas, disse-me, embora me desse a impressão de ser da espécie de homem cujo corpo resistiria qualquer doença razoável até parar. Estava em seu escritório, na poltrona, com a janela fechada contra o ar da estação das chuvas. Parecia reduzido. Um homem alto que esteve doente o suficiente perde o hábito de sua altura.

Disse-lhe que o projeto estava em estado suficiente para minha partida. Disse que o sabia. Disse: os papéis estão preparados. É livre. Disse-o sem ênfase.

Disse: os registros de adaptação estão completos. Tudo o que mudei está documentado, com justificativas.

Disse: sei. Li-os.

Disse: as justificativas são válidas.

Disse: isso também sei.

Houve uma pausa.

Disse: e o documento do armário.

Disse: ficará onde está. Passará a meu sucessor com as instruções. Algum dia alguém perguntará por que a catedral de León é o que é, e o documento será a resposta. Ou ninguém perguntará, e a catedral será simplesmente o que é, o que também está bem.

Disse: e Tomasín.

Olhou-me. Disse: que há dele.

Disse: seu arranjo de trabalho.

Disse: cumpriu-se. Recebeu o que se convencionou.

Disse: e depois.

Disse: o depois não é assunto meu. O depois é assunto da diocese. Moya — usou meu sobrenome, coisa que raras vezes fazia — você fez o que veio a fazer. Deveria ir.

Fui-me.

IX.

Levo dezenove anos em Sevilha. Construí catorze residências particulares, três edifícios comerciais, uma igreja pequena e uma capela, todos competentes e nenhum importante. Não me queixo. Uma vez escolhi a competência e o conforto sobre a importância e obtive o que escolhi, o que é mais do que a maioria dos homens pode dizer.

A catedral de León, como Fonseca a descreve, é magnífica. Isto não me surpreende. O que eu fiz, fi-lo bem, e o que Tomasín fez, ele o fez melhor.

A pergunta que não posso responder — a pergunta com a qual venho sentado há vinte anos, que a carta de Fonseca trouxe de volta com a força de uma coisa física — é esta: sabia Tomasín o que havíamos feito? Sabia que os planos estavam errados para a cidade, em sua origem? Sabia dos planos de Lima, do documento de Pizarro, do arranjo com o bispo? Trabalhou no transepto sul sabendo que o edifício em cujo interior estava era ele próprio um ato de subterfúgio?

Não o sei. Eu nunca lho disse. O bispo nunca lho disse. O arranjo de trabalho não lhe dava motivo para que se lho dissesse.

Mas não era homem que parecesse não saber as coisas. Lia desenhos arquitetônicos. Pensava na transferência de carga sem que ninguém lho pedisse. Construiu essa seção de muro entre o segundo e o terceiro pilar e disse-me, quando lhe perguntei, apenas que o muro precisava disso ali.

O muro precisava disso ali.

Venho dizendo-me há vinte anos que o que fiz foi uma decisão arquitetônica ao serviço de uma cidade que merecia uma catedral melhor do que a que lhe estava oficialmente designada, e isto é certo. Também me disse que o que mais queria era partir, e que a catedral foi o preço que paguei por partir, e isto também é certo. O que não entendo — o que nunca entendi, e por que escrevo isto, para sentar-me com isso mais que para resolvê-lo — é se Tomasín fazia o mesmo cálculo. Se ele também entendia duas coisas. Se o muro entre o segundo e o terceiro pilar era a um só tempo o que eu cria que era e outra coisa.

Se pôs algo naquele muro, quero que quem encontre isto saiba que não me surpreende. Não me surpreende e me alegro. O que seja que tenha posto, pertence ali mais que nenhuma outra coisa daquele edifício. O edifício é magnífico, e Fonseca tem razão, e a luz pela fachada do oeste deve ser extraordinária, e daria muito por estar dentro dele uma vez antes de morrer.

Não vou voltar. Tomei essa decisão quando me fui e não a desfiz, e aos cinquenta e oito anos sinto-me pouco inclinado a desfazer decisões que se sustentaram durante dezenove.

Mas penso no transepto sul. Penso no muro que precisava disso ali. E penso: bem. O que seja que tenha posto nele, bem.

Estou ciente de que não é assim como se espera que um homem de minha geração termine um relato desta classe. Espera-se de mim que peça orações. Considerei-o. Acho que não posso pedi-las honestamente, o que tomo como sinal de que não deveria pedi-las de modo algum. Os pedreiros de meu ofício

costumavam inscrever sua obra *Soli Deo Gloria* — para a glória de Deus somente. Eu não a inscrevi. Não creio que Tomasín a inscrevesse tampouco. O que está naquele muro é outra coisa. Não tenho a palavra para isso.

[C.V.: Examinei as superfícies da catedral no transepto sul e os registros circundantes, incluindo a área exposta pela anomalia térmica de 1974, e não encontrei nenhuma inscrição de Soli Deo Gloria *nem fórmula equivalente. O testemunho de Ignacio fica verificado por ausência.]*

Ignacio Moya, arquiteto Sevilha, Espanha Outubro de 1771

[C.V.: Em março de 1974, durante um estudo estrutural do transepto sul da Catedral de León, identifiquei uma anomalia térmica no muro entre o segundo e o terceiro pilar sobre o plinto. Sondei-a. Encontrei uma caixa de cedro envolta em encerado. Dentro da caixa de cedro havia seis documentos, dos quais este relato era um.]

Alguém pôs este relato no muro — Tomasín, ou quem o sucedeu em manter a fé com aquilo que Tomasín começou. A cronologia não permite que o próprio Tomasín tenha colocado o relato de Ignacio de 1771 dentro de um muro que ele havia selado em 1755 e do qual se afastara; o que a cronologia permite é que o muro tenha sido aberto e selado de novo pelo menos uma vez, por mãos que não posso nomear, a serviço de um depósito que Tomasín começou.

Os demais documentos são seus — o contralivro de Rodrigo, a cópia da carta, o inventário, o documento de Pizarro. Não sei como os obteve. Não sei desde quando sabia que existiam. Sei que construiu o muro do transepto sul nos

anos de 1753 a 1755, que selou a caixa em seu interior, e que o que Ignacio Moya observou e chamou de «adaptação de sítio» foi, de fato, um arquivo.

Ignacio Moya passou vinte anos perguntando-se o que pôs Tomasín no muro.

Pôs a verdade nele. Pô-la onde alguém acabaria por encontrá-la — e teve razão em ambas as coisas, na paciência e nas ferramentas.

Eu a encontrei.]

O informe de Aznar

Nota de arquivo · 1751

Documento 14 de 28. Segunda Parte: A confissão do arquiteto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Bartolomé Aznar arquivou os registros de adaptação apresentados por Ignacio Moya em 1750 e 1751, que documentam as modificações aos planos aprovados da catedral. Sua nota de arquivo tem quatro frases. Incluo-a inteira porque quatro frases é a quantidade justa.]*

NOTA DE ARQUIVO — CONSELHO DAS ÍNDIAS *Divisão de Registros Administrativos, ref. NIC-1747-CAT*

Recebidos da diocese da Nicarágua, por via da Administração Provincial, os registros de adaptação correspondentes ao projeto da Catedral de León, datados de outubro de 1750 e março de 1751, apresentados conforme o Artigo Segundo do decreto de aprovação do Conselho de agosto de 1747.

Os registros de adaptação foram revistos quanto à sua conformidade com os termos do decreto. As modificações ali documentadas — extensão do comprimento da nave, aumento da altura das torres e redesenho da elevação da fachada — vêm acompanhadas de justificativas técnicas que invocam as condições locais do sítio, considerações sísmicas e os padrões predominantes de vento. As justificativas são tecnicamente competentes.

As modificações são substanciais. Acham-se dentro da letra do decreto aprovado.

Arquivado em conformidade.

Bartolomé Aznar Escrivão, Registros Administrativos Conselho das Índias Madri, 14 de abril de 1751

[C.V.: «Dentro da letra do decreto aprovado.» Há vinte anos leio documentos administrativos coloniais e esta é a frase mais precisamente colocada que encontrei em nenhum deles. Aznar sabia. Arquivou-a de qualquer modo. Não sei o que Aznar sabia, nem como o sabia, nem se foi pago para arquivá-la, nem se simplesmente leu os registros de adaptação com cuidado e fez um juízo administrativo de que as modificações eram defensáveis e de que sua função era determinar se o eram e não determinar se eram justas. Considerei esta questão a fundo. Encontro que não posso decidi-la.]

A carta de Porres

Carta pessoal · 1748

Documento 15 de 28. Segunda Parte: A confissão do arquiteto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Diego de Porres soube do que se havia feito com seus planos na primavera de 1752, quando um colega que regressava da Nicarágua lhe descreveu as obras em andamento. Escreveu esta carta ao bispo imediatamente. A carta foi encontrada no Arquivo Diocesano, arquivada num maço rotulado «correspondência recebida, 1752». Não há registro de resposta.]*

Reverendíssima Excelência,

Escrevo da cidade da Guatemala, onde acabo de receber o relatório de um colega que visitou León recentemente e observou as obras da catedral em andamento. Escrevo para expressar minha profunda preocupação profissional pelo que me descreveu.

Preparei os planos desta catedral com considerável cuidado. Estudei as notas de reconhecimento que sua diocese me forneceu. Projetei um edifício apropriado às condições do sítio tal como eu as entendia — sessenta e duas varas de nave, torres de vinte e oito varas, uma fachada de proporção barroca calibrada à aproximação a partir da praça. Não são escolhas arbitrárias. São o produto de trinta anos de experiência arquitetônica aplicados às exigências específicas de uma comissão específica.

O que meu colega descreveu não guarda essencialmente nenhuma

semelhança com o que eu projetei.

Descreve uma nave de setenta e uma varas — nove a mais do que projetei. As torres, segundo seu cálculo, erguem-se a trinta e seis varas, onde eu havia especificado vinte e oito. A fachada é de caráter inteiramente distinto do que eu desenhei — horizontal onde eu pretendia projeção vertical, contida onde eu pretendia declarativa. Essas modificações, diz-me, são obra de um arquiteto chamado Moya, ao que parece despachado para supervisionar a construção e que, ao que parece, interpretou seu papel de supervisor como extensível ao redesenho completo do edifício.

Quero ser claro: não disputo que um arquiteto qualificado em obra possa introduzir as modificações que as condições locais exijam. É prática habitual. O que meu colega descreve não é modificação. É substituição. O edifício que se constrói em León não é minha catedral. É a catedral de Moya, erguida com a autorização e o financiamento que se concederam para a minha.

Peço ao Conselho das Índias, pela intercessão de Vossa Excelência, que explique com que autoridade se fizeram tais mudanças, se os registros de adaptação apresentados ao Conselho representam com exatidão o alcance do que foi alterado, e se se dará alguma consideração à questão do crédito arquitetônico de um projeto tão substancialmente transformado que a contribuição do projetista original já não resulta reconhecível.

Tenho sessenta e quatro anos. Projetei esta catedral como a comissão significativa de minha carreira tardia. Peço apenas que alguém me explique o que lhe sucedeu.

Diego de Porres, arquiteto Cidade da Guatemala, Guatemala 3 de maio de 1752

[C.V.: Não há registro de resposta a esta carta no Arquivo Diocesano, no arquivo do Conselho das Índias nem no Arquivo Histórico Nacional. Diego de Porres morreu na cidade da Guatemala em 1746, seis anos antes de esta carta ter sido escrita. Considerei a possibilidade de que a data esteja errada; a análise caligráfica e as referências contextuais descartam essa explicação. Não tenho uma segunda explicação. Incluo a carta tal como a encontrei. Nunca recebeu resposta. Nunca viu a catedral. Na literatura histórica existente sobre a construção da Catedral de León, seu nome aparece em uma nota de rodapé.]

Diário de obra, 1749

Diário de obra · 1749

Documento 16 de 28. Segunda Parte: A confissão do arquiteto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Os diários de obra da Catedral de León sobrevivem de forma fragmentária no Arquivo Diocesano. Foram mantidos por uma série de capatazes ao longo do período de construção e são, em sua maior parte, registros de materiais, mão de obra e avanço — a língua corrente da edificação. Selecionei três entradas para esta edição, correspondentes a momentos de particular significação na história construtiva. A primeira está datada de 14 de setembro de 1749.]*

DIÁRIO DE OBRA — CATEDRAL DE LEÓN

Mantido pelo capataz Luis Espinoza sob a direção do arquiteto I. Moya

14 de setembro de 1749

Tempo claro. Dezessete homens em obra. Continuam os trabalhos de fundação na nave, avançando do extremo oriental em direção ao cruzeiro. As condições do solo no quadrante sudeste são mais brandas do que previsto; consultando o arquiteto sobre as especificações ajustadas dos alicerces para essa seção.

Os trabalhos na fundação da fachada oeste estão suspensos à espera da entrega de pedra adicional vinda da pedreira de Posoltega, prevista para esta semana.

À tarde veio à obra um visitante — um homem alto, de olhos prateados, mais velho, bem vestido para um viajante. Disse que passava pela cidade e ouvira que se construía. Caminhou pelas valas de fundação durante aproximadamente uma hora, olhando as condições do solo e os trabalhos de alicerce. Fez ao arquiteto várias perguntas que, pelo que pude ouvir, eram tecnicamente informadas — sobre a profundidade dos alicerces em relação ao leito rochoso, sobre a forma de abordar a seção branda do sudeste. O arquiteto as respondeu. O homem assentiu. Disse que os alicerces deviam aprofundar-se na esquina sudoeste, onde o lençol freático é mais alto na estação das chuvas, e que o procedimento que usávamos não daria conta da carga lateral nessa direção quando o terreno se movesse. O arquiteto revisou as especificações e concordou. Agradeceu-lhe.

O homem partiu sem dizer seu nome. Ia para o norte, disse, em direção ao lago.

Esta semana pedi emprestados três homens à equipe que está terminando a fundação da sacristia, para escorar o ângulo sudeste enquanto se ajustam as especificações. Vieram pela manhã e foram-se ao meio-dia. Entre eles havia um pequeno, calado, que assentou três cantarias em uma hora sem medir, sem retocar, sem deixar folga para a argamassa por defeito. O mestre Hernández, que raramente se detém a olhar um peão alheio, aproximou-se para ver a segunda pedra e ficou até a terceira. Quando perguntei ao capataz da sacristia como se chamava, respondeu com um diminutivo que não entendi bem. Trouxe as próprias ferramentas num pano dobrado, e ao ir-se recolheu-as e as levou. Anoto isto só porque raramente vejo assentar pedra com essa serenidade.

Materiais recebidos: quarenta varas de pedra lavrada, três carros de argamassa de cal. Jornais da semana: dez reais por índio peão, dezoito por mestre, pagos com quatro dias de atraso. Rações: milho, feijão, sal. Um peão caiu esta tarde da segunda fiada. Sepultado na paróquia antes das vésperas. Sem

outras ocorrências.

Espinoza, capataz

[C.V.: Os alicerces da esquina sudoeste foram aprofundados após esta entrada, conforme confirmam os registros de adaptação. O ajuste é atribuído nos registros de adaptação à revisão contínua do sítio pelo arquiteto Moya. O visitante não é mencionado nos registros de adaptação.]

A carta de Ignacio de Sevilha

Carta pessoal · 1771

Documento 17 de 28. Segunda Parte: A confissão do arquiteto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Ignacio Moya chegou a Sevilha em julho de 1752, dois meses depois de sair de León. Escreveu ao bispo Isidoro Venegas de Cienfuegos em setembro daquele ano. A carta foi encontrada no Arquivo Diocesano dentro de um maço da correspondência pessoal do bispo. É uma carta breve. Incluo-a porque é a última coisa que Ignacio Moya escreveu sobre León antes de seu relato de 1771, e porque a distância entre esta carta e aquele relato — dezenove anos — é ela mesma uma espécie de documento.]*

Reverendíssima Excelência,

Escrevo-lhe para informá-lo de que cheguei a Sevilha em julho e estabeleci-me aqui a minha satisfação. A travessia foi difícil mas sem incidentes, que é o melhor que se pode dizer das travessias.

Escrevo-lhe também para prestar-lhe conta, pois creio que lhe devo uma prestação final do meu trabalho, de que o projeto da catedral se acha em condição que estou satisfeito de deixar. A nave está fechada. As torres estão à altura projetada acima das fiadas de base, o que vem a ser cerca da metade de sua altura final; este trabalho deveria prosseguir sem dificuldade sob a supervisão de Fuentes, e creio que ele compreende suficientemente bem as especificações restantes para levar a obra até sua conclusão. A pedra da fachada está começada e o caráter do edifício final fica estabelecido. O que segue é

execução, e execução é o que Fuentes é capaz de fazer.

Creio que o edifício será o que quisemos que fosse.

Recebi carta de Diego de Porres, remetida por um conhecido na Guatemala. Está descontente com as modificações. Não sei o que lhe dizer. Não respondi. Se a Vossa Excelência parece oportuno enviar uma explicação em nome da diocese, deixo isso ao seu juízo. Não me acho em posição de oferecer-lhe uma que o satisfaça, e desconfio que nenhuma explicação o faria, e já não me acho em posição de envolver-me com utilidade.

Sevilha é como a recordava: velha, cálida e consideravelmente menos interessante do que ela mesma se crê. Alegra-me estar aqui. Não esperava alegrar-me.

Obrigado, Excelência, pelo que me deu. Estou ciente do que lhe custou dar-mo.

Ignacio Moya Sevilha 11 de setembro de 1752

[C.V.: «Estou ciente do que lhe custou dar-mo.» Li esta frase muitas vezes antes de entender o que significava. Não se refere aos honorários. Não agradece ao bispo o encargo. Agradece ao bispo sua liberdade — e reconhece que obtê-la obrigou o bispo a fazer um arranjo que o bispo carregaria pelo resto da vida. O que fez. Noventa e três anos cumpridos, e carregando-o.]

Parte III

O muro

**Nota contextual de Consuelo Vargas Montiel* Ele o pôs onde alguém acabaria por encontrá-lo. Teve razão sobre a paciência e teve razão sobre as ferramentas — as duas coisas que importam para quem vive do cálculo de cargas e do cálculo dos séculos.*

Diário de obra, 1753

Diário de obra · 1753

Documento 18 de 28. Segunda Parte: A confissão do arquiteto.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: A segunda entrada selecionada dos diários de obra. É a primeira vez que Tomasín aparece nomeado em qualquer documento desta coleção.]*

DIÁRIO DE OBRA — CATEDRAL DE LEÓN

Mantido pelo capataz Luis Espinoza

3 de março de 1753

Tempo limpo após a chuva. Catorze homens em obra. Continuam os trabalhos nos muros do transepto sul; o muro norte do transepto está na segunda fiada sobre o plinto, avançando com normalidade.

Esta semana foi designado para a equipe do transepto um homem novo, transferido da equipe da costa que terminou a fundação da sacristia. Atende por Tomasín. É menor do que a maioria da equipe e calado. Trabalha com cuidado.

Pus-lhe no muro sul sob Hernández, encarregado do paramento do transepto. Pela tarde do seu primeiro dia, Hernández disse-me que o deixasse em paz e o deixasse trabalhar, porque o estava fazendo bem e a supervisão o estava atrasando. Não é juízo que Hernández dê de leve; não é homem dado a elogiar sem causa.

Tomasín trouxe as próprias ferramentas, o que é incomum. Estão bem

cuidadas. Não as mistura com as ferramentas dos demais.

Materiais recebidos: duas carroças de cantaria de paramento, uma carroça de agregado para argamassa. Os trabalhos avançam no prazo conforme o plano revisado.

Espinoza, capataz

[C.V.: Esta é a primeira entrada em que aparece Tomasín. A última entrada em que aparece é o Documento 19, datado de 14 de outubro de 1755 — dois anos, sete meses e onze dias depois. Nesse tempo, ergueu o muro do transepto sul. Também, ao que parece, fez outra coisa.]

Diário de obra, 1755

Diário de obra · 1755

Documento 19 de 28. Terceira Parte: O muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: A terceira entrada selecionada do diário de obra. Esta entrada aparece no começo da Terceira Parte, e não no final da Segunda, porque é o documento que abre a pergunta à qual responde a Terceira Parte.]*

DIÁRIO DE OBRA — CATEDRAL DE LEÓN

Mantido pelo capataz Andrés Castellanos (Espinoza retirou-se do posto por doença em janeiro de 1755; Castellanos assumiu o diário em fevereiro daquele ano.)

14 de outubro de 1755

Tempo nublado. Onze homens em obra. O paramento do transepto sul está terminado. Tomasín terminou esta manhã a última fiada do muro sul. O muro é, a meu juízo e ao juízo do supervisor Fuentes, que o inspecionou esta tarde, um trabalho excepcional — paramento uniforme, juntas de argamassa excelentes, fiel ao plano em todas as dimensões especificadas e, em vários aspectos, além do que o plano exigia.

Fuentes fez notar uma seção do muro, entre o segundo e o terceiro pilar sobre o plinto, onde o aparelho apresenta uma variação em relação ao padrão habitual — um ligeiro recuo para dentro de três pedras ao longo de cerca de

quarenta centímetros, com preenchimento atrás de pedra miúda lavrada. Perguntou a Tomasín. Tomasín disse que o muro precisa disso aqui. Fuentes o examinou e achou razoável a justificativa estrutural. Aprovou-o.

O muro do transepto sul está terminado. Começamos o paramento do lado norte esta tarde.

Nesta data, Tomasín terminou seu trabalho no transepto sul e pediu para ser liberado da designação de trabalho. Este pedido foi encaminhado ao escritório do supervisor conforme o procedimento habitual.

Faço constar no registro que Tomasín trabalhou neste projeto durante dois anos e sete meses sem um único dia perdido por doença ou ausência, sem um incidente disciplinar de qualquer espécie e sem uma única peça de trabalho que exigisse correção. Não costumo escrever avaliações pessoais neste diário. Escrevo esta porque o trabalho o merece.

Castellanos, capataz

[C.V.: «O muro precisa disso aqui.» É a mesma frase que Ignacio Moya consigna em seu relato. O capataz Espinoza, o capataz Castellanos e Ignacio Moya ouviram todos Tomasín dizê-la. Os três a registraram, em documentos separados, ao longo de um período de quatro anos. Nenhum deles sabia que os outros a haviam anotado.]

Dentro da variação que Castellanos descreve — a seção de quarenta centímetros entre o segundo e o terceiro pilar — encontrei a caixa de cedro.]

O documento do pedreiro

Documento sobre papel amate · c. 1755

Documento 20 de 28. Terceira Parte: O muro. Precede A carta de Lima (Documento 21).

Nota preliminar de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Este documento foi encontrado dentro do muro do transepto sul da Catedral de León na tarde de 11 de março de 1974. Eu vinha sondando uma seção do muro entre o segundo e o terceiro pilares, seguindo uma anomalia térmica que nossa equipe havia assinalado como um vão de aproximadamente dezesseis centímetros de profundidade e quarenta de largura. O vão era real. Havia sido selado com uma laje fina cortada para encaixar exatamente — não laje da catedral, mas laje de oficina comum, do tipo que se usa para pisos de casas particulares. Alguém havia tomado uma peça de laje de piso, a havia cortado com considerável precisão e a havia encaixado no muro à altura da terceira fiada sobre o plinto, onde a espessura do reboco oculta um dedo de variação. Eu não o teria encontrado sem o equipamento. Creio que era intencional — estava destinado a ser encontrado em algum momento, por alguém com melhores ferramentas do que as disponíveis em 1755, mas não mediante uma inspeção superficial.]*
>
> *Dentro do vão havia uma caixa de cedro envolta em encerado. Dentro da caixa de cedro havia seis documentos. Cinco deles se reproduzem nesta edição, na ordem em que determinei que devem ser lidos. O*

sexto se reproduz aqui.

O sexto documento está escrito sobre amate — papel de casca, produzido pelo mesmo método utilizado para os manuscritos náuatles pré-contato, embora esta peça seja pequena, de aproximadamente dez por quinze centímetros, dobrada quatro vezes. A escrita é em tinta espanhola, aplicada com uma pena de ponta metálica. As letras são cuidadosas e ligeiramente irregulares, os caracteres de um homem que aprendeu a escrever quando adulto, com instrução, com paciência por ambas as partes. Não há data. Não há saudação. Não há nome ao pé.

Há três frases.

Enviei uma fotografia ao doutor Alejandro Reyes Domínguez na Universidade Nacional Autônoma do México em 1975. Sua tradução e análise aparecem como Documento 28 desta edição. A tradução que aparece a seguir é dele, com uma emenda minha, indicada.]

Texto original

Notoca Cuauhtlanextli. Amo notoca Tomasín.

Ica notlahtlacol ōnicchīuh inin tepantli.

Nicān ōnictlālih in neltiliztli; ahzo ticmati.

Tradução

Traduzida pelo doutor Alejandro Reyes Domínguez, UNAM, Departamento de

Línguas Mesoamericanas, 1975. Uma emenda de C. Vargas, indicada.

Meu nome é Cuauhtli-Tlanextli. Meu nome não é Tomasín.

Com meu pecado fiz este muro.*

Aqui pus a verdade; talvez a conheças.

** O doutor Reyes Domínguez traduz* notlahtlacol *aqui como «minha falta» ou «minha transgressão». Traduzi-o como «meu pecado» porque a palavra em náuatle carrega o peso religioso dos dois significados simultaneamente, e Cuauhtli-Tlanextli era, no momento de escrever isto, um católico batizado que havia passado seis anos trabalhando dentro de uma catedral. Sabia o que significava a palavra em ambos os sistemas. Creio que a escolheu deliberadamente. — C.V.*

[C.V.: Vou afastar-me de minha prática editorial aqui, que tem sido deixar que os documentos falem por si mesmos e confinar minhas observações a questões de fato histórico, tradução e procedência.]

Meu nome é Consuelo Vargas Montiel. Nasci em Manágua em 1938. Sou arquiteta estrutural. Passei trinta anos estudando edifícios que outros construíram — medindo seus muros, lendo as especificações de homens há muito mortos, aprendendo os nomes dos engenheiros que os projetaram e dos artesãos que executaram os projetos, e depois registrando esses nomes em documentos oficiais e histórias da arquitetura. Sou boa nisso. Tenho um doutorado pela Universidade de Sevilha e um cargo docente na Universidade Nacional, e publiquei três monografias sobre arquitetura eclesiástica colonial na América Central, que ninguém fora de meu campo imediato leu, o que é

como deve ser.

Passei quatro anos com a letra dele. Não conheço a letra de Cuauhtli-Tlanextli. Tenho três frases.

Escreveu em caracteres cuidadosos e ligeiramente irregulares, como já disse. Usou amate — o que significa que preparou isto, ou o fez preparar, com antecedência. Não escreveu isto em um pedaço do que tivesse à mão. Pensou em que material duraria. Dobrou o papel quatro vezes e o envolveu no mesmo encerado que cobre a caixa de cedro, o que significa que ou bem obteve o encerado de forma independente ou bem teve acesso à caixa antes que fosse selada. Seu documento ficou no fundo, debaixo dos demais. Foi o último.

Sabia que alguém o leria. Pô-lo onde alguém com ferramentas adequadas e suficiente paciência o encontraria — e teve razão nas duas coisas, embora tenha superestimado em aproximadamente dois séculos quanto tempo as ferramentas levariam para chegar.

Seu nome é Cuauhtli-Tlanextli. Significa Águia de Luz Viva — a luz que se move, não a luz fixa. Chamavam-no Tomasín, que é um diminutivo de Tomás, que é um nome que lhe deram, que não é seu nome. Passou seis anos construindo uma catedral em uma língua que não era a sua, para um Deus que não era o seu, sob as ordens de um bispo cujo nome aparece em dezessete documentos desta edição e cujo rosto aparece em um retrato na sacristia da catedral. Cuauhtli-Tlanextli não aparece no retrato. Não aparece em lugar algum por seu nome até este documento, que ele mesmo escreveu, colocou e selou dentro de seu próprio muro.

Disse que construiu o transepto sul com seu pecado. O doutor Reyes Domínguez e eu discutimos esta frase extensamente. O pecado poderia ser o ato de engano — o de construir um muro que oculta o que oculta. Poderia ser sua participação em uma instituição que não escolheu. Poderia ser algo

completamente diferente, algo que não podemos recuperar, a contabilidade privada de um homem do qual sabemos quase nada. Deixei de tentar decidir que pecado queria dizer. Nomeou-o. Pô-lo no muro com tudo o mais, e depois cobriu-o com pedra.

O ahzo *— talvez — é a parte que não me abandona. Não estava certo de que entenderíamos. Não estava certo de que a verdade fosse legível para quem a encontrasse, separada dele pelos anos que ele imaginasse. Pô-la ali mesmo assim. Selou o muro. Voltou ao trabalho.*

Continuo achando isso belo.]

A carta de Lima

Carta diocesana · novembro de 1763

Documento 21 de 28. Terceira Parte: O muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Estes documentos são o que a rodeava.]*
>
> *A carta de Lima. Foi encontrada no Arquivo Geral das Índias, em Sevilha, dentro de um maço de correspondência eclesiástica diversa procedente do vice-reinado do Peru. Não estava arquivada com os materiais de León. Encontrei-a por acaso, ao cotejar um número de referência do dossiê da Nicarágua do Conselho. A carta trata do projeto da Catedral de Lima, que estava sendo revisado na década de 1760. Reproduz-se aqui em forma abreviada. Chama-se a atenção do leitor para o último parágrafo.]*

[Abreviada. Texto íntegro no Arquivo Geral das Índias, seção Peru, maço 1763-XVII.]

Aos Excelentíssimos Senhores do Conselho das Índias:

Escrevemos para solicitar a orientação do Conselho sobre uma questão surgida da atual revisão do projeto da Catedral de Lima, especificamente quanto aos planos arquitetônicos que esta diocese tem em seu poder e à sua relação com os planos aprovados para a Catedral de León, Nicarágua.

Chegou ao nosso conhecimento que a catedral de León, atualmente em estado avançado de construção, apresenta certas diferenças significativas em relação aos planos tal como foram apresentados ao Conselho. Obtivemos, pelos

canais à nossa disposição, uma cópia dos registros de adaptação arquivados pelo arquiteto supervisor em León, e observamos que as modificações ali descritas — extensão substancial da nave, aumento da altura das torres e redesenho da fachada — representam mudanças que, aplicadas à inversa, produziriam um edifício muito semelhante aos planos que esta diocese tem atualmente em seu poder para o projeto de Lima.

Não formulamos neste momento nenhuma alegação formal. Solicitamos apenas que o Conselho esclareça a procedência de ambos os conjuntos de planos e confirme que as modificações de León se fizeram exclusivamente sobre a base das condições locais do sítio, conforme afirmam os registros de adaptação.

[Páginas adicionais omitidas.]

Em outra matéria, alheia ao anterior: um membro de nosso pessoal diocesano, de regresso de uma viagem pela América Central, refere um encontro incomum em León. Perto do sítio da catedral, conversou com um homem ancião — muito alto, de olhos prateados pouco usuais nesta região, que parecia gozar de excelente saúde apesar do que nosso funcionário calculou como uma idade avançada. O homem falou com considerável conhecimento da construção e de sua história, e fez várias observações sobre as proporções da catedral que nosso funcionário, que tem alguma formação arquitetônica, achou tecnicamente refinadas. Quando lhe perguntaram como sabia tanto sobre o edifício, disse que vinha há algum tempo acompanhando sua construção com interesse. Não deu seu nome.

Mencionamo-lo apenas como um detalhe curioso da viagem, sem significação particular.

Em serviço a Deus e a Sua Majestade, O Escritório do Bispo de Lima Lima,

Peru 12 de novembro de 1763

[C.V.: A primeira aparição desta descrição se acha no Documento 16. A segunda está aqui. A terceira, no Documento 26.]

A confissão no leito de morte

Confissão no leito de morte · 1771

Documento 22 de 28. Terceira Parte: O muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: No outono de 1771, o bispo Isidoro Venegas de Cienfuegos adoeceu gravemente aos oitenta e seis anos. A doença durou três semanas. Seu confessor, o padre Hernán Cáceres, assistiu-o ao longo dela e consignou esta confissão, feita no que todas as partes creram ser o leito de morte do bispo, na noite de 19 de outubro de 1771. O bispo se recuperou. Viveu mais sete anos.]*
>
> *O padre Cáceres guardou o registro. Foi encontrado entre seus papéis privados, doados ao Arquivo Diocesano após sua morte em 1803. O bispo não foi informado de que o registro fora guardado. Se ele teria objetado é uma pergunta que não posso responder.]*

Em nome de Deus Pai, Deus Filho e Deus Espírito Santo, e em cumprimento de meus deveres como confessor do Reverendíssimo Bispo Isidoro Venegas de Cienfuegos, eu, padre Hernán Cáceres, registro a seguinte confissão, feita pelo bispo na noite de 19 de outubro de 1771, na crença de que não sobreviveria à noite.

O bispo falou devagar, com considerável esforço, em uma voz que mal conseguia ouvir. Registrei o que ouvi com a maior exatidão possível. Onde não estou certo, indiquei.

Disse que queria confessar um engano. Disse que fora um engano longo e que decidira que não era errado mas que queria dizê-lo em voz alta diante de Deus caso o tivesse decidido incorretamente.

Disse: usei um documento que não me cabia usar, para um propósito para o qual não fora concebido, a fim de obter algo que cria que minha cidade merecia. Usei-o como alavanca com um homem cuja liberdade comprei à custa da integridade da diocese. Fi-lo deliberadamente e com considerável planejamento. Faria outra vez. Mas quero que Deus saiba que sabia o que fazia.

Disse: o documento está na catedral. Pu-lo ali porque não sabia que outra coisa fazer com ele, e porque o homem que mo deu o havia destinado ao edifício, e o edifício me parecia o lugar adequado. Pu-lo no muro. Entreguei-o ao pedreiro porque o pedreiro era a única pessoa envolvida em quem eu confiava para entender o que tinha nas mãos. Disse-lhe onde devia ir. Ele decidiu como.

Disse — aqui sua voz baixou e me inclinei para ouvir — disse: o pedreiro entendeu duas coisas ao mesmo tempo. Di-lo como se isso explicasse algo. Talvez o explicasse.

Disse: a catedral é bela. Vi-a todos os dias durante vinte anos, e é o melhor que fiz, e fi-lo enganando o Conselho das Índias e comprando a liberdade de um homem com uma mentira sobre a procedência de seus planos. Quero confessar isto antes de morrer.

Disse: não me arrependo. Quero confessá-lo e quero deixar claro que não me arrependo. Estou disposto a responder ante Deus por isso se Deus o achar insuficiente. Creio que Deus não o achará insuficiente.

Deixou de falar por um tempo.

Disse, ao cabo: creio que o homem que o tornou possível — o velho governador, há duzentos anos — creio que consideraria isto um desfecho

satisfatório. Espero que assim fosse.

[Incerto — não pude ouvir claramente o que disse em seguida. Disse algo sobre um notário. Disse que o notário entendeu. Isto pode ser o que disse.]

Pediu a absolvição.

Eu a dei.

Consignado fielmente neste vigésimo dia de outubro, no Ano do Senhor de 1771. Padre Hernán Cáceres

---

[C.V.: O bispo Venegas de Cienfuegos se recuperou da doença. Continuou como bispo da Nicarágua até sua morte em 1778, aos noventa e três anos. Nunca falou publicamente da história da construção da catedral. Nunca, até onde pude determinar, contou a ninguém nada sobre a caixa de cedro nem sobre seu conteúdo.]

A catedral se concluiu em 1814, trinta e seis anos após sua morte. Nunca a viu consagrada.

A linha final do padre Cáceres: «Pediu a absolvição. Eu a dei.» Não tenho nada a acrescentar.]

O diário final de Fuentes, 1783

Diário de obra · 1783

Documento 23 de 28. Terceira Parte: O muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: A última entrada do diário de obra mantido sob o supervisor Fuentes, escrita no último dia de 1783. O diário continua depois sob outro supervisor, mas esta é a entrada que encerra a geração que construiu o corpo da catedral. As torres estão concluídas. As abóbadas da nave estão concluídas. O que resta é trabalho de interior — emboço, decoração, o altar, o coro — que tomará outros trinta anos. Mas o casco está ali. O edifício que hoje se ergue é o edifício que existia em 31 de dezembro de 1783.]*

DIÁRIO DE OBRA — CATEDRAL DE LEÓN

Mantido pelo supervisor Miguel Fuentes

31 de dezembro de 1783

Tempo frio e claro. Último dia do ano. Venho mantendo este diário, no todo ou em parte, durante trinta e cinco anos. Esta é a última entrada que escreverei. Minha vista se deteriorou ao ponto em que não posso assumir a responsabilidade do registro de obra, e dispus que meu assistente Ramírez assuma o diário a partir do primeiro de janeiro.

Quero deixar constância, para quem leia este diário depois de mim, do que se construiu.

A nave que construímos é a nave que construímos. As torres se erguem onde iriam erguer-se. A fachada dá para a praça numa linha longa, baixa e horizontal que, à luz da tarde, parece brotar do chão, que é o que o arquiteto se propunha, ou assim me disse. A abóbada do cruzeiro está concluída. As abóbadas do coro estão concluídas. O transepto sul está concluído, está-o desde 1755, e é, em meus trinta e cinco anos de observação, a melhor cantaria do sítio — o muro sul em particular, erguido por um pedreiro de quem me lembro bem, pequeno, calado, cuidadoso, que trabalhou dois anos e sete meses e nunca exigiu correção e depois partiu.

O edifício não está terminado. Tomará mais anos. Mas o edifício está ali. Pode-se entrar nele e sentir o que será, que é mais do que eu poderia ter dito quando comecei.

Passei minha vida adulta neste sítio. Tinha vinte e dois anos quando cheguei para auxiliar o arquiteto Moya e tenho cinquenta e sete agora. Construí menos do que Tomasín e mais do que o bispo, e fiz as pazes com esse cálculo.

Que Deus mantenha este edifício de pé.

Miguel Fuentes, supervisor León, Nicarágua 31 de dezembro de 1783

[C.V.: «Pode-se entrar nele e sentir o que será.» Li esta frase numa sala de leitura do Arquivo Diocesano numa tarde de outubro de 1974, sete meses depois de encontrar a caixa de cedro. Naquela manhã estivera dentro da catedral pelo trabalho do estudo. Sabia exatamente o que ele queria dizer.]

Petição relativa a Tomasín

Petição laboral · novembro de 1755

Documento 24 de 28. Terceira Parte: O muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Este documento é de 1755, o mesmo ano em que Tomasín terminou seu trabalho no transepto sul e partiu. É uma petição apresentada por Tomasín ao capataz Fuentes solicitando sua liberação de seus compromissos laborais antes do final do período contratual estabelecido.]*

[Petição ao sobrestante de obras, León, Nicarágua, novembro de 1755]

O abaixo-assinado solicita que se lhe conceda a liberação de seus compromissos laborais no projeto de construção da catedral de León, conforme as condições aplicáveis aos trabalhadores que tenham completado o trabalho atribuído anteriormente ao termo previsto.

O trabalho atribuído ao abaixo-assinado — o paramento do muro sul do transepto, entre o segundo e o terceiro pilares — está completo. O sobrestante certificou a qualidade do trabalho. Não resta nada da atribuição original a fazer.

A obra que foi designada ao abaixo-assinado está concluída. A obra que não foi designada também está concluída. O abaixo-assinado solicita o pagamento do salário devido e a documentação da liberação.

Tomasín León, Nicarágua novembro de 1755

[C.V.: A petição foi concedida. A documentação da liberação leva data de 18 de novembro de 1755. A assinatura de Tomasín na petição é a única amostra de sua escrita em castelhano que encontrei.]

Construiu a variação entre o segundo e o terceiro pilares nos meses finais de seu trabalho no muro, antes de sua conclusão em outubro de 1755. Quando apresentou sua petição de liberação, a variação já estava no lugar.]

Inventário decorativo

Inventário decorativo · 1780

Documento 25 de 28. Terceira Parte: O muro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Em 1780, enquanto se ultimava a decoração interior do transepto sul, a administração diocesana encomendou um inventário da cantaria decorativa dessa seção. O inventário foi compilado por um escrivão chamado Pacheco. É um documento simples. Dirijo a atenção do leitor ao Ponto 7.]*

INVENTÁRIO DE CANTARIA DECORATIVA — TRANSEPTO SUL

Compilado por ordem da Diocese da Nicarágua Compilado por Isidro Pacheco, escrivão diocesano Outubro de 1780

Ponto 1. Quatro pilastras adossadas, muro sul, lavradas segundo o plano decorativo aprovado. Estado excelente.

Ponto 2. Cornija lavrada em todo o comprimento do muro sul à altura da imposta, motivo floral. Executada pela oficina do canteiro Hernández. Estado excelente.

Ponto 3. Molduras de janela, três aberturas no muro sul, pedra lavrada com motivo geométrico. Executadas segundo o desenho aprovado. Estado excelente.

Ponto 4. Mísulas lavradas no cruzeiro, oito em número, motivo floral e geométrico. Executadas pela oficina do canteiro Hernández. Estado excelente.

Ponto 5. Friso lavrado sobre o portal sul, motivo figurativo com anjos e trabalho de videira. Executado segundo o desenho aprovado. Estado excelente.

Ponto 6. Tabuleiro de inscrição lavrado sobre o portal sul, texto latino por indicação do bispo: *LAUDATE DOMINUM OMNES GENTES.* Estado excelente.

Ponto 7. Entre o segundo e o terceiro pilar do muro sul, à altura da primeira fiada de galeria, uma seção do paramento mostra um elemento lavrado incomum que não aparece no plano decorativo aprovado: três pequenas figuras, de aproximadamente oito centímetros de altura, trabalhadas na pedra do paramento com considerável habilidade. As figuras parecem representar três formas humanas — duas adultas, uma pequena — executadas num estilo que não é o estilo eclesiástico colonial convencional empregado em outros lugares do transepto, mas sim um estilo que o compilador não consegue identificar especificamente. As figuras estão parcialmente ocultas pela sombra da pilastra e não seriam notadas por um observador casual. Quando se chamou a atenção do escritório do supervisor sobre este elemento, a resposta recebida foi que a talha parece datar do período original de construção e que não existe registro dela na documentação de obra. O escritório do supervisor recomendou que fosse deixada em seu lugar.

O elemento se faz constar aqui para que fique completo o inventário.

Ponto 8. Estado geral da cantaria do transepto sul: excelente em seu conjunto. O paramento do muro sul é avaliado como a melhor cantaria das seções terminadas da catedral.

Isidro Pacheco, escrivão León, Nicarágua 28 de outubro de 1780

[C.V.: Três figuras. Duas adultas, uma pequena. Examinei esta talha em 14 de

março de 1974 — três dias após encontrar a caixa de cedro, e antes de haver lido nenhum dos documentos que continha. Fotografei-a. A fotografia está em minhas notas de pesquisa (Documento 27 desta edição).]

Quando mais tarde li o Ponto 7 deste inventário, voltei à talha e a olhei por longo tempo.

O estilo que Pacheco «não consegue identificar especificamente» é coerente com a talha figurativa mesoamericana pré-contato — as formas alongadas, a postura frontal, a integração do corpo. É o único elemento da catedral que o é. Não sei a quem representam as três figuras. Tenho uma hipótese. Não a registrarei aqui.]

O bispo da Guatemala

Relato pessoal · 1790

Documento 26 de 28. Terceira Parte: O muro. Encerra a Terceira Parte.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: O bispo da Guatemala visitou León na primavera de 1790, numa turnê pelas dioceses centro-americanas. Escreveu ao arcebispo da Cidade do México sobre sua visita. A carta é em parte administrativa e em parte pessoal. Reproduzo apenas a parte pessoal. Dirijo a atenção do leitor para o quarto parágrafo.]*

[Parte administrativa omitida.]

A Catedral de León é extraordinária. Alguns colegas me haviam advertido que excedia as expectativas e eu o havia tomado com a pitada de sal com que se acolhem as descrições que os colegas fazem dos edifícios que admiraram, mas neste caso a advertência era exata. O edifício é grande demais para a cidade — substancialmente grande demais, daquela maneira que sugere que alguém tomou uma decisão e não cometeu um erro — e o interior é um dos mais finos que vi nas Américas. As proporções da nave são incomuns: mais baixas e mais largas do que a tradição de Lima, com uma qualidade de peso horizontal que se lê da entrada como quase geológica, como se o edifício houvesse crescido do chão em vez de haver sido pousado sobre ele. O transepto sul em particular é excepcional. Passei nele um tempo considerável.

Conheci o novo bispo — Ramírez, que ocupa o cargo desde a morte do velho Venegas de Cienfuegos há doze anos — e o achei capaz e bem orientado em sua diocese. Mostrou-me os registros da diocese com um orgulho

apropriado. Não lhe perguntei pela história arquitetônica da catedral. Tive a impressão de que nessa história há coisas que o atual bispo conhece apenas em parte e que preferiria não ver remexidas por um visitante.

León em si é uma cidade agradável, poeirenta na estação seca, consideravelmente menos nas chuvas. A população é mestiça e em sua maioria pobre, com uma comunidade indígena significativa nos bairros ocidentais. Parecem contemplar a catedral com a mistura apropriada de orgulho e perplexidade — orgulho, porque é manifestamente um dos melhores edifícios das Américas; perplexidade, porque é manifestamente grandiosa demais para uma cidade deste tamanho. A perplexidade não carece de fundamento.

Dois dias depois, na manhã de minha partida, encontrei um homem ancião sentado no transepto sul. Era muito alto, de porte ereto apesar de sua evidente idade, e tinha os olhos de uma cor pálida incomum — prateados, diria, embora possa ser a luz dessa parte do edifício, que é particular. Examinava a talha entre o segundo e o terceiro pilar como se já a tivesse visto antes. Perguntei-lhe se era dali. Disse que vinha há muito tempo a este edifício. Perguntei-lhe quanto. Disse: desde antes de se terminarem as torres. Disse-o como se fosse uma simples constatação de fato, embora as torres tenham sido concluídas na década de 1760, o que o tornaria extraordinariamente velho, e não parecia extraordinariamente velho — velho, certamente, mas não de maneira impossível. Não insisti na pergunta. Tinha a qualidade de um homem que não se explica e que não espera que se lhe peça explicação.

Disse: o edifício é um argumento. Perguntei-lhe que argumento. Disse: que a intenção de um homem o sobrevive. Depois disse que tinha um compromisso e partiu, e o vi sair do transepto sul para a nave, e quando eu mesmo cheguei à nave havia desaparecido.

Menciono-o apenas porque me pareceu uma despedida adequada para um

edifício que produz, ao menos em mim, a sensação nítida de uma presença da qual não consigo dar conta arquitetonicamente. Talvez todos os grandes edifícios o façam. Visitei muitos edifícios e não estou certo de que todos o façam.

Vosso em Deus, O bispo da Guatemala Cidade da Guatemala 12 de abril de 1790

Parte IV

O aparato

**Nota contextual de Consuelo Vargas Montiel* Tentei, neste trabalho, não replicar o que estudo. Os homens desta edição mantiveram registros duplos. Mantiveram o que o registro oficial exigia e o que a honestidade exigia, e o registro honesto foi o que terminou no muro. Tentei não fazer isso. Tentei que o que omiti seja o mesmo que aquilo que eu disse ter omitido, e que o que aparece nas notas seja o mesmo que aparece nos próprios documentos. Não tenho certeza de ter conseguido. Tenho meus próprios registros privados — esta edição não é tudo o que sei. Mas é tudo o que, tendo pensado cuidadosamente nisso, creio que o registro requer. O *ahzo* pertence a quem tiver isto nas mãos.*

Notas de pesquisa de Consuelo

Notas de pesquisa da organizadora · 1974 – 1976

Documento 27 de 28. Quarta Parte: O aparato.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: Incluo minhas próprias notas de pesquisa porque o processo de encontrar os documentos no arquivo é, de modo modesto, parte da história que estes documentos contam. Selecionei entradas dos catorze meses que passei na pesquisa de arquivo, sobretudo em Sevilha, entre 1975 e 1977. Não são literatura. São notas.]*
>
> *Estou em Sevilha. Tenho fotografias da caixa de cedro. Ainda não tenho tudo.]*

NOTAS DE PESQUISA — ARQUIVO GERAL DAS ÍNDIAS, SEVILHA

Entradas selecionadas

3 de dezembro de 1975 — Dia 1, Sevilha

Cheguei ontem. A sala de leitura abre às nove. Sou a única pessoa que trabalha esta semana na seção da América Central, o que é habitual num projeto de história de construção diocesana e que acho, como sempre, ao mesmo tempo solitário e clarificador. Quando ninguém mais procura o que você procura, ou está errada quanto à sua importância, ou é a primeira.

Começo pelo dossiê da Nicarágua do Conselho das Índias. Sei que o decreto de aprovação existe; encontrei uma referência no Arquivo Diocesano de León.

Preciso encontrar aqui o original e a correspondência que o cerca.

7 de dezembro de 1975

Encontrei o decreto de aprovação (Documento 11 em meu catálogo de trabalho). Linguagem padrão, nada incomum. Encontrei a carta anexa do secretário do bispo que apresenta os planos (Documento 12 no catálogo de trabalho — a comissão a Porres). Porres entregou os planos no prazo. Os planos são descritos como aprovados. Tudo isto é coerente com o que eu já sabia.

O que não consigo encontrar: nenhum registro dos registros de adaptação que ao que parece Moya arquivou em 1750–51. Deveriam estar no dossiê da Nicarágua. Não estão.

14 de dezembro de 1975

Cotejei os números de referência do dossiê da Nicarágua com o índice de registros administrativos. Encontrei uma discrepância: dois assentos referenciados no índice de 1751 não aparecem no dossiê atual. Poderia significar que foram arquivados por engano, ou retirados para revisão separada, ou perdidos. Poderia significar que nunca foram arquivados.

Perguntei à arquivista. Disse que os materiais às vezes são arquivados por engano quando concernem a mais de um território. Sugeriu que eu revisasse a seção do Peru.

17 de dezembro de 1975

Encontrei a carta de Lima (Documento 21 no catálogo de trabalho) mal arquivada na seção do Peru, maço 1763-XVII. Procurava os registros de adaptação que faltavam. Li-a três vezes. O Conselho havia sido interpelado por Lima para esclarecer a relação entre os dois conjuntos de planos, e o dossiê não mostra resposta alguma — a nota de arquivo de Aznar é o mais próximo a uma.

Fiquei um tempo sentada na sala de leitura depois de entender isto. A

arquivista me perguntou se eu precisava de algo. Disse que não.

8 de janeiro de 1976

Encontrei os registros de adaptação, arquivados por engano na seção da Guatemala com os materiais de Porres. Foram mal arquivados deliberadamente ou por acidente; não posso saber. Os registros de adaptação documentam cada mudança que Moya fez e fornecem justificativas técnicas para todas elas. As justificativas são adequadas. As mudanças são extraordinárias.

Moya acrescentou nove varas de nave. Subiu as torres oito varas. Redesenhou a fachada por inteiro. Fez tudo isto arquivando justificativas tecnicamente defensáveis ante o Conselho. E o Conselho arquivou as justificativas sem resposta substantiva.

O edifício de León não é o edifício que se aprovou. Todos os envolvidos sabiam. Ninguém o disse.

8 de outubro de 1976 — Manágua

De volta de Sevilha. Venho trabalhando nas transcrições e na tradução. O documento em náuatle enviado ao doutor Reyes Domínguez em março; resposta recebida em outubro (Documento 28 no catálogo de trabalho).

Visitei León na semana passada para reexaminar o transepto sul. Voltei à talha entre o segundo e o terceiro pilar. Passei uma hora com ela. Três figuras, como descreve o inventário de Pacheco. Sei quem são. Não vou escrevê-lo nestas notas.

11 de março de 1977

Terceiro aniversário do achado da caixa de cedro.

Fiquei um tempo no transepto sul esta manhã. A luz do transepto sul a meio da manhã entra pelas três janelas meridionais e bate diretamente na pedra do paramento, o que significa que a talha entre as pilastras é visível a uns dez

metros de distância por uns quarenta minutos cada manhã. Vi acontecer isso muitas vezes. Acontece todo dia e vem acontecendo todo dia desde 1755. A maioria das pessoas que passaram pelo transepto sul durante aqueles duzentos e vinte anos não teriam estado ali no momento certo, ou não teriam estado olhando a seção certa do muro, ou não teriam sabido o que estavam vendo.

Eu estive ali no momento certo. Soube o que estava vendo porque havia lido a caixa de cedro.

Ele a pôs ali sabendo que é isso o que faria falta para entendê-la. O equipamento. Os catorze meses em arquivos. Alguém suficientemente paciente para cotejar um maço do Peru pela mera possibilidade de que um documento mal arquivado sobre a Nicarágua tivesse ido parar ali.

Também teve razão nisso.

A carta de Reyes Domínguez

Correspondência acadêmica · 1976

Documento 28 de 28. Quarta Parte: O aparato. Encerra a edição antes do Documento do Pedreiro.

Nota de Consuelo Vargas Montiel:

> *[C.V.: O último documento antes do Documento do Pedreiro propriamente dito. O doutor Reyes Domínguez é especialista em náuatle colonial e pré-contato na UNAM. Enviei-lhe uma fotografia do documento de papel de amate em março de 1975. Respondeu-me em outubro. Sua carta é a última voz externa desta edição. Depois dela, só há Tomasín.]*

Prezada doutora Vargas:

Obrigado por me enviar a fotografia. Venho trabalhando com ela desde abril, e peço-lhe desculpas pela demora na minha resposta — queria ter certeza antes de escrever-lhe, e a certeza, com um documento desta classe, leva tempo.

Dar-lhe-ei meus achados em três partes: a análise linguística, a tradução e depois uma observação adicional que não cai estritamente dentro da minha área de competência mas que creio que a senhora deve ter.

Sobre a língua. As três frases estão em náuatle clássico, de um tipo coerente com meados do século XVIII — isto é, náuatle tal como o falavam e escreviam pessoas indígenas instruídas na Nova Espanha durante o período colonial, influenciado pelo contato com o espanhol mas com a estrutura gramatical nuclear intacta. O autor dominava a língua. Este não é um documento escrito por

alguém a quem se haviam ensinado umas poucas frases. O autor pensava em náuatle. Os elementos influenciados pelo espanhol na ortografia são os de uma pessoa que sabia escrever em ambos os sistemas e que escolhia escrever em um deles. A escolha foi deliberada.

Sobre a tradução. As três frases dizem o seguinte. Dou-lhe minha tradução, com notas sobre os termos discutidos.

Notoca Cuauhtlanextli. Amo notoca Tomasín. Meu nome é Cuauhtli-Tlanextli. Meu nome não é Tomasín.

Notoca é a forma possessiva padrão de primeira pessoa com a raiz vocativa *toca* — «meu nome». O nome Cuauhtlanextli é um composto de *cuauhtli* (águia) e *tlanextli* (luz, esplendor — especificamente a espécie de luz que se move, distinta da luminosidade fixa). No documento os dois elementos se escrevem como uma só palavra, como é padrão na formação de nomes do náuatle clássico. O nome significa, aproximadamente, Águia de Luz Resplandecente. É um nome náuatle próprio, não um nome batismal. O contraste com Tomasín — um diminutivo espanhol — é todo o sentido da frase.

Ica notlahtlacol ōnicchīuh inin tepantli. Com minha falta fiz este muro.

Ica notlahtlacol — «com meu pecado» — é o instrumental, anteposto ao início da frase. *Ica* é a preposição comitativo-instrumental padrão; *notlahtlacol* é a primeira pessoa singular possessiva de *tlahtlacolli* — transgressão, pecado, falta. Em náuatle pré-contato, *tlahtlacolli* portava o sentido de violação da ordem cósmica; no náuatle colonial católico adquiriu o sentido de pecado em sentido cristão. O autor, como católico batizado que havia passado anos na oficina de uma catedral, teria sido plenamente consciente de ambos os registros. Não creio que a ambiguidade seja acidental. Hesitei durante várias semanas entre «minha falta» e «minha transgressão», e decidi-me, neste rascunho, por «minha falta». A senhora pode preferir «minha transgressão» ou — se desejar

trazer plenamente para o primeiro plano o registro cristão — «meu pecado». As três são defensáveis. Nenhuma é completa; a escolha cabe à senhora como organizadora da edição. *Ōnicchīuh* é a primeira pessoa singular em passado completado de *chihua*, fazer ou construir — o aumento *ō-* marca a ação como acabada, selada. *Inin tepantli* — «este muro» — *tepantli* é o termo ordinário para um muro de alvenaria construído. A anteposição de *ica notlahtlacol* dá prioridade ao pecado na ordem da frase: é a primeira coisa enunciada, o instrumento da feitura. O português não pode reproduzir totalmente essa sequência sem perder algo.

Nicān ōnictlālih in neltiliztli; ahzo ticmati. Aqui pus a verdade; talvez o saibas.

Nicān — «aqui». *Ōnictlālih* é a primeira pessoa singular em passado completado de *tlālia*, pôr ou assentar — a forma do pretérito, o aumento *ō-* marca a ação como acabada: «pu-la». *In neltiliztli* — «a verdade» — é uma forma nominalizada de *nelli*, verdadeiro, e porta o registro literário e solene do náuatle escrito formal: o registro dos testamentos, dos anais e dos *huehuetlatolli*. Não é fala cotidiana. É o vocabulário de alguém que escreve com peso deliberado. *Ahzo ticmati* — «talvez o saibas» — é o condicional de segunda pessoa: *ticmati* (sabes, entendes) com *ahzo* (talvez, possivelmente) precedendo o verbo, como faz de maneira consistente nos textos atestados. O *ahzo* é o que faz mais trabalho na frase. Ele não está certo de que entenderemos. Pôs a verdade dentro do muro de qualquer maneira.

Sobre uma observação adicional. Sou linguista, não historiador, e o que vou dizer excede minha formação. Mas venho trabalhando com este documento há seis meses e sinto que lhe devo minha resposta plena.

O nome Cuauhtli-Tlanextli não é um nome batismal e não teria aparecido em nenhum registro oficial colonial. Um homem que trabalhava sob arranjos de

trabalho coloniais teria sido conhecido por seu nome batismal — neste caso, Tomás, diminutivo Tomasín. Seu nome náuatle era próprio, conservado em privado, dado ao nascer ou na maioridade à maneira tradicional, e portado em paralelo com o nome colonial ao longo de sua vida.

Escreveu seu nome privado em papel de amate em sua primeira língua. Pô-lo num muro que ele próprio construiu. Esperava — com o condicional *ahzo* — que alguém pudesse com o tempo entendê-lo.

Passei vinte anos estudando documentos em náuatle do período colonial. A maioria deles são documentos de conversão — de uma língua em processo de transformação pelo contato com outra, de pessoas registrando suas vidas num idioma que estava sendo lentamente substituído. Costumam ser documentos de perda.

Este não é um documento de perda. Este é um documento de conservação. Conservou seu nome e sua língua, e pôs ambos num lugar que ele próprio construiu com suas mãos, num edifício cujos planos vinham de outra parte, por razões que talvez conhecesse e talvez não, e escreveu em papel de amate as três coisas que precisava dizer.

Acho isto, doutora Vargas, notável. Pareceu-me que a senhora devia saber que o acho notável. Os estudiosos às vezes são relutantes em dizer quando um documento os comove. Eu não sou relutante. Este me comoveu.

Por favor, faça-me saber se precisa de análise adicional. Ficaria contente em continuar.

Com respeito e admiração por seu trabalho,

Doutor Alejandro Reyes Domínguez Departamento de Línguas Mesoamericanas Universidade Nacional Autônoma do México Cidade do México, 14 de outubro de 1975

---

*[C.V.: «Este é um documento de conservação.» Li esta carta em meu apartamento em Manágua numa terça-feira à noite de novembro de 1975, e fiquei com ela por longo tempo.

Escrevi ao doutor Reyes Domínguez na semana seguinte. Disse-lhe que havia tomado sua tradução provisória e emendado uma palavra: havia deslocado «minha falta» para «meu pecado». Não conseguia justificar a escolha em termos linguísticos — ele teria sempre a melhor parte desse argumento — e não tentei. Disse-lhe que tomei a decisão como pessoa que leu o documento muitas vezes e como alguém a quem a palavra tocava a consciência. Respondeu-me que entendia e que a emenda era minha para fazer. A tradução publicada no Documento 20 leva minha emenda, com sua análise, e ali fica registrada em nota.]*

Notoca Cuauhtlanextli. Amo notoca Tomasín.

Ica notlahtlacol ōnicchīuh inin tepantli.

Nicān ōnictlālih in neltiliztli; ahzo ticmati.

O que o leitor faça com isso é assunto seu.

Fim da edição

A catedral perdida

Editado por Consuelo Vargas Montiel

Pranchas e reconstruções visuais

As imagens que seguem acompanham a edição. Algumas são fotografias de lugares e arquivos reais que aparecem nos documentos; as demais são reconstruções visuais de pessoas e objetos imaginados, não reproduções de originais históricos.

Antecedentes — antes da Nicarágua

Prancha 01

Carta universal de Diego Ribeiro, 1529. Detalhe do Padrón Real conservado na Biblioteca Apostólica Vaticana.

Crédito: Reconstrução visual no estilo da oficina cartográfica de Sevilha.

Prancha 02

Pedrarias Dávila (1440 – 1531), governador de Castela do Ouro e da Nicarágua. Estilo da gravura do século XVII.

Crédito: Reconstrução à maneira das gravuras da História Geral de Antonio de Herrera.

Prancha 03

Francisco Pizarro, retrato equestre. Estilo da pintura colonial espanhola do século XVI.

Crédito: Reconstrução visual à maneira dos retratos da oficina de Madri.

León Viejo, 1524 – 1610

Prancha 04

Ruínas de León Viejo, fundada em 1524 e abandonada após a erupção de 1610. O Momotombo ao fundo.

Crédito: Reconstrução visual do sítio arqueológico, Patrimônio Mundial da UNESCO desde 2000.

Prancha 05

Vulcão Momotombo desde a margem do lago Managua. 1297 m. Ativo desde o século XVI.

Crédito: Reconstrução visual da paisagem vulcânica nicaraguense.

A Catedral da Assunção, León

Prancha 06

Catedral Basílica da Assunção, León, Nicarágua. Patrimônio Mundial da UNESCO desde 2011.

Crédito: Fotografia. Wikimedia Commons, domínio público.

Prancha 07

Catedral de León, fachada principal. Fotografia documental, 1998.

Crédito: Fotografia. Wikimedia Commons, domínio público.

Prancha 08

Rodrigo Cervantes de la Noche (1497 – c. 1565), notário do governador. Retrato formal, óleo sobre tábua, c. 1530. Oficina provincial.

Crédito: Reconstrução visual do personagem.

Prancha 09

Isidoro Venegas de Cienfuegos, bispo de León. Retrato oficial, c. 1748. Oficina colonial espanhola.

Crédito: Reconstrução visual do personagem.

Prancha 10

Tomasín / Cuauhtli-Tlanextli. Relevo esculpido em pedra, c. 8 × 8 cm, transepto sul da catedral. Fotografia com luz rasante de C.V.M., 1976.

Crédito: Reconstrução visual do relevo esculpido.

A organizadora

Prancha 11

Consuelo Vargas Montiel (1938 – 2024), arquiteta e organizadora desta obra. Catedral de León, fachada sul. Abril de 1976.

Crédito: Reconstrução visual do personagem.

O aparato — arquivos e referências visuais

Prancha 12

Casa Lonja de Mercaderes, Sevilha. Sede do Arquivo Geral das Índias desde 1785.

Crédito: Reconstrução visual do edifício renascentista.

Prancha 13

A caixa de cedro tal como apareceu num canto da catedral de León, abril de 1976. Lupa e caderno de campo da organizadora.

Crédito: Reconstrução visual do momento da descoberta.

Colofón

Esta edición digital de *La catedral perdida* reúne, en un único volumen descargable, el prefacio de la editora y los veintiocho documentos que componen la obra. La nota del webmaster y el epílogo del webmaster, dos textos liminares escritos para la edición digital de 2026, permanecen en el sitio web y no se incluyen aquí.

Maquetación y código: M.A. Aybar.

Tipografías: Source Serif y Inter, en sus variantes libres.

Esta obra es ficción. Léala despacio.

© 1976, 2026 M.A. Aybar. Todos los derechos reservados.